

EL ÚLTIMO PASAJERO

Un enigma oculto durante más de setenta años

Un barco lleno de misterios

No te podrás bajar... aunque quieras

MANEL LOUREIRO



de

Agosto de 1939. Un enorme trasatlántico llamado Valkirie aparece a la deriva en el océano Atlántico. Un viejo buque de transporte lo encuentra por azar y lo remolca a puerto, tras descubrir que en él tan sólo queda un bebé de pocos meses... y algo más que nadie es capaz de identificar. Setenta años después, un esquivo hombre de negocios decide reflotarlo y repetir, paso por paso, el último viaje del Valkirie. A bordo, atrapada en una realidad angustiosa y contrarreloj, la

periodista Kate Kilroy descubrirá que sólo su inteligencia y su capacidad de amar podrán evitar que la nave se cobre de nuevo su siniestro precio en este viaje. Inquietante. Enigmática. Adictiva. Bienvenidos al Valkirie. No te podrás bajar... aunque quieras.



Manel Loureiro

El último pasajero

ePUB r1.1

Escipión 14.11.13

Título original: *El último pasajero*
Manel Loureiro, 2013
de la ilustración de la portada, David
Argemí

Editor digital: Escipión
Corrección de erratas: patrimope
ePub base r1.0



*Éste es para mi hijo Manel,
el eje sobre el que pivota mi
universo*

Prólogo

LA NIEBLA

I

Espuma, noche y niebla. Una humedad que se filtra dentro de los huesos con la fuerza de una mala hierba enraizando. Agua turbia, oscura. Miles de metros de abismo debajo del barco, y en alguna parte, allá abajo, monstruos.

I. FRESKOR

Buque Pass of Ballaster

En algún lugar del Atlántico Norte

28 de agosto de 1939

04.57 a.m.

A seiscientas millas de la costa de Irlanda, la noche era negra como el fondo de una mina y se confundía con el mar calmo y opaco propio de aquella época. Entonces, la niebla llegó de golpe, y todo empezó a suceder.

Tom McBride sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta mientras

trataba de perforar la bruma con la mirada. Escupió por encima de la borda arrebujiándose un poco más en su chaquetón con insignias de capitán. Hacía casi veinticuatro horas que estaban metidos en aquella masa esponjosa y la humedad se colaba hasta en el último rincón del *Pass of Ballaster*.

—No lo entiendo —murmuró en voz baja—. Niebla en pleno mes de agosto y en esta condenada latitud...

Refunfuñando, estiró su mano hacia la izquierda, sin apartar la mirada del horizonte, que en aquel instante estaba a tan sólo tres o cuatro metros de

distancia. Cogió la taza de café que estaba apoyada sobre la astillada mesa de navegación y le dio un trago. Casi al instante se arrepintió de haberlo hecho.

Estaba frío, como todo a bordo. Nada duraba caliente más de diez o quince minutos desde que se habían visto envueltos en aquella espesa bruma amarillenta.

«Por lo menos no hay demasiado oleaje —pensó al tiempo que, con un gesto de asco, escupía el café de vuelta a la taza—. Una tormenta es lo último que necesitamos».

McBride sabía de qué hablaba. El *Pass of Ballaster* ya había pasado sus

mejores años. Botado a principios del siglo XX, el buque carbonero, de algo más de cinco mil toneladas, estaba cubierto por una gruesa capa de herrumbre en toda la superestructura. Aunque eso tampoco importaba demasiado, ya que el óxido estaba casi oculto por el polvillo negruzco y pegajoso de la carga de carbón que siempre se apilaba en las bodegas.

También lucía una enorme cicatriz en un costado, un recuerdo de un práctico inexperto a los mandos de un remolcador que había calculado mal las distancias en el puerto de Halifax. El *Pass of Ballaster* era un barco

condenado al desguace que seguía navegando por pura suerte.

«Sí —pensó McBride desabrochándose el botón superior de la chaqueta—, no creo que hagamos muchos más viajes a bordo de ti, vieja amiga. Quizá uno o dos más. Quién sabe...».

McBride siempre pensaba en su barco como una vieja dama que, despojada de su belleza y de sus oropeles, trataba de mantener hasta el final una mustia dignidad. En aquel momento consumía sus últimos años como transporte carbonero entre Boston y Bristol.

Todos a bordo eran conscientes de que le quedaban pocos viajes. El *Pass of Ballaster* ya era demasiado viejo, las reparaciones eran cada vez más costosas, y, sobre todo, el mercado del carbón estaba prácticamente acabado. Tan sólo era cuestión de tiempo que los propietarios del buque se decidiesen a retirarlo de la circulación.

El trayecto de ida, en lastre, había sido perfecto, con un tiempo veraniego que había invitado a los marineros a pasearse con el torso desnudo sobre la cubierta. El embarque en Boston había tenido lugar sin problemas, dejando aparte los rumores sobre una inminente

guerra. Y, finalmente, cuatro días antes habían emprendido el camino de vuelta. Aquél tenía que haber sido un viaje como cualquier otro.

Hasta que tropezaron con aquel condenado banco de niebla.

En primer lugar, la radio se había quedado muda. Pese a que el oficial de comunicaciones la había revisado de arriba abajo y juraba que todo estaba en orden, simplemente había dejado de funcionar. Tan sólo rechinaba la estática, con un latido sordo de fondo, un *tac-tac-tac* seco que se repetía de manera aleatoria, a veces cada pocos minutos.

En otras ocasiones, la radio se

quedaba en silencio durante horas, hasta que de golpe, como si recordase que el *Pass of Ballaster* todavía estaba allí, lanzaba de nuevo una serie de chasquidos sordos y regulares, como un carnicero maníaco dando machetazos sobre el tajo. Y, luego, silencio otra vez.

Además, estaba el frío. Era normal que hiciese algo de fresco dentro de un banco de niebla, por supuesto, pero aquello era distinto. Era un frío intenso que formaba nubes de vaho helado cada vez que alguien respiraba en el exterior y que a cada jadeo parecía querer arrancarte un pedazo de pulmón.

Y, por si fuera poco, desde hacía

seis horas tenían un problema con la brújula.

Este caso no había sido como el de la radio, abrupto, sino que se había ido produciendo de forma gradual, pausada. Al principio fue un leve temblor de la aguja, tan sutil que todos pensaron que se debía a las vibraciones que transmitían hasta el puente los dos motores de pistón del buque, tan viejos y cascados como el resto de la embarcación. Pero con el paso de las horas el movimiento de la aguja se había vuelto cada vez más errático y arbitrario.

McBride volvió a inclinarse sobre

el compás, aunque era consciente de que lo había hecho hacía apenas diez minutos. La aguja oscilaba violentamente de este a oeste, incapaz de mantenerse quieta más de un segundo.

El capitán tragó saliva. Navegar sin brújula y sin visibilidad en medio de un banco de niebla era una invitación al desastre. Podrían estar dando vueltas en círculos durante horas o, peor aún, perder el rumbo por completo. Y eso era algo que con los motores asmáticos del *Pass of Ballaster* suponía una apuesta demasiado arriesgada.

Como si le hubiese leído el pensamiento, el timonel, un muchacho

que no tenía más de veinte años, se volvió al oír el crujido de la silla de mando.

—Capitán. —La voz del muchacho temblaba, mientras la brújula que estaba situada a su derecha bailaba al mismo ritmo descompuesto que el compás que McBride tenía a su lado—. ¿Qué se supone que debo hacer, señor?

—Mantener el rumbo sin desviarse —ordenó McBride. «Y mantener la tranquilidad, de paso», añadió para sus adentros—. Si no nos hemos desviado de la última estimación, estamos en la ruta correcta. En cuanto salgamos de este banco de niebla, todo irá mejor,

hijo.

—Sí, señor —contestó el timonel.

«Nunca demuestres a la tripulación que estás nervioso». McBride casi podía oír en su cabeza la máxima que todos los capitanes de la flota mercante se aprendían de carrerilla en la academia. Qué fácil parecía en tierra, bajo la radiante luz del sol. Allí, en medio de la situación más extraña de toda su carrera, pensaba que no podía haber nada más complicado aquella noche.

Una corriente de aire frío, impregnada de humedad, hizo aletear los bordes de la carta de navegación. El

capitán McBride levantó los ojos en el momento en el que Tom O'Leary, el contramaestre del *Pass of Ballaster*, entraba de espaldas y, peleando con su abrigo, cerraba tras de sí la puerta del puente de mando.

O'Leary, un irlandés cuarentón, rubicundo y delgado, se sacudió la humedad acumulada en la chaqueta mientras rezongaba por lo bajo. McBride lo saludó con un gesto cansado. Su primer oficial era eficiente, pese a ser también una persona nerviosa e irritable.

—¿Se ha llevado a cabo el cambio de guardia?

—Por supuesto, señor —contestó el contramaestre al tiempo que se acercaba hasta la mesa de derrota—. Pero esta maldita niebla me crispa los nervios.

—Sólo es niebla —dijo lacónicamente el capitán, mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Ya. Por supuesto —replicó O'Leary, cruzando con el capitán McBride una mirada nerviosa que fue mucho más elocuente que cualquier otra cosa que se pudieran decir—. Tan sólo es niebla, señor.

Ambos mentían. Y ambos lo sabían. Pero de ahí a reconocerlo iba un paso enorme.

Entre los dos sumaban más de cuarenta años de navegación por aquellas aguas, y se habían adentrado en bancos de niebla en infinidad de ocasiones. Muchos habían sido incluso más densos y peligrosos que aquél. Además, era agosto, y la posibilidad de cruzarse con algún iceberg era remota, por no decir imposible. Y ya se habían alejado lo suficiente del banco de Terranova, de modo que no corrían el peligro de chocar contra un pesquero portugués despistado. En teoría, tan sólo era un simple banco de niebla.

Pero ése era, de alguna forma, distinto.

—Esto está cada vez peor —dijo el capitán McBride.

Fantaseó durante unos instantes con la idea de irse a la cama y dejar que el contramaestre se hiciera cargo de la guardia de la noche. Irse a dormir y confiar en que por la mañana se viese de nuevo el sol, la radio funcionase, la brújula no se comportase como si hubiera enloquecido y todo estuviese en orden. Entonces se fijó en la esquina de la ventana de estribor.

«Que me maten si lo que se está formando en esa ventana no es hielo», pensó.

Hielo en agosto. Un cosquilleo

extraño le recorrió la columna.

—Señor O’Leary, haga sonar la sirena del barco cada tres minutos en vez de cada cinco. Y mande a otro par de hombres con prismáticos al puesto de vigía, en proa. No quiero chocar con ningún maldito mercante turco de tripulación dormida, o con algún trozo de hielo a la deriva —carraspeó mientras se levantaba—. Alguna corriente del polo debe de haber bajado a esta latitud, y puede que haya arrastrado alguna sorpresa consigo.

—No se preocupe, capitán —contestó O’Leary, mirando a su vez la escarcha del cristal con expresión

indescifrable.

El contramaestre saludó y, sin mediar otra palabra, salió del puente y caminó hacia la escalera que llevaba a los camarotes de la tripulación.

El *Pass of Ballaster* era un barco pequeño que no necesitaba de demasiada dotación para ser guiado. En aquel viaje, la tripulación la componían únicamente el capitán, el propio O'Leary y siete marineros de distintos países.

Cuando el contramaestre abrió la puerta de la sala común, una bofetada de luz le golpeó en la cara. Dentro de las entrañas del barco debían de estar a un

par de grados más que en el puente, pero aun así hacía demasiado frío. Aunque la calefacción del barco estaba funcionando a toda máquina, ni siquiera los radiadores, que estaban al rojo vivo, podían atemperar aquella gélida sensación.

O'Leary entró en el comedor, donde los dos marineros que estaban en ese turno de guardia se habían refugiado para tratar de entrar en calor. Ambos estaban sentados en una mesa, jugando una partida de *cribbage* que parecía no tener un ganador claro.

—Muchachos, el viejo quiere a dos de vosotros en el puesto de vigía de

proa —masculó mientras les daba una palmada amistosa en la espalda a los marineros—. ¿Hay algún voluntario?

—¡Oh, vamos, señor O'Leary! —protestó uno de ellos. Era un muchacho pecoso y desgarrado de unos dieciocho años, con más acné que barba en la cara —. ¡Hace una noche de perros! ¡Y no se ve nada ahí fuera!

—Precisamente por eso, Duff, precisamente por eso —replicó con paciencia el contramaestre mientras se servía un vaso de brandy y se volvía hacia el otro marinero, un hombre de mediana edad, bajo y corpulento como un forzudo de circo, con el rostro

coronado por unas espesas cejas negras que parecían tener vida propia—. Stepanek, tú y el muchacho os vais al nido de proa con un par de prismáticos y mantenéis los ojos abiertos. Si hay algún problema, avisáis al puente.

—Entendido, jefe —contestó Stepanek mientras recogía resignadamente la baraja y la guardaba en una caja de cartón.

Era un marinero veterano con un marcado acento eslavo. Ya había pasado por muchos buques y sabía que en ocasiones, por muy desagradable que fuese la orden, no quedaba más remedio que obedecer sin rechistar. Y,

ciertamente, tener que subir al nido de vigía en medio de aquella niebla húmeda y pegajosa era un destino muy poco agradable.

—Mandaré que os releven dentro de tres horas, pero mientras tanto quiero que estéis despiertos. Si os dormís y chocamos con algo, juro por Dios que os estrangularé con mis propias manos antes de que el barco se vaya a pique y nos ahoguemos todos. ¿Está claro?

—Clarísimo, señor —replicó Stepanek al tiempo que se abrochaba la pesada parka de mal tiempo y se colgaba los binoculares del cuello. Se volvió hacia el marinero más joven y le

revolvió el pelo—. Venga, chico. Tenemos que ir a contar gaviotas.

—¿Gaviotas? ¿Qué gaviotas, Step?

—A veces me pregunto cómo diablos conseguiste llegar a bordo tú solo, chico —resopló Stepanek mientras meneaba la cabeza y arrastraba tras de sí al joven marinero hacia el exterior.

En cuanto salieron a cubierta, los dos hombres comenzaron a tiritar. La niebla se extendía en zarcillos húmedos y viscosos en todas direcciones, y hacía que las luces brillasen con un tono apagado y mortecino.

—No se ve nada —rezongó Duff—. Y en el nido no va a ser distinto.

—Me alegra tener su opinión, excelencia —replicó Stepanek, sarcástico—. Y ahora, si has acabado de quejarte, tenemos que subir a ese mástil antes de que el jefe salga de nuevo. Como choquemos contra algo nos arrancarán la piel a tiras. ¡Mueve el culo! ¡Vamos!

El puesto de vigía de proa era una especie de cubilete colgado en lo alto de un largo mástil de veinte metros de altura. Además de sostener el nido, la única otra función del mástil era servir de base para la antena de la radio. Casi nunca había que subir hasta allí arriba, de forma que el único acceso era una

escala adosada al poste de acero. Aquella escala estaba formada por un montón de pequeños zunchos de hierro adosados al palo, y en aquel momento todos y cada uno de ellos brillaban de manera homicida, recubiertos por una discreta capa de hielo.

—Vigila dónde pones los pies —gruñó Stepanek—. Si te caes desde arriba, tus sesos llegarán a Bristol antes que el resto del barco.

A su manera, disfrutaba chinchando al novato. Por toda respuesta, Duff emitió un gemido ahogado.

Durante un largo minuto subieron por la escala, gruñendo y pateando cada

uno de los zunchos antes de apoyar el pie en ellos. Finalmente, llegaron al nido y se apretujaron en el pequeño espacio disponible. En una esquina, adosado al mástil, había un aparatoso teléfono negro conectado a otro igual en el puente de mando.

—¿Ves? Lo que te dije —gruñó Duff—. No se ve nada desde aquí arriba.

—¿Y qué pretendías? ¿Que hiciese sol? ¡Coge estos prismáticos y cubre tu lado, zoquete! —replicó Stepanek mientras le lanzaba los binoculares.

Stepanek reconoció para sus adentros que el novato tenía parte de razón. Aun a veinte metros de altura, la

visibilidad no había mejorado ni un ápice. Lo cierto era que la niebla se estaba volviendo cada vez más espesa.

Desde el nido no se distinguía ni la proa del barco ni la cubierta, y a duras penas se adivinaban las luces amortiguadas del puente de mando. Por un instante, tuvo la sensación de que ambos estaban solos en el universo, suspendidos en medio de una masa esponjosa y húmeda del color del hueso de un muerto.

Stepanek sacudió la cabeza, incómodo. Había algo que no acababa de encajar en todo aquello.

Se volvió hacia Duff para

cerciorarse de que el novato estaba sujeto con un cabo a la barandilla del nido. Entonces levantó el teléfono y comprobó la línea.

Funcionaba. El pitido era débil, pero constante.

Con la mano que le quedaba libre sacudió la base de la antena, para estar seguro de que estaba bien anclada. Todo estaba en orden.

Pero algo estaba mal. Tardó un rato en darse cuenta.

El silencio.

Todos los sonidos habían desaparecido por completo. No se oía el rugido de los motores, ni siquiera el

golpeteo de las olas contra el casco del *Pass of Ballaster*.

Era como estar metido en un ataúd.

—Tengo frío —dijo Duff en voz baja, tiritando. Al cabo de un segundo añadió, como avergonzado—: Y miedo.

—Cállate —replicó Stepanek. Una sensación de urgencia reptaba lentamente por su interior. Sentía cómo la piel se le erizaba, y no era sólo de frío. Allí fuera había *algo*. Podía notarlo.

—El purgatorio debe de ser un sitio parecido a esto —musitó Duff, removiéndose inquieto. Tenía los prismáticos colgados de las manos, y no

miraba a ninguna parte en particular. Pese al frío que decía sentir, estaba sudando.

Stepanek lo miró de nuevo y pensó en decirle alguna cosa, pero justo en ese instante le pareció atisbar algo por el rabillo del ojo. Giró la cabeza a su derecha, y después a la izquierda. Allí...

—¿Tú has visto algo? —le preguntó a Duff.

—¿El qué? —repuso—. Ya te digo que...

Entonces lo vieron. O, más bien, lo adivinaron. Surgió de golpe, frente a la proa del *Pass of Ballaster*, como si

hubiese estado esperando allí a que el carbonero pasase a su lado. Era una sombra negra, enorme, alargada, y se precipitaba al encuentro del buque a toda velocidad.

—¡Joder! —gritó Stepanek.

El marinero se arrojó sobre el teléfono y apartó de un golpe a Duff, que se había quedado embobado mirando la enorme sombra.

—¡Colisión, colisión, colisión! —aulló por el micrófono—. ¡Iceberg a proa, justo frente a nosotros! ¡Virad rápido! ¡Virad rápido, joder!

Durante unos segundos interminables, nada pareció cambiar. El

Pass of Ballaster continuó su rumbo, aparentemente inmutable, corriendo al encuentro de aquella sombra que se cruzaba en su camino. Luego, muy lentamente, comenzaron a pasar cosas. Los dos marineros notaron cómo el poste comenzaba a temblar, sacudido por las vibraciones de los motores del barco al cambiar de régimen. Llegó hasta ellos el débil sonido de los motores rugiendo a toda potencia, mientras la proa del barco se empezaba a desviar despacio, grado a grado, de la mancha oscura que cada vez se hacía más grande frente a sus ojos.

«Demasiado despacio —se dijo

Stepanek—. Nos vamos a estrellar».

—¡Virad más! —gritó por el teléfono. Su voz se había transformado en un graznido estrangulado—. ¡Virad toda, por Dios, o nos matamos!

Si el *Pass of Ballaster* hubiese sido un poco más grande o hubiese ido un poco más rápido, una virada a tan poca distancia habría sido imposible. Sin embargo, el pequeño buque comenzó a responder y, metro a metro, palmo a palmo, se fue desviando del obstáculo, que ya estaba mucho más cerca.

«Lo vamos a lograr. Puede que lo logremos». Stepanek pensaba a toda velocidad mientras el objeto crecía

lentamente. Era el iceberg más grande que jamás hubiese visto, al menos el doble de alto que el punto más elevado del buque carbonero, y muchísimo más largo. La niebla lo envolvía, apretada como un sudario, pero sus dimensiones podían adivinarse bajo el reflejo de los faroles de proa del *Pass of Ballaster*.

Finalmente, con la lentitud de un gato al desperezarse, la proa del buque apuntó hacia la negrura profunda de la noche y evitó el desastre por menos de diez metros de distancia.

—¡Ha faltado poco! —gritó palmeando la espalda de Duff—. ¡Casi nos comemos ese maldito iceberg! ¡Esta

vez ha pasado muy cerca, por la sangre de...!

—Di que paren las máquinas — contestó Duff, con la mirada vidriosa. Su voz era extrañamente queda. No miraba hacia Stepanek, sino hacia su espalda.

—¿Qué? ¿De qué puñetas hablas? — replicó el marinero.

—Di que paren las máquinas — repitió Duff, con voz pastosa. Parecía que se hubiese comido un kilo de algodón.

—¿Por qué quieres que paremos las máquinas? —preguntó Stepanek mientras todo su entusiasmo se

desplomaba y se transformaba en algo parecido al pánico. Sabía que debía darse la vuelta. Mirar hacia donde miraba Duff. Pero no quería hacerlo. Temía la respuesta.

—No es un iceberg —fue la respuesta de Duff, que no apartaba la mirada del horizonte.

Sintiendo que todo iba a cámara lenta, Stepanek se volvió sin soltar el teléfono de su mano agarrotada. Entonces abrió mucho los ojos y comenzó a rezar quedamente en croata, algo que no hacía desde que era un niño.

Flotando, silenciosa y oscura, a menos de veinte metros de la borda del

Pass of Ballaster, se levantaba la proa de un enorme buque varias veces más grande, detenido en medio del mar, totalmente inmóvil y con todas las luces apagadas.

Sobre el escobén del ancla, a varios metros de altura por encima de ellos, se podía leer su nombre.

Valkirie.

II

Durante los siguientes diez minutos se desató la locura a bordo del carbonero. Los hombres correteaban de un lado a otro del barco mientras el capitán McBride y el primer oficial aullaban órdenes en tres idiomas distintos. Tardaron casi veinte minutos en detener por completo la marcha del buque, y mientras tanto, para no alejarse demasiado del *Valkirie*, el timonel se las veía y se las deseaba para zigzaguear sin acercarse demasiado a aquella sombra que sólo podía intuir en medio de la

bruma. Al final tuvo que ser el propio McBride el que se pusiese a los mandos del *Pass of Ballaster*, hasta conseguir acercar el buque a la enorme y silenciosa mole flotante.

—Señor O’Leary —dijo McBride, dirigiéndose a su segundo oficial—. ¿Ha conseguido contactar con el barco por radio?

—No, capitán —replicó O’Leary, azorado—. La radio continúa muerta. Bernie..., quiero decir, el señor Cornwell dice que puede que se haya fundido una lámpara de vacío. Sigue trabajando en ello.

McBride asintió, sin apartar la vista

de la bruma. Habían desmontado la radio y la habían vuelto a montar por completo tres veces en las últimas doce horas, y ninguna maldita lámpara fallaba. Sabía que aquél no era el problema, pero tenía que intentarlo de todas maneras.

La situación era desconcertante. Aquel buque estaba detenido por completo, con todas sus luces apagadas y sin que nadie a bordo diera señales de vida. No tenía sentido. McBride meditó durante unos segundos.

—Señor O’Leary —dijo—. Utilicen la lámpara de señales y comuníquense con el *Valkirie*. Identifiquenos y

pregúntenle si tiene algún tipo de problema o si necesitan ayuda.

O'Leary accedió y salió a cubierta con un marinero que haría de señalero. Ambos se colocaron detrás del foco, pero la luz no se encendió. Desde donde estaba situado, el capitán pudo oír unos susurros apresurados.

—¿Qué sucede, señor O'Leary? ¿Está esperando una invitación formal para conectar el maldito foco? — McBride notó que su voz estaba algo más tensa de lo habitual. Incluso a él aquella situación le estaba poniendo nervioso.

—No, capitán —replicó el oficial,

visiblemente apurado—. Es una conexión eléctrica que falla. Deberían haberla arreglado en el puerto, pero los electricistas dijeron que necesitarían un alternador que...

De repente, O'Leary se dio cuenta de que estaba farfullando y enmudeció. McBride le miró con expresión severa y se limitó a hacer una pregunta.

—¿Puede arreglarlo antes de que la deriva nos estampe contra ese barco?

—Por supuesto, señor. Serán sólo tres minutos.

—Pues hágalo de una vez, diantres —rezongó el capitán mientras sacaba un pañuelo y se secaba unas gotas de sudor.

Si no hubiese estado tan preocupado por la distancia entre los dos buques, que cada vez era menor, se habría dado cuenta de que hasta apenas cinco minutos antes estaban temblando de frío. Ahora, algunos marineros se habían sacado sus chaquetones de tormenta y estaban en mangas de camisa. La escarcha de los ojos de buey se derretía a toda velocidad, formando pequeños regueros de agua que chorreaban sobre la cubierta.

Pero nadie se había fijado en eso. Todas las miradas estaban concentradas en el enorme casco del *Valkirie*, que iba creciendo por momentos, ocupando cada

vez más espacio sobre el horizonte y poniendo en evidencia lo diminuto que, en comparación, era el *Pass of Ballaster*.

«Es grande. Muy grande. Veinte mil toneladas, como mínimo. Pero no entiendo qué hace aquí, y por qué no responde nadie», pensó el capitán.

Su mirada se dirigió hacia el mástil de popa para ver si ondeaba alguna bandera. Si descubría la enseña amarilla que significaba «cuarentena a bordo», haría que el *Pass of Ballaster* se alejase de allí a toda la velocidad que pudiesen dar sus máquinas. Pero no había ninguna bandera.

El *Valkirie* flotaba perezosamente, como una ballena dormida, a medida que la distancia entre los dos barcos se reducía. Justo entonces el potente foco de señales se encendió con un destello y lo apuntaron hacia el casco del crucero.

—Por fin —masculló el capitán, irritado.

Los fogonazos de luz blanca reverberaban en medio de la niebla, creando una atmósfera irreal. Cada vez que se encendía el proyector, millones de gotitas bailaban en el haz de luz, girando de manera alocada, como si no supiesen en qué dirección ir. Mientras tanto, el *Valkirie* brillaba a poca

distancia, húmedo y oscuro como la piel de un monstruo marino que los estuviese esperando.

Chac-chac, chac-chac, chac-chac. La lámpara de señales parpadeaba sin cesar. Con cada fogonazo, a tan poca distancia, daba la sensación de que los relámpagos de una tormenta invisible alumbraban el casco del *Valkirie*.

Al cabo de cinco largos minutos, McBride meneó la cabeza.

—Déjelo, señor O'Leary. No nos van a responder.

—¿Probamos con el megáfono? —preguntó el primer oficial, sin apartar los ojos del transatlántico—. Estamos lo

bastante cerca.

—Que no se diga que no lo hemos intentado —gruñó el capitán mientras se secaba el sudor.

Un trozo de escarcha se desprendió del borde de un ojo de buey y se estrelló en el suelo con un sonido acuoso. El agua goteaba por todas partes a medida que el hielo acumulado en la estructura se derretía.

El primer oficial cogió el megáfono de latón. Intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Carraspeó y se lo llevó a los labios.

Primero lo intentó en inglés. Nadie respondió. Miró al capitán, nervioso,

pero éste no hizo ningún gesto. Estaba contemplando el *Valkirie*, pensativo. Al cabo de un par de minutos probó de nuevo, esta vez en un lamentable alemán. Tampoco pasó nada.

«Es como hablar con una tumba», pensó McBride con un escalofrío. Porque aquello era lo que parecía el transatlántico: una enorme, silenciosa y húmeda tumba.

—Enviaremos un bote —decidió con un suspiro al mismo tiempo que se incorporaba—. Usted y dos hombres. Creo que en la bodega número tres tenemos un cabo largo, y en alguna parte del sollado de las anclas tiene que haber

un garfio ligero. Suba a ese barco y descubra qué demonios está pasando.

—Sí, señor.

O'Leary se volvió y justo en ese instante su mirada se posó en Duff y en Stepanek, que acababan de bajar del nido de vigía; llevaban los chaquetones de mal tiempo abiertos de par en par. Ambos sudaban como si hubiesen terminado de correr un maratón.

—Señor, el calor que hace allí arriba es infernal —protestó Stepanek—. Ni siquiera en pleno mes de agosto...

—Ya lo sé, Stepanek —le interrumpió el primer oficial—. Nada es

normal esta noche. Venid conmigo. Vamos a hacer un poco de turismo.

Duff estuvo a punto de abrir la boca, pero un pisotón discreto del croata le hizo mantener el silencio.

Aun así, mientras caminaban cargados con un enorme rollo de cabo a paso rápido tras el primer oficial, Duff fulminó con los ojos a Stepanek. En ellos podía leerse una pregunta: «¿Por qué nosotros otra vez?».

Stepanek se encogió de hombros. A veces las cosas sucedían, y punto. Como aquello.

III

Con la ayuda del pescante de popa, bajaron al agua el único bote del *Pass of Ballaster*. Los tres hombres descendieron con cautela, aunque el mar estaba en aquel momento liso como un espejo. Ni la más mínima imperfección perturbaba la superficie del agua, negra como la noche. Parecía el corazón de un lago dormido.

Stepanek sujetó un remo y Duff el otro, mientras O'Leary se ponía al timón.

Con un par de poderosas paladas, el

bote se separó del *Pass of Ballaster* y comenzó a acercarse lentamente al crucero. Cada vez que los remos se hundían en el agua, provocaban ondas que rielaban sobre la superficie. Alumbrados únicamente por las lámparas de sodio del buque carbonero, el eco del chapoteo al rebotar entre los dos cascos reverberaba de forma siniestra.

—Quizá se declarase un incendio a bordo o algo por el estilo —dijo Duff, jadeando entre palada y palada—. La tripulación y el pasaje abandonaron el barco, y quedó a la deriva hasta ahora.

—No ha sido eso —murmuró el

oficial—. Todos los botes salvavidas están colgados de sus pescantes, al menos los de este lado. Si han bajado del barco, no ha sido en ellos.

—Tampoco huele a humo —rezongó Stepanek—. Ni parece estar escorado. Me juego lo que sea a que ese maldito barco no tiene ni una grieta en el casco.

—¡Guardad silencio! —La voz de O’Leary interrumpió la conversación—. Ya estamos cerca.

El bote se encontraba a tan sólo unos cuantos metros del casco del *Valkirie*. Los marineros podían distinguir las marcas de las soldaduras en el casco de acero, pintado de un negro azabache.

O'Leary echó la cabeza hacia atrás y contempló la borda del crucero, que se perdía en la penumbra, muchos metros más arriba. Calculó mentalmente y se dio cuenta, desalentado, de que necesitaría mucha más fuerza de la que tenía en su brazo para alcanzar aquella borda con el garfio.

—Rodeemos la nave —dijo—. Puede que por el otro costado sea más sencillo subir a bordo.

El bote avanzó lentamente junto al casco del *Valkirie* hasta llegar a la proa. Una vez allí, giraron de nuevo.

—No se ve una mierda —gruñó Stepanek—. ¿Encendemos el foco,

señor?

O'Leary asintió. De repente se sintió muy vulnerable. De un lado, la mole de un barco aparentemente abandonado. A sus espaldas, la inmensidad oscura del océano, envuelta en una densa capa de niebla. Subido en el pequeño bote de madera era consciente de lo frágiles que eran él y sus hombres.

El chorro de luz del proyector comenzó a pasearse por el costado del *Valkirie* mientras la lancha avanzaba con lentitud. O'Leary veía cómo sus esperanzas se desvanecían a medida que se acercaban a la popa. La borda del buque quedaba a más de quince metros

de altura, de modo que estaba fuera de su alcance.

—No creo que podamos subir por aquí. —Se volvió hacia sus compañeros mientras pensaba en voz alta—. Quizá si volvemos al *Pass of Ballaster* y lo colocamos lo bastante cerca, podemos lanzar un garfio desde la proa y entonces...

De pronto, se oyó un chasquido sobre sus cabezas. Sonó como un trozo de papel al rasgarse y un golpeteo que corría a toda velocidad. A continuación, algo se estrelló con fuerza contra el casco del *Valkirie*, justo encima de ellos, con un estruendo enorme. Una

lluvia de maderos rotos y trozos de lona comenzó a diluviar a su alrededor.

—¡Joder, nos va a aplastar! —gritó Duff, presa del pánico.

—¡Cállate y sujeta el foco, imbécil! —gritó O’Leary tratando de mantener el equilibrio en la lancha, que no dejaba de oscilar.

Algo grande cayó a su derecha, junto al bote, levantando un surtidor de agua helada que los empapó por completo.

El foco oscilaba como si tuviese vida propia, dibujando extraños arabescos sobre la piel de metal del *Valkirie*. Stepanek soltó el remo y sujetó el proyector. Poco a poco, la lluvia de

objetos cesó y el bote dejó de moverse.

—¿Estáis bien? —preguntó a los marineros, ocultos entre las sombras—. ¡Contestadme, maldita sea!

Un par de voces asustadas respondieron, vacilantes. No era de extrañar. El propio O'Leary sentía sus pelotas alojadas en la garganta.

—¿Qué carajo ha sido eso? —murmuró mientras enfocaba el proyector sobre las cabezas de sus hombres. Y entonces soltó una maldición.

Colgado a apenas unos metros por encima de ellos, pendía un bote salvavidas destrozado. Uno de los extremos se había soltado del pescante y

el bote, reventado por el golpe contra el casco del *Valkirie*, colgaba del cabo sujeto al pescante de proa. Los restos del bote al caer sobre ellos habían causado aquella lluvia de maderas y objetos.

—¡Mierda! Se ve que la roldana de soporte ha cedido —comentó Duff desde detrás, con alivio—. ¡Ha estado cerca! Podía habernos aplastado como hormigas.

—Siempre recordarás este momento como el día en que casi acabaste aplastado por un pescante que cedió —contestó quedamente O’Leary sin apartar sus ojos del bote, que oscilaba

lentamente colgado del otro cabo.

«Sí, que cedió. O que alguien soltó. O algo» se dijo.

No sabía por qué había pensado eso. O'Leary percibió que la acidez de su estómago se disparaba. No podría jurarlo, pero estaba casi seguro de que había oído algo justo un segundo antes de que el bote se soltase.

Maniobraron hasta poder enganchar el garfio en el extremo inferior del bote destrozado. Con el cabo bien sujeto, O'Leary se volvió hacia los dos marineros.

—Bien. ¿Quién sube conmigo?

Ambos cruzaron sus miradas,

inquietos.

—¿Y si subimos todos, señor? —La voz de Duff sonaba casi suplicante—. Es un barco muy grande.

—Además —añadió Stepanek—, no me quiero quedar solo en este maldito bote mientras ustedes dan vueltas por ahí arriba, señor.

—Está bien —concedió O’Leary—. Asegurad bien el bote antes de subir. Si se nos escapa a la deriva, el viejo nos hará picadillo a los tres. Especialmente a mí.

En menos de un minuto, el oficial y los dos marineros ataron el bote y comenzaron a gatear por los restos

destrozados que colgaban del costado. O'Leary trató de controlar el ritmo de su respiración mientras trepaba. Estiró el brazo y se agarró a la barandilla de la borda del *Valkirie* para subir de una vez a bordo.

Y, entonces, pasaron varias cosas a la vez.

La primera fue que O'Leary volvió a tener frío, pero un frío atroz que se le colaba en los huesos y le robaba el aliento. El metal de la borda estaba tan helado que el oficial tuvo que reprimir un grito de dolor.

Lo segundo que le impresionó fue el silencio. No se oía nada a bordo de

aquel barco.

Y lo tercero fue la sensación agobiante de que le estaban observando.

Los tres marineros se agruparon al lado de la borda, vacilantes.

—Iremos hasta la proa, y después hasta el puente —dijo, tratando de controlar su voz—. Y si no hay nadie a bordo, largaremos un cabo hasta el *Pass of Ballaster* para remolcarlo hasta puerto. ¡El rescate de un barco como éste va a suponer una pequeña fortuna!

Mientras caminaba por la cubierta alumbrando con su linterna el suelo que pisaba, O'Leary sintió de pronto una corriente de excitación. Hasta ese

momento no había caído en que si el barco estaba abandonado, según las leyes marítimas internacionales, se convertía en un bien abandonado que un tercero podía rescatar. Y la prima que tendría que pagar el armador sería monstruosa.

—¿Oís eso? —preguntó de repente Stepanek, sacando al contramaestre de sus ensoñaciones.

O'Leary aguzó el oído, sin distinguir ningún sonido en especial.

—¿Qué es lo que se supone que tenemos que escuchar? Yo no oigo nada.

—Precisamente, señor —replicó Stepanek, con voz lúgubre—. No se oye

nada.

O'Leary tardó un momento en comprender lo que el marinero estaba tratando de decir. No era sólo que no hubiese voces ni sonidos de maquinaria. No se oía absolutamente nada, aparte de sus pasos. Ni un crujido de metal, ni una claraboya golpeando al cerrarse, ni siquiera una ráfaga de viento silbando en una driza.

Nada.

«Es como si todo el barco estuviese conteniendo la respiración». La idea, viscosa como una culebra, se coló en la mente de O'Leary. «Nos está observando».

—Dejaos de bobadas —susurró, sin darse cuenta de que había bajado la voz—. Vamos al puente y acabemos con esto cuanto antes.

El paseo lateral del *Valkirie* se perdía en la negrura. Los haces de las linternas de los marineros tan sólo alumbraban unos cuantos metros delante de ellos, y la humedad trazaba curiosos dibujos en el aire. O'Leary observaba con ojo experto los pescantes de los botes a medida que iban pasando a su lado. Desde el desastre del *Titanic*, apenas veintisiete años antes, todos los cruceros del mundo estaban obligados a llevar botes salvavidas suficientes para

todo el pasaje y la tripulación. El *Valkirie* era bastante más pequeño que el *Titanic*, pero aun así la cantidad de botes salvavidas resultaba abrumadora. Y no faltaba ni uno.

Todos parecían estar trincados y con las cubiertas de mal tiempo extendidas sobre ellos, sin señales de que los hubieran movido nunca. O'Leary se hubiera jugado el pescuezo a que el único bote descolgado en todo el barco era el que pendía destrozado unos cincuenta metros más atrás y por el que habían subido a bordo.

Un golpeteo metálico sonó unos metros más adelante. Era como un clic-

clac desacompasado, fuerte al principio y más suave al final. Los tres marineros se quedaron paralizados, sin mover un músculo.

—¡Hola! —gritó O'Leary, con una voz menos firme de lo que le hubiese gustado—. ¿Hay alguien ahí? ¡Hola! ¿Quién va?

Se oyó un susurro agitado y el sonido de algo rasposo deslizándose, pero eso fue todo. Nada se movía en medio de la oscuridad.

—*Zdravo Marijo, milosti puna, Gospodin s tobom, blagoslovljena ti medu ženama...* —Stepanek rezaba entre dientes a la vez que intentaba

perforar la negrura con sus ojos. Era la segunda vez que lo hacía aquella noche, pero en aquel momento a ninguno de los tres le pareció fuera de lugar.

—Bueno, ya es suficiente.

De pronto, O'Leary estaba profundamente irritado. Tenía frío, estaba cansado, se encontraba a bordo de un barco que no era el suyo y encima algún gilipollas con un sentido del humor retorcido tenía ganas de jugar a los fantasmas con ellos. Demasiado para una noche.

—¡Soy el primer oficial O'Leary, del buque británico *Pass of Ballaster*! —gritó—. ¡No tiene nada que temer, sea

quien sea! ¡Estamos aquí!

No sucedió nada. Nadie respondió.

Por eso, cuando oyeron el susurro a sus espaldas, su sangre se transformó en algo espeso y frío como el hielo.

¡Estaaaaamooooos aquíiii!

Stepanek se volvió a tal velocidad que empujó a un demudado Duff, y ambos trastabillaron sobre O'Leary. Antes de que pudiesen darse cuenta, los tres estaban en el suelo, hechos un lío de brazos y piernas.

—¿Quién está ahí? ¿Quién va, joder? ¿QUIÉN? —La linterna de Stepanek bailoteaba en todas direcciones mientras el marinero trataba

de incorporarse.

—¡Vámonos de aquí! ¡Vámonos de aquí de una vez, por favor! —En la voz de Duff había un matiz histérico.

—¡Callaos, estúpidos! —rugió O’Leary, poniéndose la gorra. Estaba tan nervioso que lanzaba salivazos al hablar —. ¡No vamos a ir a ninguna parte! ¿Entendido?

Miró con los ojos inyectados en sangre a los dos marineros, que se retorcían como niños inquietos.

—¿Qué pretendéis? ¿Volver a nuestro barco y contarle al viejo que hemos escapado de un montón de fantasmas? ¡Nos mandaría de vuelta a

patadas! ¡Comportaos como hombres! ¡Sólo tenemos que subir al puente de mando, comprobar que el barco está vacío y lanzar un cabo para remolcarlo! —Cambió su tono de voz, tratando de ser persuasivo—. En cuanto hayamos acabado nos volvemos al *Pass of Ballaster*, salimos de esta condenada niebla y nos olvidamos de este asunto hasta llegar a Bristol. ¿Vale?

Los dos marineros, habituados a la disciplina marítima, asintieron con más duda que fe en los ojos.

—Pero esa voz... —Duff hizo un último intento, vacilante.

—Esa voz era el eco, idiota —

replicó O'Leary—. Y ha sonado a nuestras espaldas por culpa de algún efecto acústico. Quizá la disposición del paseo del barco, o la niebla. Puede deberse a mil cosas. Lo estudié en la escuela de oficiales, hace años.

Duff y Stepanek volvieron a asentir, algo más calmados. Pero mientras continuaban caminando, O'Leary no se sentía precisamente tranquilo. Porque sabía que la explicación que les acababa de dar era una mentira monstruosa, y que no había ninguna explicación para aquel fenómeno acústico, al menos que él supiera. Y, además, había otro pequeño detalle.

O'Leary estaba totalmente seguro de que la voz que había sonado en el eco no era la suya.

IV

El oficial se guardó sus pensamientos para sí mismo, pues justo en ese instante se toparon con una puerta abierta de par en par.

—¿Crees que esto fue lo que hizo el ruido de antes? —preguntó Duff, nervioso.

—Puede ser —replicó Stepanek mientras hacía oscilar la puerta un poco y arrancaba un chirrido de los goznes—. El viento puede haberla movido.

—Evidentemente, ha sido eso —dijo O'Leary, poco convencido.

Los tres hombres cruzaron el umbral de la puerta y se adentraron en el interior del *Valkirie*, no sin antes lanzar una última mirada dubitativa hacia la bruma que ocultaba el horizonte.

El interior estaba totalmente a oscuras, pero aparte de eso no se apreciaba nada fuera de lo común. Estaban en un corredor largo, con las paredes recubiertas de madera veteada, y el suelo estaba tapizado con una gruesa alfombra roja que amortiguaba el sonido de sus pisadas. Los tres caminaban muy pegados iluminados por sus linternas que arrancaban brillos de los remates de cobre de las puertas y de

las lámparas empotradas en el techo.

El pasillo desembocaba en un corredor aún más largo con puertas a los lados. Cada pocos metros se detenían y voceaban un potente «¡Hola!», pero no parecía haber ni la más mínima actividad en el interior de aquel buque.

De repente se dieron de bruces con una gran puerta doble de madera de roble que cerraba el final del pasillo. Tras vacilar un instante, O'Leary apoyó la mano en el pomo de la puerta. Estaba convencido de que iba a sentir *algo*. Pero tan sólo era un pomo común y corriente, frío y sin nada especial.

Tiró de las dos puertas y durante un

breve momento se quedaron sin respiración. Estaban en una gran sala ovalada, decorada con mucho más lujo que los pasillos por los que habían llegado hasta allí. Era grande, muy grande, mucho más que cualquier compartimento del *Pass of Ballaster*.

En medio de la sala arrancaba una enorme escalera de madera y mármol que se bifurcaba en dos brazos y que daba acceso a una amplia sala en la planta superior que no podían ver desde allí. Las balaustradas de la escalera estaban compuestas de gruesas piezas de roble taraceado que formaban volutas hasta fundirse en el pasamanos, de una

veta de madera más oscura. Los escalones, de mármol blanco, brillaban bajo la luz de las linternas; estaban grabados alternativamente con las palabras «*Valkirie*» y unas siglas — KDF— que el oficial no conocía.

O'Leary reparó en que en el remate de ambos pasamanos había dos águilas con las alas extendidas que sujetaban una corona de laurel con sus garras, en medio de las cuales campeaba una cruz gamada que tocaba el suelo del vestíbulo.

El motivo se repetía de manera casi obsesiva por varios puntos del hall, incluida una cenefa que bordeaba todo

el techo, compuesta de águilas puestas de perfil cada una de las cuales sujetaba su pequeño emblema del Reich. Para completar la escena, en el rellano central de la escalera, donde en cualquier transatlántico inglés o norteamericano tendría que haber estado el reloj o una estatua clásica rodeada de querubines rechonchos, colgaban dos banderas. Una era la bandera roja con la cruz gamada del Reich. La otra era muy parecida, sólo que era azul, y los brazos de la esvástica parecían estar formados por haces de rayos de sol circulares, colocados alrededor de una rueda dentada, con las siglas KDF debajo de

ellas.

—¿Dónde estamos, señor?

—Creo que es el hall principal del barco. —Apuntó su linterna hacia arriba, arrancando un millón de reflejos de una lámpara de cristal de araña situada sobre sus cabezas—. Si no me equivoco, por ahí se debe de ir al salón principal. Y por ahí —giró la linterna mientras hablaba— deberíamos poder subir hacia el puente.

—¿Y esas banderas? —preguntó Duff, inocente.

—Es un barco alemán, capullo. —Stepanek le dio un empujón—. ¿Es que no lees la prensa? Ésa es la bandera de

los *boches*. Llevan agitándola sin cesar desde hace unos años. A veces da la sensación de que es lo único que hacen —añadió enfurruñado—. Desfilan y agitar esa maldita bandera.

—No perdamos el tiempo —suspiró O’Leary—. Tenemos mucho que hacer.

Subieron la escalera a paso rápido, sin detenerse a contemplar los cuadros colgados de las paredes. Al llegar al rellano superior se volvieron hacia las puertas de cristal que daban paso al comedor principal. Nada más entrar los asaltó el olor.

—¡La madre que me...! —se le escapó a O’Leary—. Eso que huelo es...

¿cordero?

—Creo que sí —gruñó Stepanek—. Y salchichas también, si no me equivoco.

—Mire esto, señor. —La voz de Duff era un hilo casi inaudible.

La linterna del marinero se paseaba sobre una de las mesas circulares situadas más cerca de la puerta.

La mesa estaba servida para doce comensales, con todo lujo de detalles. Los vasos, de cristal tallado, llevaban grabada el águila por un lado y las siglas KDF por el otro, igual que los platos. Las servilletas, rojas y azules, estaban dobladas con primor, y el centro

de mesa era un enorme frutero cubierto de manzanas y naranjas dispuesto de forma artística. La luz de las linternas arrancaba destellos plateados de los cubiertos, que esperaban al lado de cada plato a unos comensales que no estaban allí.

Junto a los vasos había un pequeño platillo de cerámica sobre el que estaba depositado un bollo de pan. O'Leary se acercó a la mesa y cogió uno de aquellos panes. Lo apretó y el bollo soltó un suave crujido al mismo tiempo que un delicioso aroma a pan recién horneado impregnaba el aire.

—Aún está fresco —murmuró,

atónito—. No debe de llevar hecho ni una hora.

Su mirada no se podía apartar de la mesa. Los platos estaban impolutos y en el centro había una enorme fuente de carne, como si estuviese esperando a que alguien se animase a servirla. Una de las copas estaba medio llena de vino tinto. Y O'Leary se habría jugado sus galones a que en el borde del cristal estaban dibujados los labios de una mujer.

Caminó por el resto de la sala, sin ser consciente de que aún llevaba el bollo de pan sujeto en la mano. Había al menos otras veinte o treinta mesas en

aquel enorme comedor, y todas estaban dispuestas de la misma manera. La mayoría estaban preparadas para que un pasaje inexistente se sentase en ellas. Incluso en una de ellas había platos con restos de comida y las sillas apartadas a toda prisa, como si unos comensales madrugadores hubiesen llegado un poco antes que el resto al comedor y de repente hubiesen tenido que salir a toda prisa.

—Deberíamos haber traído una arma —masculló Duff.

—Cállate la boca —replicó Stepanek, de muy mal humor.

El ambiente era silencioso y

fantasmagórico. Unos cochinitos asados colocados en unas bandejas sonreían sardónicos, como si supiesen un secreto que sólo entre ellos podían compartir. Un bloque de hielo se derretía lentamente en una champanera, donde tres botellas de vino de Riesling nadaban libres y todavía frías.

O'Leary metió la mano en el recipiente y sacó una de las botellas.

—No debe de hacer ni dos horas desde que metieron esta botella aquí —dijo mirando lo que quedaba de hielo. Apoyó la botella de nuevo y se frotó los ojos, cansado—. No entiendo nada.

—¿Dónde está todo el mundo,

oficial? —Duff hizo en voz alta la pregunta que los tres se llevaban formulando desde el primer momento.

—No tengo ni idea —murmuró O’Leary—. Aquí, desde luego, no están.

—El barco es muy grande. Quizá estén todos en sus camarotes —apuntó Duff.

—O refugiados en la bodega —añadió Stepanek, mientras deslizaba la mano sobre un bollo de pan aún caliente con una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Por qué diablos querrían refugiarse en la bodega? —O’Leary alumbró el escenario. Los instrumentos

de la banda estaban perfectamente colocados, esperando que alguien atacase un *ragtime* en cualquier momento—. No tiene ningún sentido.

El oficial pensaba a toda velocidad. Ya habían pasado más de veinte minutos desde que habían salido del *Pass of Ballaster*, y cayó en la cuenta de que nadie a bordo del carbonero sabía dónde estaban ellos tres en aquel momento. El capitán se había equivocado al mandarlos hasta allí. El *Valkirie* era demasiado grande para que lo revisaran tan sólo tres personas, y el tiempo se les agotaba.

Miró a sus dos hombres. Parecían

estar a un solo grito de cagarse en los pantalones, pero era lo que había.

—Tenemos que dividirnos. Sé que no os apetece, y que parece una mala idea, pero es lo único que podemos hacer. —Se volvió hacia el marinero más joven y trató de poner su voz más persuasiva—. Duff, vuelve por el pasillo y dirígete a la proa del *Valkirie*. Haz señales a nuestro barco y que te lancen un cabo guía para poder remolcar el crucero. Mueve el culo. ¡Vamos!

El joven salió corriendo con una expresión de evidente alivio dibujada en el rostro. Cualquier cosa era mejor que estar metido allí dentro y, además, en la

proa estaría a la vista del *Pass of Ballaster*, incluso aunque fuese rompiéndose los brazos tirando del pesado cabo de remolque.

—Stepanek, tú localiza la sala de máquinas. Cuando el barco esté asegurado vamos a necesitar potencia y electricidad.

—Es cierto —gruñó el croata—. Sin motor, será como remolcar un condenado iceberg.

—Busca cómo llegar a la sala de máquinas y memoriza el camino. No quiero que nuestro maquinista esté más tiempo del necesario a bordo de este barco. Y te prometo que cuando

lleguemos a puerto te pagaré la pinta de cerveza más deliciosa que hayas tomado en tu vida.

Stepanek pestañeó un par de veces y exhaló aire. El veterano marinero encajó en su cabeza la idea de internarse en las tripas oscuras de un barco abandonado con la fría resignación acumulada después de muchos años en el mar.

—¿Y usted adónde va, señor?

—Yo subiré al puente. Hay que comprobar que el timón no esté trabado o todo lo que hagamos será inútil. Venga, el tiempo apremia.

O'Leary se despidió del marinero con una palmada en la espalda. Llevado

por un repentino impulso se volvió hacia Stepanek, que se encaminaba al hueco negro de la escalera.

—Ten cuidado —murmuró, sin saber muy bien por qué.

Nunca supo si el marinero llegó a oír sus palabras.

Tomando aire, dio la vuelta y se encaminó hacia el hall decorado con águilas. En 1925, antes de convertirse en el primer oficial del *Pass of Ballaster*, O'Leary había servido como suboficial en muchos barcos, incluida una estancia de un año en el *Highland Chieftain*, un transatlántico de la Nelson Line que hacía la ruta con Sudamérica. Si el

Valkirie tenía la misma distribución que el resto de los cruceros de lujo, entonces en alguna parte de aquel piso tenía que haber una escalera que conectase directamente con el puente.

Al cabo de cinco largos minutos de búsqueda dio con ella. Era una puerta de metal disimulada en una lámina de madera de roble que recubría la pared del fondo de la pista de baile. Habría pasado por delante sin darse cuenta si no hubiese sido porque el roce de la puerta sobre la alfombra había dejado una marca visible en el tejido.

La puerta daba a una escalera de servicio sin ninguno de los adornos que

decoraban el espacio abierto a los pasajeros. Era una vía rápida para comunicar el puente del barco con el salón de baile y el comedor. Cuando el capitán del *Valkirie* se aburría de dar caba a damas sudorosas sentadas a su mesa en las cenas de gala, podía escaparse por allí con la excusa de que le reclamaban en el puente. Y si había una urgencia de verdad, era la manera más rápida de llegar.

Los pasos de O'Leary arrancaban sonidos metálicos de los escalones a medida que iba subiendo tramo tras tramo de escalera. Finalmente llegó a un rellano en el que se abrían un par de

puertas. En una de ellas había un cartel en el que ponía *Funkraum*. El alemán rudimentario de O'Leary le permitió adivinar que aquélla era la sala de radio.

Algún oficial gracioso había pegado en la puerta una hoja de papel con un dibujo a lápiz. En el dibujo se veía a un técnico reparando una radio. Su mano estaba metida dentro del aparato y todos sus pelos estaban erizados, como si estuviese recibiendo una descarga eléctrica.

Sin dudar, asió el pomo de la otra puerta y se encontró en el puente de mando. A diferencia de la escalera, el

puede estaba tenuemente iluminado. Por un segundo, O'Leary pensó que Stepanek había conseguido de algún modo recuperar el fluido eléctrico. Tan sólo tardó un momento en comprobar que la luz provenía de los dos reflectores montados sobre el puente del *Pass of Ballaster*.

Se acercó hasta el ventanal situado al lado del timón y miró hacia la proa. Desde allí, empujado por la distancia, podía ver a Duff. El marinero, colocado junto a la boca del ancla, sudaba la gota gorda mientras halaba un cabo de esparto que, a su vez, estaba atado a un cabo de remolque mucho más

grueso. Habitualmente, aquel trabajo se hacía entre tres o cuatro hombres, y el pobre diablo se lo estaba comiendo él solo, pero no parecía muy descontento. Desde el *Pass of Ballaster*, que se había arrumbado a apenas medio cable de distancia, el capitán McBride no paraba de darle indicaciones.

De repente, O'Leary se sintió muy solo allí arriba, en el puente del *Valkirie*, donde nadie le podía ver. Un miedo irracional a que su barco se alejase y lo dejase abandonado en medio del océano, en aquella especie de casa encantada flotante, se le agarró al corazón.

El oficial cerró los ojos y trató de tranquilizarse. Se estaba dejando llevar por el pánico. Miró a su alrededor y comprobó que el puente estaba impecable, pero no había ni rastro de presencia humana. Se acercó a la mesa de derrota y echó un vistazo. La carta náutica indicaba el curso del barco. Al parecer, el *Valkirie* había salido del puerto de Hamburgo tan sólo cinco días antes. Apoyado sobre el mapa estaba el lápiz de grasa que se utilizaba para marcar el curso del buque. O'Leary lo sujetó entre sus dedos y lo observó, pensativo. Estaba recién afilado. Alguien lo había afilado *después* de

haber hecho la última anotación, que parecía ser de...

El grito resonó con tanta fuerza que el oficial sintió por un momento cómo la sangre dejaba de circularle por las venas para refugiarse en sus tobillos. Era un alarido extraño, ululante, que subía y bajaba de intensidad, como emitido por un animal al que estuviesen torturando. El grito paró durante un segundo y por un instante O'Leary se preguntó si no se lo habría imaginado, pero entonces volvió a oírlo con toda claridad. Era un aullido inhumano, en el que resonaban con absoluta exquisitez un millón de dolores distintos, como

cristales clavándose en la palma de una mano. Y era una voz conocida.

«Stepanek».

O'Leary salió corriendo del puente mientras el foco de su linterna despertaba sombras de forma alocada en los rincones. Justo antes de atravesar la puerta, vio apoyado el cuaderno de bitácora al lado del puesto de mando. Lo cogió al vuelo y, mientras un rincón de su cabeza le susurraba que aquel libro no debería estar allí, sino en el camarote del capitán, comenzó a bajar los escalones metálicos de dos en dos, arrancando ecos en el hueco de la escalera.

El grito de Stepanek subía y bajaba como si fuese la señal de una radio mal sintonizada y a punto de perder la recepción. Cada vez que O'Leary se detenía para recuperar la respiración aguzaba el oído, tratando de localizar de dónde provenía el aullido. Cruzó a oscuras el salón de banquetes, gritando el nombre del marinero, pero éste no respondía. Seguía gimiendo, incansable, como si no pudiese oírle... o no fuese capaz de responderle.

O'Leary llegó al hueco de la escalera que bajaba hacia la sala de máquinas y dudó. La oscuridad que impregnaba aquella parte parecía tener

consistencia y densidad propias, como si fuese una especie de gel espeso que se enroscaba en el aire. Por un momento se le pasó por la cabeza retroceder, volver a bordo del *Pass of Ballaster* y pedir ayuda. Un aumento de dos octavas en el gemido de Stepanek, le puso de nuevo en marcha. Sujetando el cuaderno de bitácora con una mano a modo de improvisado escudo y con la linterna en la otra, bajó tramo tras tramo, tragando saliva al llegar a cada rellano.

Cuando ya había perdido la cuenta de los escalones que había bajado, llegó a una planta que se dividía en tres ramales. Al fondo de uno de ellos se

adivinaba, tembloroso, el rayo de luz amarilla de una linterna. O'Leary caminó hacia allí, con paso firme, mientras sentía cómo el aire que le rodeaba era cada vez más espeso y caliente. Aquel lugar estaba cargado de electricidad estática. Derrumbado en el suelo, hecho un ovillo, estaba Stepanek, de espaldas. Al llegar a su lado pudo distinguir el inconfundible aroma acético de la orina picándole en la nariz.

O'Leary apoyó su mano en el hombro del marinero para girarlo hacia la luz de su linterna y soltó una exclamación de puro terror. Stepanek temblaba de forma incontrolable. Sus

ojos giraban enloquecidos en las órbitas y manaba sangre de la boca y de las fosas nasales. Horrorizado, O'Leary se dio cuenta de que el marinero posiblemente se había mordido la lengua.

—¡Stepanek! ¡Stepanek, despierta!

Sacudió por las solapas al croata, pero la mente de aquel hombre parecía encontrarse a un millón de kilómetros de allí, en un lugar especialmente horrible y tenebroso. De golpe, O'Leary decidió que ya era suficiente. No estaría ni un minuto más en aquel condenado barco.

Se metió el libro de bitácora dentro de los pantalones y se echó al hombro al

marinero, como quien carga un saco. Sujetó la linterna con la mano que le quedaba libre y volvió sobre sus pasos, hacia la escalera. Mientras caminaba, tuvo la sensación inconfundible de que había alguien (o *algo*) detrás de él, pero no se atrevió a volverse para ver qué era.

«No mires. Camina. Sal de aquí».

«No mires».

El ambiente estaba tan cargado de estática que los pelos de los brazos se le erizaron cuando subía los escalones; el corazón galopaba dentro de su boca. Un zumbido monocorde parecía haber inundado todo el barco, como un

diapasón moribundo vibrando. La ondulación le subía por las plantas de los pies y le retumbaba en la cabeza. Se secó el sudor de la frente.

Estaba de nuevo en el salón de banquetes. La puerta del fondo conducía a la pista del salón de baile y a la escalera con las banderas. Ya casi estaba fuera.

Entonces lo oyó. Al principio, entre los gemidos de Stepanek y su respiración agitada casi no lo pudo distinguir. Era como un gañido suave, que venía de su derecha. Movi6 la linterna hacia aquel punto, temiendo lo que pudiese descubrir.

No había nada, excepto un bulto de ropa apoyado de cualquier manera en el centro de la pista. O'Leary tragó saliva y notó cómo un pequeño chorrito de líquido mojaba su ropa interior. El montón de tela no estaba allí cuando habían pasado por aquel punto, diez minutos antes. Estaba seguro.

El gañido se repitió y O'Leary comprobó con espanto que el bulto de tela se movía. En un estado casi hipnótico, se fue acercando mientras los ruidos se multiplicaban a su alrededor. Una silla cayó al suelo, como sacudida por una vibración. En una mesa del fondo, unos platos se estrellaron contra

el suelo. El zumbido era cada vez más alto.

Llegó al lado del bulto y enfocó la linterna.

Era un niño. Un bebé de pocos meses, que se removía inquieto y que de vez en cuando soltaba un gemido ahogado, como si estuviese demasiado débil o demasiado agotado como para llorar con más fuerza.

O'Leary no lo pensó dos veces. Aunque la vocecita de su cabeza chillaba aterrada, insistiendo en que dejase a aquel bebé en el suelo y saliese de allí, el oficial se agachó y sujetó al niño bajo el brazo izquierdo, como si

fuese un paquete. Tambaleándose por el peso de Stepanek y del crío, cruzó el salón lo más rápido que pudo hasta llegar a la escalera de las banderas. Sin mirar hacia ningún lado, concentrado únicamente en dar el siguiente paso, caminó hacia la puerta notando cómo los bordes puntiagudos del libro que llevaba metido en la cinturilla del pantalón se le clavaban en las ingles.

Ya estaba en el último pasillo. Ya quedaba poco. De súbito, una forma opaca se materializó delante de sus ojos. O'Leary sintió cómo un gemido ahogado le subía por la garganta. Faltaba tan poco... La figura levantó la linterna

hasta su cara. Era Duff.

—¡Señor! ¿Qué está pasando? ¡Todo el maldito barco vibra! ¡Eh! ¿Qué le ha pasado a Stepanek?

O'Leary experimentó tal alivio que por un momento pensó que iba a desmayarse.

—Ayúdame con esto. —Le pasó el cuerpo inerte de Stepanek a Duff—. ¡Tenemos que salir de aquí YA!

—No me lo diga dos veces, señor —contestó Duff con cara de pánico sujetando a su compañero.

O'Leary sacó el libro de sus calzoncillos con evidente alivio, se lo puso bajo el brazo y cogió al niño de

una forma más ortodoxa. Siguiendo la luz de Duff salieron al exterior y por tercera vez aquella noche tuvo que contener un grito de asombro.

La niebla que había estado envolviendo el *Valkirie* hasta ese momento parecía estar en la boca de una enorme aspiradora. Los jirones de vapor se retorcían y giraban alrededor del barco, como si un tornado los estuviera arrastrando. El *Pass of Ballaster* había rolado hasta su costado, arrastrando el cabo de remolque que había colocado Duff, y desde la borda O'Leary podía distinguir la figura preocupada del capitán, que le hacía señas.

Sin dudarle ni un minuto saltaron a su bote y comenzaron a remar hacia el carbonero como si pretendiesen batir un récord de velocidad. El agua despedida por los remos les salpicaba los ojos, pero no apartaron ni por un momento las miradas del buque transatlántico, que parecía palpitar a pocos metros de ellos.

Mientras se amarraban al *Pass of Ballaster* y subían a bordo, O'Leary no podía dejar de preguntarse quién era el niño que se removía abrigado contra su pecho.

Y, sobre todo, qué diablos acababa de pasar en aquel barco.

KATE

V

Londres, hoy

06.30 a.m.

El zumbido penetrante del despertador atravesó los tímpanos de Catalina Soto. La joven se sacudió en la cama, tratando de liberarse de los últimos zarcillos de sueño que la mantenían atada, y apagó el despertador con un golpe seco. Se volvió de nuevo, todavía sin abrir los ojos, y su brazo izquierdo se deslizó por el otro lado de la cama. Un lado vacío y frío desde hacía semanas.

Catalina tuvo que hacer un esfuerzo heroico para no darse de nuevo la vuelta y seguir durmiendo. Dormir le permitía estar lejos, le permitía no pensar. No acordarse de él. Durmiendo no dolía tanto.

Se había pasado la primera semana en un estado de duermevela permanente, conscientemente atontada, primero por el *shock* y más tarde con la ayuda de un puñado de pastillas de colores que alguien había puesto en su mano, quizá temiendo que, si no lo hacía, el derrumbe podría ser inminente. Había pensado que el paso del tiempo lo haría más soportable, pero la segunda y la

tercera semana no fueron mucho más agradables.

Robert ya no estaba. Tenía que admitirlo de una vez. Se le hacía muy complicado aceptarlo. Desde que había salido de casa de sus padres, diez años atrás, cerrando de un portazo todo su pasado, la figura de Robert siempre había estado a su lado. En ocasiones cerca, a veces más lejos, pero nunca demasiado. Robert había sido primero un ligue de verano, más tarde el hombre del que se había enamorado y después, simplemente, el centro de su vida, el eje en torno al que giraba todo: el sol, la luna, los planetas y ella misma. Y un día,

de repente, ya no estaba. Había desaparecido. Puf. Adiós, Kate.

Recordaba perfectamente el día en que había dejado de ser Catalina Soto para convertirse en Catalina Kilroy. Kate Kilroy. Robert nunca entendía por qué se reía como una chiquilla cada vez que veía sus iniciales. Se habían casado nada más salir de Barcelona, como si temiesen que, de no hacerlo, se pudiese romper el encantamiento. Quizá fue buena idea, porque la magia había durado cinco largos años. Hasta el último día.

Kate —ya nadie la llamaba Catalina, excepto su madre— se levantó

entumecida y encendió la cafetera, tropezando con las sillas de la cocina. Mientras el café se hacía con un borboteo se dio una larga ducha de agua fría que le sacó los últimos restos de sueño de la cabeza. Veinte minutos más tarde, cuando salía de su apartamento en la calle Cheyne Walk, en pleno corazón de Chelsea, nadie podría haber creído que la impecable mujer vestida de ejecutiva que se subía a un taxi era la misma joven desgredada y con los ojos hinchados de un rato antes.

Las oficinas del *London New Herald* estaban a tan sólo quince minutos de su casa si el tráfico era

ligero. Cuando llegó, pasó su tarjeta por el torno electrónico de la entrada y se montó en el ascensor para dirigirse a la planta veinticinco del edificio. Mientras subían podía notar cómo algunos de los hombres que iban con ella en el ascensor la miraban de reojo. Era normal. Con apenas veintisiete años, alta, esbelta y con una espesa cabellera pelirroja que le caía en bucles por la espalda, Kate era de esa clase de mujeres que podían provocar un atasco de tráfico si se lo proponían. Sólo la expresión de sus ojos grisáceos, terriblemente cansada y vacía, delataba su tristeza.

Cuando llegó a su planta, el ruido de la redacción del periódico la envolvió con un arrullo suave y acogedor. El repiqueteo de los teclados, el sonido de los teléfonos, el murmullo de las conversaciones, todo era dolorosamente familiar y distinto a la vez. Kate se preguntó por enésima vez en lo que iba de mañana si había sido buena idea ir a trabajar.

Se detuvo, nerviosa, al lado de la mesa del vestíbulo. Una de las secretarias levantó la cabeza y al verla abrió mucho los ojos. Cuando Kate la miró desvió la vista, pero se inclinó hacia su compañera y le dijo algo al

oído. Otra mirada furtiva, más cuchicheos.

Algunas personas habían dejado de trabajar y estaban mirándola en aquel momento. Por los gestos y los movimientos de hombros, Kate se dio cuenta de que muchas de ellas estaban hablando entre sí. Hablando de ella, y de Robert, por supuesto.

No podía soportarlo más. Pensaba que iba a ser fuerte, pero no era así. Había sido un error ir a trabajar. Se dio la vuelta para salir y entonces tropezó con una mujer negra de unos cincuenta años vestida con un elegante traje de chaqueta color nácar y que llevaba un

maletín en la mano.

—¡Kate! Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó Rhonda Grimes, la directora del *London New Herald*. Su voz, legendaria por haber hecho temblar a cientos de redactores y becarios a lo largo de los años, estaba teñida en aquel momento de un tono preocupado—. ¿Sucedre algo, cariño?

—Hola, Rhonda —contestó Kate, tratando de controlar el temblor de su voz—. No pasa nada. Es sólo que... Pensaba que iba a poder, pero... —Notó que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Oh, cielo. —Rhonda apoyó la

mano en el brazo de Kate inclinándose hacia ella para hablarle en un susurro—: No dejes que te vean llorar. Vamos a mi despacho. Estaremos mejor allí.

Kate asintió mientras se restañaba discretamente una lágrima furtiva que amenazaba con escaparse. Una secretaria y un par de ayudantes apurados convergían sobre Rhonda en aquel momento, cada uno de ellos convencido de que los recados y las llamadas que tenían anotados en sus agendas eran de una urgencia capital. Rhonda Grimes, que no había llegado a directora del periódico por casualidad ni por falta de carácter, los despachó

con un gesto rápido, y los ayudantes se desperdigaron como palomas asustadas.

Cruzaron la redacción hasta llegar al despacho de Rhonda y ésta cerró la puerta detrás de ella. Entonces se volvió hacia Kate, que se había dejado caer en un sofá, con la cabeza vuelta hacia la ventana, y miraba con aire perdido la fantástica vista que se abría ante ella desde la altura. Medio Londres yacía a sus pies, vibrante y vivo.

«Qué joven es —pensó Rhonda—, y qué trágica es su vida con tan pocos años. No se lo merece».

—Pensaba que te ibas a tomar un par de semanas más antes de volver —dijo a

la vez que le acercaba una caja de pañuelos a Kate. Ésta los rehusó con un gesto. Si había tenido un momento de debilidad, ya había pasado. Volvía a ofrecer la imagen de ejecutiva implacable con la que había salido de su casa.

—No aguanto más en casa, Rhonda.

—Te entiendo —replicó—. Mucho tiempo libre para pensar.

—Demasiado —repuso Kate—. No soporto estar sin hacer nada. Hace que me sienta inútil. Y cada vez que giro la cabeza veo algo que me recuerda a él. Es demasiado, incluso para mí.

—¿Has pensado en buscar ayuda?

—apuntó Rhonda con cautela.

—No es ayuda lo que necesito, sino tiempo para ordenar de nuevo mi mundo —contestó Kate, masticando dolorosamente sus palabras—. Y no quiero tener que estar tomando Valiums y cosas por el estilo como quien come palomitas. Sabes lo que le pasa a la gente que abusa de esas mierdas. Acabas como un zombi, inflada como un odre y sin ganas de hacer nada. Ésa no soy yo, Rhonda.

—Lo sé, querida.

Ambas se quedaron en silencio por un momento.

—Todos lamentamos mucho lo que

le pasó a Robert, Kate —musitó Rhonda—. Todos lo echamos de menos.

Kate tragó saliva y no contestó nada. Cualquier cosa que dijese en aquel momento sonaría vacía.

—¿Ya sabes qué vas a hacer?

—Tengo que ir a Estados Unidos. Sus padres querrán tener sus cenizas.

Cuando pronunció la palabra «cenizas», el rostro de Kate se ensombreció aún más.

—¿Por qué? —preguntó Rhonda.

—Porque es lo correcto. Porque es lo que él querría. Y porque no sé qué otra cosa puedo hacer. —De repente, un brillo travieso, fugaz como un chispazo,

atravesó los ojos de Kate—. Además, no creo que estar en un bote sobre la chimenea del salón, sentado entre sus dos Pulitzer, como un jodido gato de la suerte meneando el brazo, formase parte de la idea de Robert acerca de cómo pasar la eternidad. Ya sabes lo presumido que era.

Ambas mujeres rieron quedamente, liberadas por un instante.

«Volvió la vieja Kate, irreverente y alegre, pero ha sido sólo un momento. Tranquilo, mundo. Sigo igual de jodida». El pensamiento restalló con tanta fuerza en la cabeza de Kate que casi pega un respingo.

Rhonda la miró con aire pensativo, como si hubiese tenido una idea.

—Kate, puede que tenga algo que te interese. Algo que te tenga ocupada y que te permita salir adelante. Y, además, me harías un gran favor.

La directora del diario comenzó a revolver entre las carpetas de su mesa, apartando montañas de papeles pendientes de revisar.

—Rhonda, gracias, pero no estoy de humor para cubrir una pasarela de moda, y si tengo que entrevistar a alguna *celebrity* estúpida y pagada de sí misma puede que la acabe asesinando.

—No es nada de eso —murmuró

Rhonda, empujando un enorme dossier a un lado—. ¿Dónde diablos lo he puesto? Juraría que tenía una copia por... ¡Ah, aquí estás!

Los collares de coral de Rhonda cascabelearon cuando levantó con gesto triunfal una carpeta de color morado. La mirada de Kate se encendió levemente con una chispa de interés. El morado era el color que se utilizaba en la redacción del *London New Herald* para los denominados «reportajes de fondo», aquellos que habían hecho famoso al periódico y que la dirección encargaba a sus periodistas más reputados. En aquellos pasillos había luchas feroces

entre los nombres más reconocidos por llevar alguno de aquellos temas a su mesa. Y Rhonda Grimes sostenía uno delante de ella, con una sonrisa intrigante, como un traficante ofreciendo droga en la puerta de un colegio.

—¿Me lo dices en serio? —preguntó Kate, sin apartar la vista de la carpeta, como hipnotizada. Por primera vez en semanas, Robert no ocupaba toda su cabeza—. Hasta ahora sólo he cubierto artículos de sociedad y cultura...

—«Hasta ahora» es la expresión correcta, querida —replicó Rhonda mientras abría la carpeta. Desde donde estaba, Kate sólo pudo ver una foto de

algo que parecía un enorme andamio—. Creo que estás preparada para algo de este estilo. Y no soy la única. Robert cree..., creía que podías hacer algo más que entrevistar a Justin Bieber o a Madonna. De hecho, este reportaje tendría que haber sido para él, pero planeaba prepararlo contigo.

Los ojos de Kate se nublaron. Robert había sostenido aquella misma carpeta, había pasado las hojas que contenía. Quizá las últimas horas de su vida las había consumido pensando en cómo abordar aquella historia que ella aún no conocía. De golpe, leer su contenido le parecía más importante que

cualquier otra cosa que pudiese hacer.

—¿De qué se trata?

—¿Te suena de algo Isaac Feldman?

—No lo sé. Creo que no. —De

repente, la periodista que vivía en su interior se sintió mortificada por no saber nada de aquel nombre—. ¿Debería?

—A no ser que te dediques a apostar en casinos *on-line*, no deberías —respondió la directora.

Rhonda sacó una foto de la carpeta y se la pasó a Kate. En la imagen se veía a un anciano de unos setenta años, de abundante pelo blanco, sorprendentemente fornido para un

hombre de su edad, con una barba de dos días y una expresión sorprendida en el rostro. No parecía muy contento de que le estuviesen sacando una foto.

—¿Quieres que investigue casinos *on-line*? —Kate se sintió de pronto desmoralizada.

—Nada de eso, querida. Llegarías tarde. Feldman es israelí con pasaporte británico, o inglés con pasaporte judío, según a quién le preguntes, y dueño de al menos cinco de las mayores casas de apuestas *on-line* que existen en el mundo. Y ha ganado muchísimo dinero con eso, por supuesto. Pero al parecer se ha olvidado de pagar los impuestos

correspondientes a los tres últimos años y está bajo investigación de Hacienda. —Rhonda sonrió—. Como ves, no es una investigación a la que te puedas sumar.

—Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Verás, Feldman está vaciando sus cuentas en el Reino Unido, o al menos eso se cree. Pero ha invertido cantidades ingentes de dinero durante los últimos cinco meses en un proyecto muy extraño, que está a punto de salir a la luz. Dicen que está obsesionado con él y que no le importa perderlo todo con tal de que salga adelante.

—¿Y qué es? ¿Fundar una Iglesia?

¿Montar una copia de Las Vegas en Dover? ¿Cazar ovnis?

—Es mucho más enigmático que todo eso. Robert creía que era la historia del año. Míralo tú misma.

Rhonda giró la carpeta y se la pasó a Kate, abierta por una página. En ella había una foto en color de un barco en muy mal estado, envuelto en andamios y colocado en las gradas de un astillero. Docenas de trabajadores pululaban como hormigas sobre el casco, arrancando capas de óxido y sustituyendo paneles agujereados por otros nuevos. Un trozo de la proa estaba al aire y, forzando la vista, se podía

adivinar el nombre del buque en las letras desvaídas y tapadas por años de mugre.

El barco se llamaba *Valkirie*.

VI

Una hora más tarde, Kate estaba subida en un taxi camino de la estación de tren de Victoria, con la carpeta morada apretada entre las manos. Al principio le había sorprendido lo poco que abultaba la documentación que había en ella, pero la falta de material suponía un reto para su mente voraz.

Había aceptado sin tener que planteárselo demasiado. Aquello la tendría lo bastante ocupada para no pensar en otra cosa durante al menos un par de semanas, y ese tiempo le vendría

bien para decidir qué hacer con los restos rotos de su vida. Mientras tanto, tenía que construir la noticia prácticamente desde la nada, y sólo tenía un extremo del ovillo para desenredar lo que intuía que era una historia apasionante.

Sacó la foto de Isaac Feldman y la examinó por tercera vez desde que había salido. Las facciones duras, el gesto de determinación en el rostro. Había algo magnético en aquel hombre, pero no podía descifrar exactamente el acertijo que ocultaba. Revisó las notas que acompañaban a la foto.

«Isaac Feldman, hijo de Abraham y

Lisa Feldman, nacido y criado en el barrio de Merseyside, cerca de Liverpool. Su padre era un peletero judío originario de Cracovia y su madre una ama de casa». El joven Feldman creció en un barrio conflictivo, y antes de cumplir los dieciséis años ya lo habían detenido dos veces. Al salir de una breve condena de dos semanas comenzó con un socio un pequeño negocio de reciclaje de baterías y dos años más tarde abrió una casa de apuestas, que con el tiempo se convirtió en un entramado de casas de apuestas on-line y de casinos que se extendió por medio mundo. Antes de cumplir los

cincuenta años ya era millonario. Había conseguido la doble nacionalidad con Israel de un modo muy oscuro. Además, se sospechaba que trasladaba dinero de países del Este hacia paraísos fiscales en el Caribe. Y ésa era toda la información disponible.

¿Qué interés podría tener un mafioso del juego, con su imperio económico en el punto de mira de la ley, para dedicar casi todas sus energías en poner a flote en tiempo récord un barco de más de setenta años? No tenía ningún sentido. Por más vueltas que le daba, Kate no lograba encontrar la relación. Simplemente, las piezas no encajaban.

La joven suspiró, desalentada. No era demasiado para empezar. Conseguir una entrevista con Feldman quedaba totalmente descartado. Al parecer, odiaba todo lo que se pareciese a un periodista. Lo único que tenía para empezar era la foto de aquel barco.

Antes de morir, Robert había rastreado la ubicación del *Valkirie* hasta el puerto militar de Denborough, cerca de Liverpool. Kate tuvo que contener las lágrimas mientras repasaba la apretada caligrafía de patas de araña de su marido. Sus notas, siempre tomadas de manera apresurada, y que por sistema

incluían un pequeño asterisco en la esquina inferior izquierda («Mi estrella de la suerte», decía siempre Robert), jalonaban todo el dossier. Kate casi podía imaginarse su puño resbalando por aquella hoja al tiempo que escuchaba de fondo a algún grupo de jazz de nombre oscuro. Robert, siempre Robert.

Kate se dirigía a Denborough. Desde la redacción del periódico había pactado una entrevista con el comandante encargado de las relaciones públicas de la base militar adonde había ido a parar el *Valkirie*. Necesitaba información sobre ese barco. Kate miró

su reloj. Si todo iba bien, podría estar en Liverpool al cabo de unas horas.

Aprovechó el viaje en el tren para dormir un poco. De hecho, cayó presa de un sueño tan profundo que no se despertó hasta el instante en que el convoy llegaba a su destino. Al salir, descubrió que el cielo estaba pintado de color gris oscuro y que diluviaba sin cesar. Las cortinas de agua caían en ráfagas impulsadas por el viento.

Otro taxi la llevó hasta la puerta de la base. Mientras esperaba a que el guardia de la puerta confirmase su identidad, Kate echó un vistazo por la ventanilla. Sobre ella, alumbrado por

dos focos de magnesio que lo teñían todo con una luz amarillenta, colgaba un enorme cartel que anunciaba que aquél era el depósito militar número 19 de la Royal Navy.

Kate se sorprendió al comprobar que aquel lugar parecía ser más bien un almacén que una base militar en activo. El guardia de la puerta tenía un aire aburrido, y la cerca que rodeaba el recinto no parecía capaz de detener a alguien auténticamente determinado a entrar. Cuando finalmente el taxi rodó dentro de la base, la joven comprendió por qué apenas no había seguridad.

Aquel lugar era como un enorme

cementerio de material al aire libre.

Aparcados puerta con puerta, filas enormes de camiones de los años sesenta se pudrían lentamente bajo la lluvia, apoyados en sus llantas deshinchadas. Contenedores cuadrados como los de los buques de transporte se apilaban en pirámides irregulares, como si fuesen un juego de mecano que un niño gigante hubiese decidido dejar esparcido por el interior de la base. Sólo Dios sabía qué podría haber en su interior. Por todas partes se veían cajas, vehículos que hacía años que no se utilizaban y enormes bobinas de cable devoradas lentamente por hiedras que

trepaban por sus costados. El ambiente de abandono era total.

Mientras el taxi rodaba lentamente por la pista de macadán hacia los edificios de la base situados en el arranque de la dársena, Kate adivinó la silueta de más de una docena de buques militares en la penumbra, amarrados al muelle. Al pasar cerca de uno de ellos observó los regueros de óxido que se desprendían de los ojos de buey. No daba la sensación de que ninguna de aquellas naves fuese a zarpar en un futuro cercano.

El taxi se detuvo frente a la puerta del edificio principal. En la escalera, un

hombre de uniforme con un amplio paraguas la estaba esperando.

—¡Bienvenida al depósito naval de Denborough! —La voz del hombre sonó con fuerza suficiente como para que se pudiera oír por encima de un huracán—. Soy el comandante Collins. Creo que hablé con usted por teléfono esta mañana.

—Soy Kate Kilroy. —Kate le tendió la mano al oficial, que la atrapó con sorprendente delicadeza para un hombre de su tamaño.

—No tiene usted acento irlandés... —comentó el comandante observándola con ojos atentos.

—Kilroy es..., era el apellido de mi marido. Mi apellido de soltera es Soto. Soy española, de Barcelona.

—Ah —musitó Collins, como si aquélla fuese toda la explicación que necesitaba por el momento—. Por favor, pasemos adentro. Hace una noche espantosa.

El interior de la oficina ofrecía un asombroso contraste con el caos del exterior. Todo estaba ordenado y limpio como si la mismísima reina fuese a pasar revista de un momento a otro. Una cafetera eléctrica borboteaba en una esquina, desprendiendo un delicioso aroma sobre la estancia, donde había

cuatro mesas y unos archivadores. Las pantallas de los ordenadores brillaban con un suave reflejo azulado que se confundía con la luz blanca de las lámparas del techo. Era, en definitiva, un lugar muy acogedor.

—Por favor, siéntese aquí. —Collins apartó con gentileza una silla para que Kate tomase asiento—. No recibimos muchas visitas en la Chatarrería, así que debe disculpar la falta de comodidades.

—¿La Chatarrería? —Kate enarcó una ceja.

—Así es como llamamos coloquialmente a la base —replicó

Collins—. Supongo que ya habrá adivinado el porqué.

—Lo cierto es que es un lugar muy... pintoresco. —Kate eligió cuidadosamente las palabras mientras se quitaba el abrigo.

—Es un lugar asqueroso —confesó Collins con una sonrisa chispeante—. El sumidero de la Royal Navy, el sitio adonde van a parar todos los trastos que nadie quiere, y eso me incluye a mí. Yo siempre la comparo con ese cajón donde guardamos esas cosas que ya no usamos... pero que no nos atrevemos a tirar, por si nos vuelven a hacer falta.

Kate sonrió, arrastrada por la

sinceridad y la alegría desbordante de aquel marino.

—Ya me hago una idea. Yo también tengo un cajón así en mi casa.

—¡Oh, pero éste es el cajón más grande de toda Inglaterra! —Señaló con su brazo hacia la ventana—. Ahora mismo tengo amarrados en ese muelle ocho destructores de la época de la guerra de las Malvinas, casi una docena de patrulleras de los años setenta, tres dragaminas y, si no me equivoco, debe de haber como veinte buques de otro tipo esparcidos por aquí y allá. Y todo eso sin contar con las toneladas de equipo obsoleto repartidas por todas

partes.

—Es usted dueño de un pequeño ejército, comandante —dijo Kate riendo.

—Tengo material suficiente como para declarar una guerra a un país pequeño. —Collins se encogió de hombros, con gesto cómico—. Siempre y cuando consiguiese que algo funcionase, por supuesto. ¿Le apetece un café?

Kate se dio cuenta de que no había comido nada desde el mediodía y de que estaba hambrienta. Junto a la cafetera había una caja llena de donuts, y las tripas le rugieron. Azorada, notó cómo

la sangre se le agolpaba en las mejillas.

—¡Me gusta la gente que es tan clara! —bufó Collins, con una carcajada, acercando la caja de donuts y la cafetera—. Pero, bueno, dejémonos de tonterías. Ha venido a que le cuente cosas de la Vieja Cabrona. ¿Verdad?

—¿La Vieja Cabrona? —repuso Kate, con medio donut metido en la boca.

—La Gran V, la Vieja Cabrona, la Trituradora, la Zorra de Hitler... Ha tenido muchos nombres a lo largo de los años.

Sacó un expediente amarillento del cajón de su mesa y lo abrió por la

primera página. Había una antigua foto en blanco y negro del *Valkirie*. En primer plano, dos hombres de uniforme posaban para el fotógrafo con distinta expresión. El más mayor de ambos, que llevaba galones de capitán, parecía satisfecho, mientras que el más joven, situado a su lado, tenía una expresión agotada y preocupada.

—El nombre oficial del barco es *Valkirie*. Fue construido en 1938 en los astilleros Blohm und Voss de Hamburgo, para una organización llamada KDF. — Levantó la cabeza y miró a Kate—. ¿Tiene usted idea de qué puede ser eso?

Kate negó con la cabeza al tiempo

que daba un sorbo a su taza de café.

—Según consta en el informe, hizo su viaje inaugural el 23 de agosto de 1939, con una tripulación de ciento cincuenta marineros y personal de a bordo y un pasaje de doscientas diecisiete personas. Cinco días más tarde, un buque carbonero, el *Pass of Ballaster*, se lo encontró a la deriva, sin energía eléctrica y con los motores apagados a ochocientas millas de Terranova.

—¿A la deriva? —preguntó Kate—. ¿Un accidente?

—Eso es lo más curioso —contestó Collins—. No lo sabemos. Al parecer

no encontraron a nadie a bordo.

—¿A nadie? —Kate se sorprendió—. Eso es imposible. Entre la tripulación y el pasaje debían de ser casi cuatrocientas personas. ¡Toda esa gente no se desvanece sin dejar rastro!

—Estoy de acuerdo —Collins frunció el ceño—, pero lo cierto es que, antes de remolcarlo hasta Bristol, el *Pass of Ballaster* buscó durante doce horas en los alrededores del punto donde encontraron al *Valkirie* y no hallaron nada en el mar. Y del barco no faltaba ni un solo salvavidas. Es un misterio.

—Entonces, a ver si lo he entendido

bien... —Kate apoyó la taza de café sobre la mesa y juntó las yemas de los dedos—. Un buque de transporte se encuentra un transatlántico vacío y a la deriva en alta mar, sin rastro de tripulación ni supervivientes, lo remolca hasta el puerto, ¿y nadie emprende una investigación? ¿Cómo es que no ocupó todas las portadas de la prensa? ¡Es una historia que debería ser conocidísima!

—Lo cierto es que unos días más tarde Alemania invadió Polonia y estalló la segunda guerra mundial —contestó el coronel, reclinándose en su silla—. Inglaterra y Francia le declararon la guerra a Alemania y de

golpe los periódicos tenían cosas mucho más interesantes que contar en las portadas. A la gente le interesaba saber si sus hijos iban a ir a morir en los campos de batalla de Flandes. Una historia extraña sobre un barco a la deriva no tenía cabida. Un barco alemán, por otra parte.

—Ya veo. —Kate tomaba notas mientras el coronel hablaba—. Así que supongo que no hubo ningún tipo de rastreo ni de investigación...

—¿Está de broma? —Collins sonrió con tristeza—. Durante los siguientes doce meses, los submarinos de Hitler casi acaban con Inglaterra. En el plazo

de quince semanas se hundieron cientos de barcos de transporte que suministraban materias primas a las islas. Miles de marineros aliados desaparecieron en el mar. Nadie se planteó ni tan siquiera organizar una investigación sobre una historia que, de repente, ya no era importante desde antes de nacer.

—¿Y qué pasó con el barco mientras tanto? —preguntó Kate.

—Al *Valkirie* lo «internaron», que es el término militar que se les aplica a las naves civiles de un país enemigo a las que se captura. —Collins pasaba rápidamente las hojas del informe—.

Sin embargo, había un problema legal, y era que había sido encontrado cuatro días *antes* de la declaración de guerra, por lo que técnicamente no se podía considerar un buque internado, pero tampoco podía ser legalmente un buque rescatado, porque era una nave que estaba bajo pabellón enemigo. Un lío burocrático, vaya.

—Supongo que eso no le haría ninguna gracia al armador del buque que lo trajo a puerto, el... —Kate consultó sus notas— *Pass of Ballaster*. Se quedaría sin el importe del rescate.

—Uf, ya lo creo. —Collins levantó un legajo que suponía casi la mitad del

expediente del *Valkirie* y se lo mostró a Kate—. Se pasó casi cuatro años pleiteando con la Royal Navy para reclamar la recompensa, pero fue en balde. Mientras la guerra estaba en marcha había otras prioridades. Ante la escasez de barcos, el Almirantazgo decidió usar el *Valkirie* como transporte de tropas y... aquí empieza lo extraño.

Kate se inclinó hacia delante. Estaba fascinada con la extraña historia que le contaba el coronel. Fuera, los relámpagos iluminaban de vez en cuando la habitación, como fogonazos gigantes.

—¿Qué pasó?

—Para empezar, que nadie consiguió

encender los motores del barco. Vinieron técnicos desde Londres, desmontaron pieza a pieza las máquinas y las volvieron a montar, y aun así no lograron nada. Los motores, simplemente, no se encendían. Trataron de sustituirlos por motores ingleses, pero la disposición de las levas que les habían puesto los alemanes en Hamburgo era tan distinta de las inglesas que fue imposible. Así que, finalmente, el barco no se movió del puerto de Liverpool y lo transformaron en una batería antiaérea flotante.

—¿Una batería flotante?

—Sí, para defender el puerto de los

bombardeos de la Luftwaffe alemana. Colocaron ocho cañones antiaéreos en las cubiertas, con sus dotaciones, y fondearon al *Valkirie* cerca de la refinería del puerto. Así estaba lo más cerca posible de los depósitos que tenía que proteger, pero en caso de que la aviación alemana los alcanzase y volasen por los aires, el barco podía cortar amarras y alejarse con la marea.

—¿Y qué pasó?

—Pues que la leyenda negra del *Valkirie* comenzó a gestarse. —Collins sostenía un viejo informe redactado en un papel tan frágil que parecía a punto de deshacerse en sus manos—. En

agosto de 1940, una bomba alemana cayó sobre una de las baterías y mató a todos sus servidores en el acto. Sin embargo, por increíble que parezca, el barco apenas sufrió daños. Al mes siguiente, explotó por accidente el polvorín de la batería número cuatro y mató a dieciséis soldados que estibaban proyectiles. Una vez más, al *Valkirie* sólo se le reventaron un par de mamparos. Las causas de la explosión nunca se descubrieron.

—Parece un barco gafe —comentó Kate, que no dejaba de escribir—. Supongo que nadie querría estar destinado en él.

—Aún no ha oído la mejor parte. —
Collins la miró, repentinamente serio—. El 21 de noviembre de 1940 fue la peor noche del Blitz alemán sobre Liverpool. Murieron cientos de personas sólo en aquel bombardeo. Pues bien, según consta en los informes, a las dos y cuarenta y cuatro de la mañana, en lo peor del bombardeo, las baterías instaladas en el *Valkirie* dejaron de hacer fuego. Al principio pensaron que el barco había recibido un impacto directo y se había ido al fondo, pero desde la refinería confirmaron que seguía allí, flotando a oscuras, y que simplemente habían dejado de disparar.

Adivine...

Kate sintió la boca repentinamente seca. Aquello era demasiado retorcido para ser verdad.

—No querrá decir que... —No continuó la frase.

—Eso quiero decir. Cuando subieron a bordo del *Valkirie*, las dotaciones de los ocho cañones habían desaparecido por completo. Como si nunca hubiesen existido.

VII

—La gente no desaparece así como así —murmuró Kate—. Supongo que más tarde los encontraron, ¿no?

—Lo cierto es que no, o al menos no consta en este informe —contestó Collins.

—¿Insinúa que el barco se los tragó, como al pasaje? —La voz de Kate estaba teñida de escepticismo.

—Nada de eso —dijo Collins—. ¿Conoce usted el principio de la Navaja de Ockham?

—Lo conozco —asintió Kate—.

Creo recordar que dice que cuando para un mismo hecho hay dos teorías posibles...

—La teoría más simple tiene más probabilidades de ser la correcta. — Collins acabó la frase.

—Y entonces, ¿su teoría cuál es? — preguntó Kate.

—Primero, los artilleros de esas piezas pertenecían al Home Guard, es decir, ni siquiera eran militares profesionales de verdad. —Collins apoyó la carpeta sobre la mesa y enumeró con los dedos—: Tenderos, abogados y lecheros vestidos de uniforme al lado de unos cañoncitos y

debajo de la Luftwaffe. Póngase en su lugar. De noche, se ven a bordo de un barco a oscuras, con fama de gafe, en medio de un bombardeo feroz y fondeados al lado de millones de galones de combustible inflamable. Mi teoría es que, simplemente, se cagaron en los pantalones y salieron por piernas de allí ante el riesgo de morir abrasados.

—¿Cree que desertaron?

—Es muy probable. —Collins se encogió de hombros—. En aquellos días, todo era un caos y apenas había control, sobre todo con la gente del Home Guard. Seguramente volvieron a

sus casas y al día siguiente se reincorporaron, o acabaron alistados en el ejército más adelante. Es imposible saberlo. En todo caso, estará de acuerdo conmigo en que eso tiene más sentido que pensar que un barco se los tragó.

Kate asintió, meditabunda. La historia tenía su lógica.

—Y, después de eso, ¿qué pasó?

—Poca cosa. —Collins revolvió los papeles, como si buscase algún orden en aquel dossier—. Al acabar la guerra, la armadora del *Pass of Ballaster* ya no existía, y el gobierno nacionalsocialista alemán, que era el propietario original del *Valkirie*, tampoco. Nadie reclamaba

aquel barco. En tanto las cosas se resolvían, decidieron remolcarlo temporalmente al depósito naval de Denborough y dejarlo en dique seco mientras decidían qué hacer con él. Pero dada su naturaleza y origen decidieron no hacer pública su ubicación o existencia, por si la Alemania comunista lo reclamaba. Era la guerra fría, entiéndalo. Y aquí se pasó los siguientes sesenta y ocho años.

—¿Nadie supo del *Valkirie* en casi setenta años? —Kate irguió la cabeza de su bloc de notas, incrédula—. ¿Cómo es eso posible?

—Era un barco civil dentro de una

base militar, en mitad de un país que acababa de salir de una guerra. Además, en los años cincuenta empezaron los vuelos comerciales entre América y Europa, y los transatlánticos como el *Valkirie* dejaron de ser rentables. Tantos años a la intemperie habían dejado su exterior bastante deteriorado y repararlo era demasiado caro. Se pensó en usarlo como blanco flotante en los sesenta, pero finalmente descartaron esa idea por algún motivo que ignoro. Era más sencillo dejarlo donde estaba y ocuparse de otras cosas.

—¿Y nadie subió a bordo en sesenta años? ¿Cómo es eso?

—Sellaron todas las portillas menos un par de ellas, para evitar que los ladrones se colasen a bordo y robasen el cableado y otros materiales valiosos. Además, ello evitaba que la humedad se filtrase en el interior y estropease el mobiliario que quedaba. Al principio se hacía una ronda periódica por el interior una vez al mes, pero dejaron de realizarla al poco tiempo.

—¿Y eso? —preguntó Kate—. ¿Más desapariciones?

—No, nada tan fantasmagórico. —Collins rió con fuerza—. Lo que sucedía era que los guardias sufrían mareos y vómitos nada más entrar en el barco.

Algunos incluso enfermaron. Un comité técnico dictaminó que seguramente era por condensación de gases tóxicos que emanaban de las sentinas y decidieron clausurar el buque por completo.

En aquel momento, la puerta se abrió y entró un hombre grueso con un chubasquero militar. Rezongando, se sacudió el agua que resbalaba por el impermeable y se lo sacó por encima de la cabeza.

—¡Condenado tiempo! Mierda de clima, puñetera lluvia —barbotaba desde debajo de un espeso bigote cano, sin reparar en la presencia de Kate—. Faltan dos años para mi retiro y al día

siguiente me voy a cualquier sitio donde no se vea una puta nube en semanas, te lo juro. Estoy hasta los... ¡Oh, vaya!

—Señorita Kilroy, le presento al sargento mayor Lambert. —Collins se levantó mientras el barrigudo sargento se sonrojaba hasta la raíz de sus escasos cabellos—. Normalmente suele ser más educado delante de una señora, pero parece que hoy tiene un mal día.

—Usted perdone, no sabía que teníamos visita —murmuró, avergonzado—. Aquí en La Chatarr..., en el depósito no tenemos muchas visitas, al menos hasta hace poco.

—No se preocupe por mí. —Kate le

sonrió, deslumbrante, y el sargento se relajó un tanto—. Supongo que es normal si pasa tanto tiempo en este sitio. ¿Son muchos en la base?

—Los cinco guardias del perímetro, los dos ayudantes del sargento Lambert y nosotros dos —contestó Collins—. Más que suficiente para gestionar este lugar dejado de la mano de Dios.

—La señorita Kilroy es periodista, de Londres —explicó Collins mientras el sargento se servía una taza de café—. Le estaba explicando la historia de la Gran V justo ahora mismo.

—La Vieja Cabrona —afirmó el sargento Lambert—. Me alegré cuando

hace seis meses sacaron esa cosa del dique seco y se la llevaron. Llevaba quince años deseando perderla de vista.

—¿Quién se la llevó? —preguntó Kate, sintiendo que se acercaba a uno de los meollos del asunto—. ¿Por qué? ¿Cómo?

—Se la llevaron sus nuevos dueños. Verá, el año que viene la Royal Navy va a dar de baja a la mitad de la flota de submarinos de la clase Trafalgar —contestó el comandante Collins—. Son unas bestias construidas en los ochenta, llenas de asbestos y de tantos materiales contaminantes que desguazarlos va a ser una auténtica pesadilla. Alguien en el

Almirantazgo se dio cuenta de que necesitarían un lugar tranquilo y apartado para hacer el trabajo sucio y pensaron en nuestra base.

—Entonces, por primera vez en sesenta años, nos ordenaron hacer sitio —apostilló el sargento Lambert—. Alguien en Londres decidió que el dique seco que ocupaba el *Valkirie* junto con otros tres viejos barcos más tenía que estar disponible, así que decidieron sacar a subasta como chatarra los buques que los ocupaban.

—O sea, que después de sesenta años desaparecido para todo el mundo, el *Valkirie* reapareció de nuevo de la

nada. —Kate empezó a entender el motivo por el que Robert había pensado que allí detrás se escondía una gran historia.

—Efectivamente. —Collins sacó el papel más reciente de todo el expediente y se lo pasó a Kate. Su color blanco brillante contrastaba con el tono amarillento del resto de las hojas. Era evidente que no llevaba en aquella carpeta demasiado tiempo—. Se hizo un anuncio público de subasta hace seis meses, a través de la web del ministerio, de la prensa escrita y de los canales acostumbrados. Creo que incluso apareció anunciado en su periódico.

—Veo que hubo tres pujadores. —La mirada de Kate se detuvo en el primero de los nombres—. Garrison & Sons...

—Es una empresa de desguace que lleva trabajando más de treinta años —aclaró Collins—. Normalmente son los únicos que pujan cuando sacamos a subasta uno de estos viejos barcos, porque están cerca de aquí y les sale barato el transporte, aunque en esta ocasión no ganaron la subasta. Los otros dos pujadores ofrecieron unas cantidades disparatadas por hacerse con el *Valkirie*.

—Ya veo. —Kate leyó los otros dos nombres—. Feldman Inc. es la empresa

de Feldman, desde luego, pero ¿quién es este otro? —Señaló el nombre del tercer pujador—. ¿Quién es Wolf und Klee?

—Creo que es una compañía alemana o algo así, y por lo visto venían decididos a hacerse con el *Valkirie* a cualquier precio. Antes de la subasta enviaron a un grupo de técnicos a inspeccionar el barco y le sacaron un montón de fotos. Eran todos alemanes, y parecían muy entusiasmados.

—Es cierto —añadió el sargento—. Corrían como pollos sin cabeza alrededor de la Vieja Cabrona, como si fuese algo maravilloso en vez de un montón de chatarra gafe de los años

treinta.

—Pero al final se la quedó Feldman —apuntilló Kate—. ¿Cómo lo consiguió?

—Simplemente puso más dinero en la subasta. —Los ojos de Collins chispearon, traviesos—. Debía de desear ese viejo barco a toda costa, porque pagó un precio disparatado. Sólo consiguió doblegar a los alemanes cuando ofreció ciento cincuenta millones de libras por el *Valkirie*.

—¿Ciento cincuenta millones? —Kate abrió mucho los ojos—. ¡Eso es una cantidad enorme de dinero por un barco en mal estado!

—Es una cantidad enorme incluso para un barco nuevo —dijo Collins—. Y, sin embargo, el amigo Feldman los pagó sin rechistar. Debe de tener una hucha muy grande.

—Ya lo creo —murmuró Kate. «No me extraña que Feldman esté arruinado, si gasta su dinero de esa manera», pensó.

—Vinieron a buscar el barco hace unos cinco meses. —Collins cerró el expediente y apartó su taza de café, ya vacía—. Feldman en persona y un grupo de unos cincuenta empleados con unas carísimas grúas flotantes holandesas. Me jugaría el pescuezo a que todos eran

ex militares o especialistas en asuntos navales. Parecían tipos duros y eficientes.

—Consiguieron sacar el *Valkirie* del dique en tan sólo treinta y seis horas —añadió el sargento—. Y, si tenemos en cuenta que no se había movido de esas gradas en setenta años, es toda una proeza.

—¿Y saben adónde se lo llevaron? —preguntó Kate, esperanzada.

—No tengo ni la más remota idea —contestó Collins—. Desde que salió de este muelle dejó de ser mi problema. Y se lo juro: no deseo volver a ver ese barco en mi vida.

—Y yo tampoco —remachó el sargento Lambert—. Aunque, por otra parte, la gente de Feldman fue bastante brusca. Tenían tanta prisa por sacar el barco del dique que prácticamente nos echaron a mis chicos y a mí de allí. ¡En nuestra propia base!

—Y esas prisas, ¿a qué obedecían?

—Parecían nerviosos, como si temiesen que alguien se lo fuese a quitar de las manos en cualquier momento, lo cual es muy extraño. —Lambert apartó con la mano una mota imaginaria de la solapa de su uniforme—. ¿Quién estaría dispuesto a pelearse por un viejo barco con mala fama?

—¿Quizá los otros postores? — preguntó Kate—. ¿La gente de Wolf und Klee?

—Puede ser. —El comandante Collins se encogió de hombros—. Pero eso ya no importa. Nadie aquí va a echar de menos al *Valkirie*.

—Excepto el viejo Carroll — comentó Lambert, pensativo.

—¿Quién es ese Carroll?

—Es un viejo lunático que se colaba en la base a menudo —contestó Collins mientras echaba una mirada teñida de cierto reproche al sargento—. Ha sido la mayor amenaza para la seguridad durante los últimos veinte años, lo que

no dice demasiado de nuestro sistema de vigilancia, por otra parte.

—¡Es un anciano chiflado! — protestó el sargento Lambert, alzando los brazos—. ¡Se escabulle como un ratón dentro del recinto y siempre va..., iba, mejor dicho, hasta el *Valkirie*. Se pasaba horas subido en el puente, dando vueltas, murmurando cosas raras.

—¿Saben dónde puedo encontrar a ese hombre? —preguntó Kate, llevada por un repentino instinto.

—Vive cerca de aquí, a diez minutos —contestó Collins, con un brillo de interés repentino en sus ojos—. ¿Cómo sabía que le iba a recomendar que

hablase con él?

—No lo sabía. —Kate se encogió de hombros mientras se levantaba—. Me parece que puede ser un buen testimonio para el artículo que estoy escribiendo, eso es todo.

Los dos hombres se miraron durante un segundo, en silencio.

—Está bien —dijo Kate sonriendo—. ¿Por qué me iba a recomendar que hablase con él?

—Porque el viejo Carroll le interesa para su historia —replicó Collins, enigmático—. Dice que fue el hombre que encontró el *Valkirie* en el Atlántico.

VIII

Media hora más tarde, un taxi dejaba a Kate delante de una calle de casas bajas en un barrio obrero de Denborough. Ya era noche cerrada y llovía a cántaros. Por enésima vez se preguntó si aquello era buena idea. Estaba cansada, deseaba irse a su hotel de una vez y sin embargo allí estaba, delante de la casa de un viejo que probablemente estaba como una cabra.

Se estremeció con una ráfaga de viento especialmente fría. Su tren de vuelta salía muy temprano y, si no

aprovechaba la ocasión, quizá no pudiese hablar nunca con aquel anciano. Seguramente tan sólo se trataba de un anciano senil que confundía el *Valkirie* con algún mercante oscuro en el que hizo de grumete cincuenta años antes, pero tenía que intentarlo. Algo en su estómago (el aleteo de los murciélagos, lo llamaba Robert) le decía que aquélla podía ser una buena pista.

—Espéreme aquí, por favor —le dijo al taxista, un árabe de piel cetrina y barba poblada que miraba con nerviosismo la calle.

—Éste es barrio muy malo, señora. ¡Muy malo! —contestó el hombre, con

apremio—. ¡Drogas, putas, mala gente! Usted no debería estar aquí. ¡Y yo tampoco!

—Serán tan sólo diez minutos. Puede que menos —dijo Kate, tratando de aparentar seguridad, a la vez que deslizaba dos billetes de cincuenta libras por la ventanilla del conductor.

El taxista los cogió gruñendo, pero se relajó un poco. Kate no pudo dejar de observar que el hombre tenía una porra al alcance de la mano, debajo del salpicadero. Parecía realmente nervioso por estar allí parado.

Se acercó a la puerta de la casa donde le habían dicho que residía el

señor Carroll. Se notaba que aquel lugar había vivido mejores tiempos. La pintura de la fachada estaba descascarillada y parte del alero del tejado había desaparecido. Todo un lateral de la casa estaba cubierto por grafitis, y una de las ventanas de la planta baja había sido sustituida por una plancha de contrachapado de madera. Los escalones de acceso estaban cubiertos de colillas y de latas de cerveza vacías.

Vacilando, apretó el timbre. No sucedió nada. Al cabo de un rato, lo intentó de nuevo. Finalmente, con gesto tímido, golpeó la puerta un par de veces,

sin muchas esperanzas. Defraudada, se dio la vuelta hacia el taxi. En ese momento oyó que a sus espaldas se descorrían un par de cerrojos. La puerta se abrió un poco y asomó la cara desconfiada de un hombre arrugado y encorvado que le examinaba con ojos miopes.

—¡No puedes trabajar aquí! —refunfuñó el anciano—. ¡Búscate otra esquina donde enseñar las tetas, pero no lo hagas en mi puerta! ¡Vete o aviso a la policía!

Kate se quedó atónita durante un segundo, hasta que comprendió que el hombre la estaba tomando por una de las

prostitutas callejeras del barrio.

—No es lo que usted piensa —dijo mientras rebuscaba en el bolso y sacaba su carnet de prensa. Al levantar la vista comprobó que el anciano estaba cerrando la puerta, atemorizado.

—¡Una pistola! —aullaba—. ¡Tiene una pistola!

—¡Es sólo un carnet! —replicó Kate apresuradamente al tiempo que trataba de enseñárselo por la ranura de la puerta, cada vez más pequeña—. ¡Soy periodista! ¡Tan sólo quiero hablar con usted!

—¿Periodista? —refunfuñó el anciano, airado—. ¡No quiero hablar

con ustedes! Llevo denunciando a esos drogatas de la calle Compton desde hace años y he llamado docenas de veces a los periódicos, ¿y para qué? Nunca me hacen caso. ¡Nunca!

—No vengo a hablar de la calle Compton. —Kate casi susurró esas palabras. Se daba cuenta de que el anciano rumiaba su rencor como un maníaco—. Quería hablar con usted del *Valkirie*.

El cambio que sufrió el anciano fue tan sorprendente que Kate contuvo la respiración. El hombre perdió la mirada confusa de su rostro e incluso se irguió un par de centímetros. Por un instante,

Kate pudo ver al marinero que había sido años atrás.

—Espere un momento. —El hombre cerró la puerta y Kate oyó cómo se descorrían las cadenas, hasta que la abrió de nuevo—. Pase, por favor. Esta calle no es un lugar recomendable a estas horas.

Kate cruzó el umbral y se encontró en el recibidor de una casa modesta pero extremadamente limpia. El suelo de madera estaba muy gastado y el papel de las paredes parecía desvaído, pero todo tenía un orden escrupuloso y el lugar desprendía un olor agradable. El contraste con el exterior de la casa era

tan evidente que Kate no pudo reprimir un gesto de asombro.

—Hace años, este barrio era un buen lugar para vivir —musitó el anciano, que había observado su expresión—. Pero hace un par de décadas, con la reconversión de Thatcher, la zona empezó a ser lo que es hoy. Sin embargo, es mi hogar, y con noventa y tres años ya no tengo edad para empezar de nuevo en otra parte. ¿Puedo invitarla a algo?

Kate negó con la cabeza, educadamente, pero el anciano la ignoró y se fue a la cocina, donde le oyó poner una tetera en el fuego. Mientras

esperaba, paseó la mirada por las paredes del saloncito. En la esquina, desde un pequeño televisor con el volumen al mínimo, una exuberante presentadora con un vestido demasiado ajustado saludaba a los miembros del público y los invitaba a hacer alguna tontería. Sobre la mesa, un periódico descansaba doblado por la página del crucigrama, aún a medio hacer, junto a un lápiz cuidadosamente afilado.

Sus ojos saltaron a las paredes. Estaban literalmente cubiertas de fotos, casi todas en blanco y negro. En unas cuantas aparecía una versión más joven del señor Carroll con una mujer y con

dos niños pequeños, pero la mayoría de las fotos eran de Carroll en distintos barcos. Kate se fue desplazando lentamente por la sala mientras contemplaba las imágenes. Estaban colgadas en orden cronológico y era como hacer un fascinante viaje hacia atrás en el tiempo. Las primeras fotos eran de un Carroll maduro, vestido con uniforme de capitán, y a medida que iba avanzando, una versión cada vez más joven del marino miraba a Kate con expresión seria o desafiante desde las imágenes sepias.

Finalmente, Kate se detuvo en la última foto. Era tan antigua que la

imagen había adquirido tonos amarillentos y el borde de la cartulina estaba sobado y roto, como si antes de haber estado colgada en aquel marco la hubiesen guardado en muchos sitios.

Era una foto de un grupo de marineros sobre la cubierta de un barco destartalado. En el centro, un capitán de aspecto imponente y barba blanca miraba con severidad al fotógrafo. Un grupo de oficiales le rodeaba, de forma que la marinería se repartía a los lados. Kate tardó un rato en reconocer al señor Carroll entre los marineros. En aquella foto era un joven de apenas veinte años, con cara de granujilla y que en vez de

mirar al fotógrafo parecía estar más pendiente de dos gaviotas posadas en la borda que habían quedado congeladas allí para toda la eternidad, junto con aquel grupo de hombres. Al pie de la foto, alguien había escrito «*Pass of Ballaster*, 1938» con caligrafía temblorosa.

—Ése fue mi primer barco. —La voz del señor Carroll sonó detrás de Kate, sobresaltándola. El anciano había vuelto de la cocina con su taza de té, silencioso como un zorro—. El *Pass of Ballaster*. En aquellos tiempos, yo era un grumete de segunda y todo el mundo me llamaba Duff. Era un mote estúpido,

pero entonces yo era un crío bastante estúpido, así que supongo que era lo correcto.

—Este hombre parece sacado de un manual sobre cómo debe ser un capitán —dijo Kate señalando al hombre de uniforme del centro de la foto.

El anciano asintió.

—El capitán McBride era un buen hombre y aprendí mucho de él. Murió en el 41, o quizá en el 42, cuando los alemanes torpedearon su barco en Terranova. Lo cierto es que casi todos los de esa foto murieron durante la guerra. —Dio un sorbo a su taza de té; le temblaban las manos—. El *Valkirie* no

quería supervivientes y se ha ido encargando de todos, estoy seguro. Sólo quedo yo.

—Hoy he estado en la base naval y me han dicho que usted y el *Valkirie* tienen una historia...

—Ya lo creo —le interrumpió Carroll con amargura—. Yo encontré esa maldita cosa en alta mar. Ojalá no lo hubiese hecho nunca.

—¿Por qué dice eso?

—Porque ese barco está maldito —contestó Carroll con frialdad, mirándola a los ojos—. Devora el alma de la gente y después la escupe, convertida en algo oscuro. Y eso lo hace cada vez más

fuerte.

Se hizo un silencio incómodo en la habitación. Sólo se oía el gorgoteo del agua de lluvia bajando por los canalones.

Carroll le indicó a Kate con un gesto que se sentase y ella, casi hipnotizada, lo hizo. Todo lo que el viejo decía era una completa locura, pero su voz sonaba firme y segura. Kate sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. El anciano estaba convencido de que decía la verdad.

—Lo que le voy a contar sucedió a finales de agosto de 1939, poco antes del estallido de la guerra... —comenzó

a recitar con voz monocorde. Sonaba desde muy lejos, como si de alguna manera hubiese vuelto a aquel día.

Kate tomaba notas frenéticamente (se maldecía a sí misma por no haber sido previsora y no haber llevado una grabadora) mientras el señor Carroll (que en aquella historia todavía era el grumete Duff) narraba el encuentro y el abordaje del *Valkirie*.

—... Entonces, el oficial O’Leary casi tropezó conmigo en la puerta cuando salía del interior a toda velocidad. Llevaba al pobre Stepanek colgado del hombro, como quien lleva un saco de patatas. Stepanek parecía

haber envejecido mil años, y estaba como ido. Y O'Leary llevaba en los brazos a aquel niño...

—¿Un niño? —La cabeza de Kate se irguió de golpe y dejó de tomar notas—. ¿Qué niño?

—El niño que encontramos en la pista de baile, por supuesto. —Duff (el señor Carroll, se corrigió mentalmente Kate) la miraba fijamente. De repente, su tono de voz cambió dos tonos, a algo más grave—. ¿No sabía nada del niño?

Kate negó con la cabeza. Había revisado el expediente que dejó Robert y no había absolutamente nada que hiciese referencia a un niño. Todos los

documentos hablaban de un barco abandonado, pero nada más. Aquello era nuevo.

—¿Está seguro? —preguntó con cautela—. ¿No se estará confundiendo?

—Señorita... —Carroll levantó una mano y comenzó a enumerar—: Me han torpedeado dos veces, he chocado contra un arrecife, he cruzado varios tifones e incluso en un par de ocasiones piratas malayos asaltaron mi barco... Pero le garantizo que tan sólo una vez en mi vida he encontrado un transatlántico a la deriva con un bebé a bordo. Sí, creo que estoy seguro.

—¿Y qué pasó con ese niño? —

preguntó Kate.

—No tengo ni idea. —Carroll se encogió de hombros—. Supongo que lo entregarían a un orfanato, o a alguna institución. El día que llegamos había estallado la guerra, y al cabo de pocas semanas Europa se llenó de millares de niños huérfanos. Era un niño abandonado en un barco alemán, así que imagínese el papelón...

—Ya me hago cargo —murmuró Kate—. ¿Y los otros dos hombres que subieron con usted al *Valkirie*, O'Leary y Stepanek? ¿Qué pasó con ellos?

—O'Leary era un buen hombre, demasiado bueno. —La voz del anciano

sonaba débil. Llevaba demasiado rato hablando y se le empezaba a ver fatigado—. Lo movilizaron y se embarcó en la Royal Navy, pero el maldito *Valkirie* le había dejado muy tocado. Decía que oía cosas, y que veía... —El anciano no acabó la frase y se estremeció—. No sé qué pasaba en su cabeza, pero algo de él se quedó en el barco y algo del *Valkirie* se fue con él. Se pegó un tiro en Gibraltar seis semanas después de que tocásemos puerto con el crucero a remolque. Dicen que dejó su camarote lleno de cosas escritas.

—Dios mío —susurró Kate—. Eso

es terrible.

—Stepanek se pasó los siguientes siete años en el hospital mental de Croydon, transformado en un trozo de carne sin voluntad. —Carroll continuaba lanzado, con la voz cada vez más débil. Su respiración sonaba más entrecortada que al empezar. Con un escalofrío, Kate se dio cuenta de que el anciano estaba temblando, al borde de un colapso.

—Si quiere lo dejamos —dijo solícita sujetando la taza de té de Carroll, que estaba a punto de derramársele—. Podemos seguir otro día.

Carroll negó con la cabeza. En su

mirada brillaba una determinación feroz.

—Alguien tiene que saber todo esto —jadeó—. Escúcheme, aún hay más. En el sanatorio mental estaba el cuerpo de Stepanek, pero su mente no. Comía, bebía y dormía, pero no hacía nada más, aparte de babear y mirar hacia la nada. Yo fui a verle un par de veces y ni siquiera me reconoció. Un día me llamaron y me dijeron que había saltado por una ventana.

—¿Que saltó? Pero ¿no decía que estaba como un vegetal? ¿Cómo es posible? —Kate sintió un escalofrío, anticipando la respuesta.

—Fue un 15 de mayo, el mismo día

que movieron el *Valkirie* del puerto de Liverpool al dique seco donde ha estado los últimos sesenta y ocho años. —La mirada de Carroll era casi desesperada. Sus nudillos estaban blancos mientras se aferraba con fuerza al borde de la mesa —. ¿Es que no lo entiende?

—¿Entender qué? —contestó Kate, con un hilo de voz.

—El traslado despistó a esa cosa. Stepanek aprovechó que el *Valkirie* no estaba prestando atención y se escapó. De alguna manera pudo dejar el barco el tiempo suficiente para conseguir que su cuerpo saltase por la maldita ventana del psiquiátrico.

Carroll puso una de sus huesudas manos sobre el brazo de Kate. El calor que irradiaba aquel hombre no era normal. Estaba ardiendo.

—Eso es una locura, señor Carroll —replicó Kate, pero notaba la sombra de la duda en la voz—. Nadie estaba atrapado en el *Valkirie*.

—¡Oh, se equivoca, señorita Kilroy, se equivoca! —Carroll sufrió un espasmo de tos y se dobló sobre sí mismo. Espantada, Kate vio cómo asomaba un poco de sangre por la comisura de los labios del anciano. Se limpió la boca con el dorso de la mano y continuó, aunque sus pulmones sonaban

como el fuelle de una forja.

—Acérquese... —pidió, y Kate, como hipnotizada, se inclinó hacia delante. El aliento de Carroll era caliente y seco cuando se le acercó al oído.

—Siguen atrapados allí dentro. Docenas de personas —susurró—. Yo me libré porque no estuve el suficiente tiempo para que me cogiese, pero algo me hizo ese maldito barco, porque puedo verlas.

Kate gimió y trató de liberarse de la mano de Carroll. Aquel viejo estaba total y absolutamente trastornado.

—Oh, sí, puedo verlas y hablar con

ellas. —Sus ojos ardían con la fiebre y apretó con más fuerza el brazo de Kate —. Están allí dentro. Son docenas. Y es un lugar peor que el infierno. ¡No se acerque a ese barco!

Kate se separó con un gesto brusco y el anciano le soltó el brazo. Entonces se derrumbó hacia atrás en su sillón jadeando sin parar, casi al borde del colapso. La joven aprovechó para ponerse de pie y dar dos pasos hacia la puerta.

Notaba las piernas temblorosas mientras recogía sus notas y murmuraba a toda prisa una despedida atropellada. Quería salir de allí cuanto antes. Justo

cuando iba a sujetar el pomo de la puerta oyó a su espalda la voz débil del anciano.

—El niño —jadeó—. El niño era importante... El niño judío era importante.

Kate se quedó paralizada y por un instante pensó que no había oído bien. Se dio la vuelta y caminó de nuevo hasta el salón.

—¿El niño era judío?... ¿Judío? ¿Por qué dice eso?

—El niño... Estaba circun... circuncidado, y... —la respiración del anciano sonaba como un silbido lleno de trozos de piel muerta— tenía una

estrella... de David... colgada del cuello. Y estaba envuelto en un chisme judío de esos... con los que... se tapan...

—Un *talit* —murmuró Kate. Un niño judío a bordo de un barco nazi. Aquello no tenía ningún sentido. Salvo que fuese un polizón, por supuesto.

El anciano hizo un gesto débil con la mano. Ya había dicho todo lo que tenía que decir y había cerrado los ojos, agotado. Kate se acercó y colocó un cojín debajo de la cabeza del hombre para que pudiera respirar mejor. El anciano levantó la cabeza, agradecido, y le apretó la mano.

—Tenga cuidado —dijo con voz casi inaudible—. Hay algo en ese barco... Una... algo... Tenga cuidado. ¡Por favor!

Kate asintió para apaciguar al anciano y salió con cuidado del salón. Empezó a atar cabos. Si el niño era judío, el dato le daba un nuevo sentido a la intervención de Isaac Feldman en todo aquello. Feldman era judío, incluso tenía la nacionalidad israelí. ¿Y si Isaac Feldman estaba de alguna manera relacionado con aquel niño? ¡Incluso podría ser el niño! ¿Por qué no? Por edad podía coincidir. Pero entonces...

Sumida en sus pensamientos, Kate

bajó los escalones sin percibir que los faros del coche que venían de su derecha crecían en intensidad por momentos, mientras se acercaba con el motor rugiendo a toda velocidad.

—¡Cuidado! —El grito del conductor de su taxi la sacó de su ensoñación justo un segundo antes de que fuese demasiado tarde.

Kate levantó la cabeza y vio el morro del coche, un todoterreno con los cristales tintados, lanzándose como una exhalación contra la puerta de la casita del señor Carroll. Casi sin saber lo que hacía, la reportera dio un brinco hacia su derecha, sobre una pila de cartones

que algún vagabundo había dejado allí para pasar la noche.

El retrovisor del coche le golpeó el brazo izquierdo antes de impactar contra la fachada de la casa y desintegrarse en una lluvia de aluminio y cristales rotos. El todoterreno golpeó con su lateral contra la puerta, arrancó de cuajo el buzón y se llevó por delante las latas y los cubos apilados contra la fachada. El sonido del metal rozando contra el cemento le puso los pelos de punta, mientras gateaba enloquecida por el suelo para evitar ser aplastada por las ruedas traseras del vehículo.

El conductor del todoterreno frenó

un instante, como si dudase si volver sobre sus pasos. Las luces rojas de freno alumbraron la cara de Kate, que con el pelo revuelto y las rodillas raspadas jadeaba en el suelo, atrapada entre el coche y la pared. Si metía la marcha atrás, la aplastaría como a una uva. En aquel momento, el taxista apareció con la porra en una mano gritando y corriendo hacia ellos. En la otra llevaba un teléfono.

Aquello bastó para hacer que el conductor misterioso se decidiera, y con un acelerón arrancó de nuevo el pesado vehículo y huyó a toda velocidad. Antes de que el taxista hubiese llegado junto a

Kate, el todoterreno ya había doblado una esquina y había desaparecido a toda velocidad.

—¿Está usted bien? —gritó el taxista, hecho un manojo de nervios—. ¡Ya le dije que era un mal barrio! ¡Mal barrio!

Kate se levantó, temblando, mientras su cabeza daba vueltas a toda velocidad.

Alguien había intentado matarla. Y no sabía por qué.

IX

Media hora más tarde, Kate estaba en su hotel, debajo de un chorro de agua caliente, envuelta en el vapor de la ducha. En su brazo izquierdo, un enorme moratón que iba adquiriendo poco a poco un desagradable color amarillo le recordaba que apenas un rato antes alguien había intentado acabar con ella.

¿Quién podría querer matarla? A la vez que se secaba con la gruesa toalla de algodón y se ponía el pijama, fue descartando posibilidades.

El único motivo que se le ocurría

tenía que estar relacionado con el *Valkirie*. Y tan sólo había una persona interesada en el asunto: Isaac Feldman.

Otra persona habría abandonado aquella historia allí mismo. De hecho, Kate lo pensó unas cuantas veces mientras se cepillaba los dientes y se preparaba para meterse en la cama. Pero la simple idea de llegar de nuevo a la redacción del periódico con el rabo entre las piernas y una historia a medio construir le hizo descartar de plano sus temores.

Además, aquélla era la historia de Robert. Sólo de pensar en él sintió como si un peso de cientos de kilos le lastrase

el corazón. Robert jamás se había arrugado cuando encontraba algo bueno que contar. Ella no sería menos. No sólo por él, sino por ella misma. Si de verdad quería ser alguien en aquella profesión, no se podía dejar amilanar.

Pero habían intentado matarla.

De repente se dio cuenta de que esa misma noche había estado a punto de acabar muerta, atropellada.

Atropellada.

Como él.

Aquello le golpeó con más fuerza de lo que podría haberlo hecho el todoterreno. Las piernas empezaron a temblarle y tuvo que sentarse en el

borde de la cama mientras contenía un torrente de histeria que le subía por la garganta. Sus compuertas mentales cedieron y empezó a llorar de forma imparable, inconsolable. Se mezclaban en sus lágrimas la tensión vivida aquella tarde con el dolor sordo que anidaba en su corazón desde hacía semanas y que no se había dado el lujo de liberar.

Las lágrimas corrían como un río por su cara, al tiempo que en su cabeza se mezclaban las imágenes de los focos del todoterreno lanzándose sobre ella y las luces fluorescentes de la morgue adonde la habían llevado apenas un mes antes, en estado de *shock*, para que

reconociese el cuerpo destrozado de su marido.

Ella podía haber terminado igual aquella noche. Fría, muerta. Acabada, en un bote de cenizas al lado de Robert.

Notó cómo todo el miedo en su interior se iba transformando poco a poco en una ira fría e implacable. No iba a ceder. Si alguien pretendía asustarla, no lo iba a conseguir. Si Feldman pretendía alejarla del *Valkirie* por algún extraño motivo, no le dejaría. Un segundo después, se sintió mucho mejor.

Aquella noche durmió sorprendentemente bien. Al levantarse

se vistió con un traje de punto azul y manga larga que tapaba el moratón del brazo y esperó pacientemente en la recepción a que llegara el taxi que la debería llevar a su siguiente destino.

Gracias al expediente que había dejado Robert, sabía que Feldman vivía en una mansión a cuarenta minutos de allí. Aunque el magnate del juego jamás concedía entrevistas, Kate pensaba ingeniárselas para hablar con él. Iba sin cita previa y sin ningún plan preconcebido, pero lo peor que podía pasar era que tuviese que volver de vacío. Además, si no conseguía hablar con Feldman, quizá alguien de su

entorno le diese alguna pista sobre el paradero actual del *Valkirie*.

Desde que había salido del depósito naval no había ni una sola señal sobre el destino del barco. Era como si se lo hubiese tragado la tierra.

Desde luego, Kate estaba segura de que no estaba en ningún desguace. Nadie pagaba semejante fortuna para convertir un barco en planchas de acero y estropajos de cocina. La foto del pequeño ejército de operarios reparando en el mismo depósito naval las principales averías que el tiempo había causado en el crucero demostraba que la intención de Feldman era que aquel

barco navegase, fuera para lo que fuese.

Pero también estaba claro que las simples reparaciones de emergencia que habían hecho no eran suficientes para devolver al *Valkirie* a los mares por sí mismo. El buque tenía que estar en algún puerto o astillero, esperando a que Feldman decidiese sacarlo a alta mar. Y Kate estaba decidida a averiguar dónde.

Cuando su taxi llegó al hotel se subió en el vehículo cargada de adrenalina. Tendría toda la historia aquella misma tarde aunque tuviese que estrangular a Feldman con sus propias manos.

Sin embargo, sus planes comenzaron

a torcerse muy pronto.

La residencia de Feldman, Usher Manor, estaba situada en la campiña, pero mucho antes de llegar a la puerta de la mansión, su taxi se encontró con el camino cerrado por una reja de hierro y una enorme valla de ladrillo rojo que se perdía de vista a ambos lados.

—No podemos seguir —murmuró Hussein, el taxista, el mismo que el día anterior la había llevado hasta la casa de Duff Carroll. Kate se había encariñado con él desde que prácticamente le había salvado la vida al evitar que la atropellasen—. O nos abren la puerta, o tendremos que dar la

vuelta. ¿Quiere que llame al timbre, señora?

Kate negó con la cabeza. Sabía que llamar a la puerta principal no valdría de nada. Necesitaba una alternativa.

—Ésta es la entrada principal a Usher Manor —murmuró contemplando pensativa la reja—. Pero me apuesto lo que quieras a que una finca tan grande debe de tener más de un acceso. Seguro que hay un camino de servicio en alguna parte. ¡Busquémoslo!

Hussein gimió mientras se preguntaba por qué demonios Alá había puesto en su camino a aquella condenada loca. Tocó con gesto

supersticioso la mano de Fátima que colgaba del espejo retrovisor y contempló con expresión implorante a la hermosa joven que estaba sentada en el asiento trasero.

—Vamos, Hussein. —Kate le palmeó jovialmente la espalda mientras exhibía su sonrisa más seductora—. No será tan complicado. Lo pasaremos bien, ya lo verás.

Por toda respuesta, el pakistaní rumió algo en su idioma a la vez que sacudía la cabeza.

Rodaron durante diez minutos por una estrecha carretera comarcal rodeada de setos hasta llegar a una bifurcación.

Allí arrancaba una pista de tierra de aspecto embarrado que iba en dirección a la mansión.

Kate tuvo que emplear un buen rato de ardorosa persuasión para convencer a Hussein de que si metía su taxi por aquella pista de tierra no se quedarían atascados. Cinco minutos más tarde y cien libras después, iban dando botes por un camino bacheado que hacía crujir los amortiguadores de forma siniestra cada pocos metros.

En mitad de una colina, el taxi dijo basta. El vehículo, más adecuado para el asfalto que para el campo a través, resbalaba una y otra vez en la capa de

lodo pegajoso que cubría el camino que discurría por la falda del promontorio. Hussein pegaba acelerones y lo único que conseguía era hacer culebrear el coche y lanzar al cielo pellas de barro ocre.

—Déjalo. —Kate meneó la cabeza—. Continuaré andando desde aquí. La casa no puede estar muy lejos.

—¿Andando? —El pakistaní abrió los ojos como platos—. No sé si esos zapatos serán los más adecuados...

Kate se miró los pies y se maldijo. El taxista tenía razón. Llevaba unos zapatos con tacón de diez centímetros. Se fijó en el calzado de Hussein. El

hombre era bajo, y sus pies parecían bastante pequeños. Una sonrisa sinuosa apareció en su rostro.

—No —murmuró el taxista, con voz ahogada—. ¡De ninguna manera!

Un rato después, Kate subía cautelosamente por el camino, con unas incongruentes zapatillas deportivas de una talla más grande que la suya en los pies, mientras un enfadado Hussein esperaba descalzo en su taxi, cincuenta libras más rico pero muy nervioso.

Al llegar a la cima de la colina, Kate jadeó, pero no por el cansancio, sino por la impresión. Usher Manor era una mansión victoriana impresionante (A

Kate le recordaba a la de *Regreso a Howards End*), pero sutilmente transformada.

La zona ajardinada y las fuentes que debían adornar el frontal de la casa parecían abandonadas. La maleza crecía entre los bancales y las cascadas estaban secas. Los estanques estaban llenos de agua putrefacta y por los caminos abundaban las zarzas. Daba la sensación de que nadie transitaba por allí desde hacía tiempo.

En donde debían de haber estado los parterres delanteros habían brotado una pléyade de antenas parabólicas de diversos tamaños, orientadas en varias

direcciones. En un lateral de la casa, una enorme torre de telecomunicaciones se levantaba proyectando su sombra sobre una de las alas de la mansión. Un grupo de personas hormigueaba alrededor de lo que parecía ser un camión generador que estaba conectado a la casa.

A Kate le recordó más a un cuartel general que a una vivienda de verano de un acaudalado millonario, por muchos problemas con Hacienda que tuviese.

Algo le llamó la atención a su derecha. Dos hombres montados en quad se acercaban a toda velocidad, con cara de pocos amigos. De repente, Kate se dio cuenta de que se encontraba en el

corazón de una propiedad privada, y no tenía ningún derecho a estar allí. Metió la mano en el bolso, buscando a ciegas su carnet de periodista, mientras los vehículos estaban cada vez más cerca. Finalmente se detuvieron a su lado, lanzando una rociada de barro, que le salpicó el traje.

—Hola —dijo con una sonrisa nerviosa—. Soy periodista del *London...*

En ese momento vio el oscuro cañón de un rifle apuntándole y unos ojos fríos detrás. Y Kate se preguntó por primera vez si no habría llevado su atrevimiento demasiado lejos.

La subieron en la parte de atrás de uno de los quads con las manos sujetas a la espalda por una brida de plástico. Con un rugido de los motores arrancaron a toda velocidad de vuelta hacia Usher Manor. Kate tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no caerse del vehículo cada vez que saltaban sobre una rodadura de la pista. Notaba cómo los bordes de la brida le mordían la piel de las muñecas, y las manos le hormigueaban por la falta de circulación. Aquellos dos tipos la habían atado a conciencia, y habían ignorado todos sus intentos de entablar

conversación. Parecían ex militares, y Kate sospechaba que uno de ellos ni siquiera hablaba inglés.

Cuando llegaron a Usher Manor cruzaron el campamento exterior atrayendo de inmediato las miradas curiosas de la mayoría de los operarios que trasteaban de aquí para allá. Era evidente que las visitas no eran muy frecuentes por allí.

Con un escalofrío, Kate se dio cuenta de que sólo Hussein, el taxista, sabía dónde estaba. Se preguntó si a él también lo estarían maniatando en aquel momento. No sería de extrañar, ya que la seguridad parecía férrea.

Los quads se pararon al lado de una de las puertas secundarias de la mansión. Uno de los dos hombres se bajó de un salto y corrió hacia el interior de la casa mientras el otro esperaba fuera, fumándose un cigarrillo y echándole una mirada de reojo a Kate de vez en cuando.

Entonces se dio cuenta de que durante el accidentado viaje en quad su falda se había subido más de lo aconsejable y en aquel momento estaba obsequiando a todo el personal con una bonita vista de su ropa interior de encaje negro. El guardia del cigarrillo estaba a punto de quedarse bizco.

Azorada, se recompuso lo mejor que pudo, consciente de que estaba hecha un desastre. Las zapatillas del taxista eran dos trozos de fieltro colgados de los pies, su pelo estaba cubierto de barro y su vestido parecía sacado de una subasta benéfica. Aun así, procuró erguirse y mirar con tranquilidad a su alrededor, como si todo aquello no fuese nada más que un trámite rutinario.

En ese instante, la puerta se abrió de nuevo y apareció el otro guardia junto con tres hombres más. Dos de ellos parecían formar parte del mismo equipo de seguridad, pero el tercero era un anciano de unos setenta años, de mirada

decidida y con aspecto autoritario. Era Isaac Feldman.

El primer guardia le pasó a Feldman el bolso de Kate y su carnet de prensa. Mientras el anciano revisaba el documento, el guardia vaciaba metódicamente el bolso y registraba todas las pertenencias de la reportera. Al encontrar su iPhone, lo tiró al suelo y con la culata de su rifle lo hizo trizas en tres o cuatro golpes.

Kate estuvo a punto de protestar, pero dejó que el grito muriese en su garganta. Sólo era un teléfono, y tenía problemas mucho peores. Feldman la miraba con una expresión indescifrable

en el rostro. Horrorizada, recordó todas las historias terribles que había leído sobre la reputación mafiosa de aquel hombre y se dio cuenta de que su destino estaba en manos de aquel individuo.

—Estaba en la colina, mirando hacia la casa. —El guardia abrió la boca por primera vez—. No tenía cámaras, ni nada parecido, al menos no las hemos encontrado. Tenía un socio, un musulmán en un taxi, un poco más atrás. Lo están trayendo hacia aquí ahora mismo.

—¿Un musulmán? —Los labios de Feldman, que era judío, se torcieron ligeramente en una sonrisa amarga. Kate se dio cuenta de que un paranoico de la

seguridad como aquel hombre no entendería que Hussein estaba allí tan sólo por casualidad. Se podía imaginar lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—No es lo que parece... —se oyó balbucear a sí misma. Todo su aplomo parecía haberse esfumado ante la mirada de halcón de Feldman—. Soy periodista del *London New Herald*. Quería hablar con usted acerca del *Valkirie*. Creo que podríamos...

—Llevala hasta el pueblo —murmuró Feldman en aquel instante—. A ella y a su socio. Entregadlos a la policía y denunciadlos por allanamiento

y acoso. Reforzad la vigilancia y descubrid por dónde han entrado. Esto es inaceptable, Moore.

El hombre llamado Moore palideció al oír las palabras de su jefe y apretó la mandíbula. Miró a Kate con una expresión de odio tan intensa que la joven pensó que se iba a incendiar allí mismo.

—No se preocupe, señor —murmuró entre dientes—. No volverá a pasar.

Kate sintió que unas manos como zarpas la sujetaban y la llevaban a rastras hasta una furgoneta aparcada cerca de allí. Feldman se dio la vuelta y sin dedicarle una mirada se dirigió de

nuevo hacia el interior de la casa.

—¡Espere! —gritó—. ¡Espere!
¡Tengo que hablar con usted!

El anciano no le hizo el menor caso y ya estaba en el umbral. Sólo tenía una última oportunidad.

—¡Sé lo del niño! —gritó presa de una repentina inspiración—. ¡El niño judío del *Valkirie*!

Feldman se detuvo de súbito. Los guardias de seguridad ya estaban introduciendo a Kate dentro de la furgoneta, pese a las patadas que trataba de propinarles. El anciano miró durante unos segundos la escena y después se fijó de nuevo en el carnet de periodista

de Kate, que aún sostenía en la mano.

—Soltadla —dijo.

Los guardias obedecieron de inmediato, y Kate se zafó de ellos con furia. Se encaró con Feldman y le sostuvo la mirada.

—Sé lo del niño —repitió—. Lo sé *todo*. Y quiero hablar con usted.

Feldman se encogió de hombros y por primera vez sonrió abiertamente.

—Bien, señorita Kilroy, ya que quiere hablar de mí, hablaremos —dijo, enigmático, aunque un matiz de amenaza vibraba oculto en su voz—. Y espero que la conversación me resulte interesante. Por su propio bien.

X

El interior de Usher Manor ofrecía un contraste tan brutal con la imagen de campamento del exterior que Kate parpadeó un par de veces, sorprendida. Gruesas alfombras persas cubrían el suelo y de las paredes pendían retratos y paisajes al óleo de indudable valor. Kate casi podría jurar que el cuadro que colgaba sobre la chimenea era un Constable auténtico. Desde la pared situada enfrente, la cabeza de un elefante disecado observaba con ojos enfurecidos cómo Feldman y Kate se

sentaban.

—Esta casa perteneció a la misma familia durante cuatrocientos años —dijo Feldman, que había advertido la sorpresa de Kate—. Tras la segunda guerra mundial se arruinaron y estuvo a punto de que la demolieran. Yo la compré hace quince años, con todo lo que tiene dentro. Es preciosa, ¿verdad?

Kate se dio cuenta de que Feldman hablaba con el orgullo de un propietario satisfecho. Observó al anciano con detenimiento. Tenía la piel sorprendentemente tersa para un hombre que debía de rondar los setenta años largos. Sus ojos, de un azul intenso,

observaban casi sin parpadear a Kate, con la mirada magnética que le había hecho famoso en el mundo del juego. Si los rumores eran ciertos, en una ocasión había visto cómo despedazaban a un rival delante de él sin haber pestañeado ni una vez. Era alto, con una nariz aquilina y un porte seguro. En su cabeza, todavía había una densa mata de pelo gris que le caía con suavidad sobre las orejas. Todo en él transmitía autoridad. Era un hombre que se había construido a sí mismo y había salido del arroyo a base de esfuerzo y constancia. Y algún que otro cadáver en las cunetas, se obligó a recordar Kate. Isaac Feldman

era un hombre peligroso.

El magnate daba vueltas al carnet de prensa de Kate entre sus dedos largos, acabados en unas uñas que tenían una forma redondeada y extraña. Finalmente se lo tendió sin dejar de mirarla y se recostó en la silla.

—¿Cómo sabe lo del niño? —Su tono se volvió duro de golpe.

Ése era Feldman. Directo, seco y cortante.

—¿Dónde está el *Valkirie*? —replicó Kate, sin amilanarse—. ¿Qué quiere hacer con él?

—El *Valkirie* es ahora mío —contestó Feldman con rotundidad—. He

tardado muchos años en localizarlo. Algún estúpido del Ministerio de Defensa lo inscribió en los registros con un nombre en clave y me he pasado décadas dando palos de ciego mientras trataba de encontrarlo. Durante un tiempo incluso temí que lo hubiesen desguazado. Pero ahora ya lo tengo.

Feldman pronunció la última frase con una intensidad tan sorprendente que Kate se sobresaltó.

—¿Por qué es tan importante ese viejo barco para usted, señor Feldman? —preguntó Kate, con suavidad. Se sentía como si estuviese pinchando con un palo a un león dormido.

—No recuerdo nada del orfanato — contestó Feldman—. Estuve allí apenas durante tres meses. Aún no había empezado el Blitz sobre Inglaterra y la guerra en Europa no era más que un eco lejano, así que el número de huérfanos era el normal en tiempos de paz. —Una sonrisa amarga asomó a su rostro—. Nada que ver con lo que sucedería apenas un par de años después.

—Usted era el niño que encontraron en la pista de baile del *Valkirie* — musitó Kate, confirmando sus sospechas.

—Mis padres, los Feldman, eran buena gente. Él bebía demasiado, pero trabajaba como un cabrón en la

peletería, y ella no podía tener hijos, lo que casi la destruyó por completo. Cuando me entregaron en adopción fue una bendición para ellos. No eran los primeros en la lista, pero eran los únicos que habían puesto «judía» en la casilla de la solicitud de adopción en la que se preguntaba por la religión. Así que acabé en su casa. Y allí crecí y me transformé en lo que soy.

—¿Cómo supo de dónde venía?

—Cuando mis padres se hicieron cargo de mí, les dieron todos mis objetos personales. —Feldman introdujo la mano en el cuello de su camisa y sacó una pequeña estrella de David de oro—.

Este colgante, un *talit* de buena calidad y una manta en la que alguien misericordioso me había envuelto para que mi pequeño culo no acabase congelado sobre aquella pista de baile. La manta tenía el logotipo de la KDF y llevaba bordado el nombre del *Valkirie*. A partir de ese punto, comencé a tirar del hilo, pero todo fue estéril.

—¿KDF? —le interrumpió Kate—. ¿Qué es eso?

—Son las iniciales de la Kraft Durch Freude. ¿Sabe qué significa?

Kate, que hablaba un alemán bastante bueno, asintió.

—Fuerza a través de la Alegría. Lo

que no sé es a qué se refiere.

—Era la organización nazi encargada de organizar las vacaciones y el tiempo libre de los trabajadores leales al Reich. Lo crea o no, en los años treinta llegó a ser la agencia de viajes más grande e importante del mundo. —Feldman abrió un cajón, sacó un libro antiguo y lo puso sobre la mesa abierto por una página en la que se veía una bandera con una esvástica rodeada por una rueda dentada y unos rayos solares—. Éste era su símbolo. Organizaban viajes, fiestas privadas y...

—Cruceros —acabó la frase Kate—. Como el *Valkirie*.

—El *Valkirie* era uno de los primeros barcos que pertenecían directamente a la organización. Lo construyeron en Hamburgo, pero casi todos los papeles relacionados con el barco o la KDF se perdieron durante los bombardeos aliados sobre Alemania en la segunda guerra mundial. Apenas se sabe nada sobre este transatlántico, excepto que lo encontraron flotando en el océano, sin rastro de la tripulación ni del pasaje. Es un misterio.

—Un barco vacío. Luego, es cierto —musitó Kate.

—Vacio no —le corrigió Feldman, inclinándose hacia delante, con un

destello feroz en sus ojos—. Un barco nazi, con un niño judío como único superviviente. Y ese niño era yo. ¿Entiende ahora por qué ese barco es tan importante para mí?

Kate asintió mientras miraba con otros ojos a Feldman. El anciano parecía poseído por una especie de fiebre. Entonces fue consciente de que aquel hombre llevaba toda su vida consumido por la duda y el terror sobre la auténtica naturaleza de su origen. Por si aquella aterradora mezcla entre judaísmo y una organización nazi no fuese suficiente, estaba el hecho de que era el único superviviente del mayor

barco fantasma de la historia..., un barco fantasma cuya historia apenas conocían una docena de personas en el mundo.

—Bien, y ahora que ya le he contado mi historia, señorita Kilroy, ha llegado el momento de que me cuente usted la suya. —El magnate la miró con crudeza—. ¿Quién es usted y qué es lo que sabe?

Kate inspiró y se preguntó a toda velocidad si debía confiar en aquel hombre. Se dio cuenta de que no tenía otra alternativa. Abrió el bolso, sacó la carpeta morada con el expediente del *Valkirie* y se lo tendió a Feldman.

Mientras el anciano lo revisaba, Kate le fue desgranando la entrevista que había mantenido con los militares del depósito naval. En el momento que empezó a contarle su conversación con Duff Carroll, Feldman levantó la mirada, con una expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Un marinero del *Pass of Ballaster* vivo? —El tono de voz delató su ansiedad. Se puso de pie como impulsado por un resorte y todos los documentos del expediente, que estaba apoyado sobre sus rodillas, se desparramaron por el suelo en una tormenta de papeles—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—¿No lo sabía usted?

Entonces fue Kate quien se sintió extrañada. De golpe recordó el comentario de los militares sobre la prepotencia y los malos modos de los empleados de Feldman cuando retiraron el *Valkirie* del depósito. Posiblemente no les hubiesen dicho nada del viejo Carroll y su obsesión con el barco.

Comenzó a relatarle su conversación con Duff Carroll. A medida que hablaba, el nerviosismo de Feldman iba en aumento. Paseaba a grandes zancadas por el salón, entre las cabezas de animales disecados, con una mueca de tensión en el rostro.

—¡Necesito hablar con ese hombre!
—exclamó—. ¿Dónde vive?

—Se lo diré si me deja acompañarle
—replicó Kate, aprovechando la
oportunidad—. Y tomar nota de todo
para mi reportaje.

Feldman la observó durante unos
segundos, inescrutable. Después asintió
de manera apenas perceptible.

—De acuerdo, señorita Kilroy...
Kate. Está usted dentro. —Comenzó a
caminar hacia la puerta—. Vamos a ver
a ese hombre.

Diez minutos más tarde, una

caravana de cinco vehículos abandonaba Usher Manor. Kate y Feldman iban sentados en el asiento trasero de un Audi todoterreno con los cristales tintados, y delante y detrás de ellos iban dos vehículos, todos ellos ocupados por guardaespaldas muy parecidos a los que habían detenido a Kate. Moore, el jefe de seguridad de Feldman, iba en el asiento delantero y hablaba por teléfono con los otros vehículos a medida que recorrían la autopista a toda velocidad.

En el asiento trasero, Kate y Feldman guardaban silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Kate se preguntaba qué estaría pasando por la

cabeza del hombre que estaba sentado a su lado. Concentrado, Feldman sujetaba el colgante de oro con sus manos en un gesto automático, mientras sus ojos parecían perdidos en un recuerdo muy profundo.

Kate trató de imaginarse qué hubiera hecho Robert en esa situación. Seguro que habría estado hablando con Feldman, relajado y tranquilo, evaporando de manera mágica aquella atmósfera de tensión. Robert, y la habilidad innata que tenía para que todo el mundo a su alrededor se encontrase cómodo y relajado. Kate se maldijo por no tener aquel don. Lo único que podía

hacer era mirar por la ventanilla mientras los kilómetros pasaban a toda velocidad.

Cuando llegaron al barrio de Denborough, Kate sintió cómo la tensión dentro del vehículo se elevaba todavía más. Docenas de prostitutas y toxicómanos vagabundeaban entre casas en ruinas y pilas de basura. Todos miraban con expresión vacía el convoy de vehículos al pasar y después se volvían a hundir en su vida gris. El barrio, con la luz del día, parecía aún más sucio y degradado que de noche. Kate no pudo evitar un escalofrío al pensar en la noche anterior, en la que

alguien había estado a punto de matarla.

Miró de nuevo a Feldman. La expresión de sorpresa en su rostro cuando le había hablado de Carroll era sincera, de eso estaba segura. Feldman jamás había oído hablar del marinero ni de su casita en aquel suburbio.

Entonces..., si no había sido él quien había mandado a aquel conductor para que intentase atropellarla, ¿quién lo había hecho? La cabeza le zumbaba mientras se devanaba los sesos.

La caravana se detuvo frente a la casita de Carroll. En la fachada aún se podía ver el feo rasponazo que había dejado el retrovisor del todoterreno la

noche anterior. Kate y Feldman se bajaron del Audi y subieron los dos escalones que daban acceso a la casita cuando el jefe de seguridad de Feldman se interpuso entre ellos con una expresión tensa en el rostro.

—Un momento —dijo con voz queda—. Algo no está bien.

Kate no entendía qué pasaba hasta que se fijó en que la puerta de la casa de Carroll estaba entreabierta. El borde de madera de la puerta estaba astillado y el marco parecía reventado en una esquina.

En un solo segundo, media docena de hombres del equipo de seguridad rodearon por completo a Feldman y a

Kate. Iban armados y apuntaban con sus pistolas en todas direcciones. Un par de yonquis y unas putas de una esquina cercana sintieron de repente la necesidad de estar en cualquier lugar menos allí. En un instante, toda la calle se había vaciado como por arte de magia.

—Esperen aquí un momento —ordenó Moore, muy serio.

Tres de los hombres de Feldman entraron en la casa cautelosamente, con las armas preparadas, mientras ellos esperaban fuera, consumidos por la impaciencia. Al cabo de dos minutos, uno de ellos volvió a asomar por la

puerta con una expresión extraña en el rostro y algo pálido. Se apoyó contra una pared y vomitó un chorro de bilis.

—Despejado —musitó secándose la boca con el dorso de la mano—. No hay nadie dentro. Pero les aviso de que es una carnicería.

Kate sintió cómo le temblaban las piernas. Feldman, frío e implacable, hizo honor a su fama y ni siquiera pestañeó.

—No es necesario que entre si no quiere —le dijo a Kate sujetándole el brazo con sorprendente delicadeza.

Kate negó con la cabeza y respiró hondo.

—Voy a entrar —dijo, deseando que su voz hubiese sonado algo más firme.

El zaguán estaba tal y como ella lo recordaba de la noche anterior, pero a partir de ese punto parecía que un tornado había cruzado el pasillo.

Lo primero que le golpeó antes de entrar en la salita fue el olor. Era algo dulzón y pegajoso, con unos toques ocres de fondo. Y también olía a pelo quemado. Kate se estremeció.

Cuando entró en el salón se agarró del brazo de Feldman para no caerse. Parecía que un carnicero psicópata había decidido decorar aquellas paredes con restos humanos. Sobre la mesa yacía

el cadáver del señor Carroll, o al menos lo que un día había sido el señor Carroll. Sus manos estaban atadas con alambre a las patas, y todos y cada uno de sus dedos parecían estar o rotos o amputados y esparcidos por el suelo. Con horror, Kate se dio cuenta de que en casi todos ellos faltaban las uñas. El cuerpo estaba abierto en canal y alguien había sacado las vísceras y las había colocado cuidadosamente a un lado, en ordenados montoncitos, como si fuese un aplicado forense haciendo su trabajo. En las paredes, la sangre que había salido de las arterias de Carroll dibujaba extraños arabescos rojizos. Pero lo más

impactante de todo era que la cabeza de Carroll no parecía estar por ninguna parte.

—Pero ¿quién..., cómo? —balbuceó Kate.

—¿Quién puede haber hecho esto? —contestó Feldman, sombrío—. Alguien decidido a todo por obtener una respuesta.

Uno de los hombres de Feldman sacó de debajo de la mesa un bisturí y un soplete. Era un soplete barato, de los que se pueden comprar en cualquier Leroy Merlin. Por el aspecto que tenía, seguramente pertenecía al propio señor Carroll. Y, por el olor que flotaba en el

aire, era evidente que le habían dado un uso muy distinto al que su dueño había previsto.

Kate desvió la mirada hacia la pared, asqueada. De repente, se fijó en que algo no cuadraba. Las fotos de toda una vida en el mar seguían allí colgadas, algunas de ellas salpicadas de sangre, pero había un hueco.

Allí donde debería estar la foto del *Pass of Ballaster* sólo se veía un trozo de papel pintado amarillento. Alguien se la había llevado. Probablemente la misma persona que se había llevado la cabeza de Duff Carroll.

—Esto es monstruoso —murmuró

Kate—. Era un hombre encantador, e inofensivo.

—Escogió un mal barrio para vivir —replicó Moore, que era el único, junto con Feldman, al que toda aquella carnicería no parecía haberle afectado.

—Esto no es obra de un yonqui pasado de crack —contestó Kate, sin dudarlo.

Señaló hacia una esquina donde la tele todavía seguía encendida. En vez de una presentadora tetuda, en aquel momento había una película. Junto a la tele aún estaba la cartera del señor Carroll, abierta, y de su borde asomaban un par de billetes de diez libras.

—Estoy de acuerdo con la señorita Kilroy —musitó Feldman, con una mirada glacial. Estaba pensando algo, eso era evidente, pero era imposible saber qué—. Esto es obra de un profesional. Y con el suficiente valor como para cercenar una cabeza.

—También falta una foto —apuntó Kate procurando no pisar un charco de sangre que había en el suelo. Tenía ganas de vomitar, pero no les daría el gusto a Feldman y a sus hombres de verla derrumbarse—. La foto en la que el señor Carroll aparecía en el *Pass of Ballaster*, el barco que encontró el *Valkirie*.

—No es lo único que falta —
murmuró Moore, con un timbre extraño
en su voz.

Todos giraron la cabeza, intrigados,
mirando hacia el jefe de seguridad, que
en aquel momento estaba al lado del
cadáver.

—No está el corazón —dijo,
señalando hacia la pila de vísceras—.
Alguien se lo ha llevado.

XI

Moore los sacó de allí prácticamente a empujones antes de que llegase la policía. Kate intentó protestar, pero una mirada de Feldman hizo que se callara de inmediato.

—Hay un cadáver despedazado sobre la mesa del salón, faltan partes del cuerpo y han registrado toda la casa a conciencia —enumeró Feldman mientras entraban en el Audi—. No quiero pasarme toda una tarde en una comisaría dando explicaciones sobre qué hacemos aquí.

Kate abrió la boca para contestar y entonces se dio cuenta de que ella había estado el día anterior en esa casa y de que probablemente sus huellas dactilares estarían esparcidas por todas partes. De repente comprendió que se había metido en un lío muy gordo.

—Yo estuve ayer aquí. —Meneó la cabeza al tiempo que llevaba la mano hacia la manilla del coche—. La policía querrá hablar conmigo. Deberíamos quedarnos.

—No creo que sea una buena idea —murmuró Feldman, socarrón, mientras el Audi arrancaba—. Las cosas se van a poner muy calientes por aquí dentro de

un momento.

Kate le miró sin comprender, hasta que se fijó en el ligero movimiento de cabeza del anciano. Giró el cuello y miró por la luna trasera del coche. Un grito de espanto involuntario salió de su garganta. A través de las ventanas y de la puerta de la casa salían lenguas de fuego y un espeso humo comenzaba a cubrir aquel tramo de la calle.

—¡Le han prendido fuego a la casa!
—gritó incrédula.

Feldman asintió en silencio a medida que el convoy de vehículos rodaba a toda velocidad hacia la autopista. A lo lejos se oía el aullido

lejano de una sirena, pero no se dirigía hacia el incendio. Denborough no era un barrio prioritario. Cuando los servicios de urgencias llegasen allí, seguramente el fuego ya habría consumido la casa hasta los cimientos.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Kate, que aún no entendía muy bien lo que había pasado.

—Para evitarnos posibles problemas —contestó Isaac Feldman—. Al entrar ahí hemos dejado huellas, pelos y sólo Dios sabe qué más. Media docena de yonquis nos han visto entrar y, aunque su palabra no vale una mierda, podrían llevar a la policía hacia

nosotros en caso de que encontrasen alguna prueba física. Las placas de matrícula de los coches son duplicadas, así que eso no será un problema, pero no quiero que nada nos relacione con una investigación criminal. No ahora, que estamos tan cerca...

El magnate se interrumpió, como si hubiese hablado de más.

—¿Tan cerca de qué? —preguntó Kate, con un nudo en el estómago. De pronto, toda la fama siniestra de Feldman adquirió una nueva intensidad, y Kate advirtió el peligro que corría.

—De nada que le importe, señorita Kilroy —gruñó Feldman,

repentinamente hosco—. De nada que le importe.

—O sea, que esa casa y ese cuerpo eran un cabo suelto que había que arreglar.

Feldman afirmó con la cabeza, circunspecto.

Entre los dos se hizo un largo silencio mientras la caravana se incorporaba de nuevo a la autopista. Cuando Kate volvió a abrir la boca, supo que Feldman ya había adivinado lo que iba a decir. Una bola de hielo se le formó en el estómago.

—Yo soy otro cabo suelto —musitó.
Estaba aterrorizada, pero procuró

que no se notase y miró directamente los gélidos ojos de halcón del judío.

Feldman la observó, primero con expresión impenetrable y poco a poco con una mueca de respeto en su rostro. Finalmente dijo que sí.

—Es cierto —se limitó a decir—. Eres un cabo suelto, Kate.

Kate. No señorita Kilroy, sino Kate. Percibió cómo un latigazo de hielo le congelaba el rostro.

—¿Y eso dónde nos deja?

—En una situación complicada para los dos —murmuró Feldman—. Eres un elemento extraño en mi ecuación, Kate. No sé qué hacer contigo.

Kate se encogió en el asiento. Miró por la ventanilla y desechó de inmediato la posibilidad de arrojarse del coche en marcha. Circulaban a una velocidad excesiva, por encima del límite, zigzagueando entre el tráfico pesado propio de aquella hora. A un hombre como Feldman no le atemorizaban las multas por exceso de velocidad.

Feldman la miró y un ramalazo de comprensión cruzó su rostro. Entonces soltó una estruendosa carcajada.

—¿Piensas que te voy a matar o algo por el estilo? —rió—. Pero ¿por quién me tomas?

—Eres Isaac Feldman —contestó

Kate, con voz estrangulada, notando cómo el hielo de su estómago se derretía un poco, lo justo para dejarle respirar —. Un mafioso del juego. Dicen que disfrutas viendo cómo descuartizan a tus enemigos. Un tipo con un ejército privado a su disposición. Un hombre que acaba de incendiar el escenario de un crimen sin pestañear.

Feldman rió con más ganas todavía.

—Algunas de esas cosas son ciertas, y otras no tanto. —Sonrió, sin aclarar a cuáles se refería—. Pero ten por seguro que no te voy a hacer daño.

Kate pensó que, cuando Feldman se permitía sonreír, su rostro era armonioso

y tranquilizador. El hielo de su estómago se derritió un poco más; estaba un poco más tranquila.

—Entonces...

—Entonces estamos en una situación compleja. Sabes demasiadas cosas sobre el *Valkirie*, lo cual no es demasiado bueno en estos momentos. — Señaló con un gesto vago la ventanilla, refiriéndose a la casa de Duff Carroll—. Y sabes demasiadas cosas sobre mí. Y, además, eres cómplice de la destrucción del escenario de un crimen.

Kate abrió la boca para protestar ante la insinuación del magnate de que podía implicarla en un delito, pero

Feldman levantó una mano para hacerla guardar silencio antes de continuar.

—Por otro lado, eres una mujer inteligente, que sabe hacer las preguntas adecuadas y que parece despierta. Quieres escribir una historia sobre el misterioso barco fantasma que vuelve a la vida después de setenta años. — Cuando dijo las palabras «barco fantasma», Feldman intentó pronunciarlas con un aire desenfadado, pero sus ojos reflejaban otra cosa. Kate lo advirtió, intrigada, pero no le interrumpió—. Y no podemos olvidarnos de que eres la última persona que pudo hablar con el único

superviviente del *Pass of Ballaster*.
Todo eso te hace muy valiosa.

—Y yo quiero subirme a su barco, señor Feldman. Quiero contar esa historia.

—No podrá hacerlo hasta que el viaje haya concluido. Y me permitirá revisar el texto antes de publicarlo.

Kate se dejaría matar antes de permitir que Feldman censurase su reportaje, pero asintió. Ya se las arreglaría cuando llegase el momento.

—Y bien, señor Feldman —Kate estiró su mano y por primera vez en aquel día horrible empezó a sentir que las cosas salían bien—, ¿tenemos un

trato?

Feldman la miró y extendió también la mano.

—Tenemos un trato —dijo—.
Bienvenida a la tripulación del *Valkirie*.

XII

Hamburgo, Alemania

Muelle 74b, zona de carga

El agua del río Elba tenía un color gris oscuro aquella mañana y parecía ocultar una infinidad de secretos mientras chapoteaba débilmente contra los pilotes del muelle 74b. En el aire frío de la madrugada, un par de gaviotas lanzaban chillidos de furia peleándose por un resto de basura que la corriente arrastraba mansamente río abajo, hacia la desembocadura en el mar del Norte, a

más de cien kilómetros.

Kate, situada en el borde del muelle, se subió un poco más la cremallera de la chaqueta mientras estiraba el cuello para tratar de conseguir que el débil sol de aquella hora le calentase las mejillas. A su alrededor, poco a poco, todo el puerto de Hamburgo se desperezaba, listo para iniciar un nuevo día.

El muelle 74b estaba situado en el corazón del puerto, cerca de la ciudad. Formaba parte de la zona más antigua de todo el complejo portuario, en las proximidades de una fila de almacenes bajos de aspecto desangelado. Ninguno de ellos tenía más de cincuenta años, ya

que los bombardeos aliados habían arrasado todo el puerto durante la segunda guerra mundial. Aun así daba la sensación de que estaban allí incluso antes de que el río empezase a fluir por su cauce. Desde sus ventanas oscuras parecían mirar con una mezcla de amenaza y aburrimiento a Kate y a las dos docenas de personas que correteaban por el muelle.

En los amarres cercanos, a unos cientos de metros, estaban situados varios enormes buques portacontenedores de aspecto anodino llegados de los rincones más insospechados del mundo. Grúas de

carga subían y bajaban las enormes cajas metálicas de colores, como si fuesen niños jugando al mecano más caro y aparatoso del mundo. El ruido de motores y golpes metálicos era ensordecedor, incluso a esa distancia, aunque los únicos ocupantes del muelle 74b eran ellos. En medio de la creciente actividad del puerto eran como un charco de oscuridad que desentonaba.

A lo lejos, a más de un kilómetro, entre la bruma de la mañana, se podía distinguir la parte superior del *Oasis of the Seas*, un enorme transatlántico con capacidad para más de seis mil pasajeros. Su silueta blanca se

confundía con la de otros tres o cuatro cruceros casi igual de grandes que estaban amarrados en la moderna y elegante terminal de pasajeros del puerto de Hamburgo.

«Y nosotros no estamos en esa terminal —se dijo a sí misma Kate mientras se soplabá en los dedos para tratar de calentarlos—. Estamos en este maldito muelle perdido, esperando a que llegue Feldman».

Pese a ser agosto, en aquel lugar hacía mucho frío. En la distancia adivinó las cafeterías y los restaurantes situados en la terminal de pasajeros. Seguramente en aquel momento estarían

sirviendo los primeros desayunos de la mañana. Su estómago gruñó en señal de protesta.

Lo ignoró por completo. El buque que estaba amarrado justo a su derecha acaparaba toda su atención. Flotando, silencioso, como si acabase de salir de un sueño. O de una pesadilla.

El *Valkirie*.

Kate había llegado a Hamburgo apenas veinticuatro horas antes, en el avión privado de Feldman, completamente sola. La despedida del anciano judío había sido de lo más rocambolesca. En vez de volver a Usher Manor, Feldman había insistido en

llevarla directamente a su hotel en Liverpool. Una vez allí, esperaron pacientemente a que Kate subiese a su habitación, se duchase y se cambiase de ropa para dejarla después en la estación de tren. La joven casi se muere de vergüenza cuando la caravana de vehículos aparcó justo en la puerta entre un espectáculo de chirridos de frenos y hombres trajeados que rodearon el perímetro.

—Mañana irá a buscarla una persona de mi confianza a su apartamento —dijo Feldman, desde la ventanilla del Audi—. Esa persona la llevará hasta Hamburgo. El *Valkirie* y el

resto del equipo están allí.

—¿Hamburgo? ¿En Alemania?

Feldman afirmó.

—¿Y usted? ¿Estará allí?

Feldman sonrió con expresión astuta.

Kate recordó que Feldman estaba siendo investigado por Hacienda y que un juez le había retirado el pasaporte. Se suponía que no podía salir del país. Sin embargo, aquello no parecía preocuparle.

—Allí estaré, señorita Kilroy, pero tendré que ir por mi cuenta. No se preocupe. Nos veremos en Hamburgo.

—Y, tras hacer un gesto con la mano, la caravana de vehículos arrancó de nuevo

y Kate se quedó sola en medio de la acera, perpleja y algo asustada.

Y eso había sido todo. En el mundo de Feldman las cosas se hacían así.

Unas horas más tarde, Kate estaba en su casa. Con una mano sostenía el teléfono mientras hablaba con la directora de su periódico, y con la otra preparaba una maleta a toda velocidad. Por primera vez en semanas no se sentía atrapada en una tumba en medio de aquellas cuatro paredes. Kate era consciente, a un nivel muy profundo, de que la historia del *Valkirie* la tenía enfebrecida porque le permitía escapar del agujero negro en el que ella misma

se había metido. Pero había algo más. Había algún elemento perturbador en todo aquel asunto que la atraía de una manera inexplicable. Y estaba decidida a averiguar de qué se trataba.

Cuando decidía qué ropa meter en la maleta, su mirada se detuvo en la repisa de la chimenea. Allí estaba la urna de cerámica negra con las cenizas de Robert. Durante muchos días había evitado pasar por delante de aquella chimenea para no tener que tropezarse con la dolorosa evidencia de su vacío. Siguiendo un impulso, Kate levantó la urna.

Era la primera vez en mucho tiempo

que podía mirarla sin romper a llorar, pero aun así el latigazo desgarrador de su corazón fue inevitable. Cerró los ojos. Se imaginó el aroma tibio de su carne, el tacto de su espalda y la fuerza vibrante de su cuerpo cuando la abrazaba. Sacudió la cabeza, ahuyentando los recuerdos. Robert se había ido para siempre. Embestido por un conductor borracho que se dio a la fuga. Caminando por la orilla oscura de la laguna Estigia para siempre.

Llevada por un impulso, metió la urna con las cenizas dentro de su maleta. No sabía muy bien por qué, pero de golpe se le había hecho insoportable la

idea de separarse de ellas. Si Kate subía al *Valkirie*, aquella condenada urna viajaría con ella.

Aquella noche soñó con Robert. Su marido estaba en un barco vacío y llevaba un fardo en brazos, un fardo que gemía y del que asomaban dos bracitos rechonchos. Ella los perseguía gritando su nombre, pero Robert la ignoraba. Corría por los pasillos, como apremiado por una urgencia infinita. Cuando por fin llegaban a la pista de baile depositaba al bebé con un cuidado extremo en medio de la sala. Y entonces, al volverse hacia Kate, ella se daba cuenta de que aquél no era Robert, sino algo

que se le parecía mucho. Algo malvado, oscuro y hambriento que le había tendido una trampa. Entonces se despertó, empapada en sudor y gritando.

A la mañana siguiente, aún un poco pálida, estaba vestida y sentada en el borde de la cama cuando vinieron a buscarla. Un vehículo negro con los cristales tintados aparcó en la puerta de su casa y la llevó directamente al aeropuerto de Heathrow; y, desde allí, el avión privado de Feldman se dirigió a Hamburgo, donde aterrizaron justo cuando salía el sol.

Otro vehículo negro similar (Kate se preguntó si Feldman tenía una maldita flota de docenas de vehículos idénticos a su disposición repartidos por el mundo o si se trataba de una casualidad) la llevó hasta el puerto de Hamburgo. La sorpresa de Kate cuando pasaron de largo frente a la terminal de cruceros se transformó en inquietud cuando se adentraron entre una jungla de grúas, camiones de arrastre y enormes naves en la parte más industrial del puerto. Finalmente, llegaron a una zona apartada con guardias de seguridad en el acceso. Era el muelle 74b.

Los guardias de la puerta no dejaron

pasar al vehículo ni a su conductor. A partir de aquel punto, las medidas de seguridad eran incluso más férreas que en la residencia de Feldman. Sólo la dejaron pasar a ella, y después de comprobar exhaustivamente su identidad. Tuvo que hacer el último tramo andando, arrastrando su maleta sobre los adoquines del muelle. Kate maldecía por lo bajo la paranoia de Feldman y su desmedido afán por el secretismo y la seguridad. Sin querer, su tobillo golpeó el borde de un noray de hierro fundido y Kate soltó una palabrota muy poco apropiada para una chica como ella. Se inclinó con fastidio

para frotarse la zona golpeada y, cuando levantó la cabeza, lo vio por primera vez.

Se le escapó una exclamación de asombro. Sus ojos se abrieron, incrédulos, ante el espectáculo que se desplegaba ante ella.

El *Valkirie* volvía a ser un barco impresionante. El equipo de soldadores, chapistas, mecánicos, ebanistas y pintores que habían estado trabajando en el buque durante las últimas semanas habían hecho un trabajo soberbio. Daba la sensación de que lo hubieran acabado de construir tan sólo unos días antes, pese a tener más de setenta años.

Era una nave hermosa y longilínea. Kate calculó que tendría más de ciento cincuenta metros de longitud. La mitad inferior del casco estaba pintada de negro, al estilo de los años treinta, y sólo la superestructura era completamente blanca. Las dos altas chimeneas estaban pintadas de rojo y tenían un círculo blanco en el centro. A Kate le llamó la atención aquella extraña combinación hasta que se dio cuenta de que, en su decoración original, dentro de los círculos blancos deberían haber campeado dos enormes esvásticas, que ahora ya no estaban.

Los botes colgados de los laterales

eran de un modelo que Kate sólo había visto en fotografías y películas antiguas. De madera, con un par de bancos corridos y una lona impermeable que cubría su parte superior. Desde el muelle no podía distinguir lo que había en el paseo lateral, pero se apostaría algo a que el suelo era de madera y las hamacas de mimbre. El barco parecía sacado de una máquina del tiempo, excepto por la ausencia de las esvásticas en la chimenea.

Una pasarela subía por un lateral hasta el *Valkirie*. Dos hombres armados hacían guardia junto a su parte inferior, mientras un grupo de empleados de

Feldman subían cajas de madera, bidones y un montón de impedimenta al barco. De las chimeneas había empezado a surgir una columna de vapor, que se mezclaba con el *smog* del aire. El *Valkirie* parecía estar en tensión, a punto para romper las amarras y lanzarse a mar abierto.

«Parece que está viva», se dijo Kate. De inmediato se preguntó por qué había pensado eso.

Y por qué se había referido al barco como *ella*.

Sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura y se preguntó si no sería mejor dejarlo

correr. Volver a casa, seguir con las crónicas de sociedad del *London New Herald* y olvidar todo aquello. Salir de noche, emborracharse y conocer a gente. Ligarse a un tipo, o a muchos. Vivir.

Pero el *Valkirie* la llamaba. Kate ardía en deseos de subirse de una vez a aquel barco y de empezar a desenredar la maraña de misterio que lo envolvía. De acabar con la historia que Robert había empezado. Y al hacerlo, esperaba encontrar de una vez la paz que le faltaba en su vida y poder seguir adelante.

—Es impresionante, ¿verdad? —La voz sonó a su espalda y la sobresaltó.

Kate se dio la vuelta. Una mujer joven, de poco más de treinta años, la observaba con atención. Era alta y esbelta, tirando a atlética, y tenía un innegable aire eslavo. Llevaba el pelo, rubio, recogido en una coleta y vestía unos pantalones llenos de bolsillos que se le ajustaban en las caderas. A su lado tenía un petate de marinero apoyado en el suelo.

—Senka Simovic. —Extendió su mano hacia Kate, sin sonreír, y la observó atentamente con sus intensos ojos verdes. Tenía un acento cantarín difícil de identificar. De alguno de los países que habían surgido del caos

yugoslavo, sin duda.

—Soy Kate Kilroy —replicó, tendiendo a la vez su mano. Le sorprendió la fuerza con la que la mujer se la estrechó.

—Usted debe de ser la periodista —murmuró Senka, sin añadir nada más. Kate esperó a ver si la esclava se animaba a decir algo más, pero al ver que se quedaba callada, también guardó silencio.

Una furgoneta de reparto de una carnicería entró en ese momento en el muelle. Traqueteó sobre los adoquines y se detuvo a pocos metros de donde estaban las dos mujeres. Kate no tuvo

tiempo de preguntarse cómo se las había arreglado aquel repartidor para cruzar el férreo control de seguridad del muelle, porque en seguida se abrió la puerta lateral del departamento de carga e Isaac Feldman se bajó de un salto.

—Buenos días, señoritas —saludó con cordialidad, como si bajarse de la parte trasera de una furgoneta de reparto fuese la manera más normal de viajar—. Veo que ya se han conocido. Hola, Senka. Es un placer verte por aquí.

La mujer rubia esbozó una sonrisa. Parecía que el mero gesto de curvar los labios hacia arriba le costaba un enorme esfuerzo, pero su actitud con Feldman

era claramente amistosa.

—Está todo listo, señor Feldman —dijo—. El equipo científico ya está embarcado, y la tripulación también. Sólo faltamos nosotros y los miembros del grupo de seguridad.

—Perfecto —contestó Feldman, satisfecho. Al ver la expresión confundida de Kate, la cogió por el brazo con amabilidad y comenzó a caminar hacia la pasarela—. Como puede comprobar, he tenido que tomar un camino algo indirecto para llegar hasta aquí. No se preocupe, Kate. En cuanto esté instalada a bordo le prometo que le explicaré con detalle lo del

equipo científico..., y el resto.

Mientras caminaban, Kate pudo notar la mirada de Senka clavada en su espalda. Y no le gustó la sensación que le producía.

Llegaron al pie de la escalerilla. Feldman se detuvo y se volvió hacia Kate, con una mirada seria en su rostro.

—Bien, ésta es la última oportunidad —dijo. La emoción hacía temblar la voz del magnate. El efecto era tan sorprendente que Kate parpadeó. El viejo Feldman estaba emocionado. Y nervioso—. Si sube esa escalera, no hay marcha atrás. Y si tengo razón, cubrirá la noticia más asombrosa de la historia.

Pero no le puedo ofrecer garantías, ni siquiera sobre su propia seguridad. No sé si es un trato justo, pero es todo lo que le puedo ofrecer. Así que... ¿qué me dice?

Por toda respuesta, Kate sonrió y sujetó con fuerza su maleta. Sin mirar atrás ni una sola vez, dio un paso y se subió a la pasarela.

Hacia el *Valkirie*.

VALKIRIE

XIII

Si el exterior del barco había sorprendido a Kate, el interior la dejó literalmente sin palabras. Parecía el decorado de una película, sólo que era real.

No era la primera vez que se subía a un transatlántico. En su viaje de novios, Robert y ella habían hecho un crucero por el Mediterráneo, desde Venecia hasta Estambul. A él le había gustado tanto que se había convertido en un enamorado de los cruceros, con ese contagioso entusiasmo casi infantil que

pueden desplegar los norteamericanos cuando algo los fascina. De hecho, Kate se preguntó si su interés por la historia del *Valkirie* no habría empezado ahí.

Su barco en aquel viaje había sido un gemelo del malogrado *Costa Concordia*, uno de esos enormes transatlánticos modernos que parecen un cruce entre un hotel, un parque acuático y un casino de Las Vegas. Kate había disfrutado del viaje y de todas las lujosas comodidades que estaban a disposición del pasaje. Robert había tirado la casa por la ventana y había reservado una de las suites del crucero, y en la memoria de Kate el recuerdo de

aquellos días era mágico y dorado, aunque debía reconocer que todo el esplendor de los cruceros modernos tenía un punto artificial e irreal. Como el atrezo de una obra teatral. Cartón piedra y oropeles falsos cruzando las olas.

Sin embargo, el interior del *Valkirie* no se parecía en nada a ningún crucero que Kate hubiese visto. Todo, absolutamente todo, era una recreación idéntica al interior del barco cuando fue botado en los años treinta. El estilo *art déco* impregnaba hasta la última esquina y los muebles parecían copias fidedignas de los de la época. Eso pensaba Kate hasta que, al pasar al lado

de una mesa de terraza situada en el paseo lateral del barco, comprobó con sorpresa que no eran reproducciones.

Feldman vio lo que miraba y adivinó sus pensamientos.

—El ochenta por ciento de los muebles y la decoración que hay a bordo está compuesta de piezas originales —dijo—. Muchas de ellas provienen del propio *Valkirie*. Cuando internaron el barco para transformarlo en un transporte de guerra, vaciaron todos los muebles y los trasladaron a un almacén en Escocia. Los localicé y los compré casi todos hace más de veinte años. Mis expertos están colocándolo todo en su

sitio, siguiendo las pocas fotos originales que sobrevivieron a la guerra.

Kate asintió, impresionada. El proyecto del *Valkirie* le debía de haber costado a Feldman una enorme fortuna, contando la cantidad de gente implicada en él y todas las ramificaciones que tenía. Se fijó en una lámpara atornillada sobre una de las mesas de la terraza. No era una experta en antigüedades, pero estaba segura de que sólo aquella pequeña pieza tenía que valer varios miles de euros. Y había cientos de cosas como aquélla repartidas por todo el *Valkirie*. Era para impresionarse.

—En cuanto se instale en su

camarote, y sea la hora acordada me gustaría que viniese al salón principal para conocer al resto del equipo —dijo Feldman—. En este viaje la tripulación es bastante reducida, dado que casi no hay pasaje. De hecho, descubrirá que tendremos muy pocos compañeros de viaje..., pero muy interesantes —remató con una media sonrisa.

En aquel momento, Kate observó que Moore, el jefe de seguridad de Feldman, embarcaba en el *Valkirie* junto con una docena de sus hombres. Transportaban unas pesadas cajas de madera, e incluso a aquella distancia Kate pudo adivinar que se trataba de

munición y de rifles de asalto. Se detuvo y señaló hacia los hombres.

—¿Eso es necesario? —preguntó.

—La seguridad nunca está de más, Kate —replicó Feldman, mientras la animaba a continuar andando—. No espero problemas, pero sería de necios no estar preparados.

«¿Problemas? ¿Preparados para... qué?». Las preguntas se amontonaban en la cabeza de Kate, pero de momento prefirió ser prudente.

Llegaron a una de las portillas y entraron por un pasillo ancho y suavemente iluminado. El suelo estaba cubierto por una alfombra de color

sangre, y sonaba música de fondo. Tuvieron que apartarse un par de veces para dejar pasar al personal de Feldman, que estaba acabando de estibar el equipaje y le daba los últimos toques al crucero antes de su partida. En algunos lugares aún olía a pintura fresca y serrín. El suelo vibró un poco. En algún lugar, en las entrañas del *Valkirie*, los enormes motores diésel habían cobrado vida. El barco se desperezaba, listo para partir.

—Éste es el acceso a la sección de primera clase —explicó Feldman echándose a un lado para dejar pasar a dos marineros cargados con cajas de

vino—. De momento, las secciones de segunda y tercera clase aún están sin restaurar, así que hay que embarcar la mercancía por aquí, en vez de por las portillas de carga originales, que aún están selladas. Es una molestia que en 1939 no tuvieron que padecer, pero sólo durará un rato.

—Pensaba que había restaurado todo el barco —dijo Kate, tratando de sacar unas fotos de la sala de fumadores, junto a la que acababan de pasar.

—Y lo haré —contestó Feldman, tajante—. Pero no ha habido tiempo material para tenerlo todo listo antes de la salida. No si queríamos ajustarnos a

las fechas previstas.

Kate asintió, aunque no entendía de qué le hablaba Feldman. Suponía que en la reunión que había convocado se lo explicarían todo con detalle. Mientras tanto, siguió sacando fotos.

Desembocaron en una amplia sala ovalada que le hizo contener el aliento. Sobre su cabeza pendía una gigantesca araña de cristal que lanzaba un millón de destellos cegadores. Una escalera de madera y mármol que Kate reconoció por el relato que había hecho Duff Carroll se abría ante ellos. Los escalones llevaban grabadas las siglas KDF y el nombre del barco. Las águilas

que remataban los pasamanos con las alas extendidas sujetaban una corona de laurel con las garras, pero el hueco interior estaba vacío, sin cruces gamadas. Tampoco estaban las banderas nazis que un día habían ocupado el rellano principal de la escalera. En su lugar, alguien había puesto un macetero enorme con unas palmeras que ofrecían un extraño contrapunto.

—Destruyeron la escalera cuando internaron el barco. El mármol y la madera eran de muy buena calidad, pero era una escalera demasiado nacionalsocialista. —Feldman rió con ganas—. Hicimos una reconstrucción

perfecta gracias a las fotos que sobrevivieron en el archivo del astillero, pero eliminamos las cruces gamadas. No hay una sola en todo el barco.

—Pensaba que era una reconstrucción fidedigna.

—Y lo es —contestó Feldman, muy seguro de sí mismo—. Casi todo el barco está igual que cuando lo encontraron en alta mar, hace setenta años. De hecho, prácticamente todo lo que hay en él es original. Sólo hemos tenido que reconstruir las partes que el tiempo había dañado más, como la escalera. Y al hacerlo hemos suprimido

las esvásticas.

—Lo entiendo —musitó Kate.

—No lo hemos hecho sólo porque toda la imaginería nazi esté prohibida en Alemania hoy en día y estamos en Hamburgo —contestó Feldman, muy serio—. Soy judío y en mi barco no habrá ni una sola esvástica, por más que... —Y se interrumpió de golpe, como si estuviese hablando de más.

Kate iba a preguntarle a qué se refería cuando una mujer madura, de unos cincuenta años, con un uniforme de gobernanta de corte clásico, los abordó. Llevaba el pelo recogido en un moño y miraba al grupo desde unos ojos

montados sobre una nariz aguileña.

—Pensaba que no iban a llegar nunca —rezongó—. Todos esos científicos no han hecho más que quejarse desde que han llegado a bordo. Que si su camarote es muy oscuro, que si tiene demasiada luz, que si es muy caliente, que si es muy frío... ¡Parecen haber nacido para quejarse, Isaac!

¿Isaac? Una sonrisa afloró a los labios de Kate. Aquella mujer era la primera persona que no parecía temer en absoluto al todopoderoso Isaac Feldman. De hecho, el magnate parecía incluso algo cohibido en su presencia.

—La señora Miller ha sido el ama

de llaves del señor Feldman desde hace treinta años —le susurró Senka desde detrás. Su boca estaba muy pegada al oído de Kate. Notó su aliento cálido deslizándose por su cuello, muy cerca de su piel, y se sintió de pronto un poco violenta—. Es la única persona que se atreve a llamarle por su nombre. Alguna vez incluso han discutido a gritos.

—¿Son amantes? —preguntó, llevada por la curiosidad.

—Se rumorea que lo fueron, hace años —contestó Senka, con un ronroneo—. Pero no creo que ahora lo sean. Sin embargo, él la respeta.

—Kate. —Feldman se giró hacia

ellas, con la expresión de un hombre que huye de una manada de leones y de repente ve un árbol donde subirse—. La señora Miller le llevará a su camarote. Senka le irá a buscar para acompañarla hasta el salón Gneisenau a las doce en punto. La reunión de presentación será allí. Y, por favor, le pido encarecidamente que mientras tanto no salga de su camarote. Hay partes del barco que están sin restaurar y son peligrosas. Es por su seguridad.

—¿Debería pedirle a Moore que me dejase uno de sus rifles? —preguntó Kate, mientras un ramalazo de mal humor relampagueaba en su mirada—.

Por mi seguridad, ya sabe.

—No se enfade, Kate. En cuanto estemos en alta mar, podrá usted vagabundear libremente por el *Valkirie* si lo desea. Pero todavía están sellando las partes peligrosas y no me gustaría que sufriese un accidente antes de partir.

Kate volvió a tener la extraña sensación de que Feldman le estaba mintiendo, pero no dijo nada. No era el momento de buscar una confrontación con él, en medio del vestíbulo, con aquella ama de llaves y la extraña Senka mirándolos fijamente.

—De acuerdo, Feldman. Hasta las doce, pues.

Siguió a la señora Miller por otro pasillo hasta un ascensor que parecía sacado de un museo. Había que abrir con la mano una reja exterior para poder entrar en la cabina. El interior estaba forrado de terciopelo y tenía un banco corrido junto a la pared del fondo, donde un pasajero muy cansado podía apoyar el trasero durante el trayecto en el elevador.

—Es una preciosidad —dijo la señora Miller con aire amistoso—, pero es más lento que un caracol. Dentro de este ascensor te da tiempo a hacerte viejo, y eso que sólo recorre las tres plantas de primera.

—¿En segunda y tercera también hay ascensores? —preguntó Kate.

—No estoy segura. —La señora Miller se encogió de hombros—. Yo no he estado allí abajo. Sólo unos pocos han ido, y los operarios están sellando los accesos hasta que esté en condiciones. Pero, por lo que he oído, en el sollado de tercera no había ascensores. Y creo que el de las plantas de segunda clase no funciona. Hace más de setenta años que nadie lo usa.

Finalmente, el ascensor se detuvo con una sacudida y abrieron la puerta. Un pasillo parecido al de arriba, pero con la moqueta de color azul y las siglas

KDF estampadas, se abría ante sus ojos. Había un total de veinte puertas a lo largo de las paredes.

—La primera clase era muy pequeña en este barco —le explicó la gobernanta mientras caminaban—. Tres plantas con cuarenta y cinco camarotes y ocho suites en total. A cambio, son bastante espaciosas. —Se detuvo delante de una puerta; el número 23 brillaba en una placa de cobre dorado—. Su habitación es ésta.

Abrió la puerta. Kate contuvo una exclamación de asombro. La habitación parecía sacada de una película en blanco y negro. Tenía una amplia cama

de matrimonio cubierta con una colcha de diseño antiguo, y las paredes estaban forradas en madera de teca taraceada. Unas lámparas de estilo *art déco* adornaban las mesillas. El suelo estaba cubierto por una alfombra persa de buena calidad y dos ojos de buey permitían la entrada de mucha luz desde el exterior. El mobiliario lo completaban un sofá de brazos voluminosos, una mesa auxiliar con papel y material de escritura, y un armario de madera de caoba que debía de valer una fortuna.

—Es muy bonita —dijo Kate, observando que no había televisor ni

teléfonos. Nada que recordase al siglo XXI. Y tan sólo había un enchufe de aspecto antediluviano. Se preguntó si el voltaje sería el correcto para conectar su portátil sin que se achicharrase.

—Aún no ha visto lo mejor —dijo la señora Miller con una sonrisa.

Abrió una puerta corredera lateral y el baño quedó a la vista. Kate se tapó la boca con la mano, incrédula. En la pared más cercana había una enorme pileta de lavabo con unos grifos de latón recargados situada justo bajo un espejo. Al fondo, se abría una especie de hornacina donde se incrustaba una gigantesca bañera cuadrada forrada de

mosaicos hechos a base de miles de pequeñas teselas de colores, como el resto de las paredes. El conjunto recordaba a unas termas romanas.

—Disfrute de su estancia, señorita Kilroy. —La señora Miller se despidió con una sonrisa y salió del camarote.

Kate se quedó a solas y se dejó caer sobre la cama. Mientras se quitaba los zapatos de una patada, miró a su alrededor. El *Valkirie* era precioso. Un trozo de historia flotando sobre el mar. Allí, bajo la luz del sol y mientras oía las voces de los operarios en el muelle, todas las historias terroríficas acerca de desapariciones misteriosas le

parecieron algo totalmente estúpido. La navaja de Ockham, se repitió. Un rayo de luz se filtraba por uno de los ojos de buey y en él unas motas de polvo trazaban extrañas figuras danzarinas. Agotada, cerró los ojos y al cabo de un instante se quedó adormecida.

Una ligera vibración la hizo incorporarse. Su cámara de fotos, apoyada en la mesilla, tintineaba contra la superficie de mármol. Intrigada, se levantó. Todo el suelo del camarote temblaba. Por un instante experimentó algo parecido al pánico, pero entonces recordó que estaba a bordo de un barco. Se acercó hasta el ojo de buey y vio

cómo el muelle se iba alejando lentamente a la vez que un par de operarios recogían las gruesas estachas que habían mantenido sujeto el *Valkirie* al amarradero.

El barco estaba zarpando. La pasarela se levantó y en cuestión de un segundo no quedó absolutamente nada que mantuviese unido al crucero con tierra.

El *Valkirie* volvía a navegar una vez más.

XIV

La paciencia de Kate duró veinte minutos. Después de pasearse un rato dentro del camarote como una leona enjaulada, decidió salir a dar una vuelta. Aquello suponía desobedecer una orden expresa de Feldman, pero pensó que el riesgo merecía la pena. Si se encontraba a alguien, le diría que necesitaba hacer fotos de la partida del *Valkirie* para el reportaje, lo que no dejaba de ser verdad. Pero, además, quería vagabundear un rato a solas por el barco para poder hacerse una idea de dónde

diablos estaba.

Abrió la puerta con mucho cuidado y se asomó al pasillo. No había nadie a la vista. Por un momento había temido que Feldman hubiese colocado a un guardia allí «por seguridad», pero sin duda todo el mundo estaba muy ocupado con la partida del transatlántico. Cerró la puerta tratando de no hacer demasiado ruido y caminó por el pasillo en la dirección que ella pensaba que estaba la proa.

La mayor parte de los corredores estaban desiertos, aunque al doblar una esquina casi se dio de bruces con un par de los guardias de seguridad de Moore.

Por un momento se sintió presa del pánico, sobre todo tras recordar la última vez que aquellos tipos la habían pillado merodeando, pero pasaron a su lado charlando entre ellos y sólo le echaron un breve vistazo. Uno incluso hizo un leve saludo con la cabeza, como si fuesen viejos amigos.

En cuanto se fueron, Kate se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Entonces vio de dónde venían aquellos dos hombres.

Había una amplia embocadura que daba a una escalera que se hundía en las entrañas del *Valkirie*. La escalera parecía vieja y gastada en comparación

con el resto del barco. El barniz había desaparecido por completo y algunos escalones estaban mellados en los bordes. Los restauradores aún no se habían detenido allí.

Cuatro o cinco escalones más abajo alguien había soldado unas pesadas hojas de acero en forma de puerta que cerraban por completo el paso. Los feos costurones negros de las soldaduras sobresalían de la pared como un tumor grumoso, contrastando con la calidez del pasillo forrado en madera. Los guardias habían colocado una pegatina roja con grandes letras negras.

**PELIGRO
ZONA EN RESTAURACIÓN
NO PASAR. RIESGO DE CAÍDA
MORTAL**

Kate supuso que aquella escalera debía de conducir a la sección sin restaurar de segunda y tercera clase. Dubitativa, bajó el trecho de escalones hasta la puerta. Los peldaños crujieron ligeramente al apoyarse en ellos. La joven fue consciente de que aquella escalera de madera tenía más de medio siglo a sus espaldas... y que en todos aquellos años nadie se había ocupado de su mantenimiento. Se acercó a las hojas

de acero y apoyó la mano sobre una de ellas.

Una ráfaga de aire frío se coló por una junta mal sellada y Kate se estremeció. Aquella corriente provenía de alguna parte, allí abajo, y olía mal. Era un olor extraño, una mezcla a polvo, agua estancada y algo pudriéndose. Además, por debajo de aquel hedor había un matiz metálico y pesado que Kate no pudo identificar. Empujó suavemente las hojas y notó que cedían un poco. El soldador había hecho un trabajo bastante apresurado y sólo estaban sujetas por cuatro puntos. Volvió a empujar la puerta, fascinada, tratando

de averiguar qué había al otro lado del hueco que se abrió al combarse la hoja.

Kate...

Una voz de mujer sonó a su espalda, sobresaltándola. Como una niña pillada cometiendo una travesura, pegó un respingo y se dio la vuelta, balbuceando una excusa atropellada.

No había nadie.

Se asomó al pasillo. Estaba desierto en una y otra dirección. Corrió hasta la esquina que habían doblado los guardias de seguridad, pero tampoco había nadie. Confundida, volvió sobre sus pasos hasta la escalera. Examinó el techo, por si había algún sistema de vigilancia que

tuviese altavoces o algo similar, pero lo único que colgaba del cielo raso eran las lámparas en apliques de bronce con el nombre *Valkirie* grabado en su base.

Escuchó de nuevo con atención. Sólo se oía su respiración agitada, el suave zumbido que hacían las bombillas del pasillo y, de fondo, el rumor sordo y lejano de los motores.

Pero estaba segura de que alguien había pronunciado su nombre. Y no le había gustado el tono.

Había sonado violento. Sucio.

Decidió que necesitaba aire fresco cuanto antes. Con una última mirada a su alrededor, se alejó del hueco de la

escalera, aterida.

Después de cuatro minutos dando vueltas por los pasillos, Kate desembocó en una portilla que daba acceso a la zona de paseo de proa. Olía a mar, a humo y a algas. La ráfaga de viento fresco que le golpeó en la cara cuando salió al exterior le pareció la más maravillosa que había sentido nunca.

A lo lejos, a unos cincuenta metros, podía ver la silueta de un remolcador que arrastraba lentamente al *Valkirie* en dirección al mar abierto. Desde allí

podía leer el nombre del lanchón, *Vintumperio*, e incluso distinguir las figuras de los marineros vestidos con un uniforme rojo que haraganeaban por la cubierta. El capitán, un tipo corpulento y con perilla, tomaba el café en la toldilla del remolcador junto a un policía portuario alto y de pelo gris. Ambos miraban hacia el *Valkirie* y comentaban algo entre ellos. De repente, Kate tuvo la urgente necesidad de estar allí, entre aquellos hombres confiados, y no a bordo del *Valkirie*, con sus voces extrañas y su historia misteriosa.

Pero ya era demasiado tarde. El mar del Norte ya estaba a la vista, en la

lejanía, y el remolcador se despidió del *Valkirie* con un par de poderosas pitadas. Luego se fue alejando y, finalmente, se quedaron solos.

Kate se acodó en la barandilla y respiró hondo. La mañana era luminosa y allí fuera no parecía que nada malo pudiese ocurrir.

«Qué diablos —pensó—. Estás en un maldito crucero de lujo de los años treinta, Kate. Vas a escribir un reportaje cojonudo y, mientras tanto, podrías intentar beber todo el champán que puedas y tomar el sol. Incluso podrías intentar dejar de pensar en Robert a todas horas y retomar tu vida de una

vez...».

—Kate. —Una voz de mujer sonó a su espalda y la joven sintió cómo palidecía. Se giró como un rayo, convencida de que de nuevo no habría nadie, pero en esta ocasión era Senka, que la miraba con una expresión sorprendida en la cara.

—No quería asustarla —dijo.

—No es eso. Es que... —Enrojeció y calló. No quería parecer una trastornada nada más salir del puerto.

—No es conveniente desobedecer una orden directa del señor Feldman. — Senka la miraba muy fijamente, con un brillo inquietante en el fondo de sus ojos

—. Le pidió que no saliera de su camarote.

—No me pareció una orden —replicó Kate, levantando su cámara—. Más bien me pareció una sugerencia. Y tenía que hacer fotos para el reportaje.

—Tómese al pie de la letra todas las sugerencias del señor Feldman —repuso Senka, muy seria—. Este barco puede engañar. Es tramposo.

—¿A qué se refiere? —A Kate se le erizó el vello de la nuca.

—¡Oh, a nada en especial! —Senka se encogió de hombros—. A todo. Durante las semanas que hemos pasado restaurando el *Valkirie*, yo he estado a

bordo y han pasado cosas. Cosas difíciles de explicar. Y ha habido accidentes. ¿Cree en los fantasmas, Kate?

A la periodista no se le pasó por alto el cambio de tono en la voz de la mujer, pero no se inmutó.

—No. La verdad es que no — contestó con el corazón sangrando de dolor, con Robert una vez más en la mente—. Sé que, cuando alguien se muere, se va para siempre.

—Bien —replicó Senka, con su extraña sonrisa—. Aquello en lo que no crees no puede hacerte daño, ¿verdad? —Miró hacia el horizonte y respiró

hondo, como si estuviera ordenando sus ideas—. En fin, debería volver a su camarote. Le acompañaré. Y esta vez procure no salir hasta la hora programada.

—Espero que merezca la pena —contestó Kate, con acritud.

—Oh, por supuesto que merecerá la pena. —Senka entrecerró los ojos—. Lo que va a oír en esa reunión le va a parecer increíble.

XV

Eran las doce en punto cuando Kate entró en el salón Gneisenau acompañada de Senka. Una vez más, se quedó maravillada. Aquella sala parecía una recreación de un *palazzo* italiano del Renacimiento. Altas columnas forradas de mármol travertino se elevaban hasta el techo, a unos cinco metros de altura, donde un enorme fresco representaba una antigua batalla teutónica. Un par de gigantescas valkirias sostenían a un guerrero moribundo mientras dos caballeros se acuchillaban con saña a

apenas unos metros, en otro fresco.

Entre los ventanales que daban al exterior, que simulaban ventanas venecianas, se erguían esculturas clásicas sobre peanas muy elaboradas. El suelo era de madera y piedra, y apenas se veía, tapado por unas cuantas alfombras gigantescas y gruesas hasta el exceso. Al pisarlas, Kate pensó que podría dejar caer una moneda en ellas y ser incapaz de encontrarla después.

El mobiliario estaba compuesto por multitud de sofás de aspecto lujoso y unos cuantos sillones repartidos aquí y allá, como al descuido. Una gran mesa de madera con unas patas enormes

ocupaba el centro de la sala. En la pared del fondo, un enorme reloj marcaba las horas, impasible, sobre un piano negro de cola.

En medio de la sala, sentados alrededor de la mesa, estaban los demás pasajeros. Kate se sorprendió al ver los pocos que eran. Allí tan sólo había unas quince o veinte personas, casi todos ellos hombres. Unos cuantos se pusieron de pie cuando las vieron llegar. Los otros ni se fijaron, demasiado abstraídos en una conversación que parecía apasionada.

Kate miró alrededor. Se fijó en que Feldman estaba en la cabecera de la

mesa; Moore se encontraba a su izquierda y quedaba un hueco libre a su lado derecho. Senka le ayudó a sentarse en su sitio y, al hacerlo, dejó las manos sobre los hombros de Kate un segundo más de lo políticamente correcto. Después, caminó contoneándose hasta el asiento libre que había al lado de Feldman y se sentó en él, atrayendo las miradas de la mayoría de los hombres.

Ya estaban todos. Feldman carraspeó y se hizo el silencio en la sala. Kate se puso alerta y conectó discretamente su grabadora.

—Señoras, señores —comenzó Feldman, educadamente, pero con la voz

vibrante de emoción—, permítanme que les dé la bienvenida al *Valkirie*. Antes de hacer las presentaciones y entrar en materia, quiero agradecerles de corazón que hayan aceptado participar en este viaje.

Varias cabezas asintieron alrededor de la mesa en señal de reconocimiento.

—Hablemos primero de nuestro barco. El *Valkirie* fue construido en los astilleros Blohm und Voss de Hamburgo, en 1938. Como supondrán, quedan pocos barcos de ese período flotando por el mundo. De hecho, éste es el último superviviente de la época dorada de los transatlánticos de los años treinta.

Todos sus rivales de aquellos tiempos se hundieron, acabaron desguazados o los destruyeron durante la guerra. Sólo el *Valkirie* ha llegado hasta aquí, por los motivos que todos ustedes ya saben. — Incliné la cabeza hacia un hombre sentado en uno de los lados de la mesa —. Señor Corbett...

El aludido carraspeó y se incorporó un poco.

—Mi nombre es William Corbett. Soy el ingeniero jefe y..., ejem..., el encargado de la puesta a punto del *Valkirie* así como, en general, de la revisión del barco. —Revolvió nervioso unos papeles—. Lo cierto es que no ha

sido un trabajo demasiado difícil. Esperábamos que estuviese en un estado mucho peor, pero el tiempo transcurrido en el dique seco parece haber preservado el barco extraordinariamente bien. El casco no presenta problemas de degradación en ningún punto. No hemos localizado fisuras, ni grietas que tuviesen que ser reparadas.

—Es increíble —murmuró un hombre de aspecto asiático que estaba al final de la mesa.

—Tan sólo ha sido necesario darle una nueva capa de pintura. —Corbett se subió las gafas, que se le habían escurrido por la nariz. A Kate le

recordaba a un mecánico explicándole al dueño de un coche por qué su factura es tan abultada, pese a no haber hecho prácticamente nada—. Por lo demás, tras sesenta años cubierto por lonas y fuera del agua, el barco estaba en un estado inmejorable. Da la sensación de que jamás ha estado en el mar hasta ahora.

—¿Les resultó muy difícil reparar el motor? —preguntó Kate.

Todas las cabezas se giraron de golpe hacia ella. La joven sintió cómo la sangre se arremolinaba en su rostro.

—Hola..., esto..., soy Kate Kilroy —tartamudeó—. Estoy documentando

todo el viaje y..., bueno...

Vio que Feldman le sonreía y se tranquilizó un poco. «Haz tu maldito trabajo, Kate», se dijo.

—Los informes de 1939 explicaban que fue imposible hacer funcionar los motores del barco. —Sacó de su carpeta morada una copia del informe del depósito militar y leyó—: «Ambos motores presentan algún tipo de mal funcionamiento que ha sido imposible identificar, tanto en el sistema de arranque como en el de combustión. Son absolutamente inoperables y este departamento técnico desconoce si existe algún tipo de solución o de

posible reparación. Recomendamos su desguace inmediato». —Levantó la vista y miró directamente al ingeniero—. ¿Le resultó muy complicado reparar los motores?

Corbett miró hacia los lados, algo desconcertado, y finalmente respondió:

—No fue necesario reparar los motores, señorita Kilroy —dijo, visiblemente perplejo—. Ambos encendieron a la primera en cuanto cargamos todo el combustible. No estaban averiados. De hecho, estaban en perfecto estado.

Un murmullo apresurado recorrió toda la mesa. Un par de personas

asintieron vigorosamente mientras otros meneaban la cabeza, negando.

—El estado general del barco es muy bueno, teniendo en cuenta sus años —continuó Corbett—. Los accesos se sellaron después de la guerra y prácticamente no ha entrado nadie dentro del buque durante los últimos sesenta años. Apenas ha habido filtraciones o humedades de importancia, sobre todo en primera clase, y la temperatura interior parece haberse mantenido constante, más o menos a unos diecisiete grados. Es como una enorme cápsula del tiempo. Tan sólo las zonas inferiores parecen un poco

más maltrechas.

—Eso es estupendo —aplaudió Feldman—. ¿Cómo va la restauración?

—Todo el sector de primera clase, la zona de máquinas, el puente y los servicios esenciales, como cocina, lavandería y enfermería están acabados. Sin embargo, aún queda por restaurar toda la zona de segunda y tercera, y bastantes de los salones. —Sacudió la cabeza—. En general, creo que hemos puesto a punto una tercera parte del *Valkirie*, más o menos. Cuando lleguemos a Nueva York podremos acabar el resto.

Un nuevo runrún de voces sacudió la

mesa.

—¡Nadie había hablado de ir a Nueva York, Feldman! —vociferó un hombre grueso de barba rala y acento del Este que estaba dos sillas a la derecha de Kate—. ¡Ni siquiera tengo los visados en regla!

—No se preocupe, Cherenkov —replicó Feldman, con un tono duro que silenció a toda la mesa. Su voz había sonado como un latigazo venenoso—. De eso ya me encargo yo.

Feldman se puso en pie. Todos los reunidos le observaron, expectantes.

—Hoy es 23 de agosto —comenzó Feldman—. El 23 de agosto de 1939,

hace casi ochenta años, este barco, el *Valkirie*, emprendió su viaje inaugural, con una tripulación de ciento cincuenta marineros y personal de a bordo y un pasaje de doscientas diecisiete personas. Partió de Hamburgo, exactamente del mismo muelle del que hemos partido hace unas horas, a la misma hora a la que lo hemos hecho nosotros. Desembocó en el mar del Norte a la misma hora a la que lo estamos haciendo nosotros, en este mismo momento y en el mismo punto.

Sacó de una cartera un viejo libro de navegación y lo mostró con respeto al resto de la mesa.

—Conocemos todos esos datos porque tenemos el libro de bitácora, que fue recuperado por la tripulación del *Pass of Ballaster*, el barco que encontró el *Valkirie* a la deriva. —Abrió el libro por una página que tenía marcada y se lo mostró a los presentes. El folio estaba en blanco—. El 28 de agosto, cinco días después de su partida, el *Pass of Ballaster* halló el barco. A bordo, no había ningún tripulante ni tampoco ningún pasajero. Excepto uno que no aparecía en el listado: yo mismo.

Kate experimentó una oleada de excitación ante lo que iba a venir. Lo adivinaba.

—Estamos repitiendo, casi ochenta años después, y paso a paso, el mismo viaje que hizo el *Valkirie* —clamó Feldman, muy serio. Y elevó la voz—: ¡Y dentro de cinco malditos días, siguiendo el camino marcado en este libro, sabremos de una vez qué fue lo que pasó en aquella noche de 1939!

XVI

Un infierno de voces se desató alrededor de la mesa. De repente todo el mundo parecía querer hablar a la vez. Los únicos que se mantenían en silencio eran Feldman, Moore y Senka, que observaba con mirada glacial el gallinero en el que se había transformado aquella reunión.

—Eso es una gilipollez — mascullaba un hombre joven, de unos treinta años, sentado enfrente de Kate. Llevaba el pelo largo y usaba unas gafas de pasta que le daban un aire

despistado. A Kate le llamó la atención que en su camisa floreada llevaba prendido un pin con forma de mapache de dibujos animados. Sonreía como si todo aquello fuese una discusión de psiquiátrico.

—¡Es imposible! —gritaba una mujer entrada en años y con aspecto severo.

—¡Deberíamos hacerlo al menos con un barco de prueba sin tripulación! —vociferaba otro hombre, situado cerca de ella, con pinta de haberse comido toda la despensa de un restaurante.

—¡Corremos un riesgo enorme, Feldman! —tronó el hombre de barba

rala al que habían llamado Cherenkov, imponiéndose sobre los demás con un enorme vozarrón—. Las posibilidades de reproducir el fenómeno sin un equipo de apoyo...

—Contaremos con un equipo de apoyo, profesor Cherenkov, no se preocupe. —Feldman levantó las manos, conciliador, y Kate observó fascinada cómo una vez más el anciano judío utilizaba su magnetismo perturbador. Lentamente, todas las voces se fueron acallando—. Y ahora déjenme continuar, por favor.

Todos se sentaron de nuevo, intrigados.

—He invertido más de la mitad de mi vida en encontrar las piezas que componían mi pasado. No sé quién soy, ni de dónde vengo. Mi historia comienza en la pista de baile situada dos plantas más abajo, hace setenta y cuatro años. Un niño judío abandonado en medio de un barco vacío. Este barco.

Se levantó de la silla y apoyó las manos sobre la mesa. A Kate le recordó a un Mesías enfebrecido dirigiéndose a su rebaño.

—Durante muchos años dejé esas preocupaciones aparcadas en el fondo de mi mente. Conocen mi reputación. Me dediqué con ahínco a labrar mi fortuna y

a pelear con otros tiburones como yo. Hay quien dice que soy un mafioso. — Rió con ganas—. Eso es una patraña. Me he hecho rico gracias a los casinos de juego que tengo en Europa, Asia y Estados Unidos, es cierto. Pero no soy ningún mafioso, aunque no me importa mantener esa reputación... —Suspiró y se puso repentinamente serio—. En cierta medida, debería ser un hombre feliz. Pero siempre me faltaba una pieza: saber quién demonios soy y cómo he llegado aquí.

—Eso está muy bien, señor Feldman. —El hombre de la camisa floreada y del pin con el mapache habló

con voz suave y acento norteamericano —. Pero quizá habría sido mejor para usted contratar a unos cuantos detectives privados que rastreasen su historia en vez de gastar una fortuna en recrear el maldito escenario del crimen, si me permite la expresión.

Unas cuantas risas suaves se oyeron alrededor de la mesa, pero se apagaron como una hoguera bajo un aguacero cuando Feldman volvió a hablar.

—Lo hice, doctor Carter, lo hice. Pero la generación de sus abuelos y sus condenados B-17 se encargaron a conciencia de no dejar piedra sobre piedra en Hamburgo. Todos los archivos

de la KDF sobre el *Valkirie* quedaron convertidos en cenizas junto con media ciudad en 1943. Fue imposible encontrar nada —afirmó—. Así que sólo quedaba el *Valkirie*. Y no es una recreación del escenario del crimen. Es el escenario original, hasta la última esquina. Fuera lo que fuese lo que sucedió, tuvo lugar aquí, entre estos mamparos. Y vamos a averiguarlo.

—Señor Feldman, yo soy físico —contestó Carter, como si hablase con alguien que no entiende bien un idioma—. Un científico, como creo que son casi todos los que están en esta mesa. No creo en la magia, ni en nada que no

pueda ser medido o explicado con las reglas de la ciencia. Y los viajes en el tiempo son imposibles, por lo menos hoy en día, así que si pretende que consigamos que este viejo barco nos lleve de vuelta a 1939...

—No soy estúpido, doctor Carter.
—De nuevo, el latigazo venenoso de Feldman. Hasta el irreverente doctor Carter se acobardó un poco al oír aquella voz—. No pretendo que viajemos en el tiempo. Eso es imposible.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?
¿Qué hacemos aquí?

—Un experimento científico. Repetir

paso por paso el viaje. Ver qué pudo pasar. Medir y, a ser posible, entender. Y obtener alguna pista.

—¿Y si no lo conseguimos? —intervino Kate, de pronto—. ¿Y si simplemente llegamos al punto exacto y el viaje continúa sin incidentes?

Feldman se encogió de hombros.

—Lo volveré a intentar las veces que haga falta —dijo—. Y, mientras tanto, usted tendrá una maravillosa historia que contar en su periódico y yo seré el dueño de un barco de lujo de los años treinta con una historia misteriosa en torno a él.

Kate en seguida entendió a qué se

refería. En una época en la que todos los cruceros eran clónicos, como gigantescas montañas blancas que cruzaban el mar, atiborrados de turistas siempre absorbidos por los teatros, los casinos y los restaurantes de a bordo, el *Valkirie* destacaba como una amapola en un campo de rastrojos. Era delicado, elegante y evocaba una época de lujo y glamour. Y, además, la sombra de su extraña maldición lo acompañaba y redoblaba su atractivo.

Kate silbó por lo bajo. Habría bofetadas por subirse en aquel barco. La gente estaría dispuesta a pagar auténticas fortunas por poder hacer un

viaje al estilo de los años treinta en un barco original de la época. Y su reportaje en el *London New Herald* sería una campaña promocional sencillamente perfecta. Feldman, el gran manipulador. Seguramente, lo tenía previsto desde el principio...

El joven Carter, el físico, no se dio por vencido tan fácilmente.

—No pasará nada —insistió—. Aunque repitamos el viaje en las mismas condiciones, puede haber un millón de variables que cambien. No sabemos cuál fue el motivo que provocó que toda la gente que estaba a bordo del *Valkirie* desapareciese, ni cuáles eran las pautas

temporales. Todo esto es inútil, señor Feldman, en serio.

—Tenemos controlada la principal variable, señor Carter —replicó Feldman, muy seguro de sí mismo—. Y creemos que esa variable es la que lo causó todo.

—El *Valkirie* —murmuró Carter, pensativo.

—No exactamente —replicó Feldman—. Lo cierto es que...

En ese momento sonó el walkie-talkie que Senka Simovic llevaba prendido en la cintura. La serbia se apartó para escuchar durante un segundo, y después se volvió hacia

Feldman y le susurró algo al oído.

—Parece que nuestro equipo de apoyo por fin ha llegado —anunció con voz animada—. ¿Les apetece salir un momento para verlo? Así aprovecharemos para tomarnos un pequeño descanso.

Salieron en tropel hacia una de las terrazas exteriores, en la que había unas jardineras con plantas y unas cómodas tumbonas. Kate observó que estaban en la parte superior del barco. No debían de estar muy lejos del puente de mando.

Habían dejado la costa atrás y ya sólo se veía océano a su alrededor. No muy lejos del *Valkirie* se fijó en que se

acercaba un pequeño barco de un vivo color rojo y dos franjas blancas que recorrían su costado. Al asomar a cubierta lanzó dos potentes bocinazos a los que el *Valkirie* respondió de inmediato, lo que casi los deja sordos.

—¡El *Mauna Loa*! ¡Nuestro barco de apoyo! —gritó Feldman por encima de los bocinazos.

—Su diseño me suena mucho —dijo Cherenkov con una media sonrisa.

—¡Y tanto que le suena! —replicó Senka, uniéndose a la conversación—. Es uno de los antiguos pesqueros espía que la Unión Soviética usaba en los años setenta. Parece un inofensivo

arrastrero por fuera, pero es un barco lleno de radares y aparatos electrónicos por dentro. Lo compramos a finales de los noventa, a precio de chatarra.

—Yo formé parte del equipo de desarrollo de algunos de los aparatos de interferencias electromagnéticas que ese pequeño lleva dentro —añadió Cherenkov, con cierta nostalgia.

Kate no sacaba el ojo de encima al pequeño barco. Parecía poca cosa comparada con el *Valkirie*. Como apoyo, le resultaba poco inspirador.

De repente, un fogonazo cegador apareció en la popa del *Mauna Loa*. El ruido de la explosión llegó a sus oídos

apenas un segundo después, junto con la onda expansiva. La columna de humo coincidió con los gritos de asombro de todos los presentes.

El *Mauna Loa* se sacudió como un conejo arrastrado por un perro, y dio una guiñada de noventa grados. Un montón de marineros corrían por la cubierta hacia la popa, por donde empezaban a aparecer las primeras llamas.

—¿Qué diablos está pasando, Moore? —preguntó Feldman, lívido—. Quiero saber qué está sucediendo. ¡Ahora!

—En seguida, señor Feldman. —

Moore sacó su propio walkie-talkie y se puso a ladrar órdenes a toda velocidad. Tres minutos más tarde, una lancha neumática se descolgaba por un costado del *Valkirie*; a bordo de ella iban dos hombres armados. En cuanto tocaron el agua salieron como una exhalación hacia el pequeño pesquero, que estaba casi detenido en el agua y con una leve escora a estribor. El fuego parecía casi extinguido, pero debía de haber alguna vía de agua. Varios hombres trabajaban a destajo para evitar que las llamas se extendiesen por la popa lanzando chorros de agua que inundaban la cubierta del pequeño barco.

—¿Se va a hundir? —preguntó Kate, preocupada.

Habían sacado a un hombre malherido por la escotilla, casi sin ropa y sangrando en abundancia, que ni siquiera se movía. Kate se preguntó si estaría muerto.

—No lo creo —respondió Senka, con tono sombrío—. Si se fuese a hundir ya lo habría hecho. Pero no creo que pueda seguir navegando con nosotros.

En ese instante vieron cómo sacaban por la escotilla a un hombre con quemaduras. Incluso a aquella distancia era evidente que estaba muy malherido.

—La maldición del *Valkirie* —

susurró un hombre al lado de Kate. Cuando advirtió que la periodista le había oído, le tendió la mano. Era bajo, fornido, de unos cuarenta años, y sobre su labio superior lucía un mostacho de proporciones homéricas. Tenía un acento que Kate no era capaz de ubicar—. Soy Will Paxton. Geólogo, especialista en formaciones submarinas. Aunque no creo que eso pueda ayudar a la pobre gente del *Mauna Loa*.

—No hay ninguna maldición —gruñó Senka, señalando su walkie-talkie, por el que había estado hablando con alguien—. Ha sido un sabotaje. Alguien ha puesto una bomba en el

Mauna Loa.

Todos se miraron, estupefactos. Y Kate se dio cuenta de que aquel viaje se estaba transformando en algo mucho más peligroso y complejo de lo que se había imaginado al principio. Mucho más.

XVII

Cuando se pronunció la palabra «bomba», Moore, el jefe de seguridad, empezó a dar gritos a diestro y siniestro. Antes de que se diesen cuenta, los viajeros estaban rodeados por media docena de guardias armados, salidos de alguna parte, que los conducían de nuevo hacia el interior del *Valkirie*. Algunos pasajeros protestaron, con la irritación del peatón al que no le dejan contemplar un accidente de tráfico sangriento y le invitan a continuar andando, pero en general todos

obedecieron a la primera. Kate sacó unas cuantas fotos apresuradas con su Canon antes de que la obligasen a volver al interior.

Moore estaba al borde de un ataque de furia. Sus pupilas habían empequeñecido hasta parecer dos pequeñas canicas de brillo negro, y no dejaba de enviar órdenes de manera constante a través de la radio. Se acercó a Feldman y le dijo algo, ante lo que el anciano judío asintió gravemente.

—Atención. —Moore levantó la voz—. Ésta es una situación de emergencia. Vuelvan a sus camarotes mientras hacemos una comprobación de

seguridad a bordo del barco. Permanecerán allí hasta que les avisemos de nuevo. Queda estrictamente prohibido salir hasta nueva orden. El que desobedezca será desembarcado de inmediato, pero antes tendrá unas palabras conmigo... a solas.

—Oiga, amigo. —Era Carter, el norteamericano de la camisa floreada, que con su indolente acento del sur le observaba con descaro—. No hace falta que use esos modales. No nos hemos alistado en el ejército, que yo sepa.

Moore lo fulminó con la mirada. Carter, impasible, se limpió las gafas con el borde de la camisa, con

parsimonia. Frotó a conciencia, las miró al trasluz con un gesto contrariado y las frotó de nuevo. Satisfecho con el resultado, se las puso.

—Desde que he subido a este barco me he pasado más tiempo encerrado en mi camarote que fuera de él, y la última vez que miré mi pasaporte todavía era un ciudadano libre. Creo que nos merecemos una explicación, al menos.

Moore se acercó a Carter hasta que las puntas de sus narices casi se tocaron. El británico era una montaña de músculos y le sacaba una cabeza al norteamericano, pero éste le observaba, impasible, como si aquello no fuera con

él.

—Escúcheme. —La voz de Moore sonaba rasposa y preñada de amenazas —. No es una invitación, ni un consejo. Es una orden. El que no lo haga voluntariamente lo hará acompañado por dos de mis hombres. Tienen diez minutos. Así que usted escoge.

Sin mirar atrás, se volvió hacia Senka y salió del salón Gneisenau acompañado de tres de sus hombres, en medio de un concierto de crujidos de botas y chasquidos de fusiles.

Los quince pasajeros se miraron entre sí, perplejos y desorientados. Apenas hacía cinco horas que habían

salido de Hamburgo y aquello se parecía cada vez menos a un crucero de postal, pese a la lujosa decoración. Feldman se acercó hasta ellos en silencio.

Por primera vez, Kate observó un rastro de preocupación en el rostro del judío. Era un atisbo leve, casi una sombra, pero era la primera grieta en la fachada de granito que aquel hombre usaba para mantener ocultos sus sentimientos. Aquello fue lo que asustó a Kate de verdad. Si Feldman estaba preocupado, la situación tenía que ser grave.

—Les ruego que hagan caso al señor

Moore —dijo, conciliador—. En ocasiones puede resultar algo brusco, como ahora, pero es muy eficiente en su trabajo.

—¿Qué ha pasado, Feldman? —preguntó Kate. De alguna manera, se había convertido de manera tácita en la portavoz de todo el grupo. «Que hable la periodista», parecía ser el pensamiento común.

—Un artefacto ha explotado en la sala de motores del *Mauna Loa* y hay al menos dos muertos y un herido grave entre la tripulación. Además, el barco ha sufrido muchos daños y ahora mismo está a la deriva —explicó Feldman—.

No puede seguir con nosotros. Sospechamos que alguien, durante el estibado de la carga en el puerto o durante los preparativos de partida, pudo haberla colocado y dejarla programada para que explotase en alta mar. Y lo que es peor: pese a todas las medidas de seguridad, cabe la posibilidad de que haya alguna bomba aquí, a bordo del *Valkirie*...

La frase provocó un murmullo de estupefacción entre el grupo y, de manera instintiva, se pegaron un poco más entre ellos.

Kate observó fijamente a Feldman y éste le sostuvo la mirada. El intento de

atropello, la muerte de Duff Carroll y ahora la explosión... Definitivamente, alguien no quería que el proyecto del *Valkirie* siguiese adelante.

—Tenemos que hablar —dijo Kate, en voz baja, pero lo bastante fuerte para que Feldman la oyese.

—Lo haremos —asintió Feldman—. Y ahora, por favor...

Kate se volvió y caminó hacia la puerta. Al pasar le hizo un gesto a Carter. El norteamericano, que parecía un tipo rebelde, siguió de mala gana a la periodista. El resto del grupo, como ovejas desorientadas, siguió sus pasos, apiñados y murmurando entre ellos.

—¿Por qué le ha obedecido? —
murmuró el físico mientras caminaba
por el pasillo al lado de Kate—. Si hay
una bomba, puede estar en cualquier
parte.

Kate no respondió y siguió
caminando. Finalmente se volvió hacia
Carter y le sonrió.

—Fuiste muy valiente con Moore.
Casi osado —le tuteó.

Carter se encogió de hombros, algo
sonrojado.

—No soporto a los abusones.

Kate sonrió al recordar la escena.
Moore podía haberle sacudido como a
un perro mojado, pero Carter no se

había asustado. O, al menos, no lo había exteriorizado.

—Feldman tiene razón. Y Moore también, en cierto modo —dijo por fin Kate—. Si alguien ha puesto una bomba, sólo puede haberlo hecho en la parte restaurada. El resto del barco está sellado desde antes de la partida y sólo el equipo de confianza de Feldman había subido a bordo. Y si nosotros no andamos estorbando como patos borrachos, Moore y sus chicos acabarán el registro antes.

Carter masculló algo mientras pensaba en las palabras de Kate. Finalmente asintió.

—¿Qué se trae entre manos Feldman? —preguntó el físico—. ¿Sabes algo que no nos haya contado a los demás?

—No —contestó Kate, pensando en Duff Carroll. Se preguntó si debía contárselo a Carter, pero lo descartó por el momento.

—De acuerdo —contestó Carter, con una sonrisa despreocupada—. Me caes bien, Kate Kilroy. Supongo que es porque eres la única que no mira a Feldman como si fuese Zeus... ¿O debería decir Yahvé? —dijo, y lanzó una carcajada.

—Es un poco mesiánico, en eso

estoy de acuerdo —contestó Kate, sonriendo a su vez—. ¿Qué me puedes contar de ti y de toda esta gente, Carter?

—No sé muy bien qué es lo que está pasando aquí. Hace dos semanas estaba en mi cátedra de Física en Atlanta cuando sonó el teléfono. Alguien me propuso participar en una expedición de carácter científico. Acepté, por supuesto. Me pagan una pequeña fortuna por este viaje de quince días, pero apenas me han contado nada más. Y, como a mí, a todos éstos —señaló con su pulgar a los demás—. Hay astrofísicos, matemáticos, un geólogo, dos meteorólogos y hasta un tipo que

creo que he visto alguna vez por la tele, pero no recuerdo dónde. Todos estamos a ciegas. Ninguno sabe gran cosa, excepto Cherenkov. Él es el jefe.

—¿Cherenkov? —Kate se giró sorprendida hacia el ruso, que hablaba con otro científico, gesticulando mucho con los brazos—. ¿Por qué él?

—Es el único que está al corriente del plan maestro de Feldman. Fue quien propuso los nombres de todos y cada uno de nosotros. Él reclutó este equipo tan extraño. Y te puedo garantizar que no es un equipo fácil de reunir. Conozco de oídas a unas cuantas de estas personas y su reputación. Me apuesto algo a que no

han salido de sus laboratorios si no es a cambio de mucho, mucho dinero.

—¿Y en qué consiste el proyecto?
—preguntó Kate con rapidez. Habían llegado a los pasillos donde se repartían sus camarotes, y los guardias de seguridad, muy nerviosos, los urgían a que entrasen en ellos lo antes posible.

—No lo sé —contestó Carter, justo antes de desaparecer dentro de su camarote—. Pero me apostaría lo que fuese a que tiene algo que ver con la Singularidad de Cherenkov.

—¿La Singularidad de qué? —preguntó Kate, pero Carter ya había cerrado su puerta. Tendría que

preguntárselo más tarde.

XVIII

Kate llegó a su camarote con muchas más preguntas en la cabeza que respuestas. Mientras se descalzaba y se soltaba el pelo trataba de poner en orden todos los datos que tenía. El *Valkirie*, su equipo científico, la amenaza de alguien desconocido que intentaba acabar con todas las personas implicadas.

La voz que había oído en el pasillo.

El recuerdo afloró en su mente como una hiedra venenosa, pero lo apartó con rapidez. Eso no había ocurrido. La tensión, la sugestión de estar en un barco

con fama de casa encantada, los nervios. Había mil factores posibles para explicarlo. Ockham.

Se sentó en el borde de la cama. Estuvo diez minutos inmóvil, con la mirada perdida en un punto infinito, a medida que su mente vagaba por todas las experiencias del día.

Decidió darse un baño. Eso la relajaría. Se acercó hasta la enorme bañera cubierta de mosaicos y abrió los grifos de bronce. Al cabo de unos segundos, el vapor inundó todo el baño, dándole el aspecto decadente de una terma antigua.

Se metió en el agua caliente y soltó

un suspiro. El vaho dibujaba extrañas formas en el aire. Kate cerró los ojos, relajada. Notaba cómo las pequeñas teselas de cerámica se clavaban en sus nalgas, sin llegar a resultar incómodas. A su derecha había un bote de sales de baño. Cogió un puñado y lo vació en el agua; todo se impregnó de inmediato con una fragancia deliciosa. Cerró los ojos y se dejó acunar por el ambiente que había creado. Suspiró, satisfecha.

Fue algo casi imperceptible. Estuvo a punto de pasarlo por alto. Llevaba unos minutos en duermevela cuando su olfato percibió que debajo de la fragancia de las sales de baño se colaba

otra esencia, más sutil, metálica y aceitosa a la vez.

Blum.

Un golpe sonó en su camarote. Kate se incorporó en la bañera, con todos sus sentidos alerta. La puerta que separaba el baño del camarote estaba entreabierta, tal y como la había dejado al pasar. El vapor se escapaba por el quicio, trazando eses perezosas en el aire. Alguien se movió al otro lado de la puerta, arrastrando algo pesado. Después se oyó un sonido sordo, como si ahuecasen la almohada más grande del mundo. Y una respiración pesada y extraña. Era como un estertor. Una

inspiración, jadeo, jadeo, ruido ronco y vuelta a empezar. Le puso los pelos de punta.

Kate, sentada en la bañera y desnuda, podía oír los latidos de su corazón desbocado bombeando adrenalina. Había alguien en su camarote.

«O algo, Kate. O algo».

Se volvió buscando algún objeto que le pudiese servir como arma. Sujetó el pesado bote de sales de baño por el borde y salió de la bañera procurando no hacer ruido. Al levantarse, una cascada de agua chapoteó delatándola. El ruido al otro lado de la puerta cesó.

Kate maldijo en silencio. Sin molestarse en envolver su cuerpo desnudo, se acercó hasta la puerta. Toda su piel vibraba como si estuviese recibiendo descargas eléctricas.

Abrió la puerta de golpe, agitando el bote de cerámica sobre su cabeza.

No había nadie. Pero aun así sintió como una bola de hielo se formaba en su estómago.

La habitación era un caos absoluto. Habían movido su maleta desde encima del sofá a un lado del escritorio. Además, la cama estaba deshecha, como si alguien muy furioso hubiese arrancado las sábanas de su sitio y después hubiese

decidido apuñalar el colchón con un cuchillo y vaciar todo su relleno de manera alocada. La funda de la almohada estaba a sus pies. Kate la cogió y descubrió con horror que estaba mojada con algún líquido de olor intenso. Había una mancha de algo oscuro y terroso en el respaldo del sofá, que también estaba destripado.

Kate se sintió de pronto muy indefensa, allí desnuda. Sin volverse, retrocedió paso a paso hasta el baño mientras su corazón pugnaba por salir a través de su boca. Una vez dentro del baño, cerró los grifos con una mano al tiempo que con la otra agarraba una de

las toallas y se la envolvía alrededor del cuerpo.

«Tranquila, Kate. Sal al pasillo. Llama a seguridad. Sé rápida».

Abrió la puerta de nuevo y se lanzó al interior del camarote, dispuesta a cruzarlo a toda velocidad, pero se detuvo, boquiabierta. Sus rodillas temblaron, sintiendo cómo la sangre huía de su cara.

—No es posible. No puede ser posible —gimió.

El camarote volvía a estar impecable. La cama estaba hecha de nuevo, sin una sola arruga. La tapicería del sofá lucía inmaculada y su maleta

volvía a estar justo en el sitio donde ella la había dejado unas horas antes. Con la sensación de estar atrapada en una pesadilla, se acercó a la cama y sacó las almohadas.

Todas estaban secas. Total y absolutamente secas.

Se mareó. Aquello no tenía ningún sentido.

«Sé lo que he visto. No estoy loca».

Caminó por el camarote, embotada y con la sensación de tener un kilo de algodón dentro de la cabeza. Su mirada saltaba, errática, de un lugar a otro. De repente se dio cuenta de que aún sostenía en la mano el bote de las sales

de baño. Con un escalofrío se dio cuenta de que no lo había soñado.

Había pasado de verdad.

Empezó a jadear, incapaz de controlar el ritmo de su respiración. Había algo con ella en el camarote. Giró sobre sí misma, cada vez más aterrorizada.

Sonaron dos golpes fuertes. Kate, asustada, soltó el bote de sales, que rodó sobre la alfombra, y dio un grito. Los golpes sonaron de nuevo, urgentes.

Sólo entonces se dio cuenta de que estaban llamando a la puerta. Se oían voces al otro lado.

Con las rodillas como gelatina, y

tratando de controlar la respiración, se apretó la toalla de forma apresurada alrededor del cuerpo y abrió. Se encontró a Senka y a uno de los soldados de Moore esperando al otro lado.

—Hola, Kate. —Senka sacudió su larga cabellera rubia y sonrió con picardía al advertir que Kate estaba desnuda—. Espero no interrumpir. También tenemos que registrar los camarotes del pasaje. Será sólo un minuto.

Entraron sin pedir permiso. Mientras el hombre de Moore registraba metódicamente el baño y el camarote,

Kate se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, sujetando la toalla alrededor de su cuerpo y tratando de controlar los temblores que la sacudían.

—¿Te encuentras bien, Kate? —dijo Senka—. Estás muy pálida.

Kate sacudió la cabeza, y murmuró un «sí» apagado. No quería que la tomaran por loca. En aquel instante, ni siquiera ella estaba segura de si estaba bien de la cabeza.

—Ése es tu equipaje, supongo. — Senka señaló la maleta de Kate, aún sin deshacer, apoyada sobre el sofá—. Tengo que revisarlo. ¿Te importa?

Kate asintió. Lo único que deseaba

era que se fuesen de allí cuanto antes.

La serbia abrió la maleta (la misma maleta que se había movido sola un momento antes, o que alguien había movido) y fue apartando el equipaje a un lado. Cuando llegó a la ropa interior de Kate se demoró, juguetona, mientras una sonrisa asomaba por la comisura de sus labios.

—Esto es realmente seductor —dijo, sujetando entre sus manos un diminuto tanga negro con un bordado rojo en la parte superior—. ¿Toda tu ropa interior es así?

Kate sacudió la cabeza, nerviosa, pero no respondió. No iba a entrar en el

juego.

De pronto, la serbia se envaró y levantó la cabeza con una expresión desconfiada.

—¿Qué es esto? —preguntó, mostrándole la urna fúnebre con las cenizas de Robert.

—Es mi marido —contestó Kate. Su voz se había transformado en un témpano de hielo—. O lo que queda de él, mejor dicho.

—¿Viajas siempre con las cenizas de tu marido? —Senka la miró, incrédula, mientras desenroscaba la tapa y echaba un vistazo al interior. Una diminuta cantidad de ceniza se escurrió

por el borde y cayó sobre la alfombra, dejando un surco gris en el dibujo.

—Deja la urna. Ahora. —La voz de Kate era glacial, pero la furia acumulada por debajo era tan intensa que la expresión jocosa de la cara de Senka se descompuso en un rictus incómodo.

Kate la observaba con fuego en los ojos. Las sienes le latían. Todo el pánico que había sentido apenas unos minutos antes se estaba transformando en ira y en ganas de arrancarle la cabeza a alguien. Sin pensarlo se levantó, se acercó a la serbia y le arrebató la urna de las manos. Al hacerlo casi se le cae la toalla, pero era tal su rabia que ni se dio

cuenta.

—No bromees con esto —le susurró al oído—. O te arrepentirás de haberme conocido. Es el último aviso.

Senka dio un paso atrás, con un brillo extraño en los ojos. Era miedo, respeto... y excitación.

—La gata saca las uñas —musitó—. Habrá que tenerlo en cuenta.

El guardia que venía con Senka asomó la cabeza por la puerta del baño en ese momento e hizo un gesto negativo. Había acabado el registro.

—Ha sido un placer, como siempre —se despidió Senka enarcando una ceja—. Hasta pronto.

En cuanto se fueron, Kate cerró la puerta; todavía temblaba de furia. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero estaba decidida a no llorar. Apoyó con manos temblorosas la urna con los restos de Robert en la mesa y se puso de rodillas en la alfombra, intentando recoger la diminuta cantidad de cenizas que se había derramado.

Era tan poca que apenas pudo mancharse los dedos con ella. Al pasar la mano por segunda vez, la mayor parte se diluyó entre las hebras de la alfombra, dejando una estela sucia en el tejido.

Plop, plop. Las dos primeras

lágrimas cayeron como gotas de lluvia, sin que se hubiese dado cuenta de que había empezado a llorar. Al poco, la lluvia se convirtió en diluvio y Kate dejó escapar todo el dolor y el miedo que llevaba dentro, sintiéndose una vez más terriblemente sola.

XIX

El registro del barco llevó más tiempo del que Kate había supuesto. A la hora de comer, la señora Miller, con su moño apretado y su nariz ganchuda, pasó por la habitación acompañada de un camarero para servirle la comida. Kate intentó conversar un rato con la mujer, pero ésta sólo le dedicó una cálida sonrisa y la promesa de que «aquel pequeño lío» acabaría muy pronto. Kate no creyó ni media palabra. Sobre todo porque el camarero que empujaba el carrito con bandejas de plata llevaba

una pistola en una funda situada bajo la chaquetilla blanca del uniforme y estaba tenso como un muelle.

Aún se sentía nerviosa y desorientada por lo que había pasado unas horas antes. Había revisado todo el camarote de arriba abajo (incluso después de que lo hubieron hecho Senka y el hombre de Moore) y no había sido capaz de encontrar nada que pudiese explicar lo que había visto.

Lo que había pasado.

Kate estaba segura. El bote de sales, sus huellas mojadas sobre la alfombra..., aquello había sido real. No lo había soñado. De lo que ya no estaba

tan segura era de qué partes eran reales y cuáles no. No lo entendía ni ella misma.

Se había hecho de noche. A través de las portillas del camarote sólo podía distinguir el oleaje blanco alrededor del *Valkirie* en el radio de luz que proyectaba el propio barco, y más allá tan sólo había negrura.

Alguien llamó a su puerta. Un camarero uniformado le esperaba allí para entregarle un sobre. Kate observó que no era la única puerta que se había abierto en el pasillo y que de las otras asomaban las cabezas de los demás pasajeros, algunos adormilados, otros

con cara de aburrimiento o de cansancio. Todos tenían en la mano el sobre que el camarero, diligentemente, iba repartiendo.

Kate abrió el suyo. Era una invitación formal para la cena de esa noche. La tarjeta incluía en una esquina el símbolo de la KDF, pero sin la cruz gamada, y un precioso grabado del *Valkirie*. En medio, redactado en un pulcro alemán, estaba el menú. Mientras Kate lo leía se dijo a sí misma que, con toda seguridad, era el mismo menú que se sirvió en la primera noche del viaje inaugural. Feldman era muy cuidadoso con esos detalles.

Miró de nuevo al resto de los pasajeros, que aún estaban en el pasillo. Se preguntó de inmediato si alguno de ellos también había vivido una... experiencia similar a la suya. Y, en caso de que fuera así, si alguien iba a decir algo. Paseó su mirada de rostro en rostro. La mayoría parecían aliviados por el fin del encierro y unos cuantos aún tenían un aire medio adormilado. No daba la sensación de que ninguno de ellos hubiese pasado por algo inusual durante las últimas horas.

Hablaría con Carter. El locuaz físico le contaría algo, sin duda.

Miró su reloj y soltó una maldición.

La cena estaba prevista para media hora más tarde. Tenía que darse prisa. Volvió a su camarote y se arregló con cuidado, pero sin excesos. No se maquilló demasiado, pero se peinó de manera atractiva. No quería parecer muy dejada, pero tampoco dar la sensación de que se arreglaba como para ir a un cóctel. Lo cierto era que no tenía ni la menor idea de en qué consistía el plan de aquella noche. Mientras se recogía la cabellera pelirroja pensó con cierto humor negro en las galas de sociedad que solía cubrir hasta apenas unos meses antes. Qué diferentes eran a todo aquello.

Al cabo de diez minutos caminaba

animadamente por el pasillo en compañía de un par de químicos de mediana edad que parecían muy contentos de poder escoltar a una chica joven y guapa, y que se peleaban entre ellos por ser ingeniosos. Con cierto remordimiento, Kate se dio cuenta de que aquellos hombres probablemente no veían demasiadas piernas de mujer a diario, y por una vez decidió jugar la carta de la feminidad. Al fin y al cabo, lo último que deseaba era estar sola.

Dieron un par de vueltas por el barco antes de ir hasta el salón comedor. Cada nueva sala les arrancaba una exclamación de asombro. El lujo y el

buen gusto se daban la mano en el *Valkirie*. Sus diseñadores originales habían concebido el barco, o al menos la zona de primera clase, como una gran mansión neoclásica en la que sus pasajeros podrían ir caminando y cruzándose unos con otros en un ambiente refinado. La zona de juegos, con sus ruletas y sus mesas de cartas, las salas de fumadores, la biblioteca llena de libros... Era increíble. Kate se detuvo a curiosear en los anaqueles de la biblioteca y descubrió que habían sustituido los libros originales por novelas y biografías recientes. Había toneladas de bestsellers y una sección

de revistas y periódicos de aquel mismo día.

No le sorprendió encontrarse con un par de ejemplares del *London New Herald* entre un montón de periódicos en media docena de lenguas. Sin embargo, por mucho que buscó no encontró ni un solo ejemplar del *Mein Kampf*, ni ninguno de los libros que originalmente debían de haber ocupado aquellos anaqueles. El afán de Feldman por el rigor histórico no llegaba hasta aquel extremo.

Finalmente bajaron hasta el comedor cruzando el gran hall con la escalera de mármol y las gigantescas águilas. Para

Kate aquello era emocionante. Sabía que estaba entrando en la misma sala donde muchas décadas atrás Duff y sus compañeros se habían adentrado, a oscuras, para encontrarse un inmenso vacío y a un bebé en medio de la pista de baile.

Eran los últimos en llegar. El resto de los convidados estaban reunidos en torno a una mesa de cóctel situada al fondo de la sala, cerca del escenario de la orquesta, tomando unas bebidas. En la otra esquina, Kate vio una mesa dispuesta para veintipico comensales; la vajilla resplandecía debajo de las lámparas. Un delicioso aroma a pescado

asado llegaba desde alguna parte y el estómago de la joven lanzó un débil rugido. Estaba hambrienta.

Feldman la saludó con amabilidad, pero estaba muy enfrascado en una profunda discusión con Cherenkov. El ruso gesticulaba y al hablar lanzaba de vez en cuando pequeños proyectiles de saliva que impactaban en la solapa de Feldman. El judío no era consciente de aquello, o bien hacía como que no lo veía, porque su expresión era de absoluta concentración.

—¡Kate! —oyó que alguien la llamaba. Al volverse vio que Carter le hacía señas desde el corrillo en el que

estaba. La periodista conocía a una de las personas que estaba con él. Era Paxton, el geólogo del bigote avasallador. Se excusó con sus dos acompañantes y se dirigió hacia ellos.

—Permítame decirle que es usted la dama más bella que hay a bordo —dijo Paxton, inclinándose levemente ante ella.

A Kate le encantó el estilo deliberadamente anticuado de aquel hombre. Sonrió y señaló a Senka, que en una esquina permanecía de pie, solitaria, paseando sus ojos glaucos sobre el grupo, como un halcón vigilando un gallinero.

—Creo que ella es mucho más guapa que yo —apuntó—. Podría ser modelo.

—Senka Simovic. —Paxton meneó la cabeza, apesadumbrado—. También es preciosa, sin duda, pero creo que con ella no tengo nada que hacer. No compartimos el mismo juego, por desgracia.

—¿A qué se refiere? —preguntó Kate, extrañada.

—Creo que el señor Paxton quiere decir que Senka es lesbiana, Kate —apuntó Carter, riendo—. Pensaba que ya te habías dado cuenta.

—¡Oh! —murmuró Kate, enrojeciendo. A veces carecía de las

dotes sociales que evitaban momentos embarazosos como aquél—. Bueno, en todo caso es usted muy amable, Paxton.

—Sólo dice la verdad, de cualquier modo —añadió Carter, disfrutando como nadie del momento de turbación de Kate.

—¿Qué tal han pasado la tarde? —preguntó Kate, tratando de llevar la conversación a un terreno más cómodo para ella—. ¿Han notado algo extraño mientras estaban en sus camarotes?

Carter y Paxton se miraron entre ellos y se encogieron de hombros.

—No —respondieron casi al unísono.

—La verdad es que yo he estado durmiendo casi todo el rato —musitó Paxton.

—Y yo he estado con mi portátil, enfrascado en el proyecto de termodinámica de un alumno que tengo que corregir. —De repente frunció el ceño—. No recuerdo bien si he acabado de revisarlo o no. Supongo que me dormí también. Un camarote sin radio ni televisión puede llegar a ser un sitio muy poco estimulante.

Kate estuvo a punto de contarles su experiencia, pero en ese momento los avisaron de que la cena ya estaba servida.

«Maldita sea, Kate. Espabila. Tienes que contarle a alguien todo lo que estás viendo o te volverás loca. A lo mejor ya estás loca».

Se sentaron sin ningún orden establecido, y más bien por afinidades. Kate iba a tomar asiento cerca de Carter y Paxton cuando Feldman le indicó con un gesto que se pusiese a su izquierda. La periodista dedicó una mirada divertida a sus acompañantes, que parecían muy decepcionados, y se sentó al lado del magnate.

—¿Qué le parece el *Valkirie*, Kate?
—preguntó Feldman cuando tomaba asiento.

—He tenido poco tiempo para verlo —replicó Kate, mordaz—, pero debo reconocer que es un barco espectacular. No hay nada igual en el mundo.

—Ah, de eso estoy seguro —resopló Feldman, satisfecho, mientras le daba un sorbo a su copa de vino.

—Aún me debe usted una explicación, Feldman. Lo de las bombas. Lo de Duff. Usted sabe quién está detrás de todo esto.

Feldman asintió, pensativo.

—Es cierto, Kate —dijo, al tiempo que atacaba con fervor el plato de atún con guarnición—. Y se lo voy a contar a todos, ya que merecen saberlo. Pero

será al acabar la cena.

Resignada, Kate agarró los cubiertos y empezó a cenar. Descubrió que estaba famélica. Divertida, comprobó que casi una tercera parte de los comensales, incluido Carter, eran vegetarianos y habían pedido menús propios.

Mientras cenaban, la conversación en torno a la mesa era ligera y amena, pero con ese punto superficial y nervioso que tienen las charlas de ascensor. Todo el mundo estaba expectante, deseando que acabase aquel interludio para poder volver a la reunión abortada del mediodía. Deseando descubrir las respuestas que

inevitablemente iban a llegar.

Cuando Feldman propuso ir a tomar el café al salón de baile, todos asintieron, aliviados. Se levantaron casi en tropel, dejando los postres a medio terminar, para ir cuanto antes a la sala.

Al llegar allí, Kate comprobó que Feldman se lo había tomado muy en serio. Además de una mesa rodeada de sillas cómodas para todo el mundo, habían colocado un atril al lado de una pantalla. Había un proyector encendido sobre la mesa y un artilugio que a Kate le recordó el cruce entre un teléfono vía satélite y un ordenador.

Tomaron asiento y esperaron.

Feldman subió al atril y comenzó a hablar, con voz profunda y una media sonrisa. Su lenguaje corporal transmitía confianza por los cuatro costados.

—Buenas noches. No contaba con tener que reunirles a todos tan tarde, pero, teniendo en cuenta lo sucedido hoy, espero que lo sepan comprender.

Un murmullo de asentimiento. «El magnetismo animal de Feldman otra vez en acción», pensó Kate, intrigada.

—En primer lugar, una breve explicación sobre lo que ha pasado esta mañana: todo ha sido un desafortunado accidente. Tras enviar a un equipo técnico, nos confirman desde Hamburgo

que la explosión en la sala de máquinas del *Mauna Loa* ha sido accidental. Una válvula de presión en mal estado reventó y generó un cortocircuito que acabó en incendio. El motor de ese barco tenía más de treinta años y parece que, cuando lo construyeron, el control de calidad de materiales no fue el más indicado. Fatiga de acero asociada a corrosión, me dicen. —Revisó unos papeles que tenía delante y levantó de nuevo la cabeza—. Es un problema típico en muchos antiguos buques soviéticos...

Kate le escuchaba, alucinada. No podía creerse lo que estaba oyendo.

Feldman estaba mintiendo de forma descarada. Ella había visto el fogonazo de la explosión y, aunque no era una experta en el tema, estaba segura de que aquello no había sido una válvula de vapor que había reventado. Miró discretamente a su alrededor y vio que la mayoría de los científicos respiraban aliviados al saber que no había un loco terrorista detrás de su pellejo. Sólo Carter mantenía una expresión pensativa, tan incrédulo con esa historia como ella.

—... Y, evidentemente, el registro del *Valkirie* ha servido para confirmar que no corremos ningún peligro a bordo

del barco —terminaba Feldman en aquel momento, levantando una ola de aplausos entre los asistentes.

Cherenkov se puso de pie, obsequioso.

—Creo que hablo en nombre de todos cuando le agradezco los esfuerzos para velar por nuestra seguridad —dijo con su marcado acento ruso—. Así podremos empezar a trabajar cuanto antes en nuestro proyecto.

—Sin duda, profesor —contestó Feldman—. No perdamos más tiempo. Luces, por favor.

Las luces de la sala se atenuaron. El proyector se encendió y una imagen en

blanco y negro del *Valkirie* apareció sobre la pantalla. A Kate se le erizaron los pelos de los brazos. Respuestas. Por fin.

Y entonces Feldman comenzó a hablar.

XX

—El 28 de agosto de 1939, a las cuatro y cincuenta y siete horas de la mañana, este barco, el *Valkirie*, fue encontrado flotando a la deriva a cincuenta y tres grados, noventa y cuatro minutos y diecisiete segundos de latitud norte, y veintiocho grados, cuarenta y siete minutos y quince segundos de longitud oeste, aproximadamente. No sabemos el punto exacto porque la tripulación que encontró el buque tardó un par de horas en apuntar la referencia. Estaban demasiado ocupados evitando morir

de la impresión, supongo.

Un murmullo de risas recorrió la sala, pero Feldman continuó.

—No les descubro nada si les repito que no había pasajeros a bordo, excepto yo. Todos conocen ese hecho. Pero aunque parezca realmente extraño, el *Valkirie* no constituye un caso aislado. De hecho, ni siquiera es el primero. Ha pasado más veces. Muchas veces, de hecho.

Cambió de imagen en el proyector y apareció un mapa del mundo con docenas de puntos rojos esparcidos al azar por los océanos.

—Desde que existen relatos escritos

hay infinidad de testimonios de buques que desaparecen y vuelven a aparecer sin tripulación. Heródoto, el geógrafo de la Antigua Grecia, hace referencia a al menos tres casos distintos en sus escritos. Los llama «los barcos sin alma». Estrabón, Plinio, Agrícola, Manetón..., docenas de escritores y cronistas de la Antigüedad hacen referencia a historias oscuras de barcos que aparecen a la deriva; llevan su carga completa, no tienen rastros de violencia o daños, pero no hay tripulación. Y si buscamos en fuentes chinas, indias o japonesas, sucede exactamente lo mismo. La historia de los «barcos sin

alma» se repite una y otra vez a lo largo de textos antiguos de todo el mundo.

—Supongo que algunos de esos casos, si no todos, tendrán explicación.

—La voz de Carter surgió desde la oscuridad.

—Muchos de ellos sí, sin duda. Asaltos piratas, epidemias, barcos que se soltaron de sus amarras a causa de una tormenta, errores humanos... Las causas son múltiples. Pero hay una parte importante de los casos que no se puede explicar. Como en el *Valkirie*.

Feldman apretó un botón. Por la pantalla fueron desfilando antiguos manuscritos en varias lenguas, así como

imágenes de barcos antiguos. Galeras, galeones, liburnas, jabeques se sucedían unas tras otras, proyectando sus sombras sobre el rostro de Feldman. Por un momento, el anciano le recordó a Kate a un hechicero oscuro invocando sombras que no deberían ser llamadas. Cosas que podían destruir una habitación y dejarla de nuevo en perfecto estado. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—El problema de las fuentes antiguas es que habitualmente son fragmentarias y poco precisas. Los cronistas tendían a adornar los casos de estas anomalías, por llamarlas de algún modo, con un montón de folclore,

leyendas y relatos moralizantes. Localizar la auténtica historia y los hechos que sucedieron debajo de toda esa capa de cuentos y rumores ha resultado ser un trabajo absolutamente agotador. Afortunadamente, hemos contado con un equipo investigador que lleva trabajando en ello desde hace tres años.

Bebió un trago de agua y continuó.

—A lo largo de los siglos, esos casos se repiten. Incluso está parcialmente documentado cómo en 1660 cinco buques de la Flota de Indias que se dirigían desde América a España cargados de oro se esfumaron de la

formación, para aparecer una semana después a la deriva, con el cargamento intacto y sin rastro de la tripulación..., excepto los perros y los gatos de a bordo.

—Me sorprende escuchar eso —le interrumpió Kate—. Yo crecí en España y no recuerdo haber oído jamás esa historia, ni siquiera en el instituto. Y es lo bastante curiosa como para ser conocida.

—Un par de naves inglesas encontraron los barcos. En aquel momento, Inglaterra y España acababan de salir de treinta años de guerra, y no era conveniente para los intereses de su

majestad británica que el resto del mundo se enterara de que se había apropiado de cinco barcos cargados de oro que no le pertenecían, así que los ingleses lo ocultaron por completo. Descubrimos esta historia investigando entre la documentación del Almirantazgo británico.

Carter gruñó algo ininteligible. Kate sólo alcanzó a entender «fantasías», y no pudo evitar sonreír, pese al malestar que sentía.

La siguiente imagen era de un bergantín de dos mástiles y aspecto airoso con la bandera británica ondeando en la parte trasera.

—Pero al fin llegamos al siglo XIX y los casos empiezan a estar correctamente documentados. Este que ven aquí es el *Mary Celeste*.

A Kate se le abrieron mucho los ojos. Le sonaba el nombre de aquel barco.

—Posiblemente sea el barco fantasma más famoso de la historia. Hasta Arthur Conan Doyle escribió una historia sobre él —empezó Feldman—. El 5 de noviembre de 1872 zarpó de Nueva York con una tripulación compuesta por siete marineros y el capitán Briggs, además de la mujer de éste y su hija de dos años. Todo parecía

transcurrir con normalidad hasta que un mes más tarde, otro barco, el *Dei Gratia*, se cruzó en pleno océano Atlántico con el *Mary Celeste*, que navegaba a toda vela. Al capitán del *Dei Gratia* le llamó la atención que nadie saliese a cubierta, así que envió un equipo de abordaje. Descubrieron que, a pesar de que el barco estaba intacto y la carga completa, no quedaba nadie a bordo. La última anotación en el cuaderno de bitácora era de una semana antes, aunque la comida estaba recién servida. Justo como en el *Valkirie*.

Un murmullo de voces se levantó en torno a la mesa. Cherenkov asentía, muy

serio. Feldman aprovechó para cambiar de imagen en la pantalla. Otro barco, en esta ocasión una fotografía.

—28 de febrero de 1855. El *James B. Chester* aparece a la deriva en medio del Atlántico, con su carga intacta y en perfecto estado de navegación. Sólo faltaban el compás y el libro de bitácora. Las pertenencias de la tripulación estaban apiladas al pie de uno de los mástiles, pero todos los botes salvavidas estaban a bordo y no había rastros de violencia. Nunca se supo nada más de su pasaje.

Una nueva foto. Esta vez, de un buque de vapor.

—Bahamas, 1905, apenas treinta años antes de la anomalía del *Valkirie*. El buque mercante *Rossini*, de bandera italiana. Lo encontraron a la deriva, con las calderas apagadas y totalmente desierto. Su carga de vinos, frutas y seda estaba totalmente intacta. Lo único vivo que había a bordo era el gato, un puñado de pollos y unos canarios medio muertos de hambre. El buque llevaba abandonado casi dos semanas.

Una nueva foto, de otro carguero, en este caso más pequeño.

—Unos años antes de este incidente tuvo lugar otra anomalía aún más llamativa. Este barco que ven en la

pantalla es el *Ellen Austin*. Navegaba cerca de donde apareció el *Valkirie* cuando se encontró un velero de tres palos. Como en todos los casos anteriores, estaba totalmente desierto. El capitán Weyland, del *Ellen Austin*, envió un equipo de abordaje al velero. No pudieron encontrar nada ni nadie vivo a bordo, aunque se hallaba en perfectas condiciones. Pero no estaban ni el libro de bitácora, ni el diario del capitán, ni nada que pudiese aclarar el nombre del barco o su origen.

—Cuarenta y ocho horas más tarde, mientras navegaban en paralelo rumbo a Gibraltar, un espeso banco de niebla

cayó sobre los dos barcos. —Feldman levantó la mirada de los papeles y su voz se tornó más grave—. El *Ellen Austin* perdió de vista el velero. Cuando consiguió encontrarlo de nuevo, un día después, no quedaba nadie de la tripulación de abordaje. Aquel barco sin nombre estaba desierto de nuevo, sin señales de violencia y sin rastro de ninguno de sus tripulantes.

Con todos los ojos puestos en él, Feldman continuó.

—Weyland envió a otra tripulación de abordaje desde el *Ellen Austin*, aunque esto casi le cuesta un motín. Siguieron navegando en paralelo, hasta

que, a doscientas millas de Gibraltar, un nuevo banco de niebla, espeso y terriblemente frío, los envolvió otra vez. De nuevo perdieron de vista el velero, y esta vez fue para siempre. Cuando la niebla desapareció, el barco sin nombre no estaba a la vista, y jamás se volvió a saber de él ni de ninguna de sus tripulaciones.

La sala estaba en silencio. Tan sólo se oía el zumbido del proyector y la respiración agitada de Cherenkov.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Carter, aunque incluso su voz escéptica tenía un matiz de duda—. Quiero decir, tiene que ser falso, o una leyenda, o...,

O...

—Está todo documentado. Hubo una investigación por parte del Almirantazgo y de la aseguradora Lloyd's, que tuvo que pagar una cuantiosa indemnización a los familiares de los marineros desaparecidos. No cabe duda, Carter. Fue real. Lo que todavía no sabemos es qué diablos pasó.

Feldman se volvió hacia Cherenkov y le hizo una seña. El ruso se puso de pie y caminó hasta el atril, que el anciano le cedió gustoso.

—Ha habido más de treinta incidentes en los últimos cien años —comenzó el ruso, con su voz cavernosa

—. Y no pueden explicarse de ninguna manera. Soy físico, y mi campo son las radiaciones electromagnéticas. Me tropecé con estos... incidentes en 1972, cuando uno de nuestros submarinos balísticos de la clase Golf, el *K-94*, desapareció durante setenta y dos horas, y volvió a aparecer más tarde, sin rastro de la tripulación. Conseguimos localizarlo gracias a la baliza de emergencia, a poco más de trescientos metros de profundidad, con el reactor a media potencia y todas las esclusas completamente cerradas. No había ni una gota de agua salada dentro del casco, pero de los ochenta y tres

hombres, entre marineros y oficiales, no quedaba ni el menor rastro.

Alguien bebió ruidosamente. Cherenkov los tenía atrapados con su historia.

—La operación de rescate fue un auténtico prodigio logístico que por motivos obvios jamás vio la luz. —Por un instante, la voz del ruso sonó orgullosa—. Fuimos capaces de recuperar un submarino nuclear en las mismísimas puertas de Estados Unidos sin que nadie se diese cuenta. Ni los propios norteamericanos.

Apretó un botón y apareció un diagrama de ondas electromagnéticas

que a Kate le sonaba a chino. Aun así, hizo una discreta foto. A muchos de los físicos sentados en la mesa, sin embargo, les pareció sumamente interesante, porque se echaron hacia adelante y comenzaron a tomar notas en sus cuadernos.

—Los datos que envió el submarino antes de su desaparición eran sumamente extraños, pero hacían referencia sobre todo a una fuerte perturbación electromagnética. Los instrumentos habían enloquecido y durante unos momentos parecían haber perdido el control electromecánico del reactor nuclear. Me pasé los siguientes doce

años estudiando aquellos datos, y la investigación me llevó a encontrar casos similares, como algunos de los que ha descrito el señor Feldman. No sólo ha pasado con barcos. También ha sucedido con aviones...

—¿Como la escuadrilla de torpederos que desapareció en el Triángulo de las Bermudas? —preguntó alguien al fondo de la sala.

Cherenkov asintió pacientemente, con expresión resignada, como si esperase que tarde o temprano aquello apareciese en la conversación.

—Sí, pero no —contestó—. Esto no tiene nada que ver con el Triángulo de

las Bermudas, ni nada por el estilo. Olvídenlo por completo. El triángulo, que ni siquiera es un triángulo, es una chorrada pseudocientífica sin fundamento. No hablamos de extraterrestres, ni de la Atlántida, ni de ninguna de esas basuras *new age*.

El silencio en la sala era total en aquel momento.

—Esto es algo serio —continuó Cherenkov—. Hay dos tipos de movimiento de agua en el océano. El superficial, en el que influye el viento, la temperatura y otros factores, y los movimientos de aguas profundas, impulsadas por las corrientes de los

océanos. La diferencia de movimiento entre unas corrientes y otras genera unas importantes diferencias de presión y estática que acaban provocando poderosas tormentas electromagnéticas.

—¿Como los huracanes? —preguntó uno de los meteorólogos.

—Exactamente, sólo que mucho más intensas y duraderas. Si una tormenta atmosférica dura unos días, o como mucho un par de semanas en el caso de los huracanes, una tormenta submarina puede tener una duración de meses. Su movimiento es mucho más lento y las energías que disipa son mucho más intensas. Sus campos electromagnéticos

son tan poderosos que pueden provocar anomalías que interfieran con los buques que naveguen sobre ellas.

Apretó otro botón. Del aparato con aspecto extraño que había encima de la mesa surgió un haz de luz y, como por arte de magia, una representación tridimensional del planeta Tierra flotó sobre la mesa. Se oyeron suspiros de asombro. A Kate le recordó la imagen de la grabación que la princesa Leia introduce en R2-D2 al inicio de *La guerra de las Galaxias*. Aquella tecnología era muy innovadora. Estaba claro que Feldman no reparaba en gastos.

—Aquí es donde desapareció el *Valkirie*. —Un punto rojo brilló sobre el planeta Tierra que giraba en el proyector —. Y aquí es donde desapareció el submarino en el año 72. —En cuanto Cherenkov dijo eso, otro punto rojo apareció sobre el globo—. Y éstos son los lugares donde se han producido anomalías similares documentadas durante los últimos cien años, como las que nos ha contado el señor Feldman.

Apretó de nuevo el teclado y docenas de puntos rojos comenzaron a salpicar toda la superficie de los océanos, como si aquella representación de la Tierra estuviese sufriendo un grave

ataque de varicela.

—Y ahora viene lo más interesante —musitó Cherenkov, como un mago a punto de realizar un truco especialmente difícil—. Observen esto.

En la proyección, los puntos empezaron a unirse mediante líneas rectas que atravesaban el globo. Las líneas se cruzaban y se superponían, y Kate pronto fue incapaz de seguir las. Pero, al cabo de un momento, se dio cuenta de lo que estaba pasando y no pudo contener un gemido de asombro.

Sobre el globo se había dibujado un delicado entramado. Al principio parecía caótico, como el dibujo de un

niño con un rotulador, pero observándolo con detenimiento, Kate descubrió que había un patrón, un juego de líneas que se repetía una y otra vez y que sólo coincidía en determinados puntos. Los puntos donde habían tenido lugar las desapariciones.

—Es asombroso —musitó.

Cherenkov la escuchó y se volvió hacia ella sonriendo.

—Lo he bautizado como la Singularidad de Cherenkov. Y ahora mismo navegamos hacia uno de los puntos donde esa singularidad existe. Pronto descubriremos si tengo razón o no.

XXI

Hubo un momento de silencio absoluto en la sala y, a continuación, una explosión de gritos y voces. Todo el mundo trataba de hablar a la vez, o de hacer algún tipo de pregunta. Aquellos científicos, habitualmente tranquilos, se comportaban como si alguien hubiese metido un nido de hormigas carnívoras dentro de su ropa interior.

Feldman levantó las manos, tratando de aplacar aquel alboroto. Poco a poco todo el mundo volvió a sentarse, pero el ambiente en la sala había cambiado por

completo. Había una corriente de excitación larvada que vibraba como electricidad estática. Todos estaban deseando decir algo, y hasta el escéptico Carter parecía emocionado. Todos ellos veían implicaciones científicas en aquel proyecto que a la periodista se le escapaban. Sin embargo, sí que pudo advertir algo: creían en aquello, pensaban que lo que había contado Cherenkov podía ser real.

—Sólo tenemos cuatro días hasta llegar al punto de la singularidad, y no tenemos ni idea de lo que puede suceder cuando nos encontremos allí. Durante ese tiempo todos ustedes podrán trabajar

sobre los documentos que tenemos.

Senka comenzó a caminar entre ellos, dejando un grueso dossier de tapas rojas delante de cada uno de los presentes. Advirtió que no le ofrecían ninguno a ella. Sospechaba que Feldman había decidido que ella tenía poco que aportar a la investigación científica.

—Las pruebas apuntan a que en cada incidente hay anomalías climatológicas, electromagnéticas y de otros tipos —apuntó Feldman—. Cada uno de ustedes trabajará en el campo que tenga asignado, coordinados por el profesor Cherenkov. En el ámbito científico rendirán cuentas ante él. En el aspecto

organizativo, la señorita Simovic les facilitará el material que necesiten para sus pruebas. Y finalmente, todos responderán ante mí.

—Tenían que habernos contado esto antes. —Paxton se sacudía, febril—. En mi laboratorio tengo bibliografía y documentación que puede tener que...

—No se preocupen por eso —replicó Feldman—. Está todo previsto.

Feldman se volvió hacia Senka, que activó el extraño ordenador que a Kate le había llamado la atención desde el principio. Era una caja plateada rectangular, del tamaño del maletín de un ejecutivo, y tenía conectados un

teclado y un monitor.

—Ese ordenador tiene conexión directa con Sonora, el centro de datos instalado en Usher Manor. Hay veinte personas trabajando allí, las veinticuatro horas del día, reuniendo toda la información que puedan necesitar. Cada uno de ustedes tendrá acceso a un terminal durante el tiempo que necesiten en el salón Gneisenau, donde nos hemos reunido esta mañana. Senka, por favor...

Senka apretó una serie de teclas y la pantalla se iluminó con una serie de números. Al poco, la pantalla cambió y apareció la imagen de una chica joven y guapa, de unos veintitantos años, con

una melena castaña sobre los hombros y ojos oscuros de expresión inteligente. Se encontraba en un despacho atestado de ordenadores y pantallas. Tras ella se veía a gente trajinando de aquí para allá cargada de papeles, libros y cajas.

—Buenas noches, Anne —dijo Feldman—. Les presento a Anne Medine, la coordinadora del Departamento de Documentación en Usher Manor. Cualquier documento que necesiten, pídansele a ella. Cualquier prueba que quieran realizar y que no puedan hacer a bordo del barco, ella se encargará de llevarla a cabo en mi mansión. Anne y su equipo serán

nuestros ojos y oídos en tierra.

—Buenas noches a todos —contestó Anne. Su voz sonaba nítida y sin cortes, pese a encontrarse a cientos de kilómetros de allí. Parecía algo azorada al estar ante tanta gente, incluso en la distancia. Era evidente que no estaba acostumbrada a hablar en público.

Anne Medine comenzó a explicar los procedimientos para solicitar pruebas y documentación, que enviarían a través de la red de satélite propia de la que disponían. Kate casi se atraganta al oír lo de «red de satélite propia». Aunque eso explicaba el bosque de antenas que sembraban los jardines de Usher Manor,

también suponía una inversión económica prohibitiva. Kate sospechaba que Feldman estaba llevando sus finanzas al límite con aquel proyecto. Quizá hasta el extremo de empezar a atraer las miradas de Hacienda sobre sus cuentas.

Feldman en aquel momento se levantaba discretamente de la mesa. El anciano parecía algo cansado después de la presentación, pero Kate no pensaba dejarle marchar. Mientras veía cómo se alejaba, apoyado en Senka, se fijó en que el judío parecía terriblemente agotado. Un par de profundas ojeras marcaban sus ojos de

halcón, que parecían un poco más apagados que de costumbre. A Kate se le pasó por la cabeza que a Feldman el viaje en el *Valkirie* le estaba pasando una factura algo más elevada que al resto.

No podía permitir que se fuese sin que antes respondiese a sus preguntas. Se levantó de la mesa y salió detrás de ellos justo cuando abandonaban el salón de baile por una puerta que daba al paseo exterior del barco.

—¡Feldman! —gritó. Se había levantado un fuerte viento y una capa de nubes había cubierto el cielo. No se veía ninguna estrella y la humedad marina la

hizo tiritar de inmediato dentro de su traje, demasiado veraniego para estar en medio del océano.

El anciano se dio la vuelta y la observó con expresión cansada. Algo titilaba en su mirada. ¿Remordimientos, quizá? Senka dio un paso para ponerse entre los dos, pero Feldman la apartó a un lado.

—Kate Kilroy —dijo su nombre lentamente, como si lo paladeara—. La mujer que sabe hacer las preguntas correctas. Supongo que hay algo que quiere averiguar.

—Sólo la verdad, Feldman —contestó Kate—. Dígame qué pasó en el

barco auxiliar. Y en la casa de Duff. Sé que no fue un accidente.

Feldman se apoyó con un suspiro en la barandilla y le hizo un gesto para que se acercara. Senka los miró, dubitativa, pero el anciano le indicó con una señal que los dejara solos. De mala gana, la serbia se alejó, no sin antes lanzar una profunda mirada cargada de interrogantes a la pareja que se quedaba mirando el Atlántico.

Kate se sentó en una silla de mimbre y esperó a que Feldman hiciese lo mismo. El judío sacó una cajetilla de tabaco y le ofreció un cigarrillo a Kate, que lo rechazó. Feldman se encogió de

hombros y luchó contra el viento para encender el suyo. Cuando finalmente lo consiguió, dio un par de caladas y expulsó el humo, mientras parecía ordenar sus ideas.

—Yo no soy el único que ha estado buscando el *Valkirie* —comenzó a hablar—. No lo descubrí hasta hace unos años, cuando localicé el almacén de la Royal Navy donde estaban la mayoría de los muebles de este barco. Cuando pujé por ellos descubrí que había una sociedad que ofrecía una enorme cantidad de dinero por el lote completo. Al principio pensé que serían unos anticuarios, o algo por el estilo,

pero cuando la puja alcanzó una cifra que estaba muy por encima del precio de mercado, me di cuenta de que buscaban algo más. Posiblemente lo mismo que yo.

Dio una larga calada y miró hacia el negro océano.

—La empresa era una sociedad cuya sede estaba situada en las Islas Caimán. Hice que la investigasen, y el rastro nos llevó hasta tres o cuatro empresas más, todas radicadas en paraísos fiscales. Quienquiera que fuese, tenía mucho dinero y estaba empeñado en que no se descubriese su verdadera identidad.

—Pero usted lo consiguió —adivinó

Kate.

Feldman asintió.

—No fue fácil. Requirió un esfuerzo considerable y mucho dinero, pero dio sus frutos. Descubrí que al final del hilo estaba una sociedad suiza con un nombre en alemán: Wolf und Klee. ¿Le suena de algo?

Kate hizo memoria. Había oído ese nombre antes. De repente recordó la conversación que había mantenido con el capitán Collins en el depósito naval. Le había contado que un grupo alemán llamado Wolf und Klee había pujado por hacerse con el *Valkirie* y que Feldman sólo había conseguido doblegarlos tras

ofrecer una cantidad de dinero estratosférica.

—Recuerdo haber oído ese nombre en Liverpool —contestó—. Eran sus rivales para hacerse con el *Valkirie*. ¿Quiénes son?

—*Wolf und Klee*. —Feldman pronunció las palabras muy despacio, casi deletreando cada letra—. El Lobo y el Trébol. No tenía ni la menor idea de quiénes eran cuando lo oí por primera vez. Mi gente se pasó varios meses rastreando su pista. ¿Sabe usted lo que era el Werewolf?

—No tengo ni idea —contestó Kate, confundida ante el brusco cambio de

tema.

—En 1944, cuando ya era evidente que Alemania iba a perder la guerra y que los aliados invadirían todo el Reich, a Hans Prützmann, un Obergruppenführer de las SS, le encargaron la tarea de organizar un grupo clandestino que operase de incógnito detrás de las líneas aliadas. Su misión era llevar a cabo sabotajes, asesinatos selectivos y acciones encubiertas. Se le asignaron casi cinco mil hombres para tal fin. Unos cuantos eran curtidos veteranos de las SS, aunque la mayoría eran críos de las Juventudes Hitlerianas incapaces de

levantar un fusil.

—¿Qué tiene esto que ver con...? —
comenzó a preguntar Kate, pero Feldman
la interrumpió levantando una mano.

—Werwolf fue un fracaso casi desde
el principio. Estaban desorganizados,
casi no tenían medios materiales y
Alemania estaba, sencillamente,
demasiado agotada por la guerra como
para sostener un movimiento
clandestino. Consiguieron asesinar a
unos cuantos oficiales aliados y volar un
par de puentes, pero nada más. —
Feldman se arrebujó en su chaqueta,
como si tuviese demasiado frío—. Casi
todos acabaron detenidos o abandonaron

discretamente la organización, sobre todo los más jóvenes, cuando la guerra acabó. La paz es mucho más atractiva que la posibilidad de una muerte oscura y sin gloria en un callejón lleno de escombros.

Senka asomó en ese momento por la puerta; traía un par de cafés bien cargados y muy calientes. Ambos los cogieron con un suspiro de satisfacción. Feldman esperó a que la serbia se alejase para continuar con su historia.

—Una parte de Werwolf jamás se desbandó —dijo, después de dar un ruidoso sorbo a su taza de café—. El núcleo más duro, los más fanáticos, se

negó a renunciar. Pero no eran estúpidos. Si lo hubiesen sido no habrían sobrevivido a la carnicería final. Se daban cuenta de que el mundo había cambiado y de que la acción guerrillera ya no tenía sentido. Así que decidieron cambiar de táctica. Ya no se trataba de la supervivencia del Tercer Reich, que estaba acabado, sino de salvar todo lo que pudiesen para que en el futuro sirviera de germen para un Cuarto Reich. Decidieron convertirse en los guardianes de las esencias nazis.

—Y así Werwolf se transformó en Wolf und Klee —adivinó Kate.

Feldman asintió, con un gesto de

reconocimiento.

—El lobo y el trébol —susurró—. El símbolo familiar de Prützmann transformado en el emblema de una nueva organización. Con el paso de los años se fueron colocando en puestos clave de la Administración alemana. El proceso de desnazificación de Alemania fue muy superficial, y muchos cargos medios continuaron con sus vidas. En aquel momento, la amenaza soviética era algo mucho más urgente.

—Pero ¿qué significaba mantener las esencias? ¿Y qué tiene que ver el *Valkirie* con todo esto? —Kate le interrumpió de nuevo.

Feldman la miró y le hizo un gesto para que tuviese paciencia.

—A lo largo de los años, Wolf und Klee se fue haciendo enormemente rica y poderosa. Rica, poderosa... y secreta. Disponían de fondos ocultos dejados por el régimen nazi y, además, habían alcanzado puestos importantes dentro de la sociedad alemana. Con aquel dinero pronto comenzaron a financiar a los movimientos neonazis de media Europa. Pero la mayor parte la dedicaron a reunir reliquias.

—¿Reliquias?

—Símbolos. Los nazis fueron los primeros en apreciar el valor que la

simbología puede tener para las masas. Sabían que tarde o temprano en Europa se daría una situación económica y social parecida a la que generó el ascenso del nazismo. Y querían estar preparados. Tener los símbolos que aglutinasen a los descontentos. Que ayudasen al nuevo ascenso de las ideas nacionalsocialistas.

A Kate se le secó la boca. Aquello era lo último que esperaba oír.

—A lo largo de los años, mediante la compra, el robo, el asesinato y la extorsión, fueron juntando un auténtico museo de los horrores. Tienen las cenizas de Himmler y Goebbels, el

cráneo de Hitler, y Dios sabe qué más, en alguna bóveda acorazada en Suiza.

—Eso es horrible... y asqueroso — musitó Kate, disgustada.

—En cierta medida, no dejaban de ser una pandilla de ancianos lunáticos coleccionando antigüedades. Algo relativamente inofensivo. —Feldman soltó una carcajada amarga—. Incluso me aproveché de ellos y les vendí un supuesto diario de Hitler a través de un marchante holandés que no sabía nada de todo el enredo. No era verdadero, por supuesto, pero se trataba de una falsificación extraordinaria, quizá la mejor que se haya hecho nunca. Me

pagaron una enorme fortuna, y usé parte de ella para comprar el *Valkirie*. Además, sabía que iban detrás de este barco y esperaba dejarlos sin fondos para la puja si les ofrecía un señuelo.

—No picaron —apuntó Kate.

—Lo hicieron, pero no abandonaron la idea de hacerse con el *Valkirie* —contestó Feldman, repentinamente serio—. Al principio pensaba que el hecho de que un judío fuese el dueño del último barco nazi sobre la faz de la Tierra era algo que no podían soportar. Pero había algo más. No entendí el motivo hasta que descubrimos que Mijail Tarasov, un antiguo miembro del

equipo de investigación de Cherenkov, estaba trabajando para ellos.

Kate soltó una exclamación de sorpresa. Dio un trago a su café pensando en las implicaciones de aquel hecho.

—Eso significa que tienen acceso a los mismos datos que nosotros acerca de las singularidades y de las anomalías, pero con un enfoque distinto —siguió Feldman, quien se inclinó hacia delante visiblemente alterado—. Y por ello están dispuestos a matar a cualquiera o a hacer lo que sea necesario. Apostarán todo a esta carta sin dudarlo.

Un escalofrío de terror trepó por la

espalda de Kate. Temía lo que podía oír.

—La gente de Wolf und Klee y Tarasov piensan que en los puntos donde se encuentran las singularidades se producen distorsiones espacio-temporales. Es una locura difícil de explicar, pero...

—Pero... —repitió Kate, escuchando su propia voz estrangulada.

—Pero creen que si este barco está en el lugar correcto a la hora exacta, podrán aparecer en el mismo sitio..., pero en 1939.

—¿Para qué?

—Si vuelven al pasado podrán evitar que Hitler cometa los errores que

lo llevaron a la derrota. Stalingrado, Normandía..., jamás habrán ocurrido. —Había auténtica angustia en la voz de Feldman—. ¿No lo entiendes, Kate? Alemania ganará la guerra, el pueblo judío será totalmente exterminado y cambiarán el curso de la historia. Para siempre.

XXII

Durante un instante tan sólo se oyó el sonido del viento corriendo por el paseo lateral del *Valkirie*, así como el ruido del mar y el zumbido sordo de las luces. Kate observaba a Feldman, estupefacta.

—No puede estar hablando en serio —dijo finalmente la reportera—. Los viajes en el tiempo no son posibles. Usted mismo lo dijo.

—Sé lo que dije —replicó Feldman—. Y lo mantengo. He discutido esto muchas veces con Cherenkov, y lo sigo haciendo a diario. Ambos pensamos que

el enfoque de Tarasov es una auténtica estupidez. No se puede viajar en el tiempo de la misma manera que no se puede caer hacia arriba. Las leyes de la física son inexorables.

—¿Entonces? —preguntó Kate.

—La cuestión no es lo que *nosotros* creamos, sino lo que *crean* ellos. —Feldman meneó la cabeza, parecía exhausto—. Y, mientras esos lunáticos de Wolf und Klee estén convencidos de que el *Valkirie* es el pasaporte para obtener una jodida entrevista con su querido Führer, tendremos un problema serio.

—Lo del *Mauna Loa* fue una bomba

—musitó Kate.

Feldman asintió y señaló hacia el interior del salón, a sus espaldas.

—Si le contamos a toda esta gente que tenemos a una banda de lunáticos pisando nuestros talones, ¿qué crees que ocurrirá, Kate?

—Sería el caos —dijo—. El final de este viaje. Todos exigirían volver de inmediato.

—Eso es —asintió Feldman—. Por eso quiero pedirte que no les cuentes nada. Si los de Wolf und Klee han logrado infiltrar a alguien a bordo, Moore se hará cargo de él. Mientras tanto, el tiempo juega a nuestro favor.

Kate dudó un momento y al final asintió.

—De acuerdo, Feldman —dijo—. Pero a cambio quiero que me lo cuente todo. No más secretos. ¿De acuerdo?

—Isaac —dijo Feldman con una sonrisa.

—¿Cómo? —preguntó Kate, perpleja.

—Isaac. Llámame Isaac. Todo el mundo me llama señor Feldman, y es agotador. Y sí, de acuerdo, no más secretos. Tienes mi palabra, Kate.

Ella asintió, satisfecha y le tendió la mano a Feldman, que se la estrechó. La del anciano estaba terriblemente fría.

Kate tuvo la horrorosa sensación de estar tocando a alguien que caminaba bajo la sombra de la muerte inminente. Se estremeció y trató de alejar aquel pensamiento de su cabeza.

—Lo de mi intento de atropello —dijo—. Lo de Duff Carroll...

—Sí —afirmó Isaac Feldman—. Lo de aquel pobre anciano del *Pass of Ballaster* también fue obra suya. Lo que no alcanzo a entender es por qué se llevaron su cabeza y su corazón. Eso me tiene totalmente perplejo.

Kate se estremeció al recordarlo. Las paredes llenas de sangre, el olor a carne quemada... Le dio la sensación de

que aquello le había pasado a otra persona hacía un millón de años.

—No parece muy científico ni racional, desde luego.

—No tratamos con gente racional, Kate. Tratamos con fanáticos. Y harán lo que sea necesario para apoderarse de este barco... o impedir que nosotros lleguemos primero.

Ambos se quedaron en silencio durante un rato. Entonces Moore apareció sigilosamente, salido de la nada, y se acercó hasta ellos. Se inclinó hacia Feldman y le susurró algo al oído.

Kate los observaba, intranquila. Ahora la presencia de Moore y de todos

sus hombres a bordo del *Valkirie* no le parecía tan mala idea. Recordó las cajas con armas que había visto subir a bordo. Posiblemente Feldman tuviera razón, a pesar de todo.

—Kate. —Feldman se había vuelto hacia ella. Su piel parecía haber adquirido un tono ceniciento—. Deberíamos subir al puente de inmediato. Puede que tengamos un problema.

El puente del *Valkirie* era una obra de arte de la ingeniería naval. Sus diseñadores habían pensado en dotar al

capitán y a la tripulación del puente de la mayor visibilidad posible para la época, y todo el frontal estaba compuesto por un amplio ventanal que daba sobre la proa del barco.

Cuando Kate entró en el puente con Feldman y Moore, descubrió que durante la restauración habían dejado aquella parte del barco idéntica a como era en los años treinta, con la excepción de la parte del fondo, que estaba atestada de maquinaria moderna de navegación.

Junto a aquella pared se alineaban una pantalla de radar conectada a un plotter de navegación, dos ordenadores

de asistencia, un moderno sónar y media docena más de aparatos que no pudo reconocer. Toda aquella tecnología del siglo XXI ofrecía un extraño contrapunto con el resto del puente de mando, pero hizo que se sintiese un poco más segura.

Al pasar al lado de la sala de radio, asomó la cabeza y vio al operador de comunicaciones, sentado de forma relajada en su silla, delante de una moderna consola plagada de monitores. En varios de ellos se veían distintas imágenes del interior del *Valkirie* a través de un sistema de videovigilancia. En otros se monitorizaban todos los canales de radio y telecomunicaciones

que llegaban a través del satélite. Por último, en uno de los monitores, un partido de la NBA entraba en su último cuarto, y el operador parecía más interesado en aquello que en cualquier otra cosa.

Kate sonrió. Por lo menos había una parte del *Valkirie* que seguía pareciendo estar en el presente. Pero la sonrisa se borró de su cara cuando miró por los ventanales del puente.

Un gigantesco banco de niebla que se perdía en el horizonte estaba situado frente a la proa del transatlántico, a apenas un par de millas náuticas. Era un banco largo, alto, muy espeso, de color

sucio y amarillento. Los contornos de las olas se desdibujaban al llegar a su linde, como un dibujo que llega al borde del papel y se acaba de manera abrupta. Kate había vivido en Londres el tiempo suficiente como para entender algo de bancos de niebla, pero jamás había visto uno que tuviese la consistencia espesa y pegajosa que presentaba éste. De vez en cuando, un remolino sacudía su superficie de forma perezosa, como si un enorme animal prehistórico se removiese entre la bruma. Algunos jirones de niebla se adelantaban a ras de agua, como dedos largos y avariciosos.

Kate se estremeció al verlo. Nunca

le había gustado la niebla, y aquélla mucho menos. Tenía un aspecto distinto. Un aspecto ominoso y desagradable. O a lo mejor estaba demasiado sugestionada por todo lo que le había sucedido aquel día y tan sólo era un condenado banco de niebla común y corriente.

Miró al capitán. Era un hombre alto, de expresión bondadosa y pelo blanco, con una cuidada perilla recortada alrededor de la boca. De unos cincuenta años, vestía de manera informal, con un pantalón de chándal y una sudadera. Daba la sensación de que lo acababan de sacar con urgencia de la cama y se había puesto lo primero que había

encontrado. Alrededor de sus ojos oscuros Kate observó que se formaban arrugas de preocupación. Aquello no podía ser bueno.

—Señor Feldman —dijo, volviéndose hacia el judío y tendiéndole la mano.

Feldman se la estrechó y dejó un espacio para que el capitán viese a Kate.

—Éste es el capitán Steven Harper, Kate —dijo, mientras le presentaba el marino a la joven—. Más de treinta años en el mar, los últimos doce dirigiendo cruceros.

Harper hizo una leve inclinación,

pero se le notaba tenso. No parecía tener tiempo para convenciones sociales.

—¿Qué pasa? —preguntó Feldman, tan seco como de costumbre.

—Ese banco de niebla —contestó Harper tendiéndole los binoculares—. Apareció frente a nosotros hace dieciséis minutos, salido de sabe Dios dónde. Estamos en rumbo y no creo que tardemos más de un cuarto de hora en meternos de lleno en él.

—Parece un banco de niebla normal y corriente —murmuró Feldman.

Kate, que empezaba a conocerlo, pudo notar un leve temblor en su voz. Algo sutil, casi imperceptible, pero que

estaba allí.

—La predicción meteorológica no decía nada de bancos de niebla —replicó el capitán Harper, con voz apagada—. De hecho, estamos en medio de un centro de altas presiones y en pleno mes de agosto, con temperaturas superiores a veinte grados a esta hora de la noche. No son las condiciones apropiadas para un banco, y menos para uno de ese tamaño.

—A veces, las predicciones se equivocan —gruñó Feldman, como un perro malhumorado, mientras miraba con aire desdeñoso el banco de niebla—. Sólo es un poco de bruma...

—Las predicciones se pueden equivocar —replicó Harper—, pero la tecnología no suele fallar en estos casos. Mire esto.

Se volvió hacia la pared donde estaban todos los modernos instrumentos de navegación y tecleó unos comandos en una consola. Al cabo de unos segundos apareció en una pantalla una imagen por satélite de un trozo de mar. Había un punto parpadeante en medio de la pantalla.

—Eso es el *Valkirie*. ¿Ve lo que le quiero decir?

—Yo no veo nada —murmuró Feldman.

—Ése es el problema —contestó Harper—. Ni el satélite ni el radar detectan ese banco de niebla ni lo que pueda haber dentro. Es como si no existiese.

Se hicieron unos segundos de silencio interminables, dolorosos y tensos.

—Eso es imposible —dijo finalmente Feldman, señalando por la ventana—. Está ahí mismo.

El capitán Harper abrió la boca como si fuese a decir «ya lo veo, idiota», pero la cerró y apretó los labios. Aunque se supone que un capitán es el único amo de un barco después de

Dios, en el *Valkirie* Feldman ocupaba una posición intermedia entre ambos, y no era conveniente cabrearle.

—El banco se extiende en ambas direcciones hasta el límite del horizonte —repuso—. Y no tendremos luz solar hasta dentro de seis horas. La única manera de esquivarlo es desviándonos de nuestro rumbo.

—Seguiremos el rumbo establecido, capitán. —Feldman señaló la mesa de navegación y Kate se fijó por primera vez en que sobre ella había un libro de aspecto amarillento y antiguo. El diario de navegación original del *Valkirie*. El diario que acababa de manera abrupta

tan sólo cuatro días después.

—Con todos mis respetos, señor Feldman —replicó Harper—, no podemos comprometer la seguridad del navío y de todos sus pasajeros. Si tan sólo nos dejamos caer un cuarto hacia babor...

—¡No vamos a desviar nuestro rumbo ni un condenado metro! —rugió Feldman—. ¡Seguiremos la ruta que aparece en ese libro! ¡Y si no está de acuerdo, dígamelo ahora y buscaré a alguien que le sustituya de inmediato! ¿He hablado con claridad, Harper?

La tensión en el puente se podía cortar con un cuchillo. Todos los ojos,

incluidos los del timonel, estaban pendientes de Feldman y del capitán.

—Totalmente, señor Feldman — contestó Harper, envarado, tras unos segundos de insoportable silencio—. A sus órdenes. Pero delego toda la responsabilidad de lo que pueda suceder en su persona. Todos ustedes son testigos.

Feldman hizo un gesto vago de asentimiento, que tanto podía significar «de acuerdo» como «me importa una mierda».

—Sigamos adelante, entonces — murmuró el anciano.

—Avante dos tercios, rumbo sin

cambios —ordenó con voz tensa el capitán Harper al timonel.

—Avante dos tercios, rumbo sin cambios —repitió mecánicamente el timonel.

Como un enorme animal marino que escupía humo, el *Valkirie* se acercó hasta el borde del banco de niebla. Lentamente, se introdujo entre la bruma. Durante una fracción de segundo, si alguien hubiese prestado atención, habría podido oír un gorgoteo acuoso, como un suspiro apagado debajo del agua.

Y después ya no hubo nada más.

Sólo silencio.

XXIII

Valkirie

Segundo día de travesía

Cuando Kate se despertó a la mañana siguiente fue consciente de dos cosas, ambas bastante inusuales. La primera era el silencio absoluto que reinaba en torno al *Valkirie*. Tan sólo se oía el rumor del agua al pasar rozando el casco, pero nada más. Ni viento en las jarcias de proa, ni chillidos de animales marinos, ni rumor de olas. Nada. Sólo silencio.

Lo segundo que descubrió fue que la temperatura parecía haber bajado al menos diez grados. La noche anterior había estado tomando café con Feldman en una de las terrazas vestida con un sencillo vestido de seda de cuello barco que dejaba los brazos al aire. No había tenido calor, pero tampoco frío. Sin embargo, aquella mañana, mientras recorría el paseo de estribor hacia el salón comedor de primera clase, iba casi tiritando dentro de un jersey de lana.

La niebla envolvía todo el barco como el sudario de un muerto. La visibilidad era de apenas diez metros a

ambos lados y al frente. Mientras caminaba por el paseo, Kate veía surgir las tumbonas vacías de entre la bruma, como sombras oscuras que poco a poco iban tomando forma.

A la mitad del recorrido divisó a un hombre vestido con un traje de cuadros que estaba apoyado en una tumbona, fumando un cigarrillo y con un libro entre las manos. Antes de que se pudiese acercar lo suficiente como para descubrir quién era, el hombre se levantó, arrojó el cigarrillo por la borda, se colocó bien su sombrero de paja y, dándole la espalda, echó a caminar hacia la proa.

«¿Sombrero? ¿Quién coño se pone un sombrero de paja en medio de un banco de niebla?». La pregunta relampagueó en su mente con fuerza. Apuró el paso hacia aquel hombre, pero cuando llegó a la tumbona, no había nadie allí.

Entonces vio una figura que se movía en su dirección. Su corazón se aceleró por unos instantes hasta que adivinó la familiar silueta de Carter corriendo hacia ella.

—Buenos días, Kate —dijo al llegar a su altura. El físico iba vestido con un chándal y sudaba como si hubiese corrido un maratón—. Buenos días, o

algo así. Con esta condenada niebla no se puede adivinar ni la hora.

—Parece muy espesa —contestó Kate. «Y hay quien a pesar de ello usa gorros de paja», añadió mentalmente, pero no dijo nada.

—Tenemos a nuestros tres meteorólogos como locos —le contó Carter, secándose el sudor de la frente con una manga—. No hacen más que corretear desde la estación meteorológica de proa al radar del puente. Están tan revolucionados que seguro que el capitán Harper debe de estar pensando seriamente en arrojarlos por la borda. Al parecer, esta niebla

tiene algo que la hace sumamente interesante.

—El capitán opina lo mismo, pero Feldman no —replicó Kate, con aire pensativo—. Por cierto, ¿quién era el hombre con el que se ha cruzado? El del traje de cuadros.

Carter la miró de hito en hito, como si no la hubiese oído bien.

—Yo no me he cruzado con nadie, Kate —dijo, muy serio.

—No puede ser, iba hacia ti hace apenas un minuto... —La voz de Kate se fue apagando, preñada de dudas.

—Llevo veinte minutos haciendo *jogging* por esta cubierta y eres la

primera persona que me he cruzado — contestó Carter—. Supongo que no hace un día demasiado bueno para pasear. Casi todo el mundo está dentro del barco. ¿Cómo era ese hombre trajeado?

—No lo sé —contestó Kate, azorada—. No lo pude ver bien. A lo mejor sólo me lo imaginé.

—Puede ser —replicó Carter, dubitativo. Kate, mortificada, comprobó que el físico la miraba con ese aire de «tú-no-estás-bien-de-la-cabeza» que se reserva para las personas que oyen voces y se creen emisarios de los extraterrestres. O que ven cosas que no existen.

—Voy a desayunar algo —dijo la periodista, tratando de cambiar de tema—. ¿Me acompañas?

—No puedo —contestó Carter—. Tengo que ducharme y reunirme con Cherenkov dentro de quince minutos. Estoy deseando ver los cálculos de su singularidad. Ayer parecían prometedores.

—De acuerdo —dijo Kate—. Nos veremos luego.

—¡Y si encuentras a tu hombre del traje de cuadros, no te olvides de contármelo! —se despidió Carter con una carcajada mientras se alejaba corriendo por la cubierta.

Kate se quedó a solas en medio del paseo, agradecida de que la niebla cubriese el rubor de su cara.

«Has quedado como una completa idiota, Kate. Enhorabuena».

Enfurecida consigo misma, siguió andando hacia el comedor. Y entonces lo vio.

Estuvo a punto de pasarlo por alto por culpa de la niebla. Estaba encajado entre el montante de un bote salvavidas y la barandilla, y parecía que alguien lo había dejado allí para que no lo arrastrase el viento.

Era un sombrero de paja de ala ancha, con una cinta azul que rodeaba la

copa.

Kate se quedó petrificada. Miró cautelosamente hacia ambos lados, buscando a alguien que le pudiese estar gastando una broma. Por un momento pensó en Carter. El norteamericano era el tipo de persona dotada de un humor ácido e irreverente que no dudaba en reírse de sí mismo y de los demás, pero no parecía alguien dado a las bromas pesadas.

Dubitativa, se inclinó y cogió el gorro. Estaba sorprendentemente frío, como si llevase expuesto a la niebla y al rocío toda la noche. Lo sostuvo entre sus manos, asegurándose de que era real y

no fruto de su imaginación. Al girarlo, vio que en su interior tenía una etiqueta bordada con un nombre: Schweizer.

«Schweizer», se repitió varias veces.

No le sonaba de nada. Aunque por otra parte no se sabía los nombres de todos los científicos que iban a bordo, por no hablar de los miembros de la tripulación. En total habría unas setenta personas a bordo y ella apenas conocía a una docena. Podía ser de cualquiera de ellos.

Con el sombrero en las manos entró en el comedor y se sirvió el desayuno del bufet. Tan sólo había una docena de

personas sentadas en las mesas en aquel momento, casi todos miembros de la tripulación, excepto un par de científicos. No había rastro de Feldman, ni de Moore o de la serbia. Y nadie iba vestido con un traje de cuadros, por supuesto.

Kate tuvo la tentación de preguntar en voz alta si alguien conocía a Schweizer, pero se contuvo. Con Carter ya había hecho bastante el ridículo. Tendría que averiguar quién era el dueño del gorro de otra manera.

Se acabó el desayuno a toda prisa y se dirigió hacia el salón Gneisenau. Habían apartado los sofás y las

alfombras de una parte de la sala y alguien había puesto una mesa larga cubierta de terminales de ordenador con sillas enfrente. Parecía uno de esos ciberlocutorios que abundaban en los noventa.

Sólo dos puestos estaban ocupados, uno por una mujer de mediana edad y el otro por uno de los químicos que habían intentado galantear con ella el día anterior. Ambos estaban absortos ante unas pantallas llenas de números y textos, y tomaban notas de manera febril en sus libretas. Ni siquiera levantaron la cabeza cuando Kate se sentó ante una de las sillas libres y se conectó con Usher

Manor.

La pantalla parpadeó durante unos instantes, al tiempo que una serie de números correteaban por la parte inferior mientras el terminal enlazaba con el satélite. Tres minutos más tarde, seguía igual.

Kate, confundida, pensó por un instante que había hecho algo mal. Pero entonces la pantalla se llenó con la imagen de Anne Medine en Usher Manor. La joven, de aspecto tímido, parecía algo agotada.

—Buenos días —dijo—. Parece que tenemos algunos problemas de comunicación desde hace unas horas.

Lamento la tardanza. ¿Qué necesita, señorita Kilroy?

Kate parpadeó, sorprendida por que aquella chica supiese su nombre, pero supuso que Feldman le habría facilitado un dossier completo de cada uno de los participantes en aquel viaje. No era de extrañar.

—Buenos días, Anne —dijo, poniéndose mejor el micrófono y los auriculares—. Necesito que me hagas un favor. ¿Podrías indicarme quién es el señor o la señora Schweizer? Tengo que hablar con él o ella de... una cosa. No sé si forma parte del equipo científico, del de seguridad o de la tripulación.

Anne parpadeó un par de veces. Una interferencia hizo que la imagen se distorsionase durante un par de segundos. Cuando volvió la señal, Anne tenía en la mano una lista con los nombres de los tripulantes.

—¿Schweizer, ha dicho? —preguntó —. ¿Podría deletreármelo, por favor?

Ardiendo de impaciencia, Kate deletreó el apellido. La comunicación falló una vez más y durante un instante la pantalla se quedó en negro a la vez que por los auriculares se oía una especie de golpeteo sordo, como un martillo repicando contra un yunque envuelto en trapos.

—... no consta. —La imagen de Anne Medine y el sonido volvieron justo en aquel momento—. Lo siento mucho, señorita Kilroy. No hay nadie en el barco que se apellide así.

—¿Está segura?

—Totalmente. Nadie implicado en el proyecto tiene ese apellido. Lo siento.

Kate le dio las gracias y cortó la comunicación, abatida. Mientras salía del salón con el gorro en las manos se fijó en un detalle. La cinta del sombrero tenía una pequeña mancha de color herrumbroso en una esquina. Era como una huella dactilar borrosa, como si alguien con los dedos empapados en

algo hubiese sujetado el sombrero de forma apresurada antes de ponérselo por última vez.

Kate no estaba segura, pero apostaría algo a que aquella mancha era de sangre.

Y juraría que un minuto antes no estaba allí.

XXIV

A Tom McNamara se le acumulaban los problemas. Para empezar, la noche anterior había perdido más de cien libras jugando al póquer con los chicos en el camarote. Después, para compensar, había bebido de más y se había quedado dormido. Por eso, aquella mañana, se había levantado tarde, se había perdido dos veces por los pasillos de aquel condenado barco y había llegado al cambio de guardia pasada la hora, con la lengua fuera y los correaes del fusil a medio apretar. Y,

para terminar de complicar las cosas, el propio Moore estaba allí, esperando con los ojos chispeantes.

Tom era un veterano de Afganistán, como la mayoría de los hombres reclutados por Moore un par de años antes. La paga era mucho mejor, desde luego. Además, no se corría el riesgo de reventar de un bombazo en el arcén de una carretera polvorienta, cerca de un pueblo repleto de fanáticos barbudos llenos de odio. Trabajar para Feldman era una bicoca. Si no le tocabas los huevos a Moore, por supuesto. Y quedarse dormido era una de las múltiples formas de hacerlo.

Por eso Tom acabó esa mañana montando guardia en la cubierta de proa, envuelto en aquella mierda de niebla espesa como un puré y calado hasta los huesos por la humedad, mientras los demás paseaban tranquilamente por el interior del *Valkirie*, calentitos y a cubierto.

Tom echó mano a su bolsillo y sacó un arrugado paquete de Marlboro. Se encendió un cigarrillo, pero, a las tres caladas, millones de diminutas gotas de agua microscópicas habían empapado el tabaco hasta apagarlo. Furioso, lo arrojó por la borda con una maldición. En ese instante vio con el rabillo del ojo que

algo se movía.

Se volvió, más intrigado que alarmado. Una mujer joven, de unos treinta años, con una falda negra por debajo de las rodillas y una blusa roja de mangas cortas, caminaba por la cubierta en dirección al interior del barco. Su cabello estaba peinado con un elaborado estilo que a Tom le recordó inmediatamente a las actrices de las películas en blanco y negro que su madre veía cuando él era pequeño. La mujer se cogía los brazos con las manos, como si tuviese frío y tratase de combatirlo estrechándose a sí misma. Caminaba rápido, con aire ausente,

como sumida en sus pensamientos, y sus tacones altos repiqueteaban sobre la madera de teca de la cubierta con un cloc-cloc rítmico.

—¡Eh! —gritó Tom—. ¡Oiga!

La mujer se detuvo y miró en su dirección. El soldado pudo ver que tenía los ojos llorosos y muy rojos, como si estuvieran inyectados en sangre. Se le había corrido el rímel y tenía unos chorretones grumosos en las mejillas. Ella le observó, como si se preguntase quién demonios era. Su expresión estaba vacía, tan vacía como una tumba. Entonces, como si tuviese que hacer un esfuerzo enorme para recordar cómo se

hacía, la mujer curvó sus labios emborronados hacia arriba, en un remedo trágico de una sonrisa forzada.

El efecto era terrorífico. Con el rostro chorreando maquillaje y aquella sonrisa amorfa y borrosa recordaba a un payaso diabólico. Tom sintió cómo sus testículos se transformaban en dos diminutas bolas de carne que pugnaban por trepar hasta su garganta.

Entonces, la mujer inclinó la cabeza, como si hubiese oído algo fuera del alcance del soldado. A Tom se le vino a la cabeza la imagen del perro que tenía su vecino cuando era pequeño, al que los niños del barrio volvían loco con un

silbato de ultrasonidos. Sin dudarlo, la mujer giró la cabeza de nuevo hacia la superestructura del barco, como si hubiese perdido todo el interés por él, y comenzó a caminar.

—¡Eh! —repitió—. ¡Eh! ¡Alto ahí! ¡Alto o disparo, joder!

La mujer le ignoró y comenzó a desdibujarse entre la niebla. Sin pensarlo, Tom echó a correr detrás de ella al tiempo que destrababa el seguro de su AK-74. La mujer caminaba muy rápido hacia una portilla de la proa y tenía una ventaja de unos veinte metros con respecto a Tom. El hombre echó la mano de manera instintiva hacia su

hombro, donde tendría que haber estado su walkie-talkie, para pedir refuerzos.

Sus dedos tantearon en el aire. Sólo entonces recordó que aquella mañana, con las prisas, había olvidado el transmisor en su taquilla, donde estaría cogiendo polvo al lado de sus camisetas sucias mientras él lo necesitaba urgentemente allí.

—¡Alarma! —gritó, con la esperanza de que alguien le oyese—. ¡Aquí, en la proa!

La niebla ahogó sus gritos. Era como berrear debajo del agua. El sonido se amortiguaba y acababa apagándose a los pocos metros, como detenido en una

ciénaga invisible. Tom maldijo por lo bajo. Estaba solo en aquello, y era culpa suya.

Si no hubiese estado tan cansado y resacoso, se habría acordado de que llevaba un silbato en un bolsillo de los pantalones. Si no hubiese bebido tanto el día anterior, su mente estaría más despejada y se habría dado cuenta de que le hubiese bastado con disparar al aire un par de veces para congregarse allí de inmediato a media docena de sus compañeros. Si hubiese sido inteligente, no habría corrido hacia la puerta oscura que la mujer había abierto y no la habría cruzado sin pensarlo.

Pero Tom no era muy listo.

La portilla daba a un pasillo del área de servicio de primera clase. Aquéllos eran los corredores que usaba el personal de a bordo en los años treinta para atender a los pasajeros de primera clase sin tener que cruzarse con ellos y recordarles su existencia. Por un lado, Tom vio una escalera que llevaba hasta la parte superior. Dudó un instante sobre qué camino seguir y de refilón vio cómo la mujer doblaba un recodo del pasillo y seguía su camino.

Echó a correr detrás de ella. Estaban en una parte del barco que ya habían restaurado pero que no se usaba. En

aquel viaje no había suficientes tripulantes a bordo para ocupar aquel sector. Pasó a toda velocidad por delante de camarotes vacíos, una pequeña sala de estar y unas duchas. En el aire flotaba un olor metálico y pesado, como el de un motor recalentado.

Al doblar la esquina se detuvo. En medio de un rellano arrancaba una escalera que descendía hacia el sector de segunda clase. Allí tendrían que estar un par de hojas de acero soldadas cerrando el paso. Él mismo había estado en aquel lugar el día anterior, colocando unos adhesivos rojos como el lacre para

cerciorarse de que nadie rompía aquel precinto.

Pero las hojas no estaban, no había ni el menor rastro de ellas. Ni una sola marca de soldadura en las paredes, ni un solo rayazo en el suelo. Nada.

Era como si nunca hubiesen estado allí.

Tom tragó saliva y, por primera vez, vaciló. Aquello resultaba inquietante incluso para un hombre de poca imaginación como él. Entonces recordó la bronca que le había echado Moore esa misma mañana y se imaginó las posibles consecuencias que podría sufrir si un elemento extraño se infiltraba en

las entrañas del buque en su turno de vigilancia y delante de sus mismas narices.

Se estremeció al pensarlo. Por otra parte, aquello incluso podría ser una prueba dispuesta por el propio Moore para comprobar que estaba alerta. Una especie de trampa. Aquel cabrón era capaz de cosas más raras.

Reconfortado por estos pensamientos, comenzó a bajar la escalera hacia el sector de segunda clase. Cada escalón que pisaba gemía bajo sus botas con un crujido poco halagüeño, pero Tom no era consciente de eso. Como tampoco era consciente de

que el olor metálico era mucho más intenso y que las paredes parecían palpar con un ritmo monótono a medida que avanzaba.

Notaba la mente embotada y no era capaz de pensar con claridad. Se sentía como si alguien estuviese tratando de meter un montón de imágenes a presión dentro de su cabeza.

«Esto no es una buena idea. *Nein*».

Se detuvo, confuso. Acababa de pensar en... ¿alemán? Él no hablaba una sola palabra del idioma de los *kraut*. ¿Qué puñetas estaba pasando allí?

Mareado, se apoyó en un mamparo. Las vibraciones le subían en oleadas a

través de las manos y de los brazos hasta la cabeza, donde retumbaban con furia homicida. Una gota de un líquido oscuro cayó en su antebrazo. Se llevó la mano a la cara y descubrió que estaba chorreando sangre por la nariz, como si alguien hubiese abierto un maldito grifo dentro de su cabeza.

Tom.

La voz femenina era suave y sensual. El soldado giró su cabeza como atrapado en una película que girase muy despacio. La mujer de la cubierta estaba en la puerta de un camarote, brillantemente iluminado y en perfecto estado, y le hacía señas tentadoras.

Ven, Tom. Ven conmigo. Vamos a pasar un buen rato.

Casi catatónico, dio un paso hacia delante. Una parte de su cerebro gritaba asustada pidiéndole que saliese de allí. Era vagamente consciente de que aquel pasillo estaba en perfecto estado, a diferencia del resto del sector de segunda clase que había atravesado. ¿Alguien lo había restaurado y él no lo sabía?

Vamos, Tom. Aquí abajo estamos solos.

La mujer volvió a insinuarse y trató de interpretar una vez más la parodia de sonrisa que formaban sus labios. A

aquella distancia era aún más aterradora.

Por fin, el miedo se impuso. Tom hizo un esfuerzo hercúleo para dar un paso atrás y sacudió la cabeza, negando. Sin darse cuenta dejó caer el fusil al suelo, donde rebotó con un sonido sordo.

«No. *Nein. Nein*».

Se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo hacia la escalera, cada vez más rápido. Los latidos de las paredes aumentaron de ritmo y entonces Tom *supo* que había algo detrás de él. Algo oscuro, malvado y hambriento que le estaba mirando con deseo.

—¡Noooooooo! —gritó con una mezcla de desesperación y furia mientras echaba a correr.

Las puertas pasaban velozmente a su lado a medida que pisaba la gruesa alfombra. La oscuridad le perseguía, acercándose cada vez más. Por un momento Tom pudo percibir un aliento húmedo y frío rozándole el cogote. El mero contacto bastó para que todos los pelos de su cuerpo se pusieran de punta al instante.

Entonces, algo sucedió. *Aquello* aún estaba detrás de él, pero Tom sentía que le ganaba distancia, metro a metro, como si hubiese decidido detenerse por algún

motivo. La esperanza renació en su pecho, tímida. Iba a conseguirlo. Iba a salir de allí.

Al doblar la esquina tropezó de bruces con alguien. Ambos cayeron al suelo en una maraña de brazos y piernas, y rodaron un metro por el pasillo antes de detenerse al pie de un reloj de bronce bruñido, que marcaba la hora lentamente.

Tom soltó un grito de espanto mientras braceaba, histérico, tratando de cubrir su cuerpo. Miró a la persona con la que había tropezado y soltó un suspiro de alivio desde lo más profundo del corazón.

—¡Es usted! ¡Gracias a Dios! —dijo con voz estrangulada por la emoción—. ¡No se imagina lo que me alegra ver una cara conocida!

La otra persona le ayudó a levantarse, al tiempo que le escrutaba con la mirada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¿No lo ha visto? —Tom meneó la cabeza, presa de la excitación—. El pasillo temblaba y esa... cosa que me seguía, y el ruido... ¡Tiene que haberlo visto, joder!

—Yo no he visto ni oído nada. Sólo he oído unos gritos y he tropezado contigo al doblar esta esquina.

—Pues le juro que... —comenzó Tom, y se interrumpió de golpe, frunciendo el ceño—. ¡Un momento! ¿Qué hace usted en este sector? Nadie puede bajar aquí. El señor Feldman lo prohibió de forma expresa.

La otra persona se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa que podía significar cualquier cosa.

Tom estaba harto de todo aquello. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Tenemos que irnos. Tengo que informar de lo ocurrido —dijo, levantándose trabajosamente y comenzaba a caminar, dándole la espalda a su interlocutor.

Fue por eso por lo que Tom no pudo ver cómo aquella persona sacaba de su bolsillo un pequeño y afilado bisturí.

Y cuando le pasó la hoja por el cuello y seccionó la carótida de Tom McNamara, lo último que a éste le pasó por la cabeza fue el profundo terror que le daba morir en aquel pasillo estrecho a manos de otro ser humano.

Allí abajo. Con aquella cosa oscura suelta.

Esperándole.

XXV

Kate estaba en medio de un sueño especialmente tórrido cuando los golpes en la puerta la despertaron.

Desde que había muerto su marido, nunca se había acordado de él de una manera tan nítida y explícitamente sexual. En su sueño, Robert se desvestía con parsimonia, retirando una por una las prendas de su magnífico cuerpo hasta quedar completamente desnudo frente a los ojos de Kate. Estaban los dos solos en aquel camarote, y Robert la miraba con una media sonrisa juguetona que ella

conocía muy bien, bailando traviesa en sus ojos. Sin decir ni una palabra, se acercaba a ella y la besaba durante un rato largo y maravilloso. Su lengua jugueteaba dentro de su boca, ejecutando una complicada danza que hacía que sus piernas temblasen. Entonces la tumbaba sobre la cama y empezaba a desvestirla. Primero le quitaba el top ajustado que llevaba puesto, dejaba sus pechos al aire y se demoraba en sus pezones con lametones largos y cadenciosos. Después, con manos expertas, y mientras su respiración se aceleraba, desabrochaba sus vaqueros y los bajaba hasta sus tobillos, dejándole puesto tan

sólo un pequeño tanga que a él le encantaba. Notaba el cuerpo duro de Robert frotándose contra ella y creciendo a cada segundo a medida que deslizaba la mano sobre su vientre, cada vez más abajo, hacia el borde de la diminuta pieza de encaje.

Entonces... Entonces alguien comenzó a aporrear la maldita puerta y Kate se despertó empapada, bañada en sudor y con la respiración agitada.

Con la agilidad de un borracho se acercó trastabillando hasta la puerta mientras intentaba sujetarse el pelo en una coleta. Se había quedado dormida releendo por enésima vez el expediente

del *Valkirie* y trataba de empezar a escribir el artículo en su ordenador.

Aún sofocada, abrió y se encontró de frente con Senka, que se quedó con el puño en el aire, a punto de dar el siguiente golpe en la puerta.

La serbia parecía muy seria, pero al contemplar a Kate su rostro se volvió más dulce y una sonrisa traviesa bailó en su cara.

«La muy zorra se ha dado cuenta», pensó Kate al ver que Senka fruncía sus labios carnosos en un mohín sensual. El rostro colorado de Kate, su respiración agitada, la transpiración de su cuello, todas ellas eran señales inequívocas

para la serbia, que se deleitó un rato contemplándola mientras se regodeaba con la escena.

—Hola, Kate —ronroneó con voz juguetona, observando el camarote vacío a espaldas de la joven—. ¿Te interrumpo en algo importante? A lo mejor puedo ayudarte si quieres...

La insinuación flotó en el aire, espesa y lúbrica, pero Kate meneó la cabeza.

—Sólo estoy medio dormida, eso es todo —contestó con voz cortante—. ¿Qué sucede?

Senka se encogió de hombros, visiblemente decepcionada.

—El señor Feldman quiere verte —
dijo—. Ahora.

Aquello parecía más una orden que una invitación, así que Kate apenas tardó un minuto en calzarse los zapatos y salir al pasillo tras los pasos de Senka. Le hubiese gustado poder cambiarse la ropa interior, pero con Senka esperando de pie en la puerta quedaba fuera de toda opción.

El camarote de Feldman era una suite emplazada en la popa del barco, con unos enormes ventanales que en un día soleado ofrecían una magnífica vista del océano a los afortunados ocupantes de aquella pieza. Sin embargo, rodeados

por aquella espesa niebla amarillenta, a través de las ventanas sólo se filtraba una luz débil y pegajosa que lo teñía todo de un tono enfermizo.

Feldman estaba sentado en una silla, con semblante preocupado. A su lado, de pie, estaba Moore, con la mandíbula tan tensa que parecía a punto de empezar a masticar granito. El militar tenía un aspecto avergonzado y furioso a la vez. Una mala combinación en un carácter como el suyo.

Kate observó que Feldman parecía avejentado, como si parte de sus energías hubiesen decidido abandonar aquel frágil cuerpo en busca de un nido

mejor donde aposentarse. El judío levantó la mirada y por un breve instante una chispa de vitalidad animó sus ojos al ver la figura de la joven recortándose en la puerta.

—Hola, Kate. —La animó a sentarse mientras Senka cerraba la puerta. Sólo ellos cuatro estaban en aquella reunión. A cada segundo, en aquella habitación la tensión crecía como la marea. Fuese lo que fuese, tenía que ser importante.

—¿Puedo confiar en ti, Kate?

—Sabe que sí, Isaac —contestó la joven, inquieta—. Tenemos un trato.

—Lo sé, muchacha, lo sé. —Feldman meneó la cabeza—. La

pregunta es si puedo añadir un secreto más a la lista de pequeños arreglos que ya tenemos entre ambos.

A Kate se le aceleró el pulso.

—Mis labios estarán sellados —dijo sin vacilar—. Pero si es algo relacionado con el *Valkirie*, quiero saberlo. Todo.

—Tenemos un problema grave —comenzó Feldman, sin preámbulos—. Uno de los hombres del señor Moore ha aparecido asesinado hace veinte minutos.

—¿Asesinado? —Kate no podía creerlo—. ¿Está seguro?

—Salvo que haya decidido cortarse

el cuello a sí mismo hasta tropezar con la tráquea, estoy bastante seguro, Kate —replicó Feldman—. Y hace falta bastante fuerza para hacer eso. Y muchas pelotas.

—¿Cómo ha sido?

—Moore acaba de llegar y podría contarnos todos los detalles, pero creo que será mejor que vayamos a verlo con nuestros propios ojos. Estábamos esperándote —dijo Feldman, levantándose con esfuerzo de su silla.

Kate se levantó a su vez, pero de repente se detuvo.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué, qué? —replicó

Feldman, perplejo.

—¿Por qué me cuenta esto? ¿Por qué a mí?

—Por muchos motivos, Kate —contestó el judío—. Porque confiamos el uno en el otro, porque eres una mujer inteligente y sensata, y porque te di mi palabra de que te mantendría al corriente de cualquier cosa que sucediese a bordo. Pero principalmente porque en esta habitación estamos las únicas cuatro personas a bordo que conocen la existencia de Wolf und Klee y la amenaza que supone. Y vamos a necesitar de la ayuda de todos para tratar de descubrir qué diablos está

pasando... y evitar que vuelva a suceder.

Salieron del camarote y caminaron a paso rápido por el laberinto interior de primera clase sin cruzarse con nadie. Kate cayó en la cuenta de que ya era la hora de comer y la mayoría de los tripulantes estarían en el salón principal dando cuenta del menú. Cuando llegaron a un tramo de escalera que descendía, dos hombres de Moore, fuertemente armados, los estaban esperando.

Sin mediar palabra, bajaron por la escalera y llegaron a otro rellano en el que varios pasillos se bifurcaban y un nuevo tramo descendía hacia las

entrañas del *Valkirie*. Un par de pesadas hojas de acero soldadas a los mamparos impedían el acceso a la zona de segunda clase, pero Kate observó que una de las hojas estaba movida. Alguien había hecho saltar los puntos de soldadura con algo pesado y había movido la plancha de acero lo suficiente como para que una persona pudiese colarse por el hueco.

—Estamos en la zona de servicio de primera clase, que en este viaje está desocupada —explicó Moore con voz tensa mientras señalaba las hojas de acero—. La puerta del fondo del pasillo da a la cubierta de proa donde Tom..., donde la víctima estaba montando

guardia. No tengo ni idea del motivo que le hizo venir hasta aquí. Quizá oyó algo o descubrió a la persona que estaba tratando de entrar aquí.

—Tenemos que bajar —dijo Senka sacando de una bandolera un par de potentes linternas—. Vayan con cuidado y fíjense en dónde pisan. Estas escaleras tienen demasiados años y muy pocos cuidados.

Atravesaron a gatas el hueco abierto en las hojas de acero. Kate observó que al mover la pieza había quedado un profundo surco en el delicado parquet barnizado; la marca recordaba a una cicatriz infectada.

Al otro lado, un tramo de escalera se hundía en la oscuridad. Desde abajo llegaba un concierto de goteras y crujidos que se repetía cada vez que el *Valkirie* cabalgaba sobre una ola.

—Seguramente hay fugas en el sistema hidráulico —explicó Feldman a medida que bajaba la escalera. Moore y uno de sus hombres abrían la marcha, mientras que Senka y el otro cerraban el grupo—. Por eso hay goteras.

Llegaron a un pasillo oscuro que olía a cerrado y podredumbre. La alfombra del suelo no era más que un complicado parche de trozos medio deshilachados y rotos devorados por la

humedad. La pintura de las paredes se desprendía en pesados pedazos irregulares, como si una lepra especialmente virulenta hubiese atacado al barco y lo estuviese consumiendo desde dentro. En algunas partes, el parquet del suelo se había hinchado de forma grotesca por culpa del agua y había reventado creando extrañas figuras abstractas. Las luces de las linternas serpenteaban por las paredes cuando los hombres de seguridad, visiblemente nerviosos, buscaban alguna amenaza en la oscuridad que se abría a los lados. Hasta a Moore se le veía incómodo allí abajo.

—Por aquí —dijo, señalando hacia su derecha—. No está muy lejos.

Caminaron un rato por aquel pasillo derruido, intentando no tropezar con los restos podridos de madera de algunas puertas que, vencidas por su propio peso, se habían derrumbado y ahora eran un montón de maderos mohosos que dejaban a la vista el interior de camarotes totalmente vacíos.

Finalmente, la luz parpadeante de una barra luminosa brilló al fondo, revelando la sombra amorfa de un cuerpo tendido en el suelo. Un reloj de pared, detenido desde hacía décadas y a punto de desmoronarse, presidía la

escena como un testigo mudo. Al acercarse, Kate se estremeció al comprobar que, debajo del cuerpo, había en el suelo una enorme mancha color oscuro y oxidado. La sangre de Tom McNamara.

Kate se inclinó sobre el cuerpo, tratando de controlar las arcadas. Era una suerte que no hubiese comido nada.

El rostro de Tom estaba retorcido en un rictus extraño, en una mezcla de sorpresa y terror sin límites. Su garganta estaba rajada de lado a lado, como una sonrisa siniestra y sin dientes. En aquel lugar sombrío, bajo las luces de las linternas, resultaba aterrador.

—Lo mataron aquí —dijo Moore, como si no fuese más que evidente—. Alguien se le acercó por detrás y le abrió la garganta de lado a lado. Tuvo que ser alguien conocido; de lo contrario no hubiera pillado a Tom con la guardia baja. No era un tipo brillante, pero sabía hacer bien su trabajo.

—¿Dónde está su fusil? —preguntó Senka—. No lo veo por ninguna parte.

Las linternas barrieron el suelo, pero el AK-74 había desaparecido.

—Lo que nos faltaba —resopló Feldman—. Ahora quienquiera que haya hecho esto tiene una arma. Cada vez mejor.

—Espere un momento —dijo Kate—. Hay unas gotas de sangre en esa dirección.

Apuntó hacia el suelo, donde se veía una gota redonda y grande como una moneda de cinco céntimos. Y un poco más allá había otra, en el borde de las sombras.

—Tiene la cara cubierta de sangre —dijo Senka, con voz entrecortada—. Es como si hubiese sangrado por la nariz o la boca.

Comenzaron a seguir el rastro de gotas de sangre, adentrándose cada vez más profundamente en el interior del barco. Kate notaba una sensación

esponjosa en su cabeza, como si tuviese una resaca monumental. Le dolían las sienes y parpadeaba sin cesar. Comprobó que no era la única. Moore se frotaba los ojos y sus hombres se tambaleaban como si llevasen una carga de cien kilos a las espaldas.

Algo arrancó un destello de los haces de las linternas. Al acercarse vieron el cañón oscuro del AK-74 abandonado sobre el suelo del pasillo como si fuese un resto más del barco. El rastro de sangre terminaba allí, frente a un camarote tan vacío y desolado como los demás.

—Sea lo que fuese que pasó,

sucedió aquí —dijo Kate con voz pastosa.

El resto guardó silencio. Todos parecían sumergidos en sus propios pensamientos. El único que no parecía afectado era Feldman, que contemplaba el fusil en el suelo con ojos pensativos y una expresión indescifrable en el rostro.

—Nadie debe saber esto —dijo al fin—. Recoged el cadáver, metedlo en una bolsa y guardadlo en una de las cámaras frigoríficas. Moore, encárguese de todo.

El jefe de seguridad permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada y la mirada perdida en el interior del

camarote. Parecía estar a un millón de kilómetros de allí.

—¡Moore! —Feldman elevó la voz —. ¿Me ha oído?

Moore giró la cabeza muy despacio, como si tuviese que hacer rodar una docena de pequeños engranajes oxidados. Su mirada era más oscura que de costumbre, y de su nariz empezaba a brotar una gota de sangre.

—No me parece una buena idea, señor —dijo, finalmente, en un perfecto alemán, ante el espanto de los presentes —. Creo que lo más prudente sería avisar de esto a Berlín cuanto antes.

XXVI

Feldman guardó silencio durante un par de segundos, estupefacto.

—¿De qué coño está hablando, señor Moore? —gruñó, amenazador—. Haga lo que le digo. Inmediatamente.

—¿Moore? ¿Quién es Moore? —farfulló el jefe de seguridad con voz pastosa. Se tambaleaba al hablar, como si tuviese dificultades para mantenerse en pie.

Aquello fue demasiado para Feldman. Se acercó al inglés y le pegó un empujón contra el mamparo. Era

como empujar una montaña de carne, pero el judío no se arredró por eso.

—¡Vamos, Moore, espabile! —le gritó—. ¿Qué cojones le pasa, maldita sea?

El inglés, a cámara lenta, se llevó las manos a los ojos sacudido por un feroz ataque de párkinson. Se frotó la cara y miró a su alrededor con una expresión confusa en el rostro. Por un breve momento miró a Feldman, como si le extrañase la repentina proximidad del judío.

—Por supuesto, señor Feldman. — Se volvió hacia sus hombres, frunciendo el ceño, mientras trataba de recordar

qué diablos hacían todos allí reunidos —. Nos llevaremos el cuerpo a la cámara frigorífica ahora mismo. Vamos, chicos, con mucho cuidado.

Kate contempló cómo levantaban el cuerpo de McNamara. Con un escalofrío observó que uno de los dos soldados se enjugaba de forma distraída una gota de sangre que le caía de la nariz con la manga del uniforme. El otro tarareaba una melodía por lo bajo, de forma repetitiva, como si su mente estuviese a muchas millas de allí. Había un olor pesado en el ambiente, por debajo del aroma a sangre seca, que le estaba provocando a Kate un intenso dolor de

cabeza.

—Salgamos de aquí cuanto antes —
musitó Feldman.

No tuvo que repetirlo dos veces. Introdujeron el cuerpo de McNamara en una bolsa para cadáveres que alguien había tenido la gran idea de llevar hasta allí abajo y salieron del nivel de segunda clase casi a la carrera. Ninguno quería ser el último en irse. Moore, que cerraba la marcha, miraba de forma nerviosa sobre su hombro cada poco rato, como si oyese algo que sólo estaba a su alcance.

Algo que le asustaba.

A medida que iban subiendo tramos

de escalones, Kate notaba la cabeza más despejada, como si el torniquete que le apretaba las sienes se aflojase un poco. Observó que a los demás les pasaba lo mismo. Incluso Moore ya no lucía aquella mirada turbia, aunque aún parecía medio mareado.

Al llegar al pasillo de servicio se separaron. Moore y sus dos hombres se fueron corredor abajo en dirección a las enormes neveras industriales de la cocina para dejar su macabro paquete mientras Feldman, Senka y Kate salieron a la cubierta de proa.

Los tres jadearon sorprendidos al salir. La temperatura exterior había

bajado al menos tres o cuatro grados más y el contraste con el cálido interior del *Valkirie* resultaba impactante. La niebla amarillenta los envolvía y, en cuanto se alejaron unos cuantos pasos de la superestructura del crucero, a Kate le dio la sensación de que estaban suspendidos en un espacio amorfo y frío sin referencias ni puntos cardinales.

—¿Qué ha pasado ahí abajo? —preguntó.

—Supongo que el agente de Wolf und Klee cogió por sorpresa a nuestro hombre. No creo que...

—No me refiero a eso —le interrumpió Kate, con un leve temblor en

la voz—. Ya sabes de lo que estoy hablando, Isaac. De Moore diciendo cosas sin sentido en alemán. De esa sensación extraña que se percibía.

—Yo también lo percibí —añadió Senka. La serbia, habitualmente imperturbable, estaba pálida—. Era como si de repente pudiese oír a docenas de personas a la vez dentro de mi cabeza. *Dolía*.

—No sé de qué habláis. —Isaac Feldman parecía sinceramente perplejo en aquella conversación—. Yo no he sentido nada de eso ni tampoco he oído nada. Os habéis dejado sugestionar por el ambiente tétrico de ahí abajo, eso es

todo.

Senka y Kate cruzaron sus miradas, sorprendidas. ¿Realmente Feldman no había notado aquella sensación entumecedora? ¿No le había afectado? ¿O era cierto lo que decía el judío y sencillamente ambas se habían comportado como dos jovencitas impresionables?

—Pero Moore ha dicho que había que llamar a Berlín... —aventuró Kate, dudosa.

—El señor Moore no ha dormido demasiado en las últimas cuarenta y ocho horas —arguyó Feldman, reacio a dar su brazo a torcer—. Tiene quince...,

catorce hombres para cubrir un barco enorme de ciento cincuenta metros de largo y doce niveles, de los cuales ocho están sellados. O lo estaban. El cansancio hace que a veces se digan cosas raras, nada más.

Lo que decía el judío tenía todo el sentido, o al menos mucho más que la elucubración que Kate estaba incubando en su cabeza. «Ockham —se repitió Kate—. La explicación más sencilla es la más probable».

Volvieron andando lentamente al interior del buque. La hora de comer ya había pasado hacía un buen rato y los tres estaban hambrientos. Cuando

llegaron al comedor no quedaba nadie, excepto un grupo de tripulantes sentados en una mesa de la esquina. Se los veía cabizbajos y murmuraban entre ellos con voz apagada. Kate observó que muchos de ellos tenían un aspecto extrañamente pálido para ser gente acostumbrada a la vida en el mar.

Feldman se excusó alegando que estaba muy fatigado y se retiró a su camarote. Kate se imaginó que la señora Miller se haría cargo personalmente de todas las necesidades del magnate.

Kate y la serbia se sentaron en una de las mesas y comieron en silencio. En cuanto Senka había dejado de intentar

seducirla a toda costa y había empezado a comportarse como una persona más amigable, la atmósfera entre las dos se había relajado bastante. Kate no era una chica que tuviese demasiadas amigas, pero en aquel momento lo último que deseaba era tener que comer sola. Se preguntó dónde estarían Carter y los demás.

Intentaron establecer una conversación, pero estaban demasiado impresionadas como para charlar de banalidades. Kate sintió un profundo pinchazo de nostalgia transido de dolor. Si Robert estuviese allí, las cosas serían *tan* distintas... Él siempre parecía saber

qué decir y cómo comportarse para que ella se encontrase cómoda. Pero en aquel momento estaba sola, en compañía de otra mujer asustada, en medio de un barco a cientos de millas de cualquier otro lugar que resultase menos amenazador que el *Valkirie*.

Tuvo de súbito la imperiosa necesidad de hablar con alguien de fuera del barco. Se preguntó si el capitán Harper le permitiría utilizar el sistema de comunicaciones para llamar a la redacción del periódico y charlar un rato con Rhonda. Explicarle cómo iba el reportaje, pedirle consejo y todas esas cosas. Pero, sobre todo, oír una voz

amiga durante un rato.

Algo le decía que la muerte del vigilante en aquel pasillo tenía más implicaciones de las que aparentaba. Desde que había subido al *Valkirie*, todos los acontecimientos parecían estar fuera de control, pero pensó que quizá siguieran una especie de patrón que ella no podía discernir. Sospechaba que si a Tom McNamara le habían cortado el cuello en aquel pasillo era por algo que había visto allí... Pero ¿qué?

Entonces se acordó de Anne Medine. Quizá ella pudiese darle más datos sobre el barco y aquel pasillo de segunda clase. Un enfoque distinto.

Se levantó de la mesa apresuradamente y al hacerlo golpeó un vaso de agua medio lleno. El vaso cayó al suelo y se rompió en un millón de pedazos, pero nadie en el comedor giró la cabeza al oír el ruido. Era como si todo el mundo estuviese demasiado sumergido en sus pensamientos.

Se despidió de Senka de manera apresurada y caminó hasta los terminales del salón Gneisenau. Al llegar allí comprobó que estaba vacío. No había ni el menor rastro de ninguno de los miembros del equipo de Cherenkov. El salón ofrecía un aspecto desolado, con las pantallas parpadeando

con el logo de Feldman y las sillas vacías.

Se sentó frente a uno de los terminales para iniciar la rutina de conexión. Introdujo su código de identificación y esperó. En la pantalla empezaron a correr unos números y después se apagó. Kate aguardó durante cinco largos minutos, pero no sucedió nada. Entonces, de golpe, apareció un cursor parpadeante en la pantalla.

*Sistema de refuerzo de
comunicaciones
CBX7800000aaa879000//
SONORA// VALKIRIE
Signal incoming...*

AnneMedine//

SONORA:

Buenas tardes, señorita Kilroy. Tenemos algún problema con la recepción de la señal. Hemos perdido el enlace de satélite hace dos horas. Mientras los técnicos tratan de recuperarlo sólo podremos utilizar el sistema de chat de soporte. Espero que no le suponga ningún problema. :-).

Kate leyó el mensaje, sorprendida. Entonces puso las manos sobre el teclado y comenzó a apretar las teclas.

KKilroy VALKIRIE:*Así está bien, supongo. ¿Es posible recibir datos con el sistema de comunicaciones en este estado?*

AnneMedine// SONORA: Sí, el flujo de datos va por un canal aparte que aún funciona. ¿Qué necesita?

KKilroy VALKIRIE: Información sobre el sector de segunda clase. Distribución de pasajeros en el viaje original. Cosas de ese estilo.

Kate se detuvo. No estaba segura de si pedir información sobre Wolf und Klee. No sabía hasta qué punto la persona al otro lado estaba al tanto de todas las implicaciones.

AnneMedine// SONORA: De acuerdo. Ya lo estoy enviando. Es

un archivo algo pesado, y con las limitaciones de este canal tardará bastante en descargarse. Calculo que dentro de una hora lo tendrá en su terminal.

Asintió, satisfecha. Estaba dando pasos en la dirección correcta. Iba a despedirse cuando la pantalla se iluminó de nuevo.

AnneMedine// SONORA: *Por cierto, ya he localizado a su señor Schweizer. Me costó un poco, pero recordaba que ese nombre me sonaba de algo y ayer lo estuve buscando con calma. Es uno de los miembros del pasaje.*

Kate sintió que el vello de los brazos se le erizaba. Schweizer. El hombre del sombrero. ¿Sería él el agente neonazi?

Kilroy VALKIRIE: *¿Del pasaje? ¿Cómo es eso posible? Pensaba que ninguno de los científicos se apellidaba así. Ayer mismo lo comprobó delante de mí.*

El cursor se mantuvo parpadeando durante unos segundos que a la joven se le hicieron interminables.

AnneMedine// SONORA: *Lo siento. No me he explicado bien. Martin Schweizer, soltero, cuarenta*

y seis años, camarote 172. Era parte del pasaje original del Valkirie. En 1939.

XXVII

Kate se quedó mirando la pantalla. Se sentía como si le hubiesen dado un puñetazo. No podía ser. De ninguna manera. Era simplemente imposible. El año 1939 quedaba décadas atrás. Ellos *no* estaban en los malditos años treinta.

Las manos le temblaban. Iba a teclear de nuevo para preguntar cómo un maldito pasajero desaparecido setenta años antes se paseaba alegremente por el barco cuando la pantalla parpadeó un par de veces y la columna de chat desapareció. Un mensaje surgió en

medio de la pantalla.

SIGNAL LOST

Please, wait...

Eso era todo. Kate dio un palmetazo de rabia sobre la mesa.

«Ahora no, maldita sea. Ahora no».

Estuvo esperando un rato, pero fue en vano. La señal se había perdido. Levantó la cabeza buscando al técnico que tendría que estar allí para ayudar a los usuarios, pero no había ni el más mínimo rastro de él. Ni tampoco de nadie más.

Kate se recostó en la silla mientras pensaba a toda velocidad.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que aquel sombrero podía haber estado a bordo del barco durante todo el tiempo. Era la explicación más lógica. Pero eso no aclaraba cómo no lo había visto nadie en medio del paseo lateral del barco durante los trabajos de restauración. Además, se conservaba en muy buen estado como para haber pasado setenta años a la intemperie.

Otra alternativa era que alguien lo hubiese dejado allí a posta para que ella lo encontrase. Pero no tenía ningún sentido. Cuando tropezó con el maldito gorro de paja, estaba enganchado en un montante, a pocos segundos de caer al

océano. Nadie podía planear algo así con tanta precisión. Había estado a punto de pasar sin verlo.

La última posibilidad, por ridícula que sonase, era que de alguna manera aquel maldito sombrero y su dueño hubiesen llegado desde 1939 para tropezarse con ella en el paseo del *Valkirie*.

«Ockham, Kate. Ockham».

Con un estremecimiento, se dio cuenta de que la última opción era la más probable, por mucho que sonase como una auténtica locura. Una semana antes se hubiese reído de sí misma por pensar algo así. Pero, después de todo

lo que había visto y oído desde que había subido al *Valkirie*, nada le parecía ya descartable.

Se dio cuenta de que tenía que contarle aquello a Feldman y a Cherenkov cuanto antes. Quizá tuviese algo que ver con las anomalías de la singularidad. Le hubiese gustado hablar con Carter y ver qué era lo que el norteamericano opinaba de aquel asunto, con toda su dosis de sano escepticismo científico, pero no se había cruzado con él en todo el día, desde el incidente de la mañana.

Decidida, salió del salón rumbo al puente. Mientras cruzaba la puerta, una

última hipótesis se le pasó por la cabeza con tanta fuerza que se detuvo de golpe. Kate se dijo que era imposible y encerró aquella idea en un cajón oscuro y pequeño de su mente, a la vez que notaba crecer en la parte más primitiva de sí misma una sensación de terror.

«A lo mejor Schweizer y su sombrero habían estado a bordo del *Valkirie*. Todo el rato. Junto con el resto del pasaje. Esperando».

Meneó la cabeza, enfadada consigo misma. No creía en fantasmas. Robert se hubiese reído a carcajadas de haber podido escuchar sus pensamientos. Con toda seguridad habría sacado de aquello

media docena de chistes malos con los que sonrojarla.

Pero Robert no estaba allí, y el miedo es una planta invasora muy difícil de erradicar. Cuanto más trataba de no pensar en aquella idea, más difícil le resultaba evitarlo.

Subió hasta el puente con el corazón desbocado. El capitán Harper estaba allí, vestido con su peculiar estilo de fantasía: pantalones de traje y una camisa floreada.

No le sorprendió. Alguien había comentado en la cena de la noche anterior que Harper, después de doce años obligado a ir vestido con un

impecable uniforme en todos y cada uno de sus viajes de crucero, había desarrollado un odio visceral a esa prenda y que aquel viaje en el *Valkirie* era una liberación para él.

—Hola, señorita Kilroy —saludó, con bastante sequedad.

Tenía un vaso de agua en una mano y estaba a punto de tomarse un par de analgésicos que sostenía en la palma de la otra. Se metió las pastillas en la boca y apoyó el vaso sobre la mesa de navegación, al lado del libro de bitácora original del *Valkirie*, que estaba allí abierto.

—Necesito que avise al señor

Feldman y al doctor Cherenkov —dijo Kate, tratando de recuperar el resuello—. Tengo que hablar con ellos. Es muy importante.

Harper se frotó las sienes, con cara de fastidio. Parecía aquejado de un intenso dolor de cabeza.

—No me gusta molestar a los pasajeros de primera clase sin necesidad —contestó, al cabo de un momento—. Confío en que sus razones sean poderosas.

Kate se le quedó mirando como si no le hubiese oído bien. *¿Pasajeros de primera clase?*

—Tiene que ver con lo que sucede

en el barco, así que sí, supongo que son razones poderosas —replicó, con más rudeza en la voz de la que le hubiese querido imprimir.

—En ese caso, debería hablar conmigo primero. —Harper se dejó caer en la silla de mando, estiró el brazo sobre la mesa de navegación y empezó a acariciar perezosamente el libro de bitácora—. Las normas de la compañía son muy claras al respecto. Yo soy el capitán.

Kate tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no estrangular allí mismo a Harper. Aquello no estaba saliendo como ella había pensado.

—Se lo pido por favor, capitán — imploró remarcando de manera expresa la palabra «capitán». Odiaba el tono de su voz cuando tenía que rogar—. Es muy importante que vea al señor Feldman y a Cherenkov. Tiene relación directa con el proyecto y no con la seguridad del barco o con su tripulación, se lo prometo. No sé dónde están, y si los llama por el sistema de megafonía me ahorrará tener que recorrer todo el barco de arriba abajo.

Harper tosió mientras se sujetaba las sienes con fuerza. La jaqueca tenía que ser de tamaño olímpico. Agotado, asintió.

—De acuerdo. Hanisch, que llamen a los pasajeros Feldman y Cherenkov al puente de mando por megafonía. —Se volvió hacia Kate y le señaló la puerta —. Espere ahí, junto a la sala de radio. No está permitido que el pasaje circule por el puente cuando estamos fuera del puerto.

Kate abrió la boca para contestar, pero la cerró al instante. O Harper era un gilipollas de mucho cuidado, o estaba perdiendo la cabeza. Confiaba en que fuese lo primero, pero no ganaría nada enfrentándose a él.

Se dio la vuelta y entró en el cuarto de radio. El operador se encontraba al

lado de los monitores, pero esta vez, aunque otro partido de baloncesto estaba en los últimos minutos, no prestaba atención a la pantalla. Los Knicks de Nueva York le estaban dando una paliza a un equipo de camiseta azul que Kate no supo identificar. La imagen se veía con mucha estática y de vez en cuando desaparecía durante varios segundos seguidos.

Quizá por eso el operador estaba con los cascos puestos, muy concentrado en transcribir en una libreta algo que estaba escuchando por la radio con cara de concentración. Cuando Kate entró le echó un breve vistazo y se limitó a

saludarla arqueando las cejas.

Kate esperó quince interminables minutos mordiéndose las uñas. Por fin la puerta se abrió y entraron Cherenkov y Feldman prácticamente a la vez. Debían de haberse cruzado en el rellano de las águilas.

Las ojeras de Feldman habían crecido. El desgaste físico en el anciano era ya de una evidencia escandalosa. En apenas dos días parecía haber envejecido diez años. Cherenkov, por su parte, parecía enfadado.

—¡Espero que sea importante! —barbotó con su particular acento eslavo nada más entrar—. Tengo mucho trabajo

que hacer, y el equipo que tengo es muy escaso. Casi no damos abasto.

—No les robaré mucho tiempo — dijo Kate, y llevándoselos a una esquina del puente, donde no pudiese oírlos nadie, comenzó a contarles la historia del sombrero de Schweizer.

Había tenido tiempo para pensar bien cómo les expondría la historia. Al final había decidido presentar los hechos de una manera fría y profesional, como si fuese un informe, sin añadir sospechas o conclusiones. Que fuesen ellos dos los que decidiesen.

Al acabar, Feldman y Cherenkov la miraban con mucha atención. Cada uno

de ellos parecía atraído por la historia a causa de un motivo distinto, a juzgar por sus expresiones. El judío parecía al borde de un colapso mientras que los ojos del ruso brillaban de excitación.

—¿Dices que tienes ese sombrero, Kate? —preguntó Feldman, con la voz rota—. ¿Lo tienes de verdad?

—Está en mi camarote, encima de la cama —dijo Kate—. Podemos ir a buscarlo ahora mismo.

—Sí, por favor —apuntó el ruso—. Tengo muchas ganas de verlo con mis propios ojos. ¿Me dejará usted tomar una muestra?

—Le daré todo el maldito sombrero,

profesor. —Kate rió, aliviada—. Si se lo lleva cuanto antes.

Bajaron de nuevo hacia la zona de camarotes. Al atravesar el vestíbulo, Kate oyó cómo alguien tocaba una animada marcha con los instrumentos de la banda. Le hubiese gustado ir a ver quién era, pero no tenían tiempo.

Llegaron a la puerta de su camarote y Kate abrió la cerradura. De repente, su expresión de confianza se transformó en un rictus de perplejidad.

El sombrero no estaba donde ella lo había dejado.

Había desaparecido.

—¿Y bien? —preguntó Feldman—.

¿Dónde está ese gorro de paja?

—No lo sé —tartamudeó Kate, atónita—. Yo lo dejé justo ahí...

Cherenkov bufó, exasperado.

—¿Estás segura, Kate? —preguntó Feldman—. ¿No puedes haberlo dejado en otro lugar?

—¡No tengo la menor duda!

—A lo mejor el sombrero tenía piernas —apuntó Cherenkov, visiblemente enfadado—. O vino su dueño de ciento treinta años a buscarlo echando una carrerita por el pasillo. Aunque lo más probable es que lo haya soñado, jovencita.

—¡No lo he soñado! Era real. Lo

tuve en mis manos, con su cinta azul y una mancha en el borde. —Las lágrimas afloraron a sus ojos y tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para no echarse a llorar—. Se lo juro.

—Kate, el sombrero no está —apuntó Feldman, señalando algo que era evidente.

—Pero... —Kate sentía un nudo de angustia apretando su cuello. No sabía qué decir.

—Sé que las últimas cuarenta y ocho horas han estado repletas de emociones, Kate. —Feldman le dio un apretón afectuoso en el hombro mirándola con expresión compasiva—. Y supongo que

esto es demasiado para todo el mundo. Es natural pensar que vemos cosas, o confundir los hechos. Le podría pasar a cualquiera. Nos pasa a todos.

—¡No lo he soñado! —Su voz estaba a punto de quebrarse—. ¡No lo he soñado!

—Kate, déjame darte un consejo —dijo Feldman—. Descansa. Duerme. Si no eres capaz, el doctor Scott te puede dar algo de la enfermería para ayudarte a conciliar el sueño. Mañana verás las cosas de otra forma. Esta condenada niebla habrá desaparecido y con el sol se irán todas las malas vibraciones. No te preocupes.

Kate negó con la cabeza, al borde del llanto. Estaba contando la verdad y *no la creían*. Cherenkov rumió algo en ruso a medida que se alejaba por el pasillo a grandes zancadas. Feldman le dedicó una última mirada a Kate y se fue detrás de él, arrastrando los pies y con la espalda encorvada.

Cuando Kate se quedó sola en su camarote, registró hasta el último rincón en busca del sombrero, poseída por unas energías que eran fruto de la rabia. Al acabar, parecía que por la habitación había pasado un grupo de rock, pero no encontró el más mínimo rastro del gorro de paja. Era como si jamás hubiese

existido.

Sintiéndose muy desgraciada, se dejó caer sobre un montón de cojines apilados en el suelo y, mientras jadeaba, tratando de inspirar más aire, una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Era una risa femenina, cruel y burlona. Sonó *dentro* de la habitación, aunque Kate estaba sola. La risa se oía desde todas partes a la vez, y rebotó en las paredes, creando ecos diabólicos, hasta que se apagó de súbito en un silencio ominoso.

Kate notó como si una mano de hielo agarrase su corazón. Se hizo un ovillo en

una esquina del camarote a la vez que empezaba a gemir. Era terror en estado puro.

Porque comprendía que algo se estaba riendo de ella, disfrutando de su dolor y de su desconcierto.

Y, además, un matiz escondido en aquella risa malvada le auguraba que la diversión a su costa tan sólo acababa de comenzar.

XXVIII

Dos horas antes

Al principio fue muy sutil. Un olor ligero, casi inapreciable, que se colaba por debajo del aroma que subía de su plato de *goulash*. Senka levantó la vista, pensando que se trataba del perfume de la pelirroja, pero Kate Kilroy parecía estar sumergida en su propio mundo.

Senka sintió un pinchazo de excitación en el bajo vientre, pero procuró serenarse. Llevaba cuatro meses de abstinencia sexual absoluta (y para

ella la palabra «absoluta» significaba que ni siquiera un roce casual con la alcachofa de la ducha estaba permitido) y cada vez le costaba más mantener la cabeza clara, sobre todo con una mujer tan deliciosamente atractiva como Kate Kilroy sentada a apenas un metro de ella. Sus rodillas se tocaban por debajo de la mesa y, a cada roce, Senka era presa de una oleada de deseo que casi la hacía atragantarse. Pero Kate no parecía tentada a probar los placeres de Safo, al menos por el momento.

Senka respiró hondo y sonrió, ocultando sus sentimientos. Era algo que sabía hacer muy bien desde niña.

Se había quedado huérfana con apenas siete años en el horror de las guerras yugoslavas. Vivía con sus padres en un pueblecito de mayoría serbia de Bosnia. Un día, las brigadas bosnias habían lanzado un ataque contra las fuerzas paramilitares serbias de Mladic que asediaban Sarajevo. Nadie se esperaba que los bosnios, vapuleados y al borde de la derrota, fuesen capaces de organizar una incursión tan potente, así que los serbios no habían tomado medidas para proteger el pueblo de Senka.

Las doce horas en las que su pequeña aldea estuvo en manos bosnias

fue un resumen de todos los horrores que una guerra civil puede provocar. Los peores sentimientos del alma humana, salidos a flote, sin ningún tipo de traba ni control. El deseo de venganza teñido de rabia impregnaba el alma de aquellos hombres.

La pequeña Senka vio cómo fusilaban a su padre junto con otros doce hombres del pueblo, para después arrojar sus cuerpos a un pozo. Nunca olvidaría la expresión vacía del rostro de su padre cuando su cadáver caía por el brocal. Su padre, que apenas cinco minutos antes le estaba contando un cuento.

Después vio cómo unos soldados violaban sistemáticamente a su madre y a otras tres mujeres sobre el capó de un camión, mientras el resto del pelotón los animaba entre risas, antes de degollarlas y lanzarlas al mismo pozo. En aquel momento las lágrimas ya se le habían acabado.

Y, finalmente, cuatro milicianos atiborrados de coca y alcohol cogieron a aquella niña de tan sólo siete años, la subieron sobre el capó, le arrancaron su pijama rosa de conejitos y la forzaron brutalmente durante dos horas mientras la aldea ardía hasta los cimientos.

Nunca supo por qué la dejaron viva.

Quizá fue porque tuvieron compasión de una niña, aunque lo más probable sea que el contraataque de los serbios tuviese algo que ver. Lo cierto es que cuando la encontraron en el centro de la plaza, desnuda y con la sangre corriendo por sus piernas, era la única persona con vida que quedaba en lo que un día había sido una aldea llena de vida. Como en docenas de pueblos y aldeas de toda Bosnia, de uno y otro bando. El infierno en la Tierra.

Se pasó los siguientes diez años en un orfanato, convertida en una niña callada con el alma rota y que sentía terror cuando se cruzaba con un hombre.

Su ira contra el mundo poco a poco se fue transformando en agresividad, y eso hizo que la detuvieran con sólo diecisiete años. Entonces le ofrecieron una disyuntiva: el ejército serbio, o una celda.

Y Senka escogió seguir peleando. Pronto descubrió que tenía un auténtico talento para infligir dolor a otros seres humanos y, de esa manera, liberar un poco del daño que tenía acumulado en su interior, como una dinamo al rojo vivo. En poco más de un año entró en el servicio de inteligencia y de ahí a un cuerpo especial de contraespionaje. Se había convertido en una mujer bellísima,

el tipo eslavo idealizado con el que la mayoría de los hombres fantasea. Pero el dolor seguía dentro, incontrolable, devorándola un poco más cada día.

Una noche se encontró a sí misma en una habitación de hotel en Viena. Una desconocida dormía en su cama después de una sesión de sexo salvaje mientras ella sostenía una botella de whisky y miraba el fondo del cañón de su pistola. Preguntándose por qué no apretaba el gatillo y acababa con todo el dolor de una maldita vez.

Y entonces apareció Feldman. El servicio de espionaje, a petición de la Interpol, estaba investigando las

inversiones de Feldman en Belgrado y sus contactos con la mafia rusa. Cuando se encontró por primera vez cara a cara con Feldman, los ojos magnéticos del anciano la cautivaron de una manera que Senka no era capaz de entender. Y ambos encontraron un espejo en el otro. Dos almas torturadas por el dolor que buscaban respuestas a preguntas que nadie podía contestar.

Senka dejó el servicio de inteligencia y comenzó a trabajar para Feldman. Aquel anciano de mirada escrutadora que parecía adivinar todos los secretos de su alma fue para Senka como encontrar un sustituto de la figura

paterna que había perdido en aquel día de horror. Y, para Feldman, aquella joven afligida y con tendencias autodestructivas, con sus habilidades para conseguir cosas que nadie más parecía capaz de hacer, era un activo importantísimo. Y, además, sentía por ella un cariño parecido al que un abuelo puede sentir por una nieta especialmente talentosa.

Llevaba trabajando para él cinco años. En ese tiempo, su dolor se había amortiguado. Y, por fin, parecía que uno de los dos iba a poder enfrentarse a la raíz de sus miedos y dudas. Feldman había encontrado en el *Valkirie* el

camino para curar todo su dolor. Por su parte, ella sabía, secretamente, que jamás podría escapar de encima de aquel capó.

Perdida en sus pensamientos, vio cómo Kate se levantaba y se despedía abruptamente. La periodista parecía nerviosa, como si necesitase ir a algún sitio con urgencia. Al ponerse en pie, su mano tropezó con un vaso de cristal que acabó golpeando en el suelo con un ruido sordo antes de romperse en pedazos. Senka la miró con curiosidad, y también con lujuria. No podía evitarlo.

Cuando acabó de comer se levantó y salió del salón comedor, rumbo al

camarote de Isaac Feldman. El viejo no se encontraba bien desde la experiencia en el pasillo donde habían encontrado el cadáver. No era de extrañar. Hasta ella se había visto afectada. Y Moore... ¿Qué coño le había pasado? Lo mejor era que se acercase por el camarote del anciano a ver si necesitaba algo.

Caminando por el pasillo, el olor dulzón que había notado en el comedor se volvió mucho más fuerte. Olfateó en todas direcciones, como un perro de presa, intentando localizar su origen. En ese momento, una punzada de dolor en las sienes le hizo dar un grito. Era como si alguien hubiese clavado una aguja al

rojo vivo por encima de sus orejas y la estuviese empujando con parsimonia, disfrutando del momento, hacia el interior de su cabeza. El dolor subía en oleadas y, sacudida por una náusea, se apoyó en un mamparo, tratando de mantener el equilibrio.

«Será mejor que vaya a la enfermería —se dijo—. Ya es la segunda vez hoy».

Giró sobre sí misma y trató de recordar por dónde se iba al dispensario. Tenía la mente espesa, como si estuviese tratando de pensar en diez cosas a la vez. Haciendo un esfuerzo, consiguió enfocar el pasillo y

recordó hacia dónde tenía que ir. Girar a la derecha, tres puertas, bajar la escalera, segunda puerta. Enfermería.

Comenzó a caminar hacia allí...

... Y de pronto una ráfaga de lluvia le golpeó la cara, haciéndole abrir los ojos.

Confundida, parpadeó un par de veces. Tenía el pelo empapado y el agua le chorreaba por la cara. Para apartar las gotas de sus ojos tuvo que meter en el bolsillo el destornillador que llevaba en la mano.

«¿Un destornillador?».

Se quedó paralizada, volvió a cogerlo y lo contempló. Era un

destornillador común y corriente, de acero, con el mango de plástico rojo. Tenía unos rascazos en la base, como si lo hubiesen apretado contra algo caliente.

Jamás en su vida había visto aquella herramienta.

Levantó la mirada y no pudo evitar un gemido de espanto. El destornillador se le cayó de las manos y rodó por el suelo, lentamente, hasta acabar junto a la puntera de una de sus botas.

Senka estaba en la cubierta superior, por encima del puente de mando. A menos de dos metros se elevaba una de las enormes chimeneas rojas del

Valkirie, vomitando humo. Un poco más lejos, un bosque de antenas destacaba entre la niebla y el radar daba vueltas sin cesar.

«¿Qué hago aquí?».

Dio un par de pasos temblorosos, y entonces se dio cuenta de que en la otra mano sujetaba un puñado de cables de cobre envueltos en plástico de distintos colores. El plástico estaba desgarrado en sus bordes, como si lo hubiesen arrancado de cuajo de algún sitio.

«¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué está pasando?».

Soltó los cables como si fuesen un montón de ortigas. Se frotó las manos

contra la camiseta, mirando con ansiedad a su alrededor. No había nadie más a la vista. La niebla amarilla seguía siendo muy espesa, pero llovía, cada vez con más fuerza. Estaba empapada, como si llevase a la intemperie más de una hora.

Caminó un poco, medio sonámbula. De repente tuvo una arcada y vomitó contra un respiradero todo lo que había comido. Estuvo vomitando durante un buen rato, hasta que sólo salía un hilo de bilis de su boca. Cuando se incorporó, tenía unos temblores incontrolables.

«Me tengo que estar volviendo loca».

Su cabeza zumbaba, incapaz de asimilar todo lo que estaba sucediendo. Se sentía desorientada, perdida y sobre todo aterrorizada. Su mirada se apoyó en una escala vertical que descendía hasta la zona de tripulación cercana al puente. Sin duda, había tenido que subir por allí, pero no recordaba haber tocado aquellos barrotes de acero en su vida.

Bajó con cuidado. El descenso fue complicado, porque a sus temblores se añadía que la escala tenía todos los peldaños cubiertos por una fina capa de agua resbaladiza como el aceite. Cuando llegó hasta el nivel del puente, se escabulló con discreción. No sabía qué

decir si se encontraba con alguien allí y la veían empapada, pálida como una muerta y temblando fuera de control.

Tenía que llegar hasta su camarote para cambiarse. Y después ya pensaría lo que había que hacer. Cruzó sigilosa la sala de fumadores de primera clase, dejando un rastro de agua sobre las alfombras y las mesas de teca con ceniceros de bronce empotrados.

Senka.

Se quedó paralizada al oír aquella voz, como un animal que ve los faros de un coche en medio de una carretera.

Senka, estoy aquí. Mírame.

La muchacha cerró los ojos con

fuerza, incapaz de mover un músculo.

«Esto no está pasando. Esto no está pasando. Esto no...».

¡SENKA!

La voz sonó más fuerte y, como impulsada por una mano invisible, la serbia se dio la vuelta.

Una mujer de unos treinta años estaba en una de las mesas. Vestía un traje negro de noche por encima de las rodillas que acababa en un montón de delicados hilos. El escote era generoso y dejaba ver el inicio de unos senos altos, fuertes y redondos. En el cuello llevaba una gargantilla de perlas largas que daban dos vueltas y caían hasta la

cintura. Era rubia, como ella, con unos inquietantes ojos verdes que la observaban con interés mientras le daba una calada parsimoniosa a un cigarrillo.

Hola, Senka. Ven a sentarte conmigo.

Sin poder oponerse, Senka dio unos pasos y se sentó a la misma mesa que la mujer. Su mirada tenía una cualidad hipnótica que no le dejaba apartar los ojos de ella.

Mi pobre Senka. Estás empapada y temblando de frío. Tienes que sacarte esa ropa. No podemos permitir que te resfríes.

—¿Quién eres? —Su voz sonó como

un graznido—. ¿Qué está pasando?

Soy tu amiga, Senka. Y no pasa nada malo. He venido a ayudarte.

La mujer extendió la mano por encima de la mesa y cogió los dedos de Senka. Era una mano tibia y delicada. En cuanto rozó su piel, Senka tuvo que hacer un esfuerzo para contener un grito. Había dejado de tener frío y los temblores habían desaparecido.

Eres preciosa, Senka. Inteligente y bella. Pero estás tan sola... ¿Te gusta estar sola, Senka?

La serbia meneó la cabeza, sintiendo cómo el calor le bajaba por el pecho hacia la entrepierna. Todo el terror y la

confusión que sentía un minuto antes se estaban desdibujando, como si no fuesen más que el resultado de una pesadilla extremadamente real. Una parte de su mente lanzaba gritos de alarma, consciente de que aquello no era normal, pero el ruido de los demás pensamientos ahogaba sus chillidos.

La mujer rió. Su risa era cantarina y dura, como las piedras del lecho de un río de aguas frías.

Ya lo suponía. A mí tampoco me gusta estar sola. Y he estado sola tanto, tanto tiempo...

La mujer se inclinó hacia delante y acarició con el dorso de su mano la

mejilla de la serbia. Fue como si un incendio forestal se hubiese declarado debajo de la piel de Senka. De súbito, todas sus urgencias desaparecieron, sustituidas por otra, intensa y acuciante. Su entrepierna se había transformado en un horno.

La mujer entreabrió los labios por primera vez. Una parte de la mente de Senka cayó en la cuenta de que, aunque estaba hablando, la mujer no abría la boca al hacerlo, pero era una parte cada vez más diminuta y débil a la que ya no hacía ningún caso. El ruido dentro de su cabeza era arrollador. Las voces se mezclaban, excitadas.

Te voy a besar. ¿Quieres que te bese, Senka?

Como en un sueño asintió con la cabeza y se inclinó un poco, sin soltar la mano de la desconocida. Ésta se acercó a ella y apoyó los labios con delicadeza en la boca de la serbia.

Su saliva era dulzona y tenía un regusto metálico. Su boca estaba caliente, demasiado caliente, pero su lengua juguetona se deslizó dentro de la boca de Senka, explorando con avidez hasta el último rincón.

Senka gimió, mareada. El incendio de su entrepierna estaba fuera de control y lanzaba oleadas de deseo en todas

direcciones.

Ven, Senka. Vámonos a un sitio tranquilo. ¿Quieres venir conmigo?

Senka asintió, sin control sobre sí misma. Se dio cuenta de que por primera vez en mucho tiempo el dolor de su alma sonaba amortiguado y lejano. Al lado de aquella mujer, todo parecía tener una importancia relativa. Todo, menos una cosa.

Ambas se levantaron, todavía cogidas de la mano, y salieron del salón de fumadores. Como si supiese el camino, la mujer rubia arrastró a Senka hacia el camarote de la serbia.

No se encontraron a nadie por el

pasillo. Al llegar a la puerta del camarote, Senka se llevó la mano al bolsillo, tratando con torpeza de sacar la llave. Se observó a sí misma con aire ausente y desapasionado. Parecía incapaz de coordinar un movimiento tan sencillo como aquél, pero de alguna manera no le preocupaba. Era como si contemplase a otra persona.

La mujer sonrió, seductora, y simplemente giró el pomo de la puerta, que se abrió como si jamás hubiese estado cerrada. Las alarmas de Senka, ya mudas y derrotadas, no sonaron esta vez. La cama brillaba bajo la luz tenue de las lámparas, tentadora.

Entraron las dos y la puerta se cerró tras ellas. La mujer volvió a besar a Senka, esta vez de forma mucho más larga y ardiente que la anterior. Senka notó cómo una de las manos de la mujer se apoyaba sobre uno de sus pechos y presionaba ligeramente el pezón hasta hacer que éste se endureciese. Gimió de placer y abrazó con fuerza a la rubia desconocida.

Sin dejar de besarla, se soltó la hebilla de los pantalones empapados, que cayeron al suelo. De una patada se sacó las botas y de repente tan sólo tenía puesta la camiseta, aún húmeda, pegada a su torso y unas braguitas elásticas. La

mujer paseaba las manos por todo su cuerpo y a cada nuevo roce Senka jadeaba, presa de oleadas eléctricas de placer.

Se echó hacia atrás para sacarse la camiseta. La prenda, mojada, pugnaba por quedarse pegada a su cuerpo, y le costó un buen rato deshacerse de ella. Cuando lo consiguió, se sacudió el pelo, también empapado, y no pudo contener un jadeo de emoción.

La mujer había dejado caer su traje de noche negro desde los hombros hasta los tobillos y estaba totalmente desnuda delante de ella, con una sonrisa seductora en los labios. Su piel tenía un

tono dorado que invitaba a lamer cada poro. Tenía los pezones grandes y oscuros, y una suave mata de vello púbico, de un rubio tan claro que parecía casi blanco.

Extendió las manos y arrastró a Senka hasta la cama sin decir ni una sola palabra. Se tumbaron una al lado de la otra y, con destreza, la mujer le quitó las braguitas de algodón a Senka antes de que se diese cuenta. Su boca se dirigió, hambrienta, hacia los pechos de la serbia y comenzó a lamer sus pezones con deliberada lentitud. Cada vez que los labios de la mujer apretaban sus senos, todas sus terminaciones nerviosas

explotaban de placer. Al cabo de un minuto, Senka jadeaba con fuerza, empujada por descargas de excitación cada vez más potentes. Sus ojos veían cómo la boca de la mujer iba de un pecho a otro con un ritmo cada vez más acelerado mientras sus manos no dejaban de acariciarla. Sorprendida, se dio cuenta de que estaba a punto de correrse, incluso antes de que la otra hubiese rozado su pubis.

Entonces explotó, en un orgasmo largo, eléctrico y liberador. Gimió de placer arañando la espalda de la mujer, que respiraba con un ritmo profundo y concentrado. Intentó darse la vuelta,

pero entonces la mujer se lo impidió y siguió bajando hacia el vientre al tiempo que con su lengua trazaba complicados dibujos sobre la piel. Al llegar al ombligo se detuvo durante unos segundos y después se sumergió en el monte de Venus de Senka, que en aquel instante gritaba pidiendo acción.

Comenzó a dar lametazos largos y profundos en torno a sus labios menores y después se concentró en su clítoris. Cada vez que chupaba y mordisqueaba, traviesa, aquel pequeño pedazo de carne palpitante, Senka lanzaba un gemido largo y profundo. La joven sentía como si toda la energía del universo se

estuviese concentrando en aquella zona de su entrepierna. Veía el pelo de la rubia desparramado sobre su vientre mientras mantenía la cara enterrada en ella, disfrutando de su sabor.

Los gemidos de Senka comenzaron a ser cada vez más rítmicos y potentes. Toda su piel chisporroteaba, cargada de tensión. Los temblores se extendían por sus piernas, incontrolables, y sintió cómo se acercaba un nuevo orgasmo, esta vez enorme, potente y arrollador como una ola.

¿Lo quieres, Senka? ¿Lo quieres?

Senka sólo pudo gemir un «sí» entrecortado antes de que el orgasmo la

golpease con la fuerza de un tornado. Gritó extasiada mientras su espalda se arqueaba sobre la cama. Las contracciones, rítmicas, le llegaban desde la base del cabello hasta la punta de los pies, liberadoras y explosivas.

Al cabo de unos segundos interminables se desplomó, exhausta, sobre el colchón. Su cuerpo estaba cubierto de sudor y volvía a tener temblores incontrolables por todo el cuerpo. La mujer rubia, apoyada sobre un codo, la observaba, entre divertida y sensual.

¿Te ha gustado, Senka?

Con una sonrisa de gata en el rostro,

la serbia asintió con la cabeza, todavía incapaz de hablar. Un sueño espeso e imparable la estaba asaltando. Cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos. Toda su mente se iba embotando y apagándose como una ciudad que sufre un corte de luz. Cerró los párpados, que de golpe parecían pesar toneladas.

Antes de sucumbir al sueño de forma definitiva, oyó que la mujer se levantaba de la cama. Un intenso olor dulzón y metálico impregnaba toda la habitación. Senka estaba sangrando por la nariz, aunque ella no lo sabía, desmadejada sobre el colchón, desnuda y saciada de

sexo.

Queremos a nuestros amigos, Senka. Te has portado bien y has hecho lo que te hemos pedido. Esto es un pequeño regalo. Nosotros cuidaremos de ti.

Para siempre.

XXIX

Valkirie

Tercer día de travesía

Unos pasos apresurados delante de su puerta despertaron a Kate. Sonaban como si un pequeño grupo de personas cruzase por el pasillo a la carrera. Sobre el ruido de las pisadas se oían voces excitadas comentando alguna cosa entre ellas que el grosor de la puerta no le permitía entender con claridad.

Kate parpadeó, entumecida. El camarote estaba en penumbra y la joven,

desorientada, miró su reloj de muñeca. Era más de medianoche. Seguía acurrucada en la esquina donde se había dejado caer cuando Feldman y Cherenkov se habían ido de su habitación.

Cuando había oído aquella risa siniestra.

Se había quedado dormida después de llorar hasta agotar todo el caudal de lágrimas que tenía. Estaba exhausta y se sentía desgraciada y muerta de miedo. Pero, sobre todo, tremendamente sola. A cada minuto que pasaba se arrepentía más de haber aceptado involucrarse en aquella historia. Había algo

intrínsecamente perverso en el *Valkirie*, algo que se extendía entre sus tripulantes y pasajeros como el hedor del pescado podrido. Y en medio del océano no se podía escapar a ninguna parte.

Se levantó haciendo una mueca. Tenía una pierna dormida. Dio un par de pasos por el camarote para restablecer la circulación. Mientras se masajeaba el muslo oyó dos voces, una de hombre y otra de mujer. El rítmico cling-cling de bisutería entrechocando acompañaba la conversación, que se fue apagando cuando se alejaban.

Kate volvió a mirar el reloj. Era tarde, pero quizá había un segundo turno

de cena. Todos aquellos tripulantes tenían que ir a algún sitio. Su estómago gruñía, hambriento.

Entró en el baño y se lavó la cara y los dientes. A continuación, peleó con su melena un rato hasta dejarla algo más presentable. Se miró en el espejo. Tenía ojeras bajo los párpados y una expresión angustiada.

Volvió al camarote y se puso unos vaqueros ajustados y una blusa. También cogió una chaqueta de pana. Cada vez hacía más frío fuera de aquel condenado barco. Una vez que se encontró a sí misma lo suficientemente presentable, se colgó la Canon del cuello y, tras cerrar

la puerta de su camarote con doble vuelta de llave, salió al pasillo.

El corredor estaba suavemente iluminado y un leve rastro de perfume todavía flotaba en el ambiente. Caminó con paso decidido hacia el hall de las águilas para llegar al salón comedor. Al tiempo que andaba, pensaba en cómo enfocar de nuevo el asunto del sombrero con Feldman. Le daba la sensación de que había perdido parte de la confianza del anciano judío, y eso la mortificaba. Quizá Carter podría darle otro enfoque distinto al asunto. Fuera como fuese, tendría que hablar con él y con Cherenkov. Quería dejarles claro que no

era una loca de remate y que aún era digna de confianza. No quería quedarse al margen bajo ningún concepto.

A medida que se acercaba al comedor, el rumor de voces y la música era cada vez más alto. La joven aguzó el oído. Tocaban algo similar a lo que la banda había estado ejecutando por la tarde, pero ahora sonaba mucho mejor. Kate no estaba segura, pero le parecía que era un charlestón.

Al entrar en el hall de las águilas se quedó boquiabierta. La enorme lámpara de araña del techo tenía todas sus luces encendidas y lanzaba destellos cegadores sobre los escalones de

mármol pulido. Un grupo de tres mujeres que Kate no había visto nunca, vestidas a la moda de los años treinta, subían la escalera comentando algo divertido entre ellas que hizo que estallasen en un coro de risas.

Con la sensación pastosa de estar atrapada en una pesadilla absurda, giró la cabeza. Dos hombres vestidos con un modelo de esmoquin anticuado fumaban apoyados contra una pared y la escrutaban con la mirada.

Kate cerró los ojos con fuerza. Estaba soñando. Tenía que estar soñando. Abrió los ojos de nuevo y todo seguía exactamente igual. Las luces, el

ruido, el aroma del tabaco y el murmullo de voces saliendo de la sala. El más alto de los dos hombres se inclinó hacia el otro para decirle algo al oído. El bajito rió y la volvieron a mirar, con una expresión insolente en el rostro.

Caminó, con las piernas tan débiles que amenazaban con dejarla caer en cualquier momento. Jadeaba, buscando aire. No entendía qué estaba pasando. Cuando llegó al pie de la escalera comprobó que la maceta con la palmera había desaparecido y alguien había colocado en su lugar tres banderas. Dos eran esvásticas sobre un fondo rojo, y la tercera era la bandera de la KDF.

Kate retrocedió, aterrada. Su espalda chocó contra una de las enormes águilas de madera que montaban guardia al pie de la gran escalinata. El animal tenía el pico abierto mientras lanzaba un eterno chillido de desafío. Con la misma sensación de anticipación inevitable que se tiene en los sueños, Kate dejó resbalar la mirada hacia el óvalo sujeto por las garras del águila, para comprobar que, salida de la nada, una enorme esvástica de madera campeaba dentro de ella.

—Esto no puede estar pasando —murmuró, aturdida, sentándose en el primer escalón.

Un camarero con una bandeja llena de copas pasó a su lado y la miró inquisitivamente antes de seguir su camino.

«Feldman me tiene que estar gastando una broma. Esto es una cámara oculta, o algo por el estilo».

Pero el águila era real. Pasó los dedos por el reborde de la esvástica. No estaba encolada ni clavada sobre el óvalo, sino tallada en una única pieza. Para cambiar aquella escultura tendrían que haber levantado toda la maldita escalinata con una grúa industrial y, antes, desmontar todo el techo para colocar la grúa. En medio del mar era

imposible.

La sangre le zumbaba en los oídos. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y el dolor fue claro e intenso. No era un sueño. Estaba despierta.

«No es una broma. Es real».

—¿Se encuentra usted bien, *Fräulein*? —La voz sonó a su lado y Kate se sobresaltó. Una camarera vestida con un uniforme negro y cofia se inclinaba preocupada sobre ella—. ¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

Kate inspiró un par de veces para tratar de controlar sus nervios. Le estaba ofreciendo un vaso de agua una mujer muerta o desaparecida hacía setenta

años. O su fantasma. Se sentía como la jodida Anne Germain. Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar la risa histérica que peleaba por asomar desde su garganta.

—*Nein, danke* —contestó en su fluido alemán, cambiando de idioma de manera automática—. Es sólo un mareo. Estaré bien en seguida. En serio.

—¿Está segura?

—Sí, por completo —dijo esbozando una mueca, consciente de que su boca se negaba a obedecer las órdenes de su cerebro y de que sólo podía ofrecer el remedo trágico de una sonrisa.

La mujer asintió y se alejó, no sin antes echarle una última mirada de arriba abajo que Kate no supo interpretar.

El ruido de la sala se convirtió en un griterío gozoso cuando la banda atacó una nueva pieza. Sonaba como si allí se estuviese celebrando una fiesta por todo lo alto. Kate se levantó apoyándose en el escudo con la esvástica y subió la escalera. Al pasar al lado de las banderas las miró de reojo, pero no se atrevió a tocarlas. De todas formas, estaba convencida de que eran tan reales como el resto de lo que la rodeaba.

El salón de baile, habitualmente

cerrado y a oscuras, estaba con las puertas abiertas y atestado de gente. Las parejas bailaban un fox-trot en medio de la pista mientras grupos de pasajeros se movían de aquí para allá atendidos por un pequeño ejército de camareros y asistentes. En el escenario, una banda de siete miembros tocaba como poseída por alguna clase de furia ciega. La fiesta vibraba en todo su apogeo. El champán corría a raudales y los rostros de los pasajeros estaban rojos y animados, flotando en medio del ruido y de una bruma de humo de tabaco. Las risas eran escandalosas y estaban ligeramente fuera de lugar, como atravesadas por una

esencia enferma.

Una mujer pasó a su lado con una expresión vacía en el rostro. Kate se estremeció. Todo parecía real. Y sin embargo había *algo* que no encajaba, aunque no era capaz de identificarlo. Una nota discordante, un elemento extraño que lo deformaba todo. Como un grano infectado y lleno de pus en medio de un rostro armonioso. Algo en aquella fiesta no estaba bien.

Sin tener en cuenta el hecho evidente de que nada de aquello podía ser real, se repitió Kate. Por primera vez se planteó si no se habría roto una vena en su cabeza y había perdido la cordura.

Con un escalofrío se preguntó si no estaría tendida en aquel momento sobre la cama de su camarote, convertida en un vegetal, mientras el médico de a bordo certificaba que a su cerebro se le había frito alguna conexión.

Cogió una copa al vuelo de una bandeja que llevaba un camarero. Las copas estaban llenas de un riesling blanco espumoso y fresco. Dio un trago y sintió cómo el vino le bajaba por la garganta hasta el estómago. Si aquello era una alucinación, era la más realista y perfecta de la historia.

Un rostro conocido le llamó la atención en medio de la gente. Era uno

de los dos químicos del equipo científico, vestido con un elegante traje de dos piezas. Su corazón se aceleró. Ver una cara conocida en medio de aquel baile fantasmal hizo que la noria de irrealidad en la que estaba montada girase un poco más despacio.

Kate se devanó los sesos tratando de recordar su nombre. Era finlandés, algo sonoro y exótico para su oído. Empezaba por Lau... ¿Cómo diablos seguía? Laukkanen. Eso era. Él y el otro químico habían bromeado con ella el día de la presentación. Era un hombre simpático y con una mirada inocente en sus ojos intensamente azules.

Kate se abrió camino entre los grupos de pasajeros. A medida que pasaba, notaba que las conversaciones se apagaban y que los corrillos empezaban a hablar en susurros. Decenas de ojos estaban fijos en ella.

Algo iba mal.

De repente se vio reflejada en uno de los espejos del salón de baile y lo comprendió. Vestida con unos vaqueros ajustados de talle bajo, destacaba en medio de aquella fiesta elegante de los años treinta como una pulga en las pelotas de un perro. Lo más probable era que ninguno de los presentes hubiese visto unos vaqueros en toda su vida. Si

es que estaban realmente vivos, por supuesto.

Ignorando las miradas, se acercó hasta el grupo del finlandés. Estaba en compañía de dos mujeres y dos hombres. Mantenían una discreta conversación en alemán que se cortó de manera abrupta en cuanto ella llegó a su altura.

—Hola, señor Laukannen —dijo Kate en alemán, acercándose a él. Se inclinó sobre su oído y, pasando al inglés, le susurró—: Hacia el vestíbulo, rápido.

El finlandés se echó hacia atrás, con una expresión confundida en el rostro.

—Disculpe, *Fräulein* —musitó en alemán, mientras se estiraba la manga del esmoquin—. No he entendido lo que me ha dicho. Creo que no hablo su idioma.

A Kate casi se le salen los ojos de las órbitas. Jadeó, incrédula.

—Laukannen... —murmuró, sacudiendo la cabeza. La mano de hielo que apretaba sus entrañas apretó un poco más fuerte.

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó entonces una de las mujeres, que apoyaba su mano con gesto posesivo sobre el brazo del finlandés—. ¿Quién es esta mujer?

—No tengo la menor idea, cielo — replicó Laukannen, mirando a Kate con expresión desconfiada.

Todo el grupo había dado un prudente paso atrás para apartarse de la joven, de la misma manera que se suele hacer en las fiestas cuando un convidado demasiado borracho se acerca para contar alguna estupidez sin respetar el espacio mínimo socialmente aceptable.

Kate se alejó trastabillando, sin despedirse, con la mirada desconfiada de la mujer clavada en su nuca. Si habían pensado que estaba bebida, su retirada ignominiosa no podía más que confirmar su teoría.

Estaba en el centro de la pista. La gente se apartaba a su paso, como si detectasen que era un elemento extraño en medio de aquel lugar. El tufo dulzón que flotaba en el ambiente era casi asfixiante, pero en aquella ocasión estaba mezclado con una nota de corrupción latente. La sala olía como si todo lo que había en ella estuviese podrido. Kate estaba mareada. Tenía que salir de allí.

Cuando abandonaba el lugar vio a Harper de pie, charlando con un grupo de pasajeros. El marino vestía un uniforme completo de capitán mercante, y lucía en la cara un grueso mostacho

que aquella mañana no estaba allí. Cuando miró hacia ella, no pareció reconocerla, pero la observó con recelo.

A Kate se le escapó todo el aire de los pulmones. Los ojos de Harper, de un intenso color azul, la taladraban, inquisitivos. Le dijo algo a un hombre que estaba a su lado, e hizo una seña discreta a un grupo de camareros situados junto a la pared del fondo de la sala. Kate vio cómo dos de aquellos individuos comenzaban a andar hacia ella, abriéndose camino entre la multitud.

Con un gemido de terror se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida,

tratando de abrir el mayor hueco posible con sus perseguidores. En su mente flotaba la imagen de los ojos azules de Harper y su expresión perversa y despiadada. Pero no sólo le aterrorizaba la promesa que escondía aquella mirada que la había atravesado.

Kate estaba segura de que aquella mañana el capitán Harper tenía los ojos marrones.

XXX

Kate bajó la escalera del gran hall saltando los escalones de dos en dos. Llevada por un repentino impulso se volvió y apretó el disparador de su Canon media docena de veces, apuntando en todas direcciones. Si en algún momento aquella pesadilla terminaba y se despertaba, quería estar segura de que era real y no lo había imaginado. O, por el contrario, obtener la prueba definitiva de que estaba loca de remate.

Al apretar el botón por primera vez

el selector automático de la cámara hizo saltar el flash en un fogonazo azul. El destello iluminó todo el hall como un relámpago y atrajo algunas miradas, pero Kate tenía demasiadas cosas en que pensar. Los dos camareros que iban en su búsqueda acababan de asomar por la parte superior de la escalera.

La joven se fijó en una puerta que daba a un pequeño pasillo que hasta aquel momento le había pasado desapercibido. Comprobó que desde la parte superior de la escalinata los camareros no podían ver la puerta y, sin dudarlo ni un minuto, la cerró a sus espaldas y se metió por aquel corredor.

Risas. Risas infantiles sonando al fondo del túnel. Kate corrió siguiendo aquel sonido hasta que desembocó en una sala en la que no había estado hasta entonces. Era una sala alta, de mediano tamaño, con las paredes forradas de láminas de madera de un poco más de dos metros de altura. Sobre los paneles había una serie de dibujos infantiles al fresco de ciervos, granjeros y muñecos de nieve.

En medio de la sala había un pequeño tiovivo de aspecto anticuado. Alrededor del eje central de hierro forjado rodaban en círculos caballos, conejos, cerdos y gatos. Las sillas de

montar estaban adornadas con símbolos de la KDF. Sobre cada una de ellas había un niño o una niña lanzando chillidos de entusiasmo. El tiovivo estaba rodeado por una reja de mediana altura, y un operario de aspecto adormilado manejaba los controles mientras sonaba de fondo una fanfarria militar que salía de un gramófono. En un banco situado al fondo, un grupo de señoras de mediana edad cotilleaban entre ellas y de vez en cuando observaban con aire de cansancio a los críos.

Kate miró hacia atrás. La puerta que había cruzado permanecía cerrada. Se

acercó con sigilo y la entreabrió un poco. Vio cómo los dos hombres que habían salido en su búsqueda permanecían de pie en medio del vestíbulo, mirando en todas direcciones. Finalmente, uno de ellos salió en dirección al puente al mismo tiempo que el otro entraba dentro del comedor.

Los había despistado, pero no tenía demasiado tiempo.

«Piensa Kate, piensa. ¿Adónde vas a ir?».

La opción más obvia era volver a su camarote y esperar a que todo aquel delirio cesase. Si es que llegaba a cesar. Por un instante se preguntó si Tarasov y

la gente de Wolf und Klee estaban en lo cierto. ¿Y si, de alguna manera, había retrocedido a 1939? Feldman, Cherenkov y Carter habían sostenido que era totalmente imposible. Que violaba las leyes elementales de la física. Pero ninguno de ellos estaba allí, viendo todo lo que la rodeaba. Y ella sí.

Pero volver a su camarote no iba a ser sencillo. Para conseguirlo tendría que cruzar el vestíbulo, completamente iluminado y lleno de gente, y además aquellos dos camareros la estaban buscando. Y con sus vaqueros ceñidos no pasaría desapercibida. Quizá si encontrase algún tipo de ropa de la

época pudiese lograrlo. Tenía que localizar un cuarto de colada, o algo por el estilo.

Entonces se fijó en la niña. Estaba sentada al fondo de la sala, completamente sola y ajena al bullicio que montaban el resto de los críos. Parecía muy concentrada, mirando en su dirección con esa expresión obstinada que ponen los niños cuando algo los contraría profundamente. Con el ceño fruncido propinaba puntapiés a una moldura mientras balanceaba las piernas en su silla. No sólo su actitud era diferente. Su ropa era mucho más sencilla que la de los demás niños. En

vez de zapatos de charol brillante y vestidos con encaje, calzaba unas sandalias de aspecto humilde y un vestido de lino gris que parecía haber vivido mejores tiempos. La prenda le quedaba una o dos tallas grande, como si fuese la ropa heredada de una hermana mayor.

De repente la niña alzó el brazo y la señaló. Se quedó completamente inmóvil, con el brazo levantado y sus ojos clavados en ella. El efecto era tan escalofriante que a Kate le entraron ganas de empezar a lanzar alaridos. Le faltó un pelo para darse la vuelta y salir corriendo de allí, pero si volvía sobre

sus pasos se encontraría con aquellos hombres. Entonces la niña dejó caer el brazo e inclinó ligeramente la cabeza, como si escuchase algo que sonaba desde muy lejos. Aunque los timbres de alarma en la cabeza de Kate amenazaban con estallar, algo la hizo avanzar hacia la niña.

Se acercó procurando evitar las miradas curiosas de las madres, que seguían sentadas en el banco. Cuando llegó junto a la niña se puso en cuclillas para quedar a su altura. La pequeña la miraba fijamente, sin pestañear.

—Hola —le dijo—. ¿Puedo sentarme a tu lado?

La niña asintió con la cabeza, sin dejar de mover las piernas.

—¿Por qué me señalabas? —La voz de Kate sonaba quebrada. Intentó tragar saliva y descubrió que tenía la boca completamente seca.

La niña permaneció en silencio durante un largo rato, mirando con aire ausente al suelo. Kate se fijó en las enormes ojeras que la niña tenía debajo de los párpados y en su aspecto desnutrido. Además, lucía un gran hematoma en el brazo izquierdo que estaba tomando un desagradable color amarillo, como si algo o alguien la hubiese golpeado allí con inusitada

violencia.

Cuando Kate iba a repetirle la pregunta, la chiquilla se volvió hacia ella.

—Tú no deberías estar aquí —dijo, simplemente.

Su voz estaba teñida de una tristeza tan profunda que a Kate se le formó un nudo en la garganta. Era antinatural oír ese tono en una niña tan pequeña. Hablaba de sufrimiento, horror y privaciones sin tregua. De infancia perdida.

—Ya lo sé —consiguió decir—. Me he perdido y tan sólo quiero volver a mi camarote. ¿Por casualidad no sabrás

cómo...?

La niña negó con la cabeza, con una expresión hosca en el rostro.

—No quiero decir en esta sala —contestó, mientras se acariciaba con aire distraído el hematoma del brazo—. Me refiero a aquí. A *ahora*. Tú no eres de aquí. No puedes estar en este lugar. *Ella* se enfadará mucho si te ve.

—¿Ella? ¿Quién? ¿Por qué se enfadará? —balbuceó Kate—. ¿A qué te refieres con ahora?

Por toda respuesta, la niña estiró la mano hacia la muñeca de Kate. La periodista llevaba una pulsera de plástico que le había regalado su

sobrina Andrea, con cabezas de animales y cuentas de colores. La niña la miraba con ojos somnolientos, como si se imaginase a sí misma con una pulsera como aquélla en su muñeca.

—¿Te gusta? —dijo Kate, siguiendo su mirada—. Toma.

Se sacó la pulsera y se la dio a la niña. Ésta la sostuvo en las manos con aire reverente, como si no se acabase de creer que algo tan hermoso pudiese existir. Deslizó los dedos por las cuentas, disfrutando del tacto suave del plástico, como si fuese una materia exótica. De súbito, sus nudillos se pusieron blancos cuando cerró con

fuerza el puño. Levantó la cabeza, con un rictus de terror bailando en su rostro.

—Tenemos que irnos —dijo, con voz angustiada—. Ella viene.

—¿Ella? ¿De quién hablas?

—¡Ella viene! ¡Ella viene! —Se levantó, agitada—. ¡Y después vendrán los otros! ¡Tenemos que irnos!

Sin mirar atrás, la pequeña se levantó de un salto y corrió hacia una puerta que había al fondo de la sala. Kate se quedó desconcertada, sin saber muy bien qué hacer. Entonces notó un olor dulzón y metálico que le resultaba familiar. Nada más olerlo, su estómago dio un bote, amenazando con rebelarse,

mientras los pelos de los brazos se le erizaban. Volvió la cabeza, demasiado despacio, como si estuviese atrapada en una moviola a cámara lenta.

El tio vivo había dejado de girar y todos los niños, silenciosos, la contemplaban con ojos vacíos. Sus madres habían abandonado su parloteo y tenían sus miradas clavadas en ella. Una había dejado caer su revista al suelo, mientras otra que estaba tejiendo a su lado mantenía las manos en una posición absurda en medio de un complicado punto que no parecía querer rematar.

Había algo en los ojos de todas. Algo ajeno a las mujeres. Algo oscuro

que la estaba mirando.

A Kate.

Su sangre se convirtió en hielo picado. Sin dudar ni un momento se puso en pie y, caminando de espaldas, se fue acercando a la puerta por donde había salido la pequeña del traje de lino apenas un segundo antes. Su mano derecha tropezó con el disparador de la Canon que llevaba colgada al cuello y un sonoro clic-clic-clic retumbó en el silencio a la vez que la cámara disparaba una ráfaga de fotos.

Aquello sirvió para desencadenar el caos. Todos los niños abrieron la boca simultáneamente y comenzaron a gritar.

No era un grito normal, era como un alarido profundo y salvaje, demasiado grave y ronco para salir de gargantas infantiles. Algo animal y profundo. Un aullido de alerta.

*Está aquí. Está aquí. Está aquí.
Está aquí. Está aquí. Está aquí. Está
aquí. Está aquí. Está aquí. Está aquí.
Está aquí. Está aquí. Está aquí. Está
aquí. Está aquí. Está aquí. Está...*

El grito retumbaba con tanta fuerza dentro de la cabeza de Kate que pensó que iba a reventarle como una granada madura. Se llevó las manos a los oídos, pero el alarido y su mensaje de alerta seguía sonando *dentro* de su cabeza.

Y dolía. Dolía *mucho*.

Se dio la vuelta y echó a correr. Algo sonó a sus espaldas, como un enorme papel rasgándose, pero no se quedó para descubrir qué era. Su vida, o quizá su cordura, estaban en juego.

La puerta daba a un largo corredor de servicio, menos decorado e iluminado que los pasillos de primera clase. Al fondo pudo distinguir entre la penumbra el destello rubio del pelo de la niña. En aquel momento, la pequeña giró la cabeza y Kate vio el borrón blanco de su cara y la expresión de terror profundo.

Sin dudarle, apretó el paso. La

Canon rebotaba contra su cuerpo, golpeando sus pechos con tanta fuerza que veía las estrellas a cada paso. Algo la perseguía por el pasillo, doblando cada esquina con un sonido acuoso.

Aquella parte del barco era un laberinto. El techo era de tubos de metal y cables, en lugar del agradable plafón de madera que recubría el de los otros corredores. A cada pocos pasos se abría una bifurcación que conducía a un lugar distinto, y Kate no tardó mucho en estar totalmente desorientada dentro de las entrañas del barco. Sólo la presencia de la niña, que corría unos metros por delante, le marcaba el camino.

Aterrorizada, comprendió que si perdía la pista de aquella pequeña estaría irremediablemente perdida. Y a merced de lo que fuera que iba tras ella.

A sus espaldas, algo pesado cayó al suelo con estruendo. Lo que la perseguía estaba cada vez más cerca. Las bombillas del pasillo se iban amortiguando más y más mientras aquella cosa absorbía hasta el último rayo de luz. Parecía un malvado agujero negro de oscuridad malvada. Las luces parpadeaban y poco a poco su brillo se iba extinguendo, como si la corriente eléctrica no llegase con suficiente intensidad. Todo el pasillo se fue

sumergiendo gradualmente en la penumbra. Kate jadeó, sofocada. Estaba corriendo casi a oscuras. Apenas podía distinguir a la niña. Su vestido gris se confundía con la oscuridad del fondo. Tan sólo la melena rubia que parecía flotar a medio metro del suelo le servía de guía.

«Como tropieces estás jodida, Kate. Vigila dónde pones los malditos pies».

Llegó hasta el arranque de una escalera que descendía hacia las plantas inferiores. Kate supo entonces dónde estaba. Era uno de los accesos al sector de segunda clase. La niña bajaba los escalones trabajosamente. Sus sandalias

chasqueaban mientras se aferraba al pasamanos con fuerza. En su muñeca llevaba puesta la pulsera de Kate.

—¡Espera! —gritó la reportera, tratando de recuperar el resuello—. ¡No bajes ahí! ¡Es peligroso!

La niña la ignoró y continuó descendiendo. Kate vaciló un momento, pero la cosa que la perseguía sonaba cada vez más cerca. Gimiendo de terror, apoyó su pie en el primer escalón. El pozo de la escalera estaba negro como una mina profunda. Allí abajo no había luz y las sombras parecían moverse, inquietas, esperando.

El siguiente golpe sonó muy cerca.

No había tiempo que perder. Sin dudar un minuto, comenzó a bajar la escalera.

Hacia la oscuridad.

XXXI

Una vez, cuando era pequeña, Kate se había quedado encerrada en un ascensor. Entonces todavía era Catalina Soto, y aún vivía en Barcelona con sus padres. No recordaba cuántos años tenía, pero iba sola. Subiendo en el ascensor de casa hubo un fallo eléctrico y de repente la cabina se detuvo. Eso no fue lo peor.

Lo más terrible de todo fue cuando las luces se apagaron y la pequeña Kate se quedó sola y a oscuras, confinada en aquel cubículo, sintiendo la sensación viscosa del terror trepando por sus

piernas.

Demasiado joven como para pensar con claridad, ni se le pasó por la cabeza que el corte sólo duraría unos minutos, a lo sumo. Aterrada, comenzó a gritar, pero era domingo y apenas quedaban vecinos en aquel edificio. Los veinte minutos que pasó allí encerrada se habían convertido en una de las experiencias más traumáticas de toda su vida.

Y, como bonito recuerdo de aquel episodio, Kate Kilroy había desarrollado una profunda aversión a la oscuridad.

Cada paso que daba bajando

aquellos escalones suponía un esfuerzo titánico para ella. La luz del pasillo se iba difuminando a medida que descendía, y al cabo de pocos segundos se vio rodeada de una negrura absoluta. La ansiedad le impedía respirar con normalidad. Jadeaba, pero el aire no llegaba a sus pulmones.

Levantó la vista, mirando con añoranza el rectángulo de luz parpadeante que marcaba el arranque superior de la escalera. De manera inconsciente subió un par de escalones, de vuelta hacia la luz, hacia el aire libre...

Entonces lo vio por primera vez.

No habría sabido decir qué era, pero *algo* llegó al umbral y su silueta se recortó en el quicio de la puerta. Kate sólo pudo distinguir una forma vaga. Parecía remotamente humano, pero *no* era una persona, o al menos no se movía como una persona. Aquella cosa se deslizaba simultáneamente por el suelo y por las paredes, aunque eso era imposible. Y por difícil que pudiese parecer, era aún más tenebroso que la penumbra que la rodeaba. Sin duda, era la cosa más oscura que Kate hubiese contemplado jamás.

Un agujero negro debía de ser algo parecido. Un pozo profundo de tinieblas

que absorbe toda la luz que comete la imprudencia de pasar a su alrededor.

Rechinó los dientes y continuó su descenso. Ya no podía ver a la niña, pero oía sus pasos y su respiración agitada un poco más adelante. La correa de la Canon se le clavaba en el cuello como si fuera una cadena de púas. Levantó la cámara, dispuesta a dejarla tirada en el suelo, pero entonces tuvo una idea. Elevó la Canon sobre su cabeza y apretó el disparador.

Cuando el flash se activó, todo el hueco de la escalera se llenó con un relámpago espectral. Durante un breve momento, Kate pudo adivinar la figura

de la pequeña a poco menos de tres metros de ella, con la cabeza gacha y concentrada en dar el siguiente paso sin tropezar.

—¡Espérame! —gritó. Lo hizo más por oír su propia voz que pensando en que la niña fuese a dejar de correr.

Siguió bajando, lanzando foto tras foto para iluminarse con el flash. Cada vez que el dispositivo se apagaba, Kate se veía sumergida de nuevo en las sombras, pero el recuerdo inmediato de lo que había podido ver en apenas medio segundo la ayudó a acelerar un poco y a abrir algo de hueco con la sombra que le pisaba los talones.

Entonces, sus pies tocaron una alfombra mullida y supo que había llegado al corredor. Lanzó una serie de fogonazos a su alrededor para orientarse. Casi se muere del susto cuando en uno de los destellos descubrió el rostro mesiánico de Adolf Hitler observándola desde la pared. Soltó un grito de espanto, hasta que se dio cuenta de que tan sólo se trataba de un cuadro.

El corredor se abría en varias direcciones. La niña se dirigía hacia una de las embocaduras y, en ese momento, se detuvo para hacerle un gesto, animando a Kate a seguirla.

Sin dudarle, fue tras ella. Hizo una nueva foto y entonces, por primera vez, miró la pantalla LCD de la cámara. Un sabor amargo a bilis se instaló en su boca mientras unas náuseas intensas le atacaban.

«Mierda. *Mierdamierdamierda*».

Durante el instante que el flash había iluminado el pasillo, Kate había podido ver un corredor con una alfombra suave en el suelo, las paredes cubiertas de placas de madera oscura y las puertas de los camarotes pintadas de brillante color blanco.

En la pantalla, aparecía ese mismo corredor, pero totalmente destrozado por

el paso del tiempo. La alfombra era sólo un recuerdo putrefacto y deshecho, y las placas de madera de las paredes estaban descoloridas, podridas y deformadas por la humedad. Incluso se veían las planchas oxidadas de acero que estaban debajo. La pintura de las puertas se había desprendido e incluso alguna de ellas había acabado derrumbándose.

Kate se sintió horrorizada.

Un sonido acuoso, como un fregadero que se desatasca sonó a sus espaldas. Kate exhaló el aire de sus pulmones y de inmediato se formó una nube de vaho delante de su cara. Diminutos cristales de hielo comenzaban

a cubrir las paredes del corredor.

Ven aquí, zorra. Escucha mi voz.

El dolor dentro de la cabeza de Kate se volvió insoportable. Era como si le hubiesen metido un hierro al rojo vivo dentro del cerebro. Gimiendo, trastabilló y se alejó de allí. La niña la esperaba al otro lado de la esquina, junto al hueco de un montacargas de mediano tamaño, cuyas luces interiores estaban encendidas y esparcían una difusa claridad en aquella sala.

Había una reja que cortaba el cuarto por la mitad, con una puerta en medio. Un cartel en alemán colgado en el alambre decía que los pasajeros de

tercera clase tenían prohibido el acceso a la zona de segunda. Sin embargo, la puerta estaba abierta, oscilando sobre sus goznes. Kate parpadeó. Ahora la sala tenía el mismo aspecto decadente y destrozado que el resto del sector de segunda sin restaurar que ella había visto en el *Valkirie* el día anterior. Se frotó los ojos, incrédula.

Cuando los abrió de nuevo, la sala volvía a tener un aspecto prístino e intacto, como recién salida del astillero. Kate soltó un gemido ahogado. Un momento antes el cuarto estaba arrasado, estaba segura. De repente, la imagen *saltó*.

Kate no encontraba otra palabra para definirlo. Era como si estuviera viendo una cinta antigua de VHS demasiado gastada y la imagen se deformase en la pantalla. De golpe, las dos imágenes, la antigua y la nueva, se superpusieron la una sobre la otra, como dos emisoras de radio distintas pisándose en el mismo canal. La vibración duró muy poco, unos cuantos segundos. La luz del ascensor comenzó a parpadear y amenazó con apagarse por completo. Y, entonces, el fenómeno cesó. El cuarto conservaba el aspecto immaculado de los años treinta.

—Tenemos que bajar a tercera clase. Allí no podrá cogernos —le susurró la

niña.

Aquello era una insensatez, pero Kate se subió al montacargas de todas formas. La niña empujó la reja y apretó un botón. Con una sacudida, la cabina comenzó a descender hacia lo más profundo de las entrañas del *Valkirie* entre vibraciones y chirridos.

A medida que bajaban, Kate revisó su Canon. Un piloto rojo se había encendido al lado de la pantalla de cristal líquido. La joven soltó una maldición. La batería se estaba agotando. El flash la había devorado casi toda y debían de quedarle una media docena de disparos, a lo sumo, y

eso con mucha suerte.

La niña miraba hacia arriba, asustada. Algo impactó con fuerza contra la reja del piso que acababan de dejar. La caja del ascensor se movió como sacudida por un latigazo y Kate salió lanzada contra una pared. Se golpeó el pómulo derecho con fuerza contra una moldura de acero, y durante un segundo una diminuta constelación de estrellas danzó delante de sus ojos.

Se levantó, rezongando. Una presencia se materializó a su lado. La chiquilla le tendió la mano y Kate la agarró, agradecida. Tenía la piel muy lisa y sorprendentemente fría.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —susurró. Aunque el ruido de crujidos de aquel montacargas era infernal, tenía miedo de llamar la atención de su perseguidor, como si el mero hecho de abrir la boca pudiera invocarlo.

—Esther —contestó la niña.

—¿Adónde vamos, Esther?

En ese instante, la cabina se detuvo con una sacudida final. Kate calculó que debían de estar en algún punto por debajo de la línea de flotación del barco, casi en las bodegas. Esther y ella salieron del elevador y se encontraron en una amplia sala de recreo de tercera clase. El agua y el tiempo habían hecho

estragos allí. Las sillas estaban reventadas y cubiertas de moho, y el aire olía a agua estancada y madera podrida. Del techo colgaban unos hilos de cobres roídos por el óxido donde un día hubo colgadas unas cuantas bombillas que habían desaparecido.

En algún momento, durante el descenso, la imagen había vuelto a «saltar», o como demonios se denominase aquel fenómeno. Kate suspiró, desconcertada y aterrada a partes iguales.

El lugar era deprimente y agobiante, con los techos muy bajos. Llegados a aquel punto, Esther parecía bastante más

relajada, como si ya no temiese a la sombra oscura que rondaba por las plantas superiores. Kate vio que en una esquina había una vieja lámpara de petróleo de aspecto anticuado. El cristal de la tulipa estaba astillado y roto, y la base de cobre tenía un color verde enfermizo, devorado por el óxido, aunque cuando la sacudió comprobó que aún estaba llena de combustible. Rebuscó en sus bolsillos hasta que encontró un viejo mechero de Robert que guardaba como amuleto. No tenía ni una gota de gas, pero la piedra aún echaba chispas. Acercó el mechero al pabilo de la lámpara y, en cuestión de un

segundo, una confortable y cálida fuente de luz trazaba un círculo mágico y protector a su alrededor, disipando todas las sombras.

Caminaron por un pasillo desastrado, con enormes dormitorios comunales alineados a los lados. Kate se quedó asombrada ante el tamaño de aquellos cuartos, y calculó que en cada uno debían de caber unas cuarenta personas. Comprendió que el *Valkirie* podía llevar a muchísimos más pasajeros de tercera y segunda clase que de primera, y aun así la mayor parte del espacio a bordo estaba reservado a estos últimos.

Llevada por su instinto de periodista, su mano se dirigió de forma automática a la Canon para sacar una foto. Entonces se dio cuenta de que estaba sola.

La niña había desaparecido.

—¡Esther! —gritó—. ¿Dónde estás?
¡Esther!

Cruzó varias estancias llamando a la cría, pero era como si se hubiese evaporado. No había el menor rastro de ella. Sacudió la cabeza, anonadada. Y entonces se dio cuenta de que no tenía ni la más remota idea de cómo salir de allí.

Miró a su alrededor, angustiada. Estaba metida en un buen lío. O en

muchos, según cómo se mirase. Lo cierto era que estaba en una situación tan complicada que no sabía ni cómo empezar a enfocarla.

Entonces oyó su voz.

—Kate.

Fue sólo una palabra, pero todo el mundo dejó de girar. Su corazón se detuvo durante un microsegundo a la vez que sus emociones, ofuscadas, se atropellaban entre ellas tratando de hacerse oír.

—Kate —repitió la voz.

La muchacha comenzó a temblar de forma incontrolable mientras unos lagrimones enormes comenzaban a rodar

por sus mejillas. Esa voz. La conocía tan bien... La había echado tanto de menos... Esa voz.

Se volvió, incrédula pero esperanzada. Dispuesta a ver al dueño de aquel sonido que hacía demasiado tiempo que no escuchaba. Dispuesta a emborracharse de felicidad.

El dueño de la voz la observaba, sonriente, con el pelo despeinado, apoyado en el marco de una puerta. Vibrante, confiado, encantador. Como era él. Como siempre había sido.

Kate se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, y por primera vez en mucho tiempo sonrió de verdad,

sintiendo renacer el calor en su corazón.

—Hola, Robert.

XXXII

Se contemplaron durante un rato que le pareció infinito. Robert sonreía, con el familiar abanico de arrugas que se le formaba en la comisura de los ojos y que a ella le gustaba cubrir a besos siempre que podía. Kate lloraba a lágrima viva, partida entre el dolor y la alegría más intensa.

Porque Robert estaba delante de ella. Lo tenía allí mismo, a menos de dos metros. Pero sabía que no era real, porque Robert llevaba muerto más de un mes, y sus cenizas frías y grises estaban

apretadas en la urna de cerámica negra, en su camarote.

—No es verdad. —Kate negó con la cabeza, sangrando por dentro al decir cada palabra de aquella frase—. Sé que no estás aquí.

Robert cambió de postura, pero no se movió ni un paso de donde estaba. Aunque en su rostro seguía teniendo la misma expresión serena y confiada de siempre, la tristeza había sustituido su sonrisa perenne de colegial travieso.

—Estoy aquí, Kate. Delante de ti. Soy tan real como esa maldita máquina de fotos que llevas al cuello, que por cierto es mía, o al menos lo era. La

compramos juntos en Nueva York, aquel día que llovía como si se fuese a acabar el mundo. ¿Te acuerdas?

Kate negó con la cabeza, con los ojos arrasados por las lágrimas de tal manera que ya no podía ver bien. Claro que se acordaba de aquel día. De cómo, de vuelta hacia el hotel, Robert reía entusiasmado con su cámara nueva, igual que un niño pequeño. De lo que se habían divertido con un mimo callejero cerca de Central Park. De cómo habían hecho el amor durante tres horas mientras fuera, bajo un cielo plomizo, la ciudad se inundaba con la tormenta. De los vecinos de la habitación de al lado

quejándose. De las peregrinas excusas que Robert le daba al conserje y cómo ella, desde la cama, se moría de vergüenza y se ahogaba de risa a la vez.

Se acordaba de todo. Y todo dolía en la memoria.

—Tú te fuiste, Robert. —Sollozó—. Te atropelló un maldito conductor borracho que se dio a la fuga.

—Es cierto —contestó él, muy serio—. Pero, de alguna manera, he llegado hasta ti, Kate. Estoy aquí. No sé muy bien cómo, ni por cuánto tiempo, pero estoy aquí.

—¿Cómo sé que no eres una alucinación? —hipó Kate, con la luz

temblando en su mano.

Robert suspiró. Kate se fijó en que vestía el mismo traje color crema que se había puesto el día que salió de casa para no volver a ella, salvo en forma de polvillo gris dentro de un bote. Incluso la corbata era la misma. Con un chispazo de ternura reparó en que el nudo de la corbata, que ella le había anudado en aquella mañana lejana, estaba exactamente igual. Cuando había llegado al hospital para reconocer el cadáver, conmovida y gritando su nombre como una loca, la corbata no estaba. Los paramédicos de la ambulancia se la habían desatado para

tratar de practicarle una reanimación cardiopulmonar y se la habían devuelto más tarde, hecha una bola arrugada empapada en sangre (¡en su sangre!), dentro de una bolsa de plástico. Pero en aquel instante el nudo estaba allí, tal y como lo hacía ella siempre. Como había aprendido a hacerlo en el cuello de su padre cuando era pequeña. No lo confundiría ni entre un millón.

—Bien, supongo que sólo hay una manera de comprobarlo, ¿no? —Robert se encogió de hombros con una media sonrisa pícaro, en un gesto tan cotidiano y familiar que Kate se sacudió como una rama.

Era él. Sólo podía ser él.

—¿Has venido a llevarme contigo al otro lado? —preguntó ella, recordando de pronto todas aquellas historias del túnel de luz y de las experiencias cercanas a la muerte—. ¿Cómo es? ¿Me va a doler?

—Kate —suspiró Robert, meneando la cabeza, con paciencia—. No estás muerta. Y ahora... ¿te vas a quedar ahí toda la mañana, haciendo preguntas de periodista listilla, o vas a besarme de una vez?

Kate se oyó reír a sí misma mientras sus pies, que hasta entonces parecían haber estado soldados a la cubierta de

acero del *Valkirie*, adquirirían vida propia. En menos de un segundo recorrió el metro y medio de distancia que le separaba de Robert y se detuvo justo a su lado, aspirando su aroma. Era la mezcla exacta de perfume y piel caliente que ella recordaba tan bien. Se sentía mareada, pero no se atrevía a levantar la mano para acariciarle. Como una niña extasiada ante una inmensa e iridiscente pompa de jabón, soñando con tocarla pero temiendo que reviente al hacerlo.

—No voy a desaparecer, Kate —
ronroneó Robert en su oído. El aliento cálido sobre su piel bastó para que su

vello se erizase como nunca.

Kate apoyó las manos sobre el pecho de su marido con extrema delicadeza. El tacto era duro, suave y caliente, tal y como ella lo recordaba. Deslizó las manos por su torso y subió hasta su cuello mientras Robert deslizaba los brazos alrededor de la cintura de su mujer, apoyaba sus manazas en la base de su trasero y ascendía con ellas por la columna, en un abrazo íntimo y conocido.

Kate cerró los ojos extasiada a medida que un gemido animal, de liberación y entrega absoluta, se escapaba de su garganta. El cóctel de

alivio, dolor, alegría y excitación que experimentaba era enloquecedor. Robert le rascó con su barbilla en la mejilla y entonces, en un gesto automático, ella levantó la cara y entreabrió los labios.

El beso fue intenso, prolongado y cargado de emoción. Kate no podía dejar de pasar las manos por el rostro de su hombre, como si fuese la primera vez que lo tenía delante, mientras su boca lo devoraba con ansiedad. Notaba su cuerpo pegado al de Robert como si fueran dos extensiones de una misma entidad imposible de separar.

Al cabo de unos minutos interminables se apartó, jadeante. En sus

ojos brillaba una luz excitada que había estado apagada durante mucho, mucho tiempo.

—Robert, ¿por qué aquí? —Kate comenzó a disparar preguntas apoyando la mejilla sobre el pecho de su marido. Podía escuchar los latidos tranquilos de su corazón (¡de su corazón!) lleno de vida—. ¿Por qué ahora? ¿Qué está pasando, tesoro?

—Chsssstt... —Robert la besó en el cabello al tiempo que le acariciaba la espalda—. No tengo respuesta para tus preguntas, Katie.

—¿No tienes...?

—No. Hay cosas que pueden ser

contadas y otras que no. Hay reglas, Kate. Normas que no pueden romperse. Sólo debes saber que me han permitido estar aquí por un motivo. Para ayudarte.

Kate cerró los ojos, envuelta en su calor. Él estaba allí y no necesitaba más.

—No me gusta este sitio. —Enterró la nariz en el pecho de Robert para poder aspirar su fragancia—. Seguro que está lleno de ratas.

—Oh, no hay ratas, eso seguro.

—¿Por qué lo sabes?

—Si hubiese ratas, hasta la última de ellas habría asomado el bigote para contemplar este trasero tan impresionante —contestó deslizando las

manos sobre la parte trasera de los vaqueros de Kate.

Ella se rió mientras le daba una palmada juguetona en el pecho. Se sorprendió a sí misma al oír el sonido de su risa, fresco, liberador, lleno de vida. En aquel sollado sucio y oscuro estaba tan fuera de lugar que resultaba desconcertante.

—Te he echado tanto de menos —murmuró, mirándole con ojos llenos de adoración—. No quiero que te vuelvas a ir, Robert. Quédate conmigo.

Robert se separó de ella, suspirando. La miró con sus ojos oscuros, profundos e intensos.

—No quiero separarme de ti —dijo. Y a continuación, tras un segundo de duda, añadió—: Hay algo importante que debes saber. No me preguntes cómo lo sé ni quién me lo ha dicho, porque no puedo explicártelo.

—Reglas —susurró Kate.

—Reglas —asintió Robert—. Pero escucha con atención lo que te voy a decir.

A Kate se le encogió el corazón de miedo.

—En este lugar hay algo malvado. Oscuro, hambriento y malvado. — Robert estaba muy serio a la vez que miraba a su alrededor—. Es viejo y

peligroso, y está lleno de ira. Tú y yo, por algún motivo, no encajamos en sus planes. Nosotros no deberíamos estar aquí. Y si consigue hacerse contigo te llevará a un sitio al que ni siquiera yo podré llegar. Te habré perdido para siempre.

Kate volvió a sentir la ya familiar bola de hielo en el estómago.

—Robert, todo esto es aterrador. Te necesito.

—Estaré a tu lado, cielo. Pero ahora tienes que salir de aquí. Los dos desempeñamos un papel en esto.

Kate negó con la cabeza y se abrazó todavía más fuerte a Robert. La idea de

volver a la parte superior del *Valkirie* y dejar a su esposo solo en aquel oscuro sollado putrefacto era insoportable.

—No pienso separarme de ti. No después de tanto tiempo. —Negó con la cabeza—. De ninguna manera.

En aquel momento, una vibración sacudió todo el casco del *Valkirie*. Al cabo de un segundo, el sonido apagado de una explosión lejana se filtró hasta las entrañas del buque. Apenas unos segundos más tarde unos timbres de alarma comenzaron a sonar, a lo lejos.

Kate se volvió, asustada, mirando hacia el techo. Todo el barco se había sacudido como si un torpedo hubiese

impactado en él.

—¿Qué habrá sido eso, Robert? —
Se volvió hacia su marido, pero éste ya no estaba allí.

Comenzó a gritar su nombre hasta que le dolió la garganta, pero Robert había desaparecido, al igual que la niña. Por un segundo pensó que todo había sido una alucinación, pero su ropa todavía olía a *su* perfume. Aún tenía su sabor en la boca.

Había sido real. Había estado con él.

—Robert —musitó, con un nudo en la garganta.

Una luz suave se encendió a su

derecha. Giró la cabeza y vio la cabina de un montacargas de servicio, de las que se utilizan para el mantenimiento del barco, abierta de par en par, a pocos metros.

—Gracias, cariño. —Kate sonrió mientras entraba en la cabina—. Volveré a por ti. Te lo prometo.

XXXIII

A medida que la cabina subía, entre crujidos y gemidos de metal, Kate trató de serenarse y ordenar sus pensamientos. Su cabeza era un volcán en erupción. A la euforia de haber reencontrado a Robert se le sumaba la sensación de intranquilidad que aquel maldito barco le provocaba. Y, además, no podía sacarse las palabras de su marido de la cabeza.

«En este lugar hay algo malvado. Oscuro, hambriento y malvado».

A medida que el elevador subía, el

sonido de los timbres de alarma se volvía más claro e intenso. Además, pronto captó un leve aroma a humo y plástico quemado. Algo iba muy mal allí arriba.

El ascensor se detuvo con una sacudida final. Kate levantó la reja del montacargas y se encontró con una plancha de acero que obstaculizaba el paso. Comprendió que ya debía de estar en algún nivel de primera clase y que aquél era uno de los accesos sellados por los hombres de Feldman. La primera sensación al ver el acceso cerrado fue de enojo, pero después pensó aliviada que aquellas planchas de acero eran

algo tangible y real que pertenecía al universo en el que ella vivía.

Empujó la hoja, que se cimbrió suavemente. Cuando la habían soldado lo habían hecho para impedir que alguien pudiese acceder desde el otro lado, y no pensando en que se pudiese tratar de forzar desde el interior. Los puntos de soldadura estaban sujetos de tal manera que Kate pensó que una buena patada podría soltarlos lo suficiente como para desplazar la plancha.

Kate tomó impulso y arremetió contra la hoja de acero. Fue como patear una pared de granito. Se agarró el pie,

dolorido, mientras soltaba un juramento muy poco femenino. Lo intentó de nuevo, esta vez tratando de golpear cerca de uno de los ejes de unión, pero fue en vano. Sin una palanca, sería absolutamente imposible mover aquella hoja de acero de sitio.

Desolada, comprendió que estaba atrapada allí dentro como una rata. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Al otro lado de aquella lámina de metal había luz, calor, seres vivos y aire fresco. Sin embargo, no le quedaba más remedio que hundirse de nuevo en las entrañas del *Valkirie* y tratar de desandar el camino que había hecho.

Acongojada, se inclinó sobre los controles del montacargas cuando escuchó una serie de chasquidos secos, como tirantes de acero soltándose bajo una enorme presión. Entonces, para su asombro, la hoja de metal tembló como sacudida por un puñetazo invisible y empezó a inclinarse, cada vez más de prisa, hasta caer al suelo en medio de un estruendo.

«Estaré a tu lado, cielo», había dicho Robert.

—Gracias, tesoro —musitó Kate, con una sensación cálida en su interior. No se había sentido así de bien desde que había subido a bordo del barco.

Un chorro de luz amarillenta la golpeó en la cara. Kate se asomó, con precaución, y descubrió que estaba en uno de los pasillos de servicio de primera clase. Por las portillas circulares se filtraba la luz macilenta del amanecer, teñida del color espectral de la niebla que rodeaba el *Valkirie*. Las ráfagas de viento empujaban cortinas de lluvia contra los cristales, que chorreaban agua sin cesar.

El olor a humo era mucho más intenso allí. Kate caminó por el pasillo hasta encontrar una escalera y pronto estuvo de vuelta en el familiar sector de camarotes de primera clase, con su

mullida alfombra de color rojo. De repente, Moore y varios de sus hombres aparecieron doblando la esquina. Un par de ellos vestían trajes de amianto y cargaban equipo antiincendios, mientras que el resto acarreaba extintores y lo que parecía ser una enorme manguera de riego.

—¡Deje paso, señorita Kilroy! —bramó Moore empujándola hacia un lado con rudeza.

Kate se aplastó contra el mamparo, absurdamente feliz. Moore le había reconocido. El mundo volvía a girar otra vez en el sentido correcto.

Sin dudarle ni un segundo comenzó a

seguir a aquellos hombres. Subieron hacia la zona del puente y salieron al exterior, bajo la lluvia.

Kate no tardó ni dos minutos en estar calada hasta los huesos. El agua caía en pesadas cortinas, tan densas que no permitían ver más allá de unos pocos metros. La joven adivinó el movimiento de unas personas a su izquierda, al pie de una escala que subía hacia el nivel más alto del barco, una cubierta a la que los pasajeros normalmente no podían acceder.

Se unió al grupo, temiendo que la obligasen a bajar, pero nadie le dijo nada. Feldman estaba allí, de pie, con un

chubasquero amarillo que envolvía su cuerpo, mientras los hombres de Moore trepaban trabajosamente. El anciano parecía tan frágil que a Kate le dio la sensación de que una ráfaga de viento se lo podría llevar en cualquier momento. Al verla, Feldman asintió, como si todas las piezas encajasen.

—Ya me estaba preguntando dónde estarías metida, Kate. —Señaló hacia arriba, con gesto serio—. Supuse que no te querías perder esto. Ha sido un trabajo profesional.

Kate frunció el ceño ante el tono de su voz, pero no dijo nada y comenzó a subir la escala, con el anciano judío tras

ella. De vez en cuando miraba hacia abajo, convencida de que tan sólo vería un hueco y el cuerpo de Feldman cayendo hacia las olas, pero el viejo magnate parecía tener una reserva oculta de fuerzas en alguna parte de su cuerpo marchito.

Finalmente llegaron a la cubierta y entonces se quedó boquiabierta. En la zona de proa, justo sobre el puente de mando, donde tendría que haber estado el bosque de antenas, había un enorme y humeante agujero de color negro. De él surgían unas cuantas vigas de acero retorcidas, como raíces podridas de dientes en una boca destrozada.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

—Hemos perdido todo nuestro sistema de comunicaciones —gruñó Moore, terriblemente pálido.

El jefe de seguridad estaba claramente mortificado. Se suponía que era el responsable de que nada anormal sucediese durante aquel viaje, y en apenas tres días había perdido el barco auxiliar, habían asesinado a uno de sus hombres y ahora estaba delante de aquel completo desastre.

—¿Cómo ha sido? ¿Un accidente?

Moore meneó la cabeza, furioso.

—Alguien subió hasta aquí arriba y cortó el suministro principal de energía

de la red de comunicaciones. El sistema tenía un dispositivo de emergencia para evitar cortes de comunicación en caso de fallo eléctrico. —Señaló hacia el corazón del agujero negro, donde dos de sus hombres se paseaban con cuidado, moviendo restos desgarrados de acero —. Una serie de cincuenta baterías de alta capacidad.

—¿Las baterías funcionaron mal?

—Todo lo contrario —replicó Moore—. A las baterías no les pasaba nada. El sistema estaba pensado para que se fuesen conectando una a una, pero alguien hizo un puente. Hubo una sobrecarga eléctrica y cincuenta

condenadas baterías explotaron de forma simultánea. Ése es el resultado.

Kate contempló el agujero, pensativa. La lluvia formaba regueros que corrían hacia los restos, mientras grandes charcos llenos de restos quemados crecían como manchas oscuras sobre la estructura del *Valkirie*.

—¿Alguna idea de quién lo hizo?

—Todavía no, Kate —oyó la voz de Feldman a sus espaldas—, pero pronto sabremos quién es el responsable de este desastre. O la responsable.

Kate adivinó la insinuación escondida en las palabras del anciano. Se volvió hacia él, con una expresión de

cólera en el rostro.

—¿No estará insinuando que lo hice yo, Feldman?

—Yo no insinúo nada —replicó Feldman, frío. La sombra de la desconfianza revoloteaba por sus ojos. Kate observó con detenimiento el rostro del anciano y tragó saliva, impresionada.

Feldman parecía una sombra del hombre anciano pero imponente al que había conocido cuando se embarcó en el *Valkirie*. El pelo de su cabeza parecía haber caído de forma desigual y una serie de calvas punteaban su cráneo, como si hubiese estado expuesto a

alguna radiación o una enfermedad extraña lo estuviese devorando desde dentro. El rostro aparecía consumido cubierto de pequeñas venas allí donde antes lucía una piel tersa y de aspecto saludable. Pero lo peor eran sus ojos. La mirada de halcón de Feldman había quedado sustituida por una expresión apagada y confusa, como la de un anciano al borde de la demencia que no comprende lo que sucede a su alrededor y desconfía de todos los que le rodean, porque teme que le vayan a robar sus ahorros. El cambio era tan demoledor que Kate palideció.

—Alguien le ha hecho daño a mi

barco —gruñó—. A mi pobre *Valkirie*. Y quien la ataca a ella me ataca a mí.

A Kate no le pasó por alto cómo se había referido Feldman al *Valkirie*. Ella. De forma inevitable, el recuerdo de la sombra oscura que la había perseguido por los corredores apenas una hora antes (¿o debería decir setenta años antes?) se le vino a la mente.

—Yo no he sido, Feldman —dijo, vocalizando lentamente—. He estado dentro del barco todo el tiempo.

—No estaba en su camarote —musitó Moore, de espaldas a ellos, mientras contemplaba el estropicio—. Ni en ninguna de las zonas comunes.

—¿Dónde ha estado metida todo el rato, Kate? —preguntó Feldman, de manera nada amistosa, con una voz engañosamente calmada.

Kate vaciló, y los dos hombres se dieron cuenta. No podía decirles la verdad, porque pensarían que estaba loca. O posiblemente no, pero no podía confesar que había roto todas las normas y había pasado media noche correteando por el interior de las zonas prohibidas del *Valkirie*.

—Yo no he sido, Feldman —se limitó a repetir—. Tendrá que creer en mí, le guste o no.

—No será necesario —gruñó

Moore. Uno de sus hombres acababa de subir y le acababa de susurrar algo al oído—. Dentro de menos de cinco minutos saldremos de dudas. Vamos a la sala de control.

Feldman asintió con una maníaca risa de satisfacción que le heló la sangre a Kate. El viejo estaba perdiendo la cabeza, derrapando hacia una zona oscura, llena de pozos repletos de ideas viscosas y dementes.

Bajaron la escalera hasta el puente de mando. Al entrar, Kate vio una serie de cambios que hicieron que se sintiese un poco más enferma.

La pared del fondo estaba limpia.

Todos los modernos instrumentos de navegación habían desaparecido. Alguien los había sacado de su sitio y no había ni el menor rastro de ellos. Donde había estado colocado el sónar y la pantalla de satélite, tan sólo quedaban una serie de cables colgando de las paredes y unos tristes soportes metálicos. Kate podía entender que el radar y las comunicaciones ya no servían para nada, lo que de por sí constituía un enorme problema, pero no había ningún motivo para eliminar el sónar, ni la estación meteorológica.

«Salvo que el barco ya no los quiera aquí, Kate».

Harper estaba allí. Ya no tenía el mostacho poblado que lucía en la pista de baile y sus ojos volvían a ser marrones, pero todavía llevaba puesto el uniforme de capitán de la marina mercante alemana. Al verlos, dio un taconazo y los saludó, muy formal.

—*Guten Tag, meine Herren* —escupió—. Confío en que todas estas molestias terminen pronto. No podemos tener un crucero tranquilo mientras sucedan estos... incidentes. Alguien tendrá que responsabilizarse de este desaguisado.

—No se preocupe, *Herr Kapitän* —replicó Moore—. Estamos en ello.

Pronto encontraremos al agente comunista.

«¿El agente comunista? Pero ¿qué diablos...?». Kate prefirió no preguntar. Tenía problemas más acuciantes. Dos de los hombres de Feldman se habían colocado en la puerta, con los rifles de asalto cruzados sobre el pecho.

Y la miraban a ella.

XXXIV

Entraron en la sala de radio, donde estaban las pantallas de control. El mismo operador de siempre estaba sentado en su silla, con los cascos puestos pero con expresión concentrada. Kate se fijó en que en la puerta de la sala alguien había colgado un dibujo de un técnico reparando una radio antigua. Su mano estaba metida dentro del aparato y todos sus pelos estaban erizados, como si recibiese una descarga eléctrica. Aquel dibujo le hizo sentir un escalofrío. Conocía aquella

imagen. Duff Carroll le había hablado de ella. Era un dibujo de los años treinta.

El operador miró hacia ella e hizo de nuevo el gesto de reconocimiento con las cejas. Kate suspiró aliviada. Al menos, aquel hombre aún no había perdido la cordura.

—Hola —le dijo la periodista, deseando encontrar una sonrisa amiga—. ¿Cómo acabaron los Knicks ayer?

El operador la miró con expresión confundida, repentinamente perplejo.

—Los... ¿qué?

—Los Knicks. —Señaló la pantalla apagada—. El partido de baloncesto. Ya

sabe.

—¿Baloncesto? —El hombre la miraba con la misma cara que si le estuviese proponiendo ir a plantar cebada en la Luna.

Kate tragó saliva mientras sentía como el suelo se movía bajo sus pies. Algo estaba pasando. Vivía en su realidad, sin duda, pero había docenas de cambios, sutiles, que antes no estaban allí. La sensación era enloquecedora.

—¿Tenemos las imágenes? —preguntó Moore, imperioso. Parecía ser él quien llevaba la batuta. Harper estaba a su lado, imponente y regio en su uniforme, mientras Feldman, encorvado,

se desplazaba a una esquina, con una risita lunática y jadeante.

—Sí, señor —contestó el operador. Hizo girar una serie de mandos y una de las pantallas apagadas cobró vida.

Se trataba de una imagen de circuito cerrado, en blanco y negro. En una esquina, un montón de números corrían enloquecidos a medida que la imagen avanzaba. Era un plano de parte de la superestructura del *Valkirie*. Kate tardó un rato en identificar el lugar. Era el pequeño paseo voladizo que daba acceso a la escala que subía a la zona de antenas.

—Esta imagen es de ayer por la

tarde —dijo el operador, haciendo avanzar la grabación a toda velocidad. Los números enloquecieron mientras la lluvia trazaba complicadas piruetas en la grabación acelerada. De súbito, el operador detuvo la imagen—. Es ahora —murmuró con la voz satisfecha de un buen profesional contento con su trabajo—. Presten atención.

Tan sólo se veía la misma imagen del puente. Al poco apareció una figura oscura caminando por la parte inferior izquierda. Era Senka.

La joven serbia era inconfundible, con su largo pelo rubio y sus pantalones llenos de bolsillos. Caminaba de manera

extraña, como si alguien tirase de unas cuerdas invisibles para hacerla avanzar.

Senka dio unos cuantos pasos a trompicones, enredando sus pies. De repente se detuvo, con la cabeza inclinada hacia un lado de forma simpática, como un gato tratando de localizar el ruido de un pequeño ratón dentro de un armario. Como si escuchase algo muy débil.

Entonces comenzó a caminar otra vez, con más decisión, hacia la escala que llevaba a la parte superior. En sus manos llevaba un juego de herramientas y un trozo de cable enrollado. Al llegar al pie de la escala se detuvo un momento

para embutir todo el material en sus bolsillos. Le llevó una eternidad, como si las instrucciones que daba su cabeza no llegasen con la suficiente claridad hasta sus manos. Finalmente, cuando lo consiguió, se asió a la escala y trepó por ella hasta desaparecer.

—Y esto es una hora y diez minutos más tarde. —El operador le dio a un botón y la imagen saltó de nuevo hasta el momento en el que los pies de Senka aparecieron de nuevo por la escala.

Esta vez, la serbia estaba calada hasta los huesos. Ya no quedaba nada de la torpeza de una hora antes. Todos pudieron distinguir perfectamente su

cara. Senka parecía aterida, pues temblaba sin control.

Pero sobre todo parecía confusa. Y aterrorizada.

Mirando hacia los lados, la serbia se agachó para evitar que la vieran y, escabulléndose del puente, desapareció de la pantalla.

Kate estaba horrorizada. ¿Senka? No se lo podía creer. Aquella mujer adoraba a Feldman hasta límites insospechados. Se adivinaba que era como un padre para ella, tanto en la forma de hablar de él como en la manera en la que le trataba. Era imposible que fuese ella la agente de Wolf und Klee.

—Bien —masculló Moore, satisfecho—. Creo que ya tenemos a nuestra saboteadora. ¿Sabemos quién es?

El capitán Harper chasqueó los dedos y un marinero le acercó un pesado libro. Comenzó a pasar hojas manuscritas. Kate pudo adivinar una foto en color de cada uno de ellos pegada a las páginas. No parecían llevar mucho tiempo allí adosadas.

—Aquí está —señaló Harper, triunfal—. Pasajera de primera clase Senka Simovic, nacionalidad serbia, camarote 15 exterior.

—Serbia, ¿eh? —murmuró Moore,

como si jamás hubiese oído hablar de la mujer con la que llevaba trabajando codo con codo desde hacía varios años —. Vamos a hablar con esa perra comunista cuanto antes. Seguro que tiene algo interesante que contarnos.

Feldman jadeaba, en una esquina, con una risa asmática y enloquecida. Kate observó con asco que de la comisura de sus labios se descolgaba un hilillo de baba.

—Puede que tenga cómplices a bordo —murmuró el anciano, mirando de reojo a Kate con un brillo homicida en el rostro.

—No se preocupe, Herr Feldman —

en el rostro de Moore apareció una sonrisa sádica—. En seguida lo sabremos. *Kommen Sie!*

Les hizo un gesto brusco a sus hombres y todos, menos Harper y sus marineros, salieron en tropel de allí. Feldman también se quedó en el puente, mirando por la ventana, mientras su mente parecía divagar, cada vez más lejos de la realidad.

Kate corrió detrás del grupo, convencida de que todo aquello era un inmenso y estúpido error. Aquella grabación tenía que ser falsa. Quizá fuese una creación del barco. Si podía conseguir que centenares de pasajeros

aparecieran de la nada, también podía crear una cinta irreal. Pero no podía hacer nada para convencer a aquellos hombres. Quizá Senka sí pudiese.

Corrieron por el pasillo que llevaba al camarote de la serbia. Al llegar a la puerta, los hombres de Moore se colocaron a ambos lados. El musculoso inglés se plantó delante y golpeó con tanta fuerza que las bisagras crujieron.

—¡Senka Simovic! —gritó—. ¡Abra la puerta!

Hubo un momento de silencio. Del interior del cuarto llegó una voz ahogada y un momento después se oyó cómo alguien descorría la cerradura. La puerta

se abrió y apareció la cara de proporciones armoniosas de Senka, enmarcada en una nube de pelo rubio revuelto. Tenía una expresión somnolienta, como si se acabase de despertar de un sueño especialmente profundo. Tan sólo llevaba puesta una camiseta y unas bragas de algodón. Un reguero de sangre reseca descendía de su nariz y se perdía en su escote.

—Sí... —dijo, adormilada—. ¿Qué sucede, Moore?

El jefe de seguridad sonrió con aire cómplice. Entonces echó el brazo hacia atrás y le propinó una violenta bofetada. El golpe pilló a la serbia desprevenida,

y su cabeza impactó contra el marco de la puerta. Conmocionada, cayó al suelo, con la marca roja de la mano de Moore en el rostro. Su nariz había empezado a sangrar de nuevo a causa del golpe.

—Senka Simovic, queda detenida en el nombre del pueblo alemán por sabotaje, conspiración y destrucción de bienes propiedad del Reich —gruñó Moore, con voz monocorde—. ¡Llévala de aquí!

Senka parpadeó, demasiado confundida como para responder. Sus ojos, aterrorizados, saltaban de un rostro a otro, intentando encontrar algo de comprensión.

—Moore. ¿De qué diablos estás hablando? —balbuceó, desde el suelo —. Soy yo, joder. No sé de qué coño...

Moore clavó con toda su fuerza la puntera de sus botas en las costillas de Senka, y la serbia se dobló por la mitad mientras sus pulmones exhalaban hasta la última gota de aire. Boqueó en el suelo, tratando de conseguir un átomo de oxígeno. Dos soldados la cogieron en volandas y la levantaron.

En ese momento, la mirada aterrada de Senka se cruzó con la de Kate y descubrió en ella una chispa de comprensión.

—Kate —jadeó—. Ayúdame...

Esta vez, Moore cerró el puño antes de golpearla. La cara de Senka crujió con un sonido desagradable. De su boca salió un hilo de sangre.

—Cállate, zorra —gruñó Moore—. Llévala a las celdas.

—¡No puede tratarla así! —gritó Kate, furiosa—. ¡Es una persona!

—Es una saboteadora. —Moore la miró de cerca, intimidante—. Y hasta donde yo sé, usted podría ser otra, señorita. Quizá las putas comunistas trabajen en pareja.

Señaló a Kate con su pulgar, mirando a dos de sus hombres.

—A ésta encerradla en su camarote

hasta que nos podamos ocupar de ella. Que nadie se comunique con ella hasta nueva orden.

Los dos hombres sujetaron a Kate y la arrastraron en dirección contraria a Senka, cuyo cuerpo inconsciente y desmadejado iba dejando un rastro de sangre por el pasillo.

Cuando se acercaba a la puerta de su cuarto, Kate comprendió, con un escalofrío, que sus problemas sólo acababan de comenzar.

XXXV

Will Paxton, el geólogo experto en formaciones submarinas, estaba desconcertado.

Se encontraba en su camarote, tumbado sobre la cama, vestido únicamente con un par de calzoncillos, saliendo lentamente de las brumas del sueño más extraordinariamente intenso y real de toda su vida. Su cuerpo temblaba, sometido a descargas de emoción.

En aquel sueño estaba en un baile de gala en el comedor principal del barco,

rodeado de un montón de mujeres que iban vestidas al estilo de los años treinta. La mayoría de los hombres usaban esmoquin, aunque aquí y allá algunos iban ataviados con uniformes.

Paxton estaba en medio de un grupo, con una copa de champán en la mano, riéndose desaforadamente de algo muy divertido que le habían contado y que no podía recordar. Al ver su reflejo en un espejo se quedó profundamente sorprendido al descubrir que, en vez de su habitual traje azul arrugado, vestía un elegante uniforme de corte impecable. Por los galones del cuello, adivinó que el traje era de capitán de la Wehrmacht.

Una banda tocaba en el escenario mientras unas cuantas parejas bailaban en la pista, como poseídas por un fuego interno que las obligaba a moverse, sudorosas, alrededor de ellos. El ambiente en la sala resultaba demasiado cálido, como una habitación con la calefacción encendida en pleno mes de agosto, aunque nadie parecía notarlo. En el aire flotaba un aroma dulzón y espeso, con sutiles toques de aceite quemado y de algo parecido a carne en mal estado colándose de manera sutil por debajo.

De repente, alguien al fondo de la sala levantó su copa. Juraría que era Cherenkov, aquel maldito ruso loco que

coordinaba el equipo científico. Vestía un esmoquin cuyos botones parecían a punto de salir disparados en cualquier instante y daba la sensación de estar algo achispado.

—¡Por el Reich de los mil años! —berreó Cherenkov en alemán, enrojecido, y sin el menor rastro de su acento del Este—. ¡Por la Gran Alemania y por nuestro Führer, Adolf Hitler!

Todos los presentes levantaron sus copas. Incluso los bailarines abandonaron por un momento su particular encantamiento y se volvieron, sonrientes, hacia Cherenkov.

—¡Por nuestro Führer, Adolf Hitler!
Sieg, Heil! —gritaron de forma
simultánea todas aquellas gargantas.

—*Sieg, Heil!* —bramó Paxton,
notando cómo una oleada de excitación
le invadía—. *Sieg, Heil!*

Apuró de un trago la copa de
champán y cogió al vuelo otra de una
bandeja. La adrenalina rugía con fuerza
por sus venas, haciéndole temblar.
Aquél era el sueño más intenso y
maravilloso de su vida. Se sacó una
mota imaginaria de la solapa de su
uniforme y se miró de reojo en el espejo
a la vez que se estiraba la guerrera.
Jamás en su vida se había sentido tan

vivo y poderoso. Un zumbido espeso vibraba dentro de su cabeza, impidiéndole pensar con claridad, pero las emociones, desatadas, luchaban entre ellas por imponerse. Paxton estaba feliz, ansioso, entusiasmado y nervioso, todo a la vez. Era maravilloso.

Paseó por la sala, absorbiendo los detalles. Las banderas con la cruz gamada ondeaban sobre las mesas mientras docenas de camareros, cargados con bandejas llenas de canapés y copas de licor, salían de los ascensores que comunicaban con las cocinas. Los civiles con los que se cruzaba se apartaban a su paso y le

brindaban sonrisas obsequiosas, mirando con atención las medallas que tintineaban en su pecho.

De pronto, sintió como si una mano diminuta cerrase el puño en torno a una parte de su cerebro y lo estrujase. Se paró, mareado, incapaz de dar ni un paso más bajo aquel intenso dolor. Se dejó caer en una silla, jadeando, y entonces la vio.

Era aquella condenada periodista que Feldman había metido en la expedición. Estaba en medio de la pista, con expresión asustada, girando la cabeza en todas direcciones. Como Paxton estaba sentado, ella no le vio,

pero el geólogo tuvo tiempo para deleitarse contemplando el cuerpo de la joven. Iba embutida en uno de esos vaqueros que no dejaban nada a la imaginación y una blusa ceñida que marcaba sus pechos. Paxton estaba seguro de que lo hacía para provocar. Siempre lo hacían para provocar. Todas eran unas putas.

El dolor en su cabeza se hizo más intenso. Entonces oyó la voz, tan clara como si alguien susurrara en su oído.

¿Ves a esa zorrita, Willie? ¿Ves cómo se contonea, tratando de ser el jodido centro de atención?

Paxton asintió, incapaz de respirar.

Se desabrochó el botón superior de la guerrera, para conseguir un poco más de aire.

Ella no debería estar aquí, Willie. Éste no es su sitio. Ensucia esta atmósfera tan inmaculada.

—No —musitó. Tenía la boca tan seca como un trozo de arena—. No debería estar aquí.

No hay sitio en el Gran Reich para zorras judías como ésa, ¿verdad, Willie? Seguro que es judía. Sólo una puta judía vendría vestida así a un sitio como éste, para desviar a los sanos hombres alemanes de su deber.

Will Paxton, perlado de sudor,

asintió con un gorgoteo. Empezaba a ver doble. Un camarero pasó por su lado y le tendió un pañuelo al tiempo que le hacía un gesto discreto. Will lo sujetó, desconcertado, y se fijó en el gesto del camarero, que apuntaba a su nariz. Acercó la tela y se la pasó por debajo. Estaba empapada de sangre. Se restañó una vez más, mientras una parte lejana de su mente le preguntaba si aquello no le parecía raro, pero él no la oyó. Sólo tenía oídos para ella. Para su voz.

Y bien, Willie, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a dejar que se ría de ti, como todas esas zorras de tu vida, o le vas a dar una lección?

Will sintió crecer dentro de sí una sensación de ira y odio tan intensa y pura que casi le ahoga. Y al mismo tiempo una formidable erección empezó a tomar forma dentro de sus pantalones.

—Le voy a dar una lección —gruñó, mientras se levantaba, trastabillando—. Oh, sí, le voy a dar una maldita lección que no olvidará. Va a gritar, va a gritar de verdad...

Entonces Kate levantó la cabeza, como alarmada por algo. Paxton se volvió y vio cómo el capitán del barco (¿cómo diablos se llamaba?; lo sabía, pero el nombre se negaba a salir del puré espeso en el que se estaba

convirtiendo su memoria) les hacía señas a dos hombres en dirección a la joven. Kate adivinó el peligro y salió del salón a toda prisa, dando codazos entre la multitud para abrirse paso.

Ve a por ella, Willie. Encárgate de que no vuelva a molestar.

Con un gruñido gutural, Will Paxton se levantó y atravesó la pista a empujones. La sangre de su nariz ya chorreaba por la guerrera de su uniforme, dibujando sinuosos trazos sobre la tela verdigris, pero a él ya no le importaba. Sólo le importaba ella.

Salió al rellano de la escalinata y oteó en todas direcciones, desorientado.

No veía a Kate por ninguna parte. A los pies de la escalera, junto a las águilas de madera, los dos hombres que habían salido en su búsqueda parecían igual de desconcertados. Entonces uno de ellos arrancó en dirección al puente y otro en sentido contrario. Paxton descargó un puñetazo de furia sobre la barandilla de nogal. La zorra judía se había escapado.

Permaneció de pie allí durante unos minutos, consumido por la ira y por una tormenta de emociones diversas. Aunque él no lo sabía, en aquel momento, cientos de pequeñas venas de su cerebro estaban a punto de reventar, sacudidas por un aumento de presión insoportable.

En la guardería, Willie. Corre.

Will Paxton frunció el ceño mientras una sombra de duda aleteó muy débilmente en el fondo de su alma. La voz parecía teñida de preocupación por primera vez.

Paxton sacudió la cabeza, tratando de pensar con claridad. Ni la vez que se había bebido una botella entera de tequila se había sentido tan espeso. Sudando, comenzó a bajar los escalones a toda velocidad.

Al llegar al pie de la gran escalinata, aparecido de la nada, un hombre alto, vestido con un elegante traje de color crema, se cruzó en su camino. Paxton

trató de evitarlo, pero el otro se volvió a poner en medio, impidiéndole pasar. El geólogo levantó la mirada, cargada de odio. El tipo, de unos treinta y tantos, con facciones angulosas y pelo negro, le miraba con una expresión extraña en los ojos. Había algo raro en él.

No encajaba allí.

—Apártate de mi camino —escupió Paxton.

—¿Adónde crees que vas? Ni se te ocurra tocar a mi chica, gilipollas —dijo el hombre, con una sonrisa feroz en el rostro, antes de echar su puño hacia atrás y estamparlo a continuación en la cara de Paxton.

El geólogo sintió como si un mazo de carne hubiese golpeado su mentón. Salió despedido de espaldas, trastabillando, hasta caer cuan largo era, de forma que su cabeza chocó contra uno de los escalones. Un millón de luces de colores bailaron delante de sus ojos antes de fundirse en la negrura más absoluta, mientras perdía el conocimiento.

Y entonces, despertó.

Estaba tirado en su cama. Un intenso olor a humo flotaba en el ambiente, y todos los timbres de alarma del barco sonaban a la vez, formando una barahúnda infernal.

Sudoroso, se incorporó en la cama, confuso y desorientado. Vio sus piernas rollizas saliendo de sus calzoncillos y su camiseta manchada de sangre tensada sobre su abultado vientre. Aquello no se parecía en nada al elegante uniforme que llevaba puesto un momento antes.

Con una mano temblorosa agarró la petaca que tenía apoyada sobre la mesilla de noche, al lado de su ordenador portátil y de un manoseado tratado de geología, y dio un largo trago. El alcohol, caliente, le bajó por la garganta hasta explotar en su estómago con la familiar y reconfortante sensación que provocaba siempre. Entonces se

pasó una mano sobre los ojos tratando de ordenar sus ideas.

«Ha sido un maldito sueño, Willie. Sólo un jodido sueño».

Se levantó trastabillando hasta el baño; su vejiga amenazaba con explotar. Al acabar se puso delante del espejo y palideció. Sus ojos inyectados en sangre le miraban desde la hoja de cristal, pero no era eso lo que le asustaba.

Con un temblor incontrolable se llevó una mano a la barbilla, donde un moratón estaba adquiriendo un feo color púrpura.

—No puede ser... —gimió.

Se llevó la otra mano a la parte

posterior de la cabeza y se palpó en la nuca; un chichón del tamaño de un huevo latía con vida propia cada vez que inspiraba.

Había pasado. Había sucedido de verdad. No había sido un sueño.

Había estado allí.

Y entonces comprendió que era el momento de ponerse en marcha.

Tenía que cumplir la misión para la que Wolf und Klee le había preparado durante tanto tiempo.

XXXVI

Se vistió a toda prisa, con cuidado de no rozar el chichón al ponerse el jersey de punto. Vestido y calzado, cogió unas cuantas cosas que le iban a hacer falta y salió al pasillo, donde los timbres de alarma ya se habían apagado. Dos marineros cruzaban el pasillo con una expresión de agotamiento dibujada en la cara. Uno de ellos estaba cubierto de hollín, como si se hubiese rebozado en las cenizas de una chimenea.

—¿Qué ha pasado? —preguntó agarrando a uno de ellos por el brazo—.

¿A qué vienen estas alarmas?

El marinero le miró como si Paxton hubiese llegado de otro planeta.

—¿No ha notado la explosión? —dijo—. Alguien ha colocado una bomba o algo por el estilo entre las torres de comunicaciones. Hemos perdido el satélite, el radar y sólo Dios sabe qué más. Ahora tenemos un bonito agujero en el techo del barco.

—¿Una bomba? —Paxton le miró, boquiabierto, incapaz de asimilar lo que le decían.

Una bomba. Era imposible.

El otro marinero le miró y malinterpretó el gesto de desconcierto

del geólogo.

—No se preocupe. Está todo controlado. El barco se encuentra en perfecto estado y tan sólo hay algunas averías en la cubierta superior, pero no corremos peligro. Además, ya han localizado a la sabotadora. —El marinero se carcajeó, con una risa disonante y extraña—. ¡Moore se va a hacer un tambor con la piel de su culo!

Paxton asintió, ensimismado, mientras los marineros se disculpaban y se alejaban por el corredor.

Su cabeza volvía a zumbear con un desagradable latido que se transmitía hasta el chichón de forma dolorosa.

Alguien había puesto una bomba. Y no había sido él.

«Tiene que haber otro lobo a bordo, Willie. No hay otra explicación».

Al alivio que sintió cuando creyó comprender lo que sucedía se le sumó en seguida la irritación por descubrir que nadie le había dicho nada. Los Ancianos le habían escogido a él. Le habían facilitado el mejor entrenamiento posible, en Siria, en Venezuela y en una mierda de república soviética de la que no recordaba el nombre. Le habían formado, le habían dado los medios. Le habían encargado una misión. Pensaba que confiaban en él.

Y resulta que embarcaban en el *Valkirie* a otro puto agente y nadie le decía nada.

La ira burbujeó en su pecho como en el caldero de un brujo. Paxton rechinó los dientes mientras echaba a andar por el pasillo. Comprendía que era prudente que los dos operativos no trabajasen juntos, para evitar que los descubrieran a la vez. Pero no saber el uno del otro era una insensatez. Podían haberse matado entre ellos fácilmente. Se detuvo de golpe, como si hubiese tropezado contra una pared invisible. ¿Y si el otro lobo sí sabía de su existencia? ¿Y si él tan sólo era un plan alternativo por si

todo lo demás fallaba? El burbujeo de ira y resentimiento estaba a punto de hacer que su pecho estallase.

Will Paxton creía haber encontrado en Wolf und Klee el reconocimiento y el respeto que toda su vida había anhelado y que siempre le habían escamoteado de manera injusta. El tercero de cuatro hermanos, siempre pensó que sus padres no le amaban lo mismo que a los demás. A lo largo de su vida había ido acumulando una larga lista de ofensas, reales o imaginarias, que en algún momento se cobraría. Sus vecinos, sus compañeros de la facultad, los rectores que se negaban a darle la cátedra de

Geología aunque él se la merecía más que nadie. Las mujeres que, incomprensiblemente, no caían rendidas ante sus encantos. Aquellas jovencitas que iban a su clase, con sus vestidos minúsculos, y que nunca aceptaban sus proposiciones indecentes. Todos ellos tendrían que pagar. Todos ellos tendrían que responder.

Y en Wolf und Klee había encontrado esa comprensión y ese respeto que tanto anhelaba. *Wolf und Klee*. El lobo y el trébol. Él era un lobo, un agente de campo, un maldito conseguidor de cosas. Y por eso los Ancianos le tenían en tan alta

consideración. O, al menos, eso había pensado hasta entonces.

Su ira cada vez era mayor. Caminó por el pasillo esforzándose en dominar los músculos de su rostro para ofrecer la fachada exterior cuidadosamente escogida para aquel viaje. Will Paxton, el amable geólogo, lleno de anécdotas divertidas, despistado, bonachón e inofensivo. Oh, inofensivo como un trébol en un campo. Hasta que aparecía el lobo, sacaba los dientes y empezaba a correr la sangre.

Un ruido de voces llegó hasta él desde el fondo del corredor. Una voz de mujer gritando, y un golpe. Se detuvo,

con todos los sentidos alerta. De repente, dos hombres de Moore caminaron en su dirección arrastrando un cuerpo desmadejado. Era la serbia, vestida únicamente con unas bragas y una camiseta empapada en sangre. Tenía la cara hinchada, como si la hubiese atropellado un tráiler.

Pasaron a su lado, con expresión concentrada y cargada de odio. Paxton se hizo a un lado mientras echaba un vistazo de reojo a la rubia, que estaba desmayada.

Senka Simovic. La bollera. Jamás hubiese sospechado que ella era el otro agente. Desde que se había cruzado con

ella a bordo había tenido la sensación de que la serbia sería su principal problema para poder actuar. Vigilaba siempre con ojos de perro de presa y parecía desconfiar de todo y de todos. Una cobertura perfecta, sin duda.

Pero se había dejado capturar, y eso era un error fatal. El objetivo de la misión era muy claro. Había que impedir que el *Valkirie* completase el viaje por todos los medios, pero sin dañar el barco de manera irremediable. Detenerlo y que tuviese que volver a puerto. Una vez allí, los Ancianos se harían cargo. Conseguirían que las autoridades le embargasen el barco a

Feldman. Habían tenido que mover muchos hilos para conseguir que Hacienda se echase sobre él. Los Ancianos querían arruinarlo y atarle las manos llegado el momento. Cuando el *Valkirie* saliese a subasta pública de nuevo, los Ancianos se harían con él. Era un plan perfecto, que sólo había estropeado la increíble celeridad con la que el judío había conseguido lanzar el barco al mar, a pesar de que había partes de éste todavía sin restaurar. El viejo Feldman no era tonto.

Pero no podía saberlo todo.

Caminó con aire distraído hacia la cocina del barco, silbando entre dientes

una tonadilla de televisión. Se sorprendió de la poca gente que se cruzó por el camino. El *Valkirie* era muy grande e iba muy poca tripulación a bordo, pero aun así lo normal habría sido cruzarse al menos con un par de personas en aquel trayecto. Era como si todo el barco estuviese sumido en un estado de modorra total, adormilado, esperando acontecimientos. Con sus pasillos desiertos. Mucho mejor para sus propósitos.

En la cocina reinaba un calor infernal. Era un espacio enorme, con cientos de tarteras, cazos, sartenes y platos brillantes ordenadamente

colgados del techo mediante largas barras. Los fogones estaban preparados para acoger a una docena de chefs con sus respectivos ejércitos de ayudantes, pero en aquel viaje tan sólo había uno junto con media docena de aprendices. Estaban en una esquina de la cocina, alrededor de las cacerolas, muy ocupados ensartando unos pollos enteros en unos largos espetones. Un ayudante le vio y le saludó con un gesto amistoso de su brazo. Paxton respondió con otro gesto amable y se tocó el estómago con la mano, esbozando una sonrisa pícara.

Desde el primer día había estado rondando por la cocina, entablado

amistad con el personal e interesándose por su trabajo. Había dejado caer que era un glotón incorregible y que, de vez en cuando, le gustaría pasar por allí para picotear un poco de lo que fuera que estuviesen preparando en aquel momento. Los cocineros, siempre ansiosos de novedades, le habían aceptado gustosos y Paxton ya no era una figura extraña en aquella sala.

Se acodó en una esquina mientras masticaba un platillo de crujientes gambas rebozadas. Tenía que esperar el momento adecuado. Como un lobo acechando su presa.

El momento llegó un rato después.

Uno de los ayudantes tropezó con otro, y un pollo cubierto de mantequilla y salsa que iban a ensartar en un espetón salió volando por los aires. El chef trató de cogerlo al vuelo, pero era como intentar agarrar un cubo de aceite. El pollo cayó al suelo y se deslizó un par de metros, entre gritos de atención, juramentos y un par de maldiciones.

Nadie miraba a Paxton. El geólogo estiró su mano hacia una llave conectada a una tubería que recorría toda la parte superior de la zona de fogones. Todos los barcos, incluido el *Valkirie*, llevaban incorporado un sistema de extinción de incendios sobre los fogones

de las cocinas, algo muy sensato, si se piensa en lo mal que combinan las llamas y los cruceros de lujo. Paxton abrió la llave, y media docena de espitas situadas sobre aquella línea de fogones dispararon potentes chorros de CO2 sobre las cazuelas.

El estropicio se transformó en caos. Una nube blanca de olor áspero envolvió a los cocineros, que empezaron a gritar y a tropezar entre ellos. Paxton aprovechó el momento y se deslizó con agilidad hacia la puerta de la despensa. Sin que nadie se fijase en él, la abrió y la cerró a sus espaldas con rapidez.

Caminó con paso ágil entre cajas de

alimentos, arcones congeladores y montañas de latas hasta llegar a la escalera que llevaba a la cava de bebidas. El acceso estaba cerrado con una reja de metal dotada de una cerradura sencilla. Sacó de su bolsillo una copia de la llave que le habían entregado antes de subir a bordo. Suspiró aliviado cuando la cerradura se abrió con un chasquido. De momento, todo iba según lo planeado.

Bajó los escalones con rapidez. Era un pasillo estrecho, con la temperatura controlada en todo momento para conservar en perfectas condiciones los caldos atesorados allí. A un lado, desde

el suelo al techo, había un largo anaquel repleto de botellas inclinadas que se perdía al fondo. Al otro lado, docenas de cajas de madera llenas de caras y exclusivas botellas esperaban su turno para reponer los huecos libres.

Avanzó por el pasillo, buscando una añada muy especial. Al fin sonrió. Dos cajas de Pingus del 2005. Un vino delicioso, a dos mil euros la botella. Pero no era eso lo que buscaba.

Arrastró las cajas hasta el suelo del pasillo y las abrió haciendo palanca con su navaja suiza multiusos. Bajo la luz suave de la bodega, las botellas mágnun brillaban, oscuras y tentadoras. Sin

dedicarles una segunda mirada, Paxton las sacó una a una y las alineó en el suelo como una fila de soldados de guardia. Entonces apartó la paja que servía de colchón a las botellas, y por fin encontró lo que buscaba.

Parecían pastillas de barro envueltas en celofán. Con una sonrisa de triunfo, el geólogo se inclinó sobre ellas. Veinte unidades de Semtex por caja, y había suficientes cajas allí como para reunir una bonita cantidad. No la necesitaría toda, de momento.

De debajo de su chaqueta sacó una bolsa de lona verde y comenzó a llenarla con los explosivos y los

detonadores que pensaba que iba a necesitar. Miró el reloj, nervioso. Tenía que volver antes de que nadie se diese cuenta.

Cerró la cremallera y volvió sobre sus pasos, después de dejarlo todo tan colocado como cuando llegó. Al abrir la puerta de la despensa espió un segundo antes de salir. Los cocineros habían conseguido cerrar el circuito de gas, pero la cocina estaba hecha un desastre. La comida del día estaba cubierta de un fino polvillo blanco, que aún goteaba de los rociadores. En aquel momento había una discusión terrorífica entre cuatro hombres vestidos de cocinero, cubiertos

de polvo blanco y que se recriminaban amargamente todo aquel caos. No era un buen lugar para aparecer, pensó Paxton con sorna.

Volvió por el pasillo, silbando y con la mochila al hombro. Aquél era el momento más peligroso de su plan. Si alguien le detenía con aquello encima, era hombre muerto. Por suerte sólo se cruzó con un marinero, que sangraba de forma aparatosa por la nariz y que mascullaba algo para sí mismo, con aire abstraído. Paxton pensó que seguramente iba drogado.

Al pasar por delante de la puerta de la biblioteca observó que alguien había

vaciado uno de los anaqueles de libros como poseído por un espíritu destructor. Los ejemplares se apilaban por el suelo en montones desordenados y muchos de ellos estaban abiertos y con las cubiertas rasgadas. En medio de aquel caos, un hombre semidesnudo murmuraba de espaldas a la puerta.

Paxton miró a los dos lados, cauteloso, antes de atreverse a entrar. Aquello era demasiado extraño como para pasarlo por alto.

Al acercarse se dio cuenta de que se trataba de Cherenkov. El físico ruso estaba de rodillas; tenía el pelo revuelto y unas costras de sangre reseca bajaban

por su cuello desde sus oídos. Frente a él tenía desparramadas docenas de hojas cubiertas de cálculos con apretada caligrafía cirílica. La mayor parte estaban tachadas y arrugadas. Cherenkov levantó la vista cuando le oyó llegar, pero no pareció reconocerle. Su mirada estaba nublada, y su mente parecía estar a kilómetros de allí. Giró de nuevo la cabeza, y se concentró en su tarea, que consistía en hacer bolas de papel con sus anotaciones y arrojarlas a la chimenea con lentitud. Paxton observó que en el fuego ya ardían docenas de libros y lo que parecían ser muchas libretas llenas de apuntes.

Abrió la boca para hablar con él, pero lo pensó mejor y salió del salón sin hacer ruido. Estaba claro que el ruso se encontraba trastornado. Un científico chiflado. Que se encargasen de él los médicos de a bordo.

Sin embargo, la imagen de Cherenkov dando vivas al Reich en el salón de baile estaba muy presente en su cabeza. Quizá fuese un camarada. Paxton decidió que, cuando acabase de hacer lo que tenía pensado, volvería por allí para ver cómo estaba el ruso.

Bajó la escalera que llevaba a la zona de servicio y, por fin, dejó caer la mochila en el suelo, mientras se frotaba

el hombro dolorido.

Miró hacia los lados para cerciorarse de que no había nadie en aquel pasillo. Estaba junto a uno de los accesos sellados, uno de los que no estaban controlados por las cámaras de seguridad. Había memorizado la distribución del sistema de vigilancia gracias a una copia de los planos que habían obtenido un mes antes. Era increíble lo que un técnico del equipo de restauración podía estar dispuesto a hacer para que no le enviaran a su mujer las fotos de sus fiestas privadas.

Cogió una silla del descansillo y la puso debajo de un punto concreto del

cielo raso que estaba marcado con una discreta raya de lápiz, casi invisible si no la estabas buscando. Se subió sobre la silla y empujó el plafón con fuerza. Un ligero clic le indicó que la pieza se había soltado. Introdujo la mano y tanteó a ciegas hasta que sus dedos tropezaron con algo duro y cubierto de goma. Lo arrastró y lo sacó del techo: eran unas cizallas equipadas con baterías. Aquella pequeña maravilla podía morder el acero con la misma facilidad con la que unas tijeras normales cortan papel, y tenía un motor acoplado que permitía hacerlo casi sin esfuerzo. Volvió a colocar el plafón en su sitio y se acercó

a la puerta sellada. Encendió las cizallas y las acercó a los puntos de soldadura. El metal se separó con la misma facilidad que si hubiese sido un plátano maduro. Cuando hubo separado todos los puntos de unión de un lado pegó un tirón a la hoja de acero, para abrir un hueco suficiente para poder pasar.

Tendría que ser un hueco grande. Paxton pesaba sus buenos ciento diez kilos y no era una anguila, precisamente. Tras un buen rato de esfuerzos, por fin consiguió abrir el espacio necesario y se deslizó al otro lado.

En seguida se vio envuelto en la oscuridad más absoluta. No le gustaba

nada tener que bajar a aquella zona. Estaba todo hecho una mierda, y era peligroso. La vez anterior casi se desnuca al pisar un escalón podrido que cedió bajo sus pies. Y encima se había encontrado a aquel condenado guardia, corriendo como un loco y gritando aquella basura sobre fantasmas, o algo por el estilo. Aquel gilipollas no debería haber estado allí, ni haberlo visto. Había tenido que degollarlo, por supuesto. No se podía permitir el lujo de dejar cabos sueltos.

Tan sólo tenía que atravesar dos corredores por la zona de segunda clase antes de llegar a su objetivo, pero el

camino se le hizo eterno. El aire allí abajo estaba enrarecido, como si hubiese un estanque de aceite lleno de pescado podrido oculto en algún lugar. Además, sentía la necesidad de bostezar todo el rato. Los oídos se le atascaban y tenía la cabeza embotada.

Oyó un ruido a su espalda. Se giró como una cobra, con el bisturí en la mano, buscando el origen del sonido. La puerta de un camarote se cimbreaaba, como impulsada por una ráfaga de aire invisible. Paxton sabía que no había corrientes de aire allí abajo. Seguramente habría sido él, sin querer.

¿Qué vas a hacer, Willie?

La voz explotó en su cabeza con la fuerza de una tonelada de TNT. Hablaba con suavidad, pero tenía un regusto venenoso y malvado.

«No existe. Esa voz no existe», se dijo a sí mismo.

Caminó hasta el fondo del corredor, examinando de vez en cuando un plano del *Valkirie* que había costado una fortuna y la vida de dos personas, aunque Paxton desconocía este detalle. Los Ancianos sabían compartimentar muy bien sus actividades. Un lobo no debía saber qué hacía otro lobo. Llegó al final del corredor, que terminaba en un callejón sin salida. La madera del

recubrimiento tenía un enfermizo color verde, devorada por una colonia de hongos feliz y satisfecha.

Paxton empezó a arrancar grandes pedazos de madera con las manos. La moldura se deshacía entre sus dedos como un queso demasiado seco, dejándole rastros verdes en las manos. Al cabo de un rato, una portilla disimulada en la pared apareció ante sus ojos, justo donde se suponía que debía estar. Los diseñadores originales del *Valkirie* pensaban que era importante para los tripulantes del barco que hubiera accesos rápidos entre la zona de pasaje y la zona de servicio en más de

un lugar. Aquél era uno de aquellos accesos.

Tiró de la puerta, que se abrió con un chirrido escandaloso. Después de tantas décadas, los goznes estaban resecos, y Paxton tuvo que utilizar todas sus fuerzas para conseguir girar la puerta. Al otro lado, un brillante y cálido chorro de luz y aire caliente le estaba esperando.

Cruzó la puerta, contento de dejar atrás el sector en ruinas de segunda clase, y miró a su alrededor. Estaba en un cuarto de mantenimiento anexo a la sala de máquinas, muy cerca del corazón del *Valkirie*. Muy cerca de su objetivo.

Dio un par de pasos cautelosos mirando en todas direcciones. Se suponía que allí no tendría que haber casi nadie. El camino que había hecho le había permitido evitar la sala de control y los accesos, donde sin duda estarían apostados al menos un par de guardias de seguridad. A Paxton se le escapó una risilla. Estaba seguro de que ni siquiera Feldman o el ingeniero jefe conocían aquel camino. El *Valkirie* guardaba demasiados secretos.

Se acercó a dos enormes bloques de acero moderno adosados a los lados de una de las salas más espaciales del barco. Paxton recuperó el aliento

mientras abría la mochila y empezaba a apilar pequeños bloques de Semtex junto a sus pies. De vez en cuando levantaba la vista y calculaba dónde pondría las cargas.

Los buques modernos llevan estabilizadores laterales. Son unos motores adosados a los costados del barco que sirven para ayudar en las maniobras de atraque y desatraque, pero que sobre todo tienen una función primordial: evitar que un transatlántico se mueva de lado a lado como una atracción de feria.

Hasta la invención de aquel sistema en los años setenta, los cruceros que

atravesaban un mar algo agitado comenzaban a sacudirse como una coctelera, impulsados por las olas. Eso arruinaba un tanto la experiencia de lujo de la que se supone que deben gozar los viajeros de primera clase, y cubría de vómitos a todos los pasajeros, ya durmieran en el sollado más bajo o en la cabina de lujo. No era bueno para el negocio.

Gracias a aquellas bestias que compensaban el balanceo de las olas, los cruceros modernos se mantenían tan estables como la tierra firme incluso en mares muy picados. En caso de que estallase una tormenta muy fuerte,

aquellas turbinas no podían hacer nada, pero eso eran casos excepcionales. Pocas personas que viajan a bordo de cruceros se han encontrado con una cubierta que se mueva de lado a lado, y todo gracias a aquellos motores.

Cuando Feldman había restaurado el *Valkirie* se había tomado la libertad de modificar el diseño original y añadir aquellos estabilizadores laterales. Gracias a ellos, el *Valkirie* se mantenía tan firme como una roca en medio de aquel mar picado, en unas condiciones que hubiesen dejado boquiabiertos a sus creadores.

Pero Paxton pensaba cambiar eso.

Comenzó a poner las cargas sobre determinados puntos, con los detonadores adosados. Colocó los temporizadores para hacer explotar los explosivos al cabo de una hora. En cuanto apretó el botón, los dígitos rojos comenzaron a correr parpadeando en la pequeña pantalla. Era tiempo más que suficiente para poder salir de allí y volver a su camarote. O a la cocina, donde podría probar alguna más de aquellas deliciosas gambas. Y, de paso, poner cara de asombro cuando los estabilizadores volasen por los aires y el barco comenzase a sacudirse.

Al acabar, se sacudió el polvo de las

rodillas, con aire satisfecho. Levantó la bolsa de deporte y comprobó que todavía tenía una docena de cargas explosivas en su interior.

Entonces pensó que todavía podía hacerlo mejor.

XXXVII

Paxton se asomó al exterior y vio al fondo de la cavernosa sala los dos enormes motores diésel que, vibrando a toda potencia, empujaban el *Valkirie*. Un grupo de tres maquinistas, de espaldas a él, atendían a la constelación de diales, manómetros e indicadores que salpicaban los impulsores.

El ruido allí abajo era infernal y gran parte de aquel espacio estaba en penumbra. Los reflectores de magnesio apuntaban hacia la maquinaria y la zona donde operaban los maquinistas,

dejando las esquinas más lejanas envueltas en sombras. A Paxton no le resultó demasiado difícil llegar hasta la parte posterior de las máquinas y escurrirse por un túnel de servicio.

Estaba muy cerca de la popa del barco y el pasillo tenía forma curva. Guiándose por el mapa que iluminaba de vez en cuando con su linterna, Paxton siguió avanzando, a medida que el conducto se hacía cada vez más estrecho. Se detuvo un momento para desatornillar una rejilla con su navaja suiza y continuó adelante, esta vez en cuclillas. Tuvo que dejar su chaqueta cuidadosamente doblada en el quicio de

la reja, sujetándola. Hacía demasiado calor y así evitaría que la reja se encajase de nuevo, en caso de que tuviese que salir a toda velocidad.

El pasillo se hizo más estrecho y se transformó en un túnel circular. Paxton no tuvo más remedio que avanzar a gatas, empujando la mochila llena de Semtex delante de él. El suelo de aquel tubo temblaba con fuerza y las vibraciones se transmitían desde su vientre al resto del cuerpo.

No lo hagas, Willie. No es buena idea.

La voz se volvió a clavar en su cabeza, como un martillo recubierto de

clavos. Will Paxton se detuvo en seco, gimiendo, mientras sus dos fosas nasales se transformaban en una fuente roja. La intensidad del dolor de cabeza aumentó y una parte de los músculos de la cara comenzaron a contraérsele en un imparable tic nervioso.

—¡Cállate! —gruñó, aporreándose las sienes—. ¡Es mi misión!

Donde Senka había fracasado, él triunfaría. Por primera vez desde el sueño, veía claro su camino. Él sería el único responsable de detener el *Valkirie* e impedir que Feldman, aquel judío de mierda, se llevase la gloria. Conseguiría detener el viaje, y después, cuando el

Valkirie volviese a navegar, esta vez lleno de lobos y tréboles, Paxton estaría allí, en primera fila, recibiendo la admiración y el aplauso de todo el mundo. Los Ancianos tendrían que reconocer su mérito, sin duda.

Un fogonazo de comprensión le alcanzó. Él había estado al otro lado. Había visto las banderas, había gritado *Sieg Heil* en una habitación llena de gente que compartía la misma pasión que le impulsaba a él mismo. Había estado rodeado de auténticos camaradas. Y había vuelto para cumplir su destino. Le habían mostrado el camino y el premio que le esperaba al final de su

misión.

Él era el elegido. Sólo podía significar eso.

Se vio a sí mismo navegando en el *Valkirie* hacia Alemania. Después, en la Cancillería, avanzando hasta el Führer, explicándole los eventos que estaban por venir. Evitando que se cometiesen errores fatales, anticipándose a los movimientos del enemigo. Ganando la guerra. Estableciendo el Reich de los mil años.

Él.

Codo a codo con el Führer.

La imagen era tan embriagadora que consiguió sobreponerse al ruido de las

voces. Incluso *ella* quedó aturdida ante un chorro de ambición tan puro y potente.

Detente, Willie. No seas imbécil. No quiero que hagas eso.

—Es... mi... destino —jadeó Paxton, casi sin aire.

El borde superior del tubo ya le rozaba la espalda y apenas tenía espacio para impulsarse con las rodillas y los codos. Aquello estaba muy oscuro, y sólo la luz vacilante de la linterna rebotando en la lona verde de la bolsa le alumbraba el rostro.

Para, Willie.

El dolor esta vez fue cien veces peor

que todas las anteriores juntas. Paxton gritó a todo pulmón, incapaz de soportarlo, pero su aullido quedó apagado por el rugido de la maquinaria que le rodeaba. Se echó la mano a la cabeza, intentando arrancarse la tapa del cráneo y llegar hasta la fuente de aquel dolor.

Al palpar su rostro fue lejanamente consciente de que, además de por la nariz, había empezado a sangrar por las orejas. Lo que Paxton no podía saber es que toda una parte de su cerebro, incapaz de aguantar aquella fuerza oscura, había empezado a morir. Miles de pequeñas venas estaban

reventando, una detrás de otra, como un castillo de naipes que se desmorona.

Paxton sacudió la cabeza y llegó a una portilla que se abría en la parte inferior del tubo. Con dedos torpes la abrió. El ruido allí era ensordecedor. Apuntó su linterna hacia abajo y el reluciente eje de acero de la hélice del *Valkirie* reflejó la luz, empapado en aceite.

Aquel eje tenía el grosor de un torso humano. Paxton sabía que el Semtex que llevaba no bastaría para partirlo, pero sí que tendría la fuerza suficiente como para deformarlo. Doblado por la explosión en aquel pequeño espacio, el

eje se pararía y las máquinas reventarían a causa del repentino bloqueo. El *Valkirie* quedaría inerte en el mar, como una gigantesca ballena dormida. Fin del viaje.

Comenzó a apilar los bloques de Semtex sobre la portilla. No tenía manera de adherirlos al eje, así que tendría que dejarlos allí, pero aquello sería suficiente.

Le costó una eternidad insertar los cables del temporizador en la masa gris del explosivo. Ni siquiera se había dado cuenta de que la mitad de su cuerpo había dejado de obedecer sus instrucciones.

¡PARA!

La voz se transformó en un rugido huracanado. El cerebro de Will Paxton, ya debilitado, tuvo la misma resistencia que una cerca de madera vieja ante una avalancha de nieve. Varias venas principales reventaron a la vez y un torrente de sangre se derramó dentro del cráneo del geólogo, anegándolo todo. Con sorpresa, Paxton se dio cuenta, durante una fracción de segundo, de que iba a morir. La comprensión le alcanzó de golpe y le llenó de rabia. Le iban a negar los méritos que le correspondían una vez más. La última.

En un último reflejo extendió sus

dedos hacia el temporizador, pero no llegó a tiempo para activarlo. Su cerebro estaba completamente encharcado y Will Paxton había muerto antes de poder completar su movimiento.

La negrura creció y lo devoró, esta vez de forma definitiva.

XXXVIII

Valkirie

Cuarto día de travesía

Kate sacudió las muñecas, sintiendo más rabia que en ningún otro momento de su vida. La cinta aislante que le habían enrollado aquellos dos hombres alrededor de las articulaciones no le permitía mover los brazos. Notaba cómo la falta de circulación hacía que las manos comenzasen a hormiguearle.

Estaba tumbada sobre su cama, allí donde la habían arrojado con pocos

miramientos antes de salir pegando un portazo. Llevaba allí tirada desde hacía dos horas y todos sus intentos para deshacer las ligaduras habían sido en vano. Cuando se cansó de debatirse como una sardina atrapada en una red intentó relajarse y poner la mente en blanco. Necesitaba calmar la ansiedad y, sobre todo, pensar qué diablos iba a hacer.

Trataba de entender todo lo que estaba sucediendo, pero era imposible seguir el curso de los acontecimientos. De alguna manera parecía que la realidad en la que vivía ella y la realidad de 1939 trataban de ocupar el

mismo espacio. El *Valkirie*.

Y, por algún motivo, ambas realidades parecían estar fundiéndose entre ellas, hasta formar otra distinta, oscura y amenazadora. Una realidad donde existía algo muy peligroso que iba tras ella.

Y donde estaba Robert, por supuesto.

Al pensar en su esposo, el corazón se le aceleró hasta el extremo de desbocarse. Miró hacia la repisa, donde estaba todavía apoyada la urna negra que contenía sus cenizas. Allí estaba el Robert real, el único que existía cuando ella subió a aquel barco. Y, sin embargo,

unas horas antes había estado besando a ese mismo hombre varias cubiertas más abajo.

No era ni siquiera capaz de empezar a entender como podía ser aquello posible. Sospechaba que sin duda tenía algo que ver con la presencia de aquellas cenizas a bordo, pero el resto era tan profundo y complejo que se le escapaba. Suspiró, meneando la cabeza.

—Eso es muy femenino —dijo la voz a sus espaldas—. En vez de aceptar un regalo del cielo sin más, tienes que tratar de entender por qué diablos te lo hacen. Contigo siempre hay una pregunta más después de la esquina. Nunca

cambiarás, K. K.

Kate sonrió por primera vez en horas mientras la adrenalina se expandía por sus venas con la velocidad de un incendio forestal.

—Eso es muy masculino —replicó, mordaz, pero con lágrimas de felicidad en los ojos—. Quedarte sentado sobre tu culo, pontificando sobre lo cabezota que es tu mujer cuando está maniatada, en vez de ayudarla a soltarse.

Rodó sobre sí misma, para poder mirar hacia el otro lado. Robert estaba en el sofá, con una sonrisa resplandeciente y con un brazo apoyado a lo largo del borde superior. Tenía el

nudo de la corbata medio deshecho y la chaqueta apoyada a sus pies. Parecía relajado.

—¿En serio quieres que te desate?
—dijo con una sonrisa melosa—. Verte así me parece de lo más excitante. Recuerdo que alguna vez, con aquellos pañuelos de Hermès que guardamos en el cajón de la cómoda, hemos hecho cosas que...

—¡Robert! —le cortó Kate, todavía llorando de alegría, pero con una expresión de enfado fingido en el rostro—. ¡Suéltame de una vez o te vas a arrepentir!

—¿De veras? —Robert rió a la vez

que se levantaba y se acercaba a la cama. Se sentó en el borde y empezó a desenrollar la cinta con parsimonia—. ¿Y qué me harías? Estoy muerto. ¿Recuerdas?

—¡A lo mejor os meto a ti y a tu sonrisa de suficiencia dentro de esa maldita urna de nuevo! —contestó Kate, con voz ahogada. Mentía. Ni en un millón de años desperdiciaría un segundo con él, aunque la dejase allí atada hasta el fin de los días.

Robert acabó de soltar las muñecas de Kate y arrojó la cinta aislante al suelo. Entonces comenzó a masajearse las hasta conseguir que la

circulación se fuese restableciendo poco a poco.

Kate miraba los dedos de su marido, fascinada, mientras recorrían sus muñecas de arriba abajo. Su tacto era firme, consistente y cálido. Incluso lucía el pequeño corte en el anular derecho que se había hecho con el borde afilado de una hoja de papel un par de días antes del atropello. Era Robert Kilroy. Su Robert.

Aquello fue demasiado para Kate. Todo el torrente de emociones que llevaba meses embalsado dentro de ella empujaba contra el dique que había levantado en su mente para mitigar el

dolor y lo derribaba con estruendo. Kate liberó sus muñecas de entre las manos de Robert y enlazó los dedos tras la nuca de su marido. Su boca buscó ansiosa la de Robert y se fundió con ella en un beso largo, lento e intenso. Sus lenguas se entrelazaban y les costaba respirar. Eran como dos personas que han cruzado un desierto árido y enorme durante semanas, y tropiezan con un pozo de agua donde saciar su sed.

Aquel beso fue como arrojar una antorcha ardiendo en un pozo lleno de gasolina. De repente todas las urgencias y necesidades físicas de Kate se dispararon en una salva de fuegos

artificiales. Notó cómo su ropa interior se empapaba a medida que su piel se cargaba de electricidad, receptiva y deseosa de contacto físico.

A Robert parecía sucederle lo mismo. Su expresión confiada y divertida había desaparecido, sustituida por otra más ansiosa, excitada y llena de urgencia. Como el rostro de un niño que lleva perdido todo el día en un centro comercial y tropieza con sus padres cuando ya piensa que ha sido abandonado. El rostro de un condenado a muerte al que indultan.

El rostro de alguien que tiene una nueva oportunidad.

Robert la tumbó de espaldas sobre la cama sin dejar de besarla en ningún momento. Puso los brazos de Kate por encima de su cabeza y la inmovilizó con el peso de su cuerpo, mientras ella se retorció de deseo debajo de él. Robert sujetó las muñecas de Kate con una sola mano y deslizó la otra lentamente hacia su cuello para empezar a trazar largos círculos. Sus yemas presionaban y acariciaban a la vez en una mezcla tan enloquecedora que Kate arqueó la espalda, dejando que de su garganta escapase un leve gemido.

La boca de Robert empezó a lamer el cuello de Kate mientras sus manos

bajaban, rozando con suavidad sus pechos, hacia la hebilla de su ajustado pantalón. Antes de que Kate se diese cuenta, Robert se las había ingeniado para bajarle los pantalones hasta los tobillos, y con un último gesto diestro de su pierna, arrancárselos de un talonazo y enviarlos volando al otro extremo del camarote.

Kate no aguantó más y estiró las manos hacia la camisa de Robert. Comenzó a desabrocharle los botones a la vez que besaba en su pecho el hueco que se formaba entre sus pectorales. Robert siempre había tenido una especial sensibilidad en esa zona y

sabía que podía volverle loco mordisqueándole allí. Su marido soltó un jadeo profundo mientras ella acababa de sacarle la camisa sin dejar de mantener la cara enterrada en su pecho. Poco a poco había ido bajando hacia sus abdominales y su ombligo. Su lengua jugueteaba dentro de éste y de súbito Robert la agarró entre sus brazos y los hizo rodar sobre la cama de forma que ella quedase sobre él.

Kate sonrió, lasciva. Conocía ese juego. Sentada a horcajadas sobre Robert, se sacó la blusa por encima de la cabeza, se quitó el sujetador de encaje y se quedó tan sólo con su tanga.

Robert respiraba de forma profunda, su vista saltaba de los pechos de Kate a su cintura y de ahí a su cara, como si quisiera retener para siempre en la memoria hasta el último detalle de su anatomía. Sus manos traviesas habían viajado hasta las nalgas de la chica para apretarlas con fuerza.

Kate se inclinó y, sin dejar de mirarle a los ojos en ningún momento, estiró su lengua y empezó a trazar círculos con ella sobre la piel del pecho de su marido. Después bajó lentamente hasta su cintura, desabrochó el cinturón, y fue su turno para arrancarle los pantalones y dejarlo tan sólo en

calzoncillos sobre la cama.

Deslizó la mano sobre el bulto enorme que había crecido en la entrepierna de su hombre. Podía notarlo, latiendo, expectante, al otro lado de la fina tela ajustada, deseando salir. Empezó a besarlo por encima de la ropa interior de forma que Robert no pudo reprimir un jadeo sordo. Todo su cuerpo se puso en tensión, como sobrecargado de potencia.

Robert desplazó las manos hasta la cabeza de Kate, con un gemido, y enterró los dedos entre su pelo. En respuesta, Kate sujetó la cinturilla de goma del calzoncillo y lo bajó, al

tiempo que le lamía con fruición las ingles. El miembro de Robert estaba henchido y se elevaba rozando su mejilla. Con una lentitud dolorosa, lo sujetó con una mano mientras comenzaba a besarlo con los ojos cerrados, embriagándose con su olor familiar y disfrutando de su tacto terso. Con suavidad cerró sus labios sobre el glande y comenzó a chuparlo con movimientos rítmicos y cada vez más intensos.

Robert jadeaba sin control a medida que sus caderas se arqueaban. Kate disfrutaba de la inmensa sensación de poder que le proporcionaba aquel

momento. Su boca subía y bajaba en torno al miembro mientras lo sujetaba por su base con la mano derecha y le acariciaba los testículos con la otra. Notaba cómo latía dentro de su boca, cada vez más profundo, cada vez más empapado de saliva y vibrante.

Aquello duró unos cuantos minutos, que a Kate se le hicieron deliciosamente cortos. De repente, Robert, incapaz de aguantar más tiempo aquella tensión, tiró del cabello de Kate. La chica se deslizó sobre su pecho hasta la altura de su cara y recibió el beso más delicioso y profundo que jamás había experimentado. Las manos de Robert

jugueteaban sobre sus pechos, rozando sus pezones hasta hacer que se endureciesen como dos pequeñas balas puntiagudas.

La hizo rodar de nuevo sobre la cama y esta vez fue él quien comenzó a chupar sus pechos. A Kate, cada pequeño mordisco en los pezones le hacía disfrutar de un torrente de placer. La sensación era tan enloquecedora que sin darse cuenta comenzó a gemir en voz alta.

Fue el turno de Robert, que deslizó las manos hasta las caderas de Kate y sujetó el borde de su tanga con los dedos. En una respuesta automática,

Kate levantó las caderas, en un gesto femenino de entrega definitiva, para permitir que le sacase la pequeña prenda de ropa. Su interior estaba inundado, pidiendo a gritos que alguien apagase aquel incendio.

Robert le separó las piernas y se colocó entre ellas. Con deliberada lentitud, apoyó su miembro sobre los labios mayores y comenzó a moverse con suavidad, sin llegar a entrar en ella. Aquel roce arrancó un gemido de impaciencia en Kate.

Entonces, muy despacio, fue entrando en ella. Kate notaba cómo Robert la iba llenando, ocupando hasta

el último hueco de su interior, rozándose contra su piel. Clavó las uñas en la espalda de su marido mientras sus gemidos cobraban ritmo propio.

Robert empezó a embestirla con movimientos rítmicos de cadera. A cada empujón Kate gritaba, sumergida en un cóctel explosivo de placer, alegría e incredulidad. Los dos cuerpos, unidos, mezclaban su sudor, y como dos viejos conocidos acoplaron de inmediato sus movimientos. La cama crujía bajo sus embestidas, acompañando a sus gemidos.

Entonces, ella notó en su vientre una inmensa ola a punto de estallar. Hundió

la cara en el pecho de Robert en el momento en que un orgasmo avasallador la sumergía por completo. Gritó, liberada, mientras oleadas de placer cruzaban todo su cuerpo y la sacudían por completo, fuera de control. Fue un orgasmo largo, potente y profundo, uno de los más intensos que había tenido en su vida. Notaba cómo sus contracciones se cerraban en torno al miembro de Robert, multiplicando por mil aquella deliciosa sensación.

Robert también parecía notarlo, porque de golpe sus movimientos se hicieron más rápidos, más urgentes, en un *staccato* de placer. Clavó con fuerza

sus manos en las caderas de Kate, inmovilizándola en una postura de total sumisión, mientras su cara se transformaba en una sensación de éxtasis, justo antes de correrse con fuerza en su interior.

Kate sintió el orgasmo de su hombre al mismo tiempo que una extraña sensación húmeda la llenaba por completo y un nuevo orgasmo la atacaba por sorpresa. Parecía como si un dique enorme se hubiese abierto dentro de ella y todo se estuviese llenando de líquido. Era la sensación más placentera que jamás había experimentado.

Ambos se derrumbaron, jadeantes,

sobre el lecho, su piel sudorosa todavía en contacto. Kate rodó sobre sí misma hasta enterrar la cabeza en el cuello de Robert. Él le acariciaba la espalda con la mano izquierda, en movimientos largos y suaves.

—Te quiero, Robert Kilroy —musitó—. Y estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para no separarme de ti jamás. Aunque eso implique tener que quedarme a bordo de este barco maldito para siempre.

Robert se incorporó sobre su codo, repentinamente serio, mirándola con aire grave.

—No digas eso. No lo digas ni de

broma. Este lugar está maldito, Kate. Tienes que salir de aquí cuanto antes.

—Sólo si tú vienes conmigo, Robert —contestó ella, abrazándole con fuerza—. No me puedo imaginar vivir el resto de mi vida sin ti. El mundo es demasiado gris si tú no estás.

Robert apretó los labios, como si estuviese debatiéndose en un profundo conflicto interior. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró en seguida, como si de repente se diese cuenta de que no podía decir lo que le pasaba por la cabeza. Abrazó a Kate con pasión mientras enterraba la nariz en su pelo, aspirando su fragancia.

—Yo siempre estaré contigo, Kate, hagas lo que hagas y vayas a donde vayas. Nunca te olvides de eso.

Kate percibió una profunda tristeza en las palabras de Robert, pero cerró los ojos con fuerza pegándose más a él. Deseaba que aquel momento no terminase jamás.

—Ahora escúchame con atención.
—Robert se incorporó en la cama e hizo que ella también se irguiese—. Tienes que moverte muy rápido. Apenas quedan unas horas.

—Unas horas... ¿Para qué?

—Para detener el *Valkirie*, Kate. Si no consigues parar este barco, será

demasiado tarde. Estaremos condenados para siempre.

XXXIX

—¿Qué quieres que haga, Robert? — preguntó Kate, repentinamente asustada —. No puedo salir de aquí. Hay un hombre de guardia en esa puerta, y Moore, Feldman y todos los demás parecen haber enloquecido. ¡No sé qué debo hacer!

En ese momento, casi setenta metros por debajo de ellos, un pequeño reloj digital llegó al final de su cuenta atrás. Una fila de ceros parpadearon en la pantalla antes de enviar una pequeña señal eléctrica de menos de un

milisegundo a toda una serie de paquetes de Semtex adosados a los estabilizadores laterales.

Los explosivos se activaron en una secuencia demasiado rápida para el ojo humano, y una bola de fuego rugiente empujada por una onda destructiva se expandió por aquella sala, reventando los motores estabilizadores en miles de pequeños pedazos retorcidos. Un mamparo, sujeto por remaches oxidados de setenta años de antigüedad, no pudo aguantar aquella violenta presión y salió despedido, rodeado de una nube de pequeñas esquirlas de acero.

Los tres maquinistas que estaban en

la sala contigua no tuvieron ni la más mínima oportunidad. La lluvia de metralla los atravesó y desgarró su carne en mil pedazos, repartiendo sus restos por toda la sala de máquinas. Estaban muertos antes de caer al suelo. De esa manera, desaparecieron los únicos hombres que podrían haberse dado cuenta de que la rejilla que conducía al tubo de lubricación del eje estaba mal ajustada.

El temblor sacudió a todo el *Valkirie* como si un gigante hubiese decidido darle una patada al barco. Las lámparas de la mesilla temblaron y la cama se desplazó unos centímetros. Por todo el

barco se oyó el estruendo de cientos de cosas cayendo al suelo y haciéndose pedazos mientras las alarmas se volvían a disparar una vez más.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kate, angustiada.

Robert levantó la cabeza con los ojos cerrados y permaneció así durante un largo minuto, como si estuviese escuchando una voz interior que sólo él podía oír. A Kate le recordó la figura de los lamas tibetanos cuando entran en estado de profunda meditación. Su rostro estaba relajado y en paz, como si estuviese a un millón de kilómetros de allí, en un lugar por encima del bien y

del mal.

Al poco abrió los ojos. Su mirada estaba llena de nerviosismo y de una pizca de miedo.

—Han volado los estabilizadores laterales —dijo.

—¿El qué?

—Un añadido moderno de Feldman. Algo extraño al diseño original del *Valkirie*. Por eso *ella* lo ha permitido.

—¿Eso detendrá el buque? —El corazón de Kate galopaba de expectación.

Robert meneó la cabeza.

—No, aunque hará que todo sea más difícil. Todavía existe una manera de

detener este barco, pero necesitarás ayuda.

—Claro que sí. Te tengo a ti. —Kate le abrazó con ansiedad, como si temiese que Robert volviese a evaporarse.

—Yo no puedo ayudarte en esto. Pero Senka Simovic sí puede hacerlo.

—¿Senka? —Kate recordó que Moore había ordenado que la encerrasen en una celda. No tenía ni la menor idea de dónde podría estar.

—Sí, Senka. La conoces de sobra.

—¿Por qué no puedes ayudarme tú? —se quejó Kate—. No quiero alejarme de ti. ¡Otra vez no!

—Kate, mientras estemos juntos *ella*

no puede vernos, pero sólo si permanecemos encerrados en un camarote. Eso es todo lo que puedo hacer. Ya te dije que hay reglas. Si nos movemos por los pasillos, nos encontrará. Y esta vez estará enfadada de verdad.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Yo intentaré distraerla. Ponerla furiosa. Atraerla. —Robert se levantó y empezó a vestirse, con los movimientos tranquilos y pausados de siempre, desprendiendo ese aire de confianza que le había rodeado toda su vida. Parecía que, en vez de estar a punto de enfrentarse con una fuerza oscura,

estuviese proponiendo ir a tomar un café —. Entre tanto, tú buscarás a Senka y bajaréis a la sala de máquinas.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrás a su debido momento. Confía en mí. Ahora vístete, cariño. Si caminas desnuda por el barco no creo que consigas pasar desapercibida.

Robert intentaba tranquilizarla con sus bromas. Era la manera habitual de actuar de aquel norteamericano alto y elegante que, cuando ella tan sólo tenía veintidós años, la había abordado por primera vez en la Barceloneta, haciéndose pasar por un turista perdido,

pese a que llevaba más de dos años viviendo en la ciudad. Eso fue seis meses antes de que se fuesen a vivir juntos.

Se vistió a toda prisa, escogiendo la ropa más cómoda que encontró. Sospechaba que las próximas horas iban a ser muy movidas.

—Aún no me has dicho cómo vamos a salir de aquí —rezongó Kate—. Te recuerdo que yo no puedo atravesar paredes.

—Ni yo tampoco. —Se acercó a ella y la abrazó. Kate aspiró su fragancia. Olía a su perfume, a sexo y a ella—. Pero puedo hacer otras cosas.

Se acercó a la puerta, que estaba cerrada, y simplemente sujetó el pomo. La cerradura se abrió y la puerta giró sobre sus goznes sin un solo ruido. Si aquella situación no hubiese sido tan aterradora, Kate habría aplaudido como una niña ante un número de magia especialmente divertido.

Kate se asomó al pasillo con cautela. El guardia de seguridad se había esfumado. Posiblemente hubiese ido corriendo al lugar de la explosión, o a recibir órdenes. Era imposible saberlo.

—Ten cuidado, tesoro —oyó que Robert murmuraba a sus espaldas.

Kate se volvió para responderle, pero Robert ya no estaba. Se había esfumado de nuevo.

—Odio que hagas eso, Robert Kilroy —masculló entre dientes, cuando salía al corredor—. Lo odio de verdad.

No tenía ni idea de por dónde comenzar. El *Valkirie* era enorme y, salvo por su excursión fugaz a los sollados de tercera del día anterior, tan sólo conocía el sector de primera clase y un par de pasillos del de segunda. No sabía dónde podían tener retenida a Senka, ni qué diablos hacer cuando llegase allí.

Entonces se acordó de algo. Antes

de que se cortasen las comunicaciones, Anne Medine había dicho que le iba a enviar información sobre el *Valkirie*. Quizá entre todo aquello encontrase alguna pista sobre qué hacer.

El salón Gneisenau quedaba dos niveles por encima de donde ella estaba. Tendría que llegar hasta allí, rezando por no encontrarse con ningún soldado, sobre todo con Moore. Kate se había dado cuenta de que en las últimas horas se había producido un sutil cambio en el equilibrio de poder a bordo del *Valkirie*. Feldman parecía haber quedado apartado, y ahora era el inglés quien tomaba decisiones por cuenta

propia. Pero estaba segura de que el anciano judío aún desempeñaba un papel esencial en toda aquella historia.

Caminó por el corredor sin cruzarse con nadie. Se sorprendió al pasar por delante de un par de camarotes abiertos de par en par que estaban vacíos, como si sus ocupantes hubiesen olvidado cerrar la puerta al salir. Kate espió el interior y vio camas deshechas, ropa tirada por el suelo y un montón de libros y ordenadores abandonados. Entonces oyó un ruido seco y repetitivo que se acercaba por el fondo del pasillo.

No tenía adónde ir. Atrapada, se escurrió dentro de un camarote y se

escondió debajo de la cama, dispuesta a esperar que pasasen de largo.

El ruido se acercaba. Era un clac-clac-clac seco, como un engranaje mal ajustado. En su campo de visión aparecieron dos piernas y las ruedas de un carrito de la lavandería. Cada vez que giraba, una de las ruedas lanzaba aquel sonido seco, como si lamentase su destino.

Las piernas se detuvieron delante del camarote. Kate tragó saliva, convencida de que la habían descubierto. Pero las piernas permanecieron inmóviles, como si su dueño estuviese dudando qué hacer. La

joven levantó un poco el faldón de la cama para poder ver mejor. Era la señora Miller, el ama de llaves de Feldman. La mujer vestía un uniforme verdigris de la KDF que no le sentaba nada bien. Llevaba el pelo recogido en un moño alto pasado de moda y tenía la mirada turbia y empañada, como si hubiese bebido. El mandil blanco atado a su pecho, así como su boca y su barbilla, estaban manchados de la sangre que en algún momento había salido de sus fosas nasales. Se movía de manera espasmódica, como un robot que se va quedando sin batería.

La mujer murmuraba algo

ininteligible en alemán. Kate vio que se acercaba a la mesa de aquel camarote y recogía todos los libros que había encima, así como el ordenador portátil y los cables. A continuación, sin ningún miramiento, arrojó todo aquello dentro del carro de la colada. El ordenador crujió al caer, como si algo dentro de él se hubiese roto. La mujer salió del camarote y se detuvo ante la puerta del de enfrente. Estuvo trasteando un rato con las llaves hasta que consiguió abrir la puerta para entrar.

Aquella era su oportunidad. Kate reptó para salir de debajo de la cama y volvió a salir al pasillo, aprovechando

que la señora Miller estaba entretenida dentro del camarote opuesto. Al pasar al lado del carro de la colada echó un vistazo a su interior y palideció. Amontonados de cualquier manera, había más de dos docenas de portátiles, teléfonos móviles, cargadores, calculadoras y tabletas digitales, enterradas entre libros técnicos. Algunos tenían la pantalla rota, como si los hubiesen golpeado con fuerza. Parecía un montón de basura lista para que la arrojaran al mar.

Estaban eliminando cuidadosamente cualquier rastro del siglo XXI. El *Valkirie* (o lo que fuera que vivía dentro

del barco) imponía su voz de forma inexorable.

Kate siguió caminando hasta llegar al ascensor. Era menos arriesgado que subir por la escalera y cruzar todos los pasillos. Apretó el botón y esperó, nerviosa, a que la cabina llegase. El zumbido del motor y el traqueteo de la caja sonaban como cañonazos en el silencio sepulcral que se había adueñado del barco. Las sirenas de alarma habían dejado de sonar y no se oía ni un solo ruido. Si no fuese porque sabía que había más gente dando vueltas por el barco, Kate habría dicho que estaba sola a bordo.

«Empiezo a entender cómo te sentiste, Duff», pensó. Solo, pero perseguido por algo oscuro y malvado. Era una sensación angustiosa.

El ascensor llegó con un timbrazo alegre. Kate rechinó los dientes, pensando que aquel sonido se tenía que haber oído hasta en la pista de baile. No quiso quedarse a comprobar si alguien más lo había escuchado, así que se metió a toda velocidad en la cabina, cerró la verja ornamentada y apretó el botón.

Mientras el ascensor subía se dejó caer en el sillón acolchado del fondo, con las piernas demasiado débiles para

mantenerse en pie. Entonces se fijó en que apoyado a su lado alguien había dejado un periódico doblado. A Kate le extrañó de inmediato. ¿Quién demonios querría leer un periódico de hacía cuatro días? Lo cogió con manos temblorosas y no le sorprendió en absoluto lo que vio.

Era un ejemplar del *Völkischer Beobachter*, el periódico oficial del partido nazi. En la portada, un iracundo Goebbels se dirigía a una multitud enfervorizada que le aclamaba. Y, en una esquina, aparecía la fecha: agosto de 1939.

Soltó el periódico como si fuese una culebra venenosa y se frotó las manos de

manera compulsiva contra la tapicería del sillón tratando de eliminar una suciedad invisible. Entonces, la cabina se detuvo con una sacudida.

Kate se levantó de un salto y descorrió la reja ornamentada de la puerta. Y justo cuando iba a salir se quedó paralizada, como alcanzada por un rayo, incapaz de moverse.

Porque delante de ella, detenido delante del ascensor y observándola con ojos vidriosos, estaba Isaac Feldman.

XL

El tiempo pareció detenerse por completo. Feldman miraba a Kate con curiosidad, preguntándose cómo diablos había conseguido llegar hasta allí. La joven, por su parte, le observaba completamente abatida. Su juego había acabado. En cualquier momento, el viejo comenzaría a gritar y una multitud de guardias se congregaría allí. Por su cabeza pasó la imagen de cómo Moore había golpeado a Senka y sintió una punzada de terror. El miedo al daño físico, sinuoso y resbaladizo como una

serpiente, se coló en su mente y se acomodó con una sonrisa perversa, dispuesto a disfrutar del espectáculo.

Feldman tenía un aspecto deplorable. Apenas le quedaban un par de mechones de pelo sobre la cabeza, mientras que el resto del cuero cabelludo estaba enrojecido y levantado, como si le hubiese atacado la tiña. El porte armonioso del anciano había desaparecido y estaba encorvado y tambaleante, apoyado en un palo de sombrilla que había salido de alguna terraza del *Valkirie* y que le servía de bastón. Sus ojos estaban apagados, y Kate observó con horror que en uno de

ellos estaba creciendo una mancha blanca que tenía toda la pinta de ser una catarata.

Lo peor era su piel, que parecía apergaminada y seca, como si el magnate del juego hubiese envejecido cincuenta años en unas horas. Temblaba como una hoja a punto de caer del árbol.

—Hola, Isaac —murmuró—. Escúcheme un momento, se lo ruego. Déjeme hablar antes de...

—¿Sabe dónde está mi abuelo? —Su voz era como el crujido de un papel de periódico viejo—. Quiero ver a mi abuelo...

Kate se quedó horrorizada.

—¿Isaac? ¿Qué dice?

—¡Mi abuelo! ¡Quiero ver a mi abuelo ahora! —El anciano hizo un puchero y un chorrillo de baba espesa y maloliente se le escurrió por la comisura de la boca.

Conmocionada, Kate se dio cuenta de que el viejo Feldman, el gran coloso, el halcón de los negocios que hacía que la gente temblase a su paso, había perdido la cabeza por completo. Tan sólo era un viejo demente que paseaba en solitario por los pasillos del *Valkirie*. El barco, de alguna manera, había destruido la mente del único tripulante de 1939 que aún vivía. Su cuerpo estaba

allí, pero su mente no. Con un escalofrío se preguntó si el lugar adonde había ido la parte consciente de Isaac Feldman era un sitio oscuro, más oscuro y profundo que un agujero negro. Como el que ella había adivinado por un segundo en aquel hueco de la escalera.

Kate se acercó a Feldman y le sujetó del brazo. Con cuidado caminó con él hasta un sillón y ayudó al anciano a sentarse. Su olfato le dijo que Feldman se había orinado encima hacía un buen rato.

—Siéntese aquí, Isaac —dijo, con voz arrulladora, mirando sin cesar hacia atrás. Si aparecía algún guardia en aquel

momento estaba perdida por completo —. Hagamos un trato. Voy a buscar a su abuelo. Volveremos los dos a por usted dentro de un rato, pero no se mueva de aquí ni haga ruido mientras tanto, ¿vale?

No supo si la había oído o no, porque el anciano tenía la mirada perdida en el infinito. Su mandíbula pendía descolgada, como si Feldman estuviese en un estado de catatonia absoluta.

Kate lo miró con ternura mientras lo arropaba con una manta. La última vez que había visto a aquel hombre se había comportado de manera mezquina con ella, lo que había provocado que Moore

la tratase como a una sospechosa. Pero ahora ya no era él. Todo lo que había sido Feldman había desaparecido. Sólo quedaba una ruina temblorosa que no era capaz de reconocer ni el sonido de su propia voz.

Cuando estuvo segura de que el anciano no se movería de allí, siguió su camino.

Feldman se quedó en el sillón, atrapado en las densas redes de un sueño demasiado profundo del que no podía despertar. Fundido como una bombilla sometida a excesiva tensión.

El salón Gneisenau estaba totalmente desierto. Las sillas que tendrían que

haber estado ocupadas por el grupo de científicos estaban vacías, y todos los monitores, apagados. Sobre la mesa seguía el pequeño proyector que Cherenkov había utilizado el día de su presentación. A Kate le dio la sensación de que aquello había ocurrido hacía un millón de años, pese a que tan sólo habían pasado cuatro días.

Cuatro días.

Se quedó paralizada, notando un chorro de sudor frío que se deslizaba por su espalda. Si habían pasado cuatro días desde la partida, entonces el *Valkirie* tenía que estar llegando al mismo punto donde había desaparecido

setenta años antes. A su cita con el destino, otra vez.

Se le acababa el tiempo. Recorrió el salón pasando las manos por encima de los monitores. Todos estaban fríos, como si llevasen apagados mucho tiempo. No había el menor rastro de ninguna de las personas que tendrían que haber estado allí, investigando y poniéndose cada vez más nerviosas a medida que llegaba la hora de la verdad. En una esquina, apiladas como trozos de madera arrastrados por las olas, había un montón de carpetas con documentación y gráficas de temperatura que ya no le importaban a nadie.

Era una imagen de desolación y abandono absolutos. Los restos de un naufragio olvidado por sus protagonistas.

Sobre una mesa encontró un lote de documentación ordenadamente apilada al lado de una impresora láser. La impresora estaba apagada y parecía un monstruo dormido llegado de otro planeta. Alguien había pasado por allí y había tirado parte de los papeles, o quizá había tropezado con ellos, y el suelo estaba cubierto por una capa de folios arrugados cubiertos de signos matemáticos. Con cierto asco, Kate descubrió que muchos de los folios

tenían manchas de sangre reseca con forma de pétalo desfigurado, como si alguien hubiese goteado por encima de ellos. En un gesto automático se echó la mano a la nariz y comprobó, aliviada, que todavía no sangraba. De momento.

Apartó un montón de informes y estudios sobre electromagnetismo que nadie leería jamás, hasta encontrar un paquete de folios sujeto por una goma elástica en el que ponía: «A la atención de Kate Kilroy». No era muy grande, apenas unas cuarenta o cincuenta hojas. Sintió el pinchazo de la duda. No encontraría muchas pistas allí, pero tenía que intentarlo. Aunque, desde

luego, aquél no era el sitio adecuado para leerlo.

Salió del salón y caminó un tramo por el pasillo hasta llegar al inicio de la Gran Galería. El nombre era demasiado grandilocuente para lo que aquel corredor era en realidad, pero Kate supuso que para un pasajero de los años treinta aquel sitio tuvo que haber sido impresionante. Era un amplio pasillo, con techos altos artesonados en los que de vez en cuando se abrían vidrieras de colores, con dioses germánicos que contemplaban ceñudos el paseo de parquet que se abría debajo de ellos. A los lados se alineaban pequeños locales

donde estaba planeado que hubiera bares, joyerías, cafés y dos docenas de pequeños negocios más, para disfrute de los pasajeros de primera y segunda clase. Kate caminó por la galería vacía hasta detenerse debajo de una de las vidrieras. Sobre su cabeza, un Wotan con cara de haber cenado demasiada comida picante la observaba entre un revuelo de barbas y músculos. La joven se acercó a uno de los locales vacíos, que estaba cerrado y con todas las luces apagadas, como los demás.

Era la primera vez que se aventuraba hasta allí. El suelo tenía una ligera capa de polvo y restos de plástico y de cables

de cuando los electricistas y restauradores habían acabado las obras. No parecía que nadie se hubiese acercado por allí en los cuatro días de travesía. Aunque era muchísimo más pequeña que las modernas avenidas comerciales interiores de los transatlánticos modernos, el *Valkirie* había sido un adelantado a su época y ya en los años treinta había incorporado una zona de aquel tipo a bordo. En medio de la penumbra, parecía una pequeño centro comercial abandonado.

Kate giró el pomo de la puerta y ésta osciló sobre sus goznes sin soltar ni un chirrido. Caminó por las sombras hasta

encontrar una esquina por la que se filtraba un chorro de luz vacilante a través de una portilla. El cristal del ojo de buey estaba cubierto de algún tipo de resto de pintura que no permitía mirar hacia el exterior. Por otro lado, la luz mortecina del atardecer que se filtraba era muy tamizada y amarillenta. La niebla que los envolvía era aún más espesa que antes y su abrazo se había hecho cada vez más denso. Las ráfagas de lluvia golpeaban con violencia los cristales y el casco, y el viento aullaba como una alma en pena mientras la noche caía.

Revisó con rapidez el dossier. Tal y

como le habían prometido, estaba la lista con los pasajeros y la tripulación. En una de las páginas, subrayado, estaba el nombre de Schweizer, el dueño de aquel sombrero que había encontrado en el paseo. A Kate le pareció hasta divertido que se hubiese podido asustar con aquello, visto todo lo que había venido después. Pasó las hojas, furiosa, pero como era de esperar no había nada parecido a un plano del buque, ni una sola pista de dónde podía estar la celda de Senka.

—Muy típico de ti, Robert — masculló, enfadada, arrojando con frustración la mitad de las hojas al

suelo.

Entonces se fijó en las dos últimas hojas que sostenía en la mano. Eran una copia del libro de bitácora del *Valkirie*, el que el capitán Harper (¿seguiría atendiendo por ese nombre?) tenía sobre la mesa de derrota en el puente. Se fijó en que Anne Medine había copiado sólo las referencias a los últimos dos días. Sus ojos saltaron hasta la última anotación, hecha con la caligrafía picuda y germánica del capitán Kuss, el hombre al mando del *Valkirie* en 1939. A su derecha, en el lado inferior, había una pequeña mancha oscura, como si hubiese caído una gota de tinta sobre la

página al escribirla y alguien hubiese tratado de borrarla con la yema del dedo.

20.47 GMT: 53 o 94' 17" de latitud norte y 28 o 47' 09" de longitud oeste. Viento débil racheado NNW con ráfagas de viento fuerte. Olas de tres metros. Banco de niebla sin variaciones desde el último cambio de guardia. Dirección y velocidad constantes. Se ha detectado una vibración anómala cerca de la sala de calderas. El reconocimiento realizado por el Oberfeldwebel Dittmar certifica que no hay daños aparentes. En la inspección subsiguiente, se ha descubierto a

cinco polizones en el sollado de calderas número 2. El capitán abandona el puente para asistir a la cena de gala. Delega solución del problema en el oficial de seguridad Otto Dittmar. Cambio de guardia realizado sin novedad.

Y eso era todo. Después de aquello, el resto del diario estaba en blanco, hasta que a las cuatro y media de la misma madrugada el *Pass of Ballaster* había encontrado el *Valkirie* abandonado y a la deriva.

Kate releía las mismas líneas una y otra vez. Polizones en el *Valkirie*. Era la primera vez que oía hablar de aquello.

Feldman jamás le había comentado nada, ni aparecía recogido en el dossier de documentación que había reunido el periódico. Tenía todo el sentido, si pensaba que hasta apenas un año antes aquel libro de bitácora había estado enterrado en un archivo militar, debajo de una tonelada de documentos administrativos de la época. Pero si Feldman lo sabía, ¿por qué no se lo había dicho?

La comprensión le alcanzó con la fuerza de un rayo. Feldman sospechaba que él mismo era uno de esos cinco polizones. Posiblemente, el bebé de alguna familia.

Porque de eso iba todo. De descubrir qué había pasado con aquella gente. Con *su* gente.

De descubrir sus orígenes y su propio destino. Las anomalías, la investigación de Cherenkov, Wolf und Klee..., todo eso no le importaba lo más mínimo a Feldman.

De súbito, Kate oyó un ruido de pasos y se escabulló como un ratón debajo de una mesa. Los pasos sonaban cada vez más cerca y se detuvieron justo enfrente de su puerta. Kate distinguió una sombra oscura y amorfa que se recortaba contra el cristal. Angustiada, miró a su alrededor, pero no había nada

allí que pudiese utilizar para defenderse. Estaba atrapada en una ratonera sin salida.

Vio cómo el pomo de la puerta se movía y la hoja de madera y cristal giraba. Kate contuvo un chillido de pánico, notando cómo la sangre se agolpaba a sus pies.

Entonces, todo el aire de sus pulmones se escapó de golpe.

Harvey Carter, el físico norteamericano, estaba en el umbral. Un rayo de luz procedente de una vidriera bañaba la cabeza del científico con un resplandor apagado. Y donde antes solía llevar el pin de un mapache lucía una

brillante esvástica de color rojo sangre.

XLI

Carter entró en el recinto de la tienda trastabillando en la oscuridad. Kate le oyó murmurar algo por lo bajo que no pudo entender. Aunque no podía distinguirlo en la oscuridad, se imaginaba perfectamente su pechera cubierta de sangre y su mirada perdida. Ya era uno de ellos.

Sin apartar los ojos del norteamericano, las manos de Kate reptaron por el suelo, tanteando a oscuras. Sus dedos arañaron el suelo, pero sólo encontró trozos de plástico y

bolas de polvo que se habían acumulado debajo de aquella mesa. De repente, sus manos se cerraron sobre un tubo de cartón rígido, de los que se usan para transportar rollos de tela. Aquel tubo había rodado debajo de la mesa cuando los decoradores habían forrado una de las paredes de aquella habitación, y nadie lo había recogido.

Kate lo sujetó con fuerza, como un bate de dos metros y esperó paciente a que Carter se adentrara más en la habitación. Entonces, cuando pasó a su lado, salió de debajo de la mesa lanzando un alarido de furia y con el rollo de cartón en alto.

Descargó el tubo con todas sus fuerzas sobre la espalda de Carter, que lanzó un grito de sorpresa. El norteamericano se volvió y levantó los brazos en un acto reflejo. Kate se echó hacia atrás y alzó de nuevo el tubo, pero tropezó con el techo raso del pequeño cuarto. Eso le dio tiempo a Carter para apartarse de un salto y poner la mesa entre los dos.

—¡Kate, por el amor de Dios! —bufó, jadeando—. ¿Te has vuelto loca? ¡Soy yo, Carter!

Kate se quedó paralizada al oír su voz. Le había reconocido. Y había hablado con ella. En inglés, no en

alemán. El alivio fue tan intenso que dejó caer el tubo y las lágrimas amenazaron con inundar sus ojos de nuevo.

—¡Carter! —No se lo podía creer —. ¿Eres tú?

—¡Claro que sí! —gruñó el norteamericano frotándose la espalda con un gesto de dolor—. O, al menos, lo que queda de mí después del golpe que me has dado.

El científico se acercó renqueando a la portilla y se colocó bajo la luz menguante. Kate pudo ver que lucía una barba de tres días y que había cambiado su camisa estampada por una más

sencilla, de color blanco. Tenía los ojos inyectados en sangre y unas bolsas debajo de los párpados que le llegaban hasta las rodillas, pero por lo demás no parecía demasiado cambiado. No había ni rastro de sangre en su nariz ni en sus ropas. En conjunto, daba la sensación de haber estado un par de días de fiesta y sufrir una enorme resaca, pero nada más.

—¿Me reconoces? —dijo, al cabo de un rato, con aire desconfiado—. ¿Sabes quién soy?

—Eres Carter, el físico. Trabajas en la Universidad de Atlanta. Eres vegetariano y en la cena de hace dos días me dijiste que odiabas el béisbol y

que preferías el fútbol americano — recitó Kate de carrerilla. Se sentía reconfortada al decir todo aquello en voz alta. Era como recitar un conjuro que podía romper el manto de oscuridad que los rodeaba.

Carter asintió, satisfecho. Tanteó su bolsillo hasta sacar un paquete de cigarrillos y un mechero. Encendió uno y dio una larga calada, antes de romper a toser como si estuviese a punto de perder un pulmón.

—Eres Kate Kilroy —dijo a su vez, mientras se raspaba la garganta con gesto dolorido—. Eres periodista de un diario inglés. No te gustan los guisantes,

llevabas un vestido azul precioso hace dos noches y eres la única persona a bordo de este barco que no parece haber perdido la cabeza.

Kate sintió tal oleada de alivio que sin pensarlo se abalanzó sobre el norteamericano y lo abrazó con fuerza. Carter abrió mucho los ojos al sentir el contacto del cuerpo de Kate y le dio un par de palmaditas torpes en la espalda.

—¿Y eso? —Kate señaló el pecho de Carter, donde el pin con la cruz gamada brillaba con luz siniestra.

Carter observó la insignia con expresión perpleja, como si fuese la primera vez que la veía. Se pasó la

mano por la frente mientras fruncía el ceño.

—No puedo recordarlo bien. Las últimas horas son muy confusas en mi memoria —murmuró sacudiendo sus rizos de un lado a otro—. Tengo la cabeza como si me hubiesen metido a presión por las orejas una tonelada de algodón. La falta de sueño me está matando.

—¿Falta de sueño?

—Ha sido la única manera de evitar que lo que sea que está pasando a bordo de este barco me derritiera el cerebro —murmuró Carter a la vez que se dejaba caer en una silla y se desprendía

la insignia del pecho con dedos torpes —. De todas formas, creo que me debo de haber quedado dormido a ratos durante las últimas veinticuatro horas. No recuerdo haberme puesto esta ropa y, por supuesto, no tengo la menor idea de dónde he sacado esta puñetera cruz gamada.

—¿No has dormido, entonces...?

—Desde hace setenta y dos horas — contestó el físico mientras se pasaba la mano por la incipiente barba—. En el laboratorio detectamos un aumento del campo electromagnético que interfería con las ondas alfa, que a su vez... —Se interrumpió haciendo un gesto

despectivo—. ¡Bah! ¡Eso ahora es lo de menos! Por decirlo de una manera sencilla, el cerebro no es más que un inmenso campo eléctrico. Todas las sinapsis neuronales no dejan de ser pequeñas descargas de electricidad. Lo cierto es que se estaban dando unas condiciones que podían interferir con la mecánica cerebral y se lo dije a Cherenkov, pero el condenado ruso me ignoró. Estaba demasiado obsesionado con poder demostrar empíricamente la existencia de su singularidad. Bien, ahora el muy idiota ya tiene lo que buscaba.

—Pero ¿qué tiene que ver el sueño

con todo esto? —preguntó Kate, confundida.

—No soy capaz de explicarlo. —Carter parecía realmente agotado—. Ni siquiera me resultaría sencillo explicarlo en condiciones normales. Así que sin dormir, irritable y después de que me han sacudido con un bate de cartón rígido en la cabeza, ya te puedes imaginar...

Kate bajó la cabeza, algo avergonzada.

—Entraste tropezando y con una cruz gamada en el pecho. ¿Qué querías que hiciera?

—No sé —gruñó Carter—.

¿Encender la puñetera luz, por ejemplo?

—¿Cómo me has encontrado?

—El suelo de esta galería está cubierto de polvo. —Señaló hacia el exterior con aire agotado—. Dejaste un rastro que hasta un ciego podría seguir. Paseé por delante de las puertas de acceso a la Gran Galería y vi que estaban abiertas, así que entré para ver quién andaba por aquí. Estoy buscando a Feldman. Él es el único que puede parar esta locura.

—Feldman ya no está en condiciones de parar nada —replicó Kate con amargura, y le contó lo que le había sucedido a ella durante los

últimos dos días.

Carter escuchó muy atento la historia de Kate mientras sacudía los pies sin parar. Cuando llegó a la parte de la detención de Senka, frunció el ceño.

—No me puedo creer que esa mujer sea una neonazi chiflada. No tiene sentido.

—Yo tampoco lo creo —contestó Kate—. Por eso la estoy buscando. Algo me dice que ella es la única que sabe cómo detener este barco.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

Kate bajó la cabeza, avergonzada. No quería contarle a Carter lo de Robert. No le importaba que aquel

hombre pensase que era una lunática, pero necesitaba de su ayuda desesperadamente, y si sacaba a relucir una historia de amantes fantasma lo más probable era que la mandase al diablo.

—Simplemente lo sé. Confía en mí, Carter, te lo ruego. Necesito tu ayuda.

Carter suspiró levantando los brazos.

—Supongo que no me queda más remedio. Eres la única persona a bordo que no está como una cabra y aún es consciente de que no estamos en un jodido congreso del partido nazi.

—¿Me ayudarás a buscar a Senka?
—Kate sintió renacer la esperanza en su

pecho.

—Mejor que eso. —El físico esbozó una frágil sonrisa—. Sé dónde está ahora mismo.

XLII

Richard Moore estaba muy confuso. Confuso y enfadado. Sentado en uno de los bares del barco (el único abierto en aquel viaje y que tenía los anaqueles llenos de botellas) observaba con furia la imagen que le devolvía el espejo de detrás de la barra.

Estaba en un taburete de piel de búfalo, con una botella de whisky Talisker de treinta años abierta delante de él. La botella ya estaba mediada y Moore se sentía algo más que moderadamente borracho. Estaba muy

bebido, y furioso.

Todo había sucedido muy de prisa. No sabía en qué momento lo que parecía un trabajo sencillo se había transformado en una pesadilla sin fin.

Cuándo había perdido el control de la situación.

Richard Moore era un hombre de mundo. Frisaba los cuarenta años y tenía el cuerpo fibroso de un jugador de fútbol americano, sin un gramo de grasa y con unos músculos como pistones. Había entrado en los Black Rats, la famosa brigada mecanizada del ejército británico, con tan sólo dieciocho años. El joven Richard subió en el escalafón,

año tras año, ganándose a pulso una fama de tipo duro, irritable y con una lealtad férrea al sistema de mando. Richard era un hombre feliz dentro de la disciplina militar del ejército de Su Majestad. Allí había encontrado el hogar que un padre alcohólico y una madre ex prostituta no habían podido darle.

Si por él fuese, jamás habría abandonado los Black Rats. Aquél era su hogar. Pero un caluroso día de verano de 2005 todo se fue al infierno a veinte kilómetros de Kandahar.

Era un puesto de control rutinario, instalado en una carretera polvorienta,

cerca de media docena de poblados malolientes hechos de adobe y mierda de burro. Su misión era realizar controles aleatorios para evitar la circulación de elementos sospechosos de simpatizar con los talibanes y encontrar armas. Moore estaba allí, con cinco hombres a su mando, colocados detrás de dos ametralladoras pesadas, sudando sin parar, enloquecido por el viento que soplaba desde las montañas cargado de polvo y con un dolor de cabeza penetrante después de todo un día al sol con el casco de kevlar puesto. Le podía haber pasado a cualquiera.

A cualquiera menos a él, no se

cansaba de repetirse, mientras se servía otro vaso de Talisker. Apuró el carísimo licor escocés de un trago dejando que su mente volase de nuevo a aquel día horrible.

La moto, con dos hombres y un niño subidos sobre ella, se había acercado renqueando al puesto de control. Alguien tendría que haberles dado el alto, pero lo cierto fue que, en la investigación posterior, ninguno de sus hombres recordaba haberlo hecho. Cuando Moore vio la moto a tan sólo dos metros de su blindado, su entrenamiento le hizo reaccionar como un resorte. Antes de poder fijarse en la

cara de aquel pequeño de menos de tres años ya había gritado «fuego» tres veces.

Casi mil ochocientas balas impactaron en los dos hombres, la moto y el niño. Su parte racional le dijo más tarde que resultaba difícil dejar de apretar el gatillo cuando la tensión de un largo día se libera de golpe. Su corazón le confesó que a veces los monstruos habitan dentro de los hombres, aunque ellos no lo sepan, y aprovechan momentos insospechados para manifestarse. Fuera por una cosa o la otra, lo cierto fue que cuando consiguió que sus hombres dejaran de disparar las

ametralladoras pesadas, de los afganos y su moto no quedaba sino un amasijo de acero y de carne hecha jirones.

Un mes después, Moore se enfrentó a una corte marcial, y dos semanas más tarde, vestido de civil y con los recuerdos de toda una vida embutidos en un macuto, salió por la puerta del cuartel de los Black Rats, caminando sin saber hacia dónde iba.

Y entonces Feldman se había cruzado en su vida. Como en el ejército, Moore fue subiendo paso a paso dentro de la organización del magnate, desde su primer trabajo como matón en uno de sus casinos, hasta que se granjeó

finalmente la confianza del viejo judío y éste le nombró su jefe de seguridad.

Todo había ido sobre ruedas hasta entonces. Durante los dos anteriores años, Moore creyó haber encontrado un nuevo hogar. Hasta que habían subido al *Valkirie*. Y todo se había ido al diablo otra vez.

Primero había sido lo del *Mauna Loa*, el barco de apoyo saboteado. Más tarde, el asesinato de Tom McNamara, la voladura del sistema de comunicaciones y, finalmente, lo de los estabilizadores. Y él no había podido impedir nada. En vez de prevenir los golpes, se había limitado a correr como

un perro apaleado de un lugar a otro, intentando detener el curso de los acontecimientos cuando éstos ya habían sucedido. Había fracasado en su trabajo.

No lo has hecho bien, Richard, susurró la voz, *pero aún puedes arreglarlo.*

Moore sacudió la cabeza y miró hacia todas partes. Estaba solo en el bar, y únicamente estaba encendida una de las luces, justo la que se encontraba sobre su cabeza. El resto del local estaba en penumbra, y las sombras ocultaban las mesas y las sillas que algún día se suponía que estarían ocupadas por los pasajeros del barco.

—¿Quién anda ahí? —masculló poniéndose en pie.

Alguien que te quiere, Richard. Una amiga.

Moore se levantó y avanzó trastabillando hasta el fondo de la sala. Tenía tal dolor de cabeza que no podía estar seguro, pero hubiese jurado que la parte más oscura de las sombras se había movido hacia la otra esquina, alejándose de él, como si quisiera jugar al escondite. Caminó hacia el otro lado, pero lo único que consiguió fue tropezar contra una mesa y despellejarse la espinilla.

—¡Argh! ¡Joder! —bramó mientras

se echaba la mano a la pierna.

Permaneció doblado sobre sí mismo durante un largo rato. Se sentía profundamente desgraciado. Por una vez en su vida se dejó llevar por la autocompasión.

—El estrés te está volviendo loco, Richard —se dijo a sí mismo en voz alta, cuando se incorporó.

Caminó de vuelta hasta la barra, sin dejar de frotarse la espinilla, y entonces se detuvo en seco. Se frotó los ojos, incrédulo.

El vaso que acababa de vaciar estaba lleno de nuevo. Hasta los bordes. Y, además, dos piedras de hielo giraban

perezosas en el licor.

Moore giró sobre sí mismo como una cobra, echando la mano a la Walther PPK que llevaba en la funda, junto a la axila.

—¿Dónde estás? —gritó—. ¡Sal, hijo de puta!

Con su voz de borracho, sonó algo así como «*shaligodefputa*». La pistola bailaba en su mano, sin el menor control. Unas gruesas gotas de sudor le resbalaban por las sienes y por la espalda. De repente, Moore se inclinó y vomitó en el suelo hasta que no pudo más. Jadeando, se levantó y rodeó la barra hasta la parte interior. Se acercó a

la máquina de hielo y, con la pistola en ristre, la abrió de un tirón.

Estaba vacía y apagada. Nadie la había conectado en todo el viaje.

Miró de nuevo su copa, terriblemente confuso. La cogió entre sus manos y la contempló durante un rato eterno. De repente la arrojó con fuerza contra la pared del fondo, gritando de rabia. El vaso estalló en mil pedazos y todo el papel pintado de la pared quedó sembrado de restos de cristal y chorretones de whisky.

Se quedó de pie, jadeando, sin parar de sudar. Con un esfuerzo se volvió hacia la barra y se sentó de nuevo.

Entonces, un temblor incontrolable le asaltó. Una risa histérica trepó por su garganta e, incapaz de sofocarla, comenzó a hacer unos ruidos ahogados.

Al lado de la botella había un nuevo vaso, lleno hasta los bordes, con dos hielos flotando.

No seas tonto, Richard. Sólo quiero ayudarte. Haz el favor de beberte la copa.

Con manos vacilantes, Richard sujetó la copa entre sus dedos, se la acercó a la boca y le dio un trago largo y prolongado. Sabía bien, y estaba fresca. El licor le bajó por la garganta hasta explotar con la fuerza de un puñetazo

caliente en su estómago.

Tienes que redimirte, Richard. No puedes permitir que esos saboteadores cabrones se salgan con la suya.

Richard meneó la cabeza y dio un nuevo sorbo. Qué razón tenía aquella VOZ.

Hasta ahora se te han adelantado, pero ya tienes a una de ellas encerrada en una celda. Es tu oportunidad de tomar ventaja. De quedar bien ante tus superiores.

Richard Moore asintió, con un gruñido de satisfacción. Tenía toda la razón. Era la hora de tomar la iniciativa. Si no hubiese estado tan cegado por su

ansiedad, ni tan borracho, se hubiese dado cuenta de que la voz había dicho «tus superiores» en vez de Feldman, pero no se fijó. Su cerebro parecía latir con ritmo propio, mientras un millón de voces chillaban al unísono tratando de superponerse unas a otras.

Eres el oficial al mando de la seguridad de este barco. Tus hombres se fijan en ti. Eres su modelo. No les puedes fallar.

—No, no puedo.

Se sirvió una nueva copa y la vació de un trago. Cada vez se sentía mejor, con las ideas más claras.

¿A quién crees que seguirán si tú

fallas, Otto? ¿Quién evitará que esos agentes comunistas se hagan con el control del barco?

«¿Otto?». Una parte de su cerebro registró que aquel detalle no encajaba, pero no pudo hacer nada más. Antes de que se encendiesen los timbres de alarma de su cabeza, una marea oscura comenzó a empujar dentro de su mente con una fuerza demoledora. Mientras vaciaba el vaso los casi veinte años pasados en los Black Rats fueron sistemáticamente demolidos por aquella ola oscura que lo anegaba todo.

Seguro que es judía, Otto. Comunista y judía. Una rata infecta.

Una enemiga del Reich.

—Sí —bramó Moore dando un puñetazo sobre la mesa. Una clarividencia atronadora había sustituido el dolor de cabeza. Lo veía todo perfectamente claro. El bar había adquirido unos colores vibrantes e intensos. Hasta su piel parecía relucir ante sus ojos.

Hay otra agente en el barco, Otto. Es inglesa, y es peligrosa. Tienes que detenerla. Y tienes que hacerlo ahora.

Moore (aunque ya no respondía por aquel nombre) dio un salto y se puso de pie. Volvió a poner la pistola en la funda que llevaba junto a la axila y se pasó las

manos por la cara, llevándoselas hacia la frente y el pelo. Al acabar, una capa de sangre muy roja que salía de su nariz se había extendido hasta la base de su cabello dándole un aspecto demoníaco y salvaje.

Pero él no lo sabía ni le importaba. Tenía una misión. Un trabajo que hacer.

Otra cosa, Dittmar. Hay un viejo loco y un hombre joven vestido con traje color crema. A éstos no los toques. Son míos. Yo me encargaré personalmente.

El odio que había en esa última frase era de tal intensidad que Moore/Dittmar se encogió un poco. Estaba sacudido por

la ira, que se transmitía a su cabeza a través de unos tentáculos invisibles, arraigados en su mente como dientes podridos.

Apuró la copa y se levantó de la barra. Alargó su mano hacia una gorra de plato que hasta un rato antes no estaba allí y se la caló sobre la cabeza. Le ajustaba a la perfección.

Cualquiera que lo hubiese visto en aquel momento habría temblado de terror. Mientras acariciaba su pistola con aire maníaco y silbaba algo que recordaba al *Horst Wessel Lied*^[1], el hombre que alguna vez había sido Richard Moore salió del bar,

transformado en el Oberfeldwebel Otto Dittmar, trastabillando y con la sangre manando de su rostro sin cesar. Y a su alrededor las sombras eran mucho más oscuras que en el resto del barco. Y se movían sin cesar, hambrientas.

Esperando a que pasasen las cosas que inevitablemente volverían a suceder.

XLIII

Kate miraba a Carter como si éste acabase de salir de un platillo volante.

—¿Cómo es posible que sepas dónde está Senka? —preguntó, muy despacio.

—Las celdas tienen que estar muy cerca del cuarto de guardia y de los camarotes de los hombres de Moore —contestó Carter, encogiéndose de hombros—. Hace cuarenta y ocho horas, más o menos, me pasé por allí. Me estaba quedando dormido y necesitaba algo para mantenerme despierto.

—¿El qué?

Carter levantó la mano. En ella sostenía un arrugado paquete de cigarrillos.

—Yo no fumo —dijo—. O, al menos, hasta hace dos días no fumaba. La nicotina me ayuda a mantenerme despierto, aunque me está destrozando la garganta. —Volvió a hacer el sonido rasposo que había llamado la atención de Kate un momento antes—. Y lo más parecido a un estanco en este barco es ese puñetero cuarto de guardia. Conseguí que me vendiesen medio cartón por cien dólares norteamericanos. Son una pandilla de cabrones

estafadores.

—¿Y qué pasó allí?

—Hay dos cuartos al fondo del pasillo, cerrados con llave, al lado del armero. Tienen rejas en la puerta. Me juego lo que me queda de cordura a que tienen a tu serbia allí metida.

Kate sintió que el mundo se derrumbaba sobre ella.

—Jamás conseguiremos sacarla de allí —murmuró—. Si está tras el cuarto de guardia, habrá al menos un par de los hombres de Moore vigilando. No podemos llegar allí por las buenas y decir: «Hola, ¿qué tal? ¿Podríais abrir esta celda, por favor, y mirar para otro

lado durante quince minutos?».

—Puede que no sea necesario —
contestó Carter con una sonrisa
enigmática—. Hay otras maneras.

—¿Cuáles?

Por toda respuesta, el físico se puso en pie y le hizo un gesto para que le siguiese. Salieron de la Gran Galería con sigilo y volvieron hacia la zona principal de primera clase, en torno a la escalera de las águilas. Pero antes de llegar a ella se detuvieron en uno de los ascensores y subieron dos plantas hasta un pasillo en el que Kate no había estado antes.

—Aquí se encuentran los

laboratorios —dijo Carter frunciendo el ceño mientras caminaban por el corredor—. O por lo menos hasta ayer estaban.

La habitación permanecía a oscuras, repleta de sombras que parecían moverse. Carter apretó el interruptor de la luz y el brillo de los fluorescentes parpadeantes iluminó unas largas mesas cubiertas de material científico. El lugar estaba desierto, y frío, con esa temperatura húmeda que tienen los sitios por donde no ha pasado nadie en muchas horas.

—¿Qué hacemos aquí?

—Coger unas cuantas cosas.

Ayúdame —replicó Carter pasándole unas tijeras—. ¿Ves aquel bol de papel de aluminio?

—¿El que tiene restos de albóndigas cubiertas de moho? —Kate arrugó la nariz con asco.

Carter asintió.

—Las ratas de laboratorio podemos ser muy descuidadas con ciertas cosas. Y si encima este lugar los está trastornando, ya puedes ver lo que pasa. Necesito que cortes ese bol en pedazos muy pequeños, Kate, lo más pequeños posible.

La joven asintió y después de vaciar el bol comenzó a hacerlo pedacitos con

las tijeras. Entre tanto, Carter rebuscaba entre las botellas de reactivos y productos químicos. Kate se acordó del finlandés que no la había reconocido en la pista de baile y se estremeció. Se dio cuenta de que lo más probable era que aquel hombre no volviese a ponerse una bata de laboratorio en su vida.

—Ya lo tengo —murmuró Carter, y sacó dos botellas de cristal rellenas de un líquido claro. Además, cogió un par de guantes de aspecto resistente de un cajón, dos máscaras protectoras que se guardó en un bolsillo y un bidón de plástico vacío de unos cinco litros—. Estamos listos —dijo con una sonrisa

confiada—. Vamos a por tu amiga.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Kate, con las manos llenas de pequeñas tiras de aluminio—. ¿Lanzarles confeti y rociarlos con agua?

—Más o menos —contestó el físico—. Confía en mí, Kate Kilroy. Sé lo que hago.

Cinco minutos después, tras dar un rodeo a través de los pasillos de servicio, llegaron a la planta donde estaba el cuarto de guardia. A unos dos metros se oía la voz queda de dos hombres que murmuraban algo entre ellos. Un rato después, una risa escalofriante salió del camarote. Era una

risotada extraña, disonante, como un piano mal afinado. Daba la sensación de que la boca que la emitía y el cerebro de su dueño no estaban sintonizados en la misma frecuencia.

La cabina de uno de los ascensores estaba a tan sólo unos diez metros. Carter arrastró a Kate hasta allí y se puso de rodillas. Apoyó el bidón en el suelo, se embutió los guantes y lo rellenó con uno de los líquidos, que tenía un olor penetrante.

—Esto es ácido muriático —explicó a medida que añadía las virutas de aluminio de Kate al líquido dentro del bidón y lo cerraba con fuerza—. Es muy

corrosivo y tiene la mala costumbre de provocar una reacción explosiva si se mezcla con ciertos metales como...

—El aluminio —remató Kate, con una sonrisa.

Carter asintió con una expresión traviesa en el rostro antes de agitar con fuerza el bidón. Se empezó a oír un gorgoteo extraño dentro del recipiente y sus paredes se empezaron a dilatar de inmediato. El físico se levantó de un salto y salió del ascensor, empujando a Kate, pero antes le dio tiempo a apretar el botón de la cabina para que se cerrase a sus espaldas.

Se metieron a toda prisa en un cuarto

de colada que estaba en el pasillo, y esperaron durante unos segundos que se hicieron interminables. De golpe, una explosión ensordecedora sacudió el hueco del ascensor, acompañada de un fogonazo y de una enorme columna de humo espeso y de olor irritante.

Fue como dar una patada a un hormiguero. Los guardias de seguridad salieron del cuarto de guardia con sus armas en ristre y expresión de desconcierto en el rostro. A Kate le dio tiempo a verlos durante una fracción de segundo y se quedó aterrorizada al descubrir que ya no vestían el traje azulado de faena que solían llevar, sino

un uniforme verdigris con el emblema del águila cosido sobre el bolsillo de la guerrera. Los tres hombres estaban muy pálidos y con restos de sangre reseca en el rostro. A uno de ellos le manaba un hilillo rojo por un oído, pero no parecía darse cuenta.

Dos de ellos se acercaron a la puerta del ascensor y trataron de abrirla, pero fue inútil. Hablaron por el walkie-talkie y subieron por la escalera de servicio, mientras el tercero volvía con expresión confundida hacia el cuarto de guardia. Trastabillaba al andar y se movía como si padeciese un ataque atroz de artritis.

—Aún queda ése —musitó Kate.

—Todavía tenemos un as en la manga. —Carter sacó la otra botella de su bandolera y las dos máscaras, y le tendió una a Kate—. Ponte esto.

—¿Qué hay ahí?

—Amoníaco concentrado. Lo tienen hasta en el laboratorio más miserable del mundo. No es tóxico, pero es irrespirable. Y, ahora, presta atención —dijo—. Esto te va a encantar.

Carter levantó el brazo y lanzó la botella hacia el interior de la sala de guardia en un gesto casi casual. La botella giró un par de veces en el aire antes de desaparecer a través de la puerta abierta y estrellarse contra el

suelo en un concierto de cristales rotos. Apenas quince segundos más tarde, el hombre que quedaba dentro salía boqueando y con los ojos enrojecidos a causa de los vapores irritantes del amoníaco.

Kate se acercó a él con paso decidido, sujetando una lámpara de bronce con dos pequeñas valkirias. La levantó con esfuerzo y la dejó caer sobre la cabeza de aquel hombre. Sonó un golpe seco terminado en un crujido y el guardia se desplomó como un buey desnucado.

Sin mediar ni una palabra entraron en el cuarto de guardia con las máscaras

y las gafas protectoras bien apretadas en la cara. La sala estaba desierta y sin cambios aparentes, pero las paredes parecían zumbiar con vida propia. Era como si todo el barco, indignado, contuviese la respiración ante aquella violación del plan maestro establecido. Kate sospechaba que la sombra oscura no tardaría en llegar. Si es que no estaba ya con ellos en aquel momento.

—¿Dónde están las malditas llaves?
—La periodista movió las manos como un molino por encima de la mesa del cuarto de guardia, derribando botellas de cerveza vacías, un cenicero, un montón de revistas y una pila de

radiotransmisores. Las gafas estaban empañadas e, incluso con la máscara, parte de los vapores irritantes del amoníaco se colaban por su garganta. Era como respirar fuego—. ¿Dónde están? ¿Dónde están, joder?

—¡No lo sé! —La voz de Carter sonaba ahogada por su máscara. De pronto, el norteamericano se dobló por la mitad y comenzó a toser con violencia, envenenado por los gases irritantes. Tropezó con unas cuantas sillas desparramadas por el suelo y consiguió salir de la habitación, demasiado cegado como para poder servir de ayuda.

Kate se sintió invadida por una ola de ira teñida de decepción. No podía ser. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Giró la cabeza hacia la puerta y le asaltaron unas ganas irrefrenables de empezar a reír como una demente. Colgadas de la cerradura, como un manojo de uvas maduras, pendían las llaves. Habían estado allí, a plena vista, desde el principio.

Abrió la puerta, con el corazón encogido. Si se habían equivocado, no habría una segunda oportunidad. El tiempo avanzaba inexorable. Jamás encontraría a la serbia en las entrañas del *Valkirie*.

Primero vio unas largas piernas bien torneadas. Después, unas bragas elásticas y una camiseta manchada de sangre que cubría un torso. Y, por último, una cabellera rubia llena de pegotes alrededor de la cara amoratada de Senka Simovic, que miraba hacia la puerta con expresión confusa.

—*Wer bist du?* —Su voz sonaba apagada, como si estuviese drogada o en estado de *shock*. De una de sus fosas nasales había empezado a manar un hilillo de sangre.

«Oh, joder, está completamente pirada», comprendió Kate con desaliento. La sombra del *Valkirie* ya la

había cubierto con su manto oscuro.

Arrastró a la serbia fuera del cuarto, a trompicones. Se detuvo un momento para coger un pantalón de chándal que estaba apoyado encima de una taquilla. Debía de ser unas tres tallas más grande de lo necesario, pero, en todo caso, era mejor que llevar a la serbia en ropa interior a través de todo el barco.

Los vapores tóxicos ya se estaban disipando y pudieron cruzar el cuarto de guardia sin ningún problema. En el exterior estaba Carter, jadeando y con las manos en las rodillas. El físico parecía estar a punto de caer al suelo.

—Debemos irnos ahora mismo —

resopló mientras se llevaba una mano a las sienes, en un gesto de intenso dolor—. Volverán en cualquier momento.

—Lo sé —contestó Kate, con energía—. Venga, tenemos que llegar a la zona de las bodegas.

Comenzó a andar sujetando a Senka por el brazo, pero la serbia clavó los pies en el suelo con firmeza y no se movió ni un centímetro. Kate se volvió hacia ella, preocupada.

—*Nein! Ich will nicht zu gehen. Ich weiß nicht, wer du bist.*

—¿Qué coño dice?

—Dice que no quiere venir con nosotros —murmuró Kate, confusa—.

Creo que no sabe quiénes somos.

—Está perdida, Kate —dijo Carter, con desánimo—. Dejémosla aquí. En su estado no nos servirá de ninguna ayuda.

—Espera un minuto.

La mente de Kate trabajaba a toda velocidad pensando en la manera de traer de nuevo a Senka a la realidad. La violencia no valdría de nada. Podían golpearla hasta morir, pero su mente seguiría a un millón de kilómetros. Miró hacia Carter, cuya piel estaba adoptando un feo color amarillento. El norteamericano había evitado caer bajo el influjo del barco porque se había mantenido despierto todo el rato, pero

¿qué la había mantenido a salvo a ella?

«Robert».

Parpadeó un par de veces, luchando con unas lágrimas distintas a las provocadas por el amoníaco que pugnaban por salir de sus ojos. Robert. La sensación de pérdida que había sido apaciguada. La pasión transformada en dolor sordo y de nuevo en algo tangible.

El amor por un hombre muerto que le había permitido mantenerse cuerda en un mundo de locos. La pasión.

La pasión.

Fue como una corazonada. Sin pensar muy bien lo que hacía sujetó la cabeza de la serbia entre sus manos y la

miró a los ojos.

«Dios santo, qué estoy haciendo».

Inclinó la cabeza, y con los párpados caídos, entreabrió los labios y besó suavemente a Senka Simovic en su lastimada boca.

La serbia se resistió al principio, como si la atacase una manada de lobos, pero estaba demasiado débil para debatirse. Poco a poco se fue relajando y correspondió al beso de Kate. De repente, la joven pelirroja sintió la lengua juguetona de la serbia dentro de su boca.

«Bien, esto ya es demasiado».

Se separó de ella y la miró

expectante.

Senka permanecía con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, con una sonrisa beatífica en la cara. Finalmente abrió los ojos y miró hacia Kate con arrobamiento y placidez. Ni siquiera la propia Senka era consciente de que no lucía esa expresión desde el día que tenía siete años, cuando aún no sabía que al cabo de pocas horas su pueblo estaría ardiendo a su alrededor.

—Hola, Kate —murmuró con voz ronca—. ¿Qué estás haciendo?

A Kate la voz de la serbia le pareció el sonido más dulce que había oído jamás. Sonrió cómplice, pensando que

era la primera vez en toda su vida que besaba a una mujer y que no había estado tan mal, a pesar de todo.

—Intentar que salvemos nuestras vidas. Tenemos que irnos, rápido. Senka, necesito que...

Un golpe sordo la interrumpió. Se volvió sobre sí misma y notó que la sangre se le congelaba. El vestíbulo estaba lleno de sombras oscuras, muy oscuras, que se movían sin cesar y que parecían devorar la luz que, cada vez más débil, agonizaba en las lámparas.

Las paredes latían, en un ritmo sordo y acompasado, como una onda que se propagase por debajo del agua y que

rebotaba en su pecho con fuerza, amplificada hasta volverse dolorosa dentro de su mente.

Estaba allí. *Ella* estaba allí.

Y Harvey Carter, de rodillas en el pasillo, sangraba por la nariz como una fuente mientras se sacudía entre temblores, mirándolas con expresión perdida.

XLIV

Richard Moore —o lo que alguna vez había sido Richard Moore— subía los escalones con la cadencia de un metrónomo, sin que apenas se le alterase el pulso. Sus pulmones eran como dos fuelles, y una energía extraña y vibrante le animaba a avanzar cada vez más rápido, como un motor sobrealimentado. Cruzó el círculo de luz que marcaba el centro del enorme hall de las águilas. Los remates plateados de las banderas del rellano lanzaban destellos refulgentes que rebotaban en las

molduras y en los frisos, cubiertos de diminutas rapaces que sujetaban cruces gamadas envueltas en coronas de laurel.

Se acercó hasta la puerta oculta en la pared que llevaba al puente y tiró de la manilla. En ese momento, la primera gran ola de la tormenta golpeó con fuerza el costado del *Valkirie*. Si hubiesen tenido los motores estabilizadores, el balanceo se habría visto compensado de forma automática por el cerebro electrónico del puente, pero nada de eso existía ya. Así que el impacto de la ola hizo que el barco se balancease ligeramente, apenas dos o tres grados, pero lo suficiente como para

que Moore perdiese el equilibrio y descargase todo su peso sobre la puerta al abrirla.

La acción combinada de su peso y el tirón dejó un profundo surco en el suelo, perfectamente visible, pero Moore no se dio cuenta.

Sube al puente, Otto. El capitán te espera. Es urgente.

La voz.

La voz era deliciosa, intensa y potente, y llenaba hasta el último recodo de su mente, apagando los demás ruidos. A Moore no le gustaban los demás ruidos. Le daban miedo. Le decían que todo iba horriblemente mal. Prefería no

tener que escucharlos.

Entró en el puente como una exhalación. El capitán Kuss (*Harper. Se llama Harper. HarperHarperHarper. NO LOS ESCUCHEs, OTTO*), elegantemente vestido, le observaba con sus ojos azul cobalto. Llevaba su mejor uniforme, con la raya del pantalón perfectamente planchada. Miró a Moore con disgusto y a continuación echó un vistazo al reloj.

—Llega tarde, suboficial Dittmar — dijo con voz seca.

—Lo sé, señor —contestó Moore/Dittmar, pegando un taconazo seco mientras levantaba el brazo en un

gesto automático—. He estado ocupado hasta ahora.

Por toda respuesta, Kuss/Harper se sacudió una mota de polvo imaginaria de la manga.

—Me informan de que se ha oído un ruido cerca de la sala de calderas número dos. Algo parecido a una explosión, aunque no hay daños. Baje a ver de qué se trata y suba a contarme qué ha sucedido. Pero dese prisa. Tengo la maldita cena de gala en menos de quince minutos. No quiero perder demasiado tiempo.

—*Jawohl, Herr Kapitän.* —Moore dio otro taconazo y salió como una

centella del puente. No se trataba sólo de lo que le había dicho el capitán. La voz de *ella* había sonado de nuevo en su cabeza, con una sola palabra.

CORRE.

Y esta vez estaba teñida de urgencia.

Con tres saltos se plantó en el montacargas principal, que conectaba directamente el puente con la parte inferior del barco. Estaba en una zona a la que el pasaje no podía acceder, y era la vía más rápida para moverse por el buque. Al llegar se encontró a tres de sus hombres, que le esperaban ociosos fumando cigarrillos. Sin mediar palabra les hizo una seña y se introdujeron en el

elevador.

Justo cuando cruzaba la reja, una imagen extraña pasó por una décima de segundo delante de sus ojos. Como una especie de neblina vio dos hojas de acero soldadas ante él, cortando el paso, con una enorme pegatina roja en la que había algo escrito en inglés.

Moore sacudió la cabeza y estiró la mano hacia las hojas de acero, pero las atravesó como si fueran humo. Entonces, la imagen se desvaneció. Un pequeño latido en su sien le hizo torcer el gesto. Aquel maldito dolor de cabeza estaba a punto de volver, por lo visto.

El montacargas bajó entre

chasquidos y traqueteos durante un rato que pareció eterno hasta llegar al sollado de calderas. El rugido de los motores del *Valkirie* era como un zumbido monótono e intenso que amortiguaba todos los sonidos y que obligaba a hablar a gritos. La temperatura allí abajo era sofocante, casi diez grados más alta que en el resto del barco, y por ese motivo la mayoría del personal de máquinas caminaba semidesnudo. Nada más entrar en aquel mundo subterráneo, Moore rompió a sudar.

Se dirigió hacia el jefe de máquinas, un hombre gordo y calvo de cerca de

sesenta años, cuya piel brillaba cubierta de sudor. Lucía un mostacho prusiano que le bajaba desde las sienes hasta la barbilla. Nada más ver a Moore, se acercó hacia él mientras se limpiaba las manos en un trapo de hilas.

—¡Por fin aparece! —rugió—. Hace una hora hemos escuchado una explosión en el sollado número tres. Al principio pensamos que habíamos tocado con una mina, o algo así, porque ese cuarto está vacío... O debería estarlo. Entonces los encontramos y, claro, no sabíamos muy bien..., esto..., pensamos que sería mejor que viniesen los de seguridad a hacerse cargo. —Su voz se había ido

apagando a medida que hablaba, cada vez más nervioso.

Moore le miró y entonces sucedió lo mismo que en el ascensor. Como si se superpusiesen dos imágenes en movimiento, mientras Moore miraba al jefe de máquinas, que tenía a sus espaldas los enormes motores del *Valkirie*, los colores comenzaron a disolverse y a empastarse entre ellos. Entonces, durante un par de segundos, la imagen del fondo se volvió borrosa y, cuando volvió a adquirir nitidez, había cambiado. Sobre los manómetros destrozados se veían restos de sangre y carne, y los cuerpos destrozados de tres

maquinistas yacían en el suelo, acribillados por cientos de pequeños pedazos de metralla. La visión era tan real que Moore dio un paso atrás, impresionado. Abrió la boca para gritar, pero en ese instante la imagen desapareció otra vez, como una burbuja de jabón al explotar. Todo volvía a ser normal. Los indicadores y las válvulas estaban en perfecto estado, brillantes y lustrosos, y no había el menor rastro de la carnicería.

Ha sido una ilusión, Otto. Estás muy cansado. Cuanto antes acabes, antes podremos volver al bar a tomarnos una copa.

—¿Dónde está ese sollado?

—Por allí —señaló el jefe de máquinas, obsequioso—. Al otro lado de aquella puerta.

Cruzaron un mamparo y entraron en una sala cavernosa y vacía. Cuando se hizo el diseño original del *Valkirie*, en 1938, estaba proyectado que llevase motores de carbón, y aquel sollado tendría que haber sido un inmenso almacén de hulla para alimentar las calderas. Finalmente habían instalado unos motores diésel más eficientes, y la inmensa tolva había quedado vacía.

Moore entró y parpadeó. Dos gigantescos motores de aspecto

ultramoderno humeaban, reventados, y los restos de engranajes y de pedazos de metal retorcidos se hallaban esparcidos por toda la sala. Cerró los ojos con fuerza y, cuando los volvió a abrir, habían desaparecido. La sala estaba completamente vacía, excepto por el grupo de personas sentado en una esquina. El dolor de cabeza de Moore no hacía sino aumentar. Se sentía enfermo, aquel calor le estaba mareando y tenía ganas de vomitar. Habría matado por un buen trago.

—Está sangrando, señor —dijo uno de sus hombres, con voz queda, alargándole un pañuelo.

Moore lo cogió sin abrir la boca y se restañó la nariz. El olor denso y metálico de los motores diésel del *Valkirie* se expandía por toda la bodega como un perfume espeso que impregnaba la ropa, la piel y el cabello. No se lo podría arrancar en semanas. Todo el que bajaba allí olía a sala de máquinas sin remedio.

Caminó por la sala vacía, temiendo que en cualquier momento empezase a tener visiones otra vez. Quizá debería ir a hablar con el doctor del barco. No era normal ver cosas que no existían, cosas que no podía comprender. Pero la idea se le borró de golpe de la cabeza,

sustituída por la perplejidad, en cuanto se fijó en el grupo que estaba apoyado sobre una viga y que le miraba con expresión temerosa.

Era una familia, o al menos tenían toda la pinta. Eran cinco miembros, dos hombres, dos mujeres y un bebé de pocas semanas que gemía débilmente mientras su madre lo acunaba.

Moore los observó. El hombre joven y la mujer debían de ser un matrimonio. Él era más bien bajo, con gafas de montura de metal, piel muy clara debajo de un pelo prematuramente cano y unos ojos verdes de expresión inteligente. Sujetaba de la mano a la mujer, de

formas esbeltas y oscuros ojos marrones que le miraban con temor desde una cara ovalada envuelta en un pelo ensortijado. De vez en cuando se inclinaba sobre el bebé y lo arrullaba, intentando que cesase de llorar. Justo a sus pies estaba una niña de unos seis o siete años, vestida con un sencillo traje de lino gris y unas sandalias que le quedaban grandes.

Estaban asustados, débiles y hambrientos. El pánico que destilaban era tan palpable que parecía envolverlos como una nube de humo denso. Moore supo de manera instintiva que él era el último responsable de aquel temor y, de

súbito, una descarga de endorfinas le sacudió como si le hubiese alcanzado un rayo. Aquella sensación era tan gratificante que resultaba adictiva.

Le temían.

A él.

Tenía la vida de aquella familia en sus manos. Era como si fuese un pequeño dios de los infiernos. Tragó saliva, casi sin poder respirar. Entonces, su mirada se detuvo en el último miembro del grupo y la euforia se transformó en ira.

El hombre más mayor debía de tener casi ochenta años. Su aspecto era débil y vestía un traje negro que empezaba a

estar raído en los codos. Lucía una espesa barba gris y de debajo de su sombrero se escapaban un par de largos tirabuzones rituales que le caían por delante de sus orejas. Sobre sus hombros llevaba un chal de rayas azules y blancas.

«Un jodido rabino», pensó Moore.

Un rabino a bordo del *Valkirie*.

El anciano era el único del grupo que parecía mirarle sin temor. Sus ojos grises parecían atravesar a Moore como dos rayos de fuego, escudriñando hasta el rincón más recóndito de su alma. Una sonrisa sardónica se formó en una esquina de su boca, como si hubiese

descubierto algo muy divertido en el jefe de seguridad.

Aquello fue demasiado para Moore. Lanzó el puño contra la cara del anciano como si fuese una catapulta y le golpeó en la mejilla. El viejo salió despedido hacia atrás y cayó de espaldas al mismo tiempo que empezaba a manar sangre de la boca. La mujer y la niña soltaron un grito de alarma e intentaron ayudar al anciano, pero el hombre joven las retuvo mientras miraba a Moore con una expresión insondable en su mirada. Sabía que en aquella situación tenía las de perder.

El anciano se puso de pie

trabajosamente. Recogió el sombrero del suelo, le sacudió el polvo y se lo caló de nuevo. Entonces se acercó de nuevo a Moore con una expresión de aceptación y fatalismo bailando en su mirada. Era el rictus de un hombre que conoce su destino y sabe que lo que va a suceder es inevitable. Pero había algo más, algo tan fugaz moviéndose por debajo que Moore no habría sabido definirlo bien... ¿Era una advertencia, quizá?

—¿Y esas botellas de agua? —El jefe de seguridad señaló un par de garrafas que estaban a los pies del grupo. La niña sostenía otra en las

manos, como si estuviera a punto de beber cuando Moore llegó y se hubiese quedado congelada en el movimiento.

—Se las hemos dado nosotros — balbuceó el oficial de máquinas—. Aquí abajo hace tanto calor que estaban casi deshidratados. Deben de llevar escondidos aquí desde que salimos de Hamburgo. Podrían haber muerto si no los hubiésemos...

Sin dejarle terminar, Moore lanzó un grito de rabia y pateó las garrafas, que rodaron por el suelo de la tolva. Mientras el agua se derramaba sujetó con fuerza a la niña por el brazo izquierdo con una de sus enormes

manos. Apretó con saña y la pequeña soltó la garrafa con un grito de dolor. Moore la zarandeó en el aire, como un león jugando con un cervatillo.

—¡Sucios judíos! —Escupía pequeñas gotitas de baba al gritar. La niña, aterrada, gritaba de dolor con cada sacudida—. ¡Asquerosas ratas comunistas! ¡No tenéis derecho a estar a bordo de un barco del Reich, hijos... de... la gran... puta!

Al pronunciar la última palabra, arrojó a la niña a los pies del padre y éste se inclinó en un gesto reflejo para tratar de cogerla. Moore, que esperaba ese movimiento, lanzó una patada brutal

que impactó en el rostro del hombre. Se oyó un crujido cuando los huesos de la nariz del padre quedaron reducidos a pedacitos y empezó a sangrar. Sus gafas, destrozadas, quedaron en el suelo.

—¡Oiga! —El jefe de máquinas parecía incómodo y alarmado a partes iguales—. ¡No puede hacer eso aquí! Son judíos, de acuerdo, pero no se merecen ese trato. Son personas, al fin y al cabo. ¿No?

—¡Cállate la puta boca! —Moore se giró y pegó su nariz a menos de cinco centímetros de la cara del maquinista—. ¡Ocúpate de tus jodidas máquinas! ¡Éste es un asunto de seguridad y un puto

maquinista no pinta nada aquí! ¡Si son personas o no es algo que decidiré yo! ¡Y ni se te ocurra darle ni una gota de agua a esta basura hasta que vuelva de informar al capitán! ¿Me has entendido?

El jefe de máquinas hinchó el pecho y miró retador a Moore. Era un hombre acostumbrado a ser amo y señor de sus territorios, y estaban en ellos. No aceptaba que lo desafiaran así como así. Pero un par de vistazos a la pistola que colgaba de la cintura de Moore y los rifles de sus soldados le hicieron plegar velas a su pesar. Finalmente se encogió de hombros.

—A la mierda —masculló,

escupiendo en el suelo—. No es mi problema. Veamos qué dice el capitán.

Con una sonrisa de malvada satisfacción en el rostro, Moore se separó del grupo sin echarle ni un vistazo a la familia que se apiñaba en torno al padre con la cara destrozada y a la niña magullada. El anciano había cerrado los ojos y se balanceaba de forma mecánica murmurando algo en hebreo. Alrededor de su figura, el aire parecía condensarse, más espeso.

Quince minutos más tarde, cuando volvió a entrar en el puente de mando del *Valkirie*, Moore estaba más sereno. Se había secado el sudor y llevaba la

guerrera bien colocada. Informó al capitán sobre los polizones del sollado. Kuss/Harper, con la chaqueta de gala puesta y las manos enfundadas en unos guantes blancos, estaba a punto de salir hacia el gran salón. Incluso desde allí se podía oír de forma vaga el rumor de los pasajeros concentrados en el comedor.

El capitán escuchó con aire ausente el informe de Moore mientras se miraba una y otra vez en un pequeño espejo de mano. Parecía haber algún tipo de problema con su bigote. Finalmente suspiró, exasperado y se giró hacia Moore.

—¡Está bien, por Dios! —masculló

con aire displicente—. Hay unos judíos en la bodega. ¿Y a mí qué? Estoy muy ocupado, Dittmar. Tengo a doscientas personas esperándome en el comedor. Encárguese usted del asunto. Al fin y al cabo es el jefe de seguridad.

Moore asintió a medida que una sensación embriagadora y oscura le invadía por dentro. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no dejar traslucir sus emociones.

Tienes que encargarte tú, Otto. Dales una lección a esos perros. Acaba con ellos.

Moore asintió, sin darse cuenta.

Enséñales quién manda aquí, Otto.

Demuéstrales quiénes son los amos del nuevo orden.

—Sí —murmuró, con la boca seca —. Sí...

El capitán había abierto el libro de bitácora y, con una caligrafía picuda, estaba anotando la hora y las incidencias del último cuarto de guardia. Al oír murmurar a Moore levantó la vista, y en ese momento una diminuta gota de tinta cayó sobre el papel, como un pequeño proyectil. Resopló fastidiado y pasó un dedo por encima, pero lo único que consiguió fue emborronar el papel y dejar una mancha oscura en la huella de su guante.

No sabía que aquélla sería la última anotación del libro de bitácora. Y que antes de haberla escrito, otra persona ya la había leído, en un momento distinto, en una realidad distinta, que se estaba fundiendo lentamente con aquélla. De haberlo adivinado, le habría explotado la cabeza. Pero el *Valkirie* guardaba muy bien sus secretos.

—Vamos, Dittmar. —El capitán le señaló la puerta—. ¿A qué espera? Solucione nuestro problema de una vez.

Moore asintió y saludó, antes de salir. Y, mientras bajaba la escalera, una sonrisa espantosa bailó en su rostro, sin que él se diese cuenta.

Porque, salida de alguna parte oscura, una idea terrible y escalofriante brillaba como un faro en su mente. Y la iba a llevar a la práctica.

XLV

En el pasillo que daba al cuarto de guardia, Kate miraba hacia las sombras que se movían, completamente aterrorizada. Era incapaz de apartar la mirada de aquella masa oscura que se había tragado todo el pasillo y que absorbía hasta el último fotón de luz. En la penumbra creciente, la silueta de Carter, de rodillas, se recortaba contra el fondo oscuro porque era más clara que la oscuridad que avanzaba hacia ellos, algo que la mente de Kate trataba en vano de procesar.

La sombra reptaba por las paredes y por el techo. A medida que se acercaba a las lámparas, éstas empezaban a parpadear y a emitir una luz cada vez más amarillenta y débil, que acababa desapareciendo por completo.

—¿Qué es eso? —murmuró Senka, muy pálida.

La serbia, habitualmente fría y cerebral, temblaba como una hoja. El estrés y el terror empezaban a pasarle factura.

—No lo sé —consiguió articular Kate. Sus ojos no se podían apartar de aquello, fuera lo que fuese.

Kate.

La voz se incrustó en su cabeza como un clavo oxidado. Kate soltó un gemido y cayó de rodillas.

*Kate. Zorra presuntuosa.
¿Pensabas que podías burlarte de mí?*

—¡Tenemos que irnos! —aulló mientras trastabillaba para ponerse en pie.

Se apoyó en una mesita. Sobre ella había un jarrón que cayó al suelo y se hizo mil pedazos. Kate se derrumbó de nuevo, arrastrando a Senka con ella. Las dos mujeres quedaron hechas un ovillo en el suelo, jadeando. El aire era demasiado espeso y caliente como para poder respirar. De nuevo, olía a aceite

quemado y a algas podridas, pero esta vez con más intensidad que nunca. Apenas había oxígeno y pequeñas chispas de colores bailaban delante de los ojos de Kate. Comprendió que estaban a punto de morir asfixiados.

No vais a ir a ninguna parte, Kate. Él no está. Lo he engañado. Está perdido, y ahora no puede verte. Eres mía.

La oscuridad comenzó a reptar hacia ella, devorándolo todo a su paso. Kate apenas podía distinguir sus propias manos a medio metro de su cara. El ascensor situado al final del pasillo parecía estar a un millón de kilómetros,

demasiado lejos como para ser una alternativa.

En la sombra estaréisss biennnnn, Kate. Yo me encargaré de toooodos. Aquí en la sombra nuuuunca hace frío. Nunca hace frío. Nunca hace frío...

Algo golpeó el hombro de Kate con fuerza. Lanzó un grito de angustia, pero no se movió. Su cabeza vibraba con tanta intensidad que notaba cómo sus encías se sacudían en ondas rítmicas. Apenas era capaz de pensar con claridad.

El golpe se repitió. Sólo entonces Kate se dio cuenta de que era Carter. El físico chorreaba sangre por todos los

orificios de su cabeza, incluso por los ojos, y le propinaba pequeñas palmadas en la espalda con la mano, animándola a levantarse. Las lágrimas de sangre dibujaban grotescos churretes en su cara y le daban el aspecto de un payaso psicópata enloquecido. Su expresión era de dolor, un dolor tan intenso y alejado de lo natural que a Kate se le revolvió el estómago.

—Corred —jadeó, casi en un susurro—. Corred.

Carter le mostró la otra mano. En ella sujetaba una bengala naval de aspecto anticuado. A Kate no le dio tiempo a preguntarse de dónde la habría

sacado el físico norteamericano, porque Carter rasgó el papel y tiró de la anilla en un único movimiento.

El pasillo se inundó al instante de un fulgor que dolía en los ojos mientras un ejército de chispas rojas saltaban en todas direcciones, envueltas en un humo denso e impenetrable. Las sombras parpadearon y temblaron, por un segundo, como sorprendidas por aquel repentino e inesperado chorro de luz que las partía en pequeños pedazos e iluminaba todo el recinto. Se oyó un gemido ahogado, que pronto se transformó en algo parecido a un bramido de furia. Carter aulló de dolor a

medida que cientos de pequeñas venas comenzaban a reventar por todo su cuerpo como una fila de bombillas sometidas a una sobrecarga de tensión.

—¡CORRED! —aulló, mientras trastabillaba y se lanzaba pasillo abajo, en dirección contraria al ascensor. Hacia el corazón de las sombras.

La oscuridad se revolvió —Kate pudo ver cómo la negrura giraba sobre sí misma— cuando Carter, lanzando un último aullido de desafío, se internó en las sombras. La bengala comenzó a perder luminosidad nada más cruzar la primera línea de bruma oscura y las penumbras volvieron a avanzar.

Kate ayudó a Senka a levantarse y las dos mujeres echaron a correr hacia el ascensor, que brillaba débilmente al fondo del pasillo. Aquellos diez metros parecían tan largos como un maratón. Las sombras se revolvían en su estela, devorando metro tras metro, cada vez más cerca de ellas. Algo acuoso y frío les rozaba el pelo y tironeaba de los mechones que flotaban a sus espaldas. Un dedo húmedo rozó el cuello de Kate, como la lengua de un pez muerto, y a la joven se le escapó un grito mezcla de pánico y de dolor.

El ascensor ya sólo estaba a un par de metros. En ese momento el alarido

desafiante de Carter se transformó en un aullido de dolor infinito, que se apagó de golpe, como si alguien hubiese tirado de un cable. La bengala se consumió al fin y las sombras del pasillo se volvieron más negras que el cielo sin estrellas de un planeta frío y desconocido. Las sombras sisearon, avariciosas.

Senka y Kate entraron en la cabina y, mientras la serbia cerraba la verja, Kate apretaba el botón de manera frenética. La cabina se cerró y con una sacudida comenzó a descender hacia las entrañas del *Valkirie*.

Al otro lado de la reja se oyó algo

parecido a un suspiro de indignación, seguido de un golpe fuerte. Algo rugió con ira y los golpes se convirtieron en una sinfonía frenética. Un trozo de metal se desprendió de la verja y cayó sobre la cabina, repiqueteando en el techo. Kate y Senka se miraron y, asustadas, se abrazaron. A Kate le pareció oír la voz de Robert, retadora, desafiando a la cosa oscura, pero no podía estar segura. Quizá se tratase tan sólo de su imaginación. Lo cierto era que la sombra dejó de prestarles atención y se concentró en otra cosa.

De repente, los ruidos cesaron por completo. La sensación de

embotamiento que las ralentizaba se iba disipando a medida que el ascensor se hundía en los niveles inferiores del barco. El aire parecía volverse más respirable y, por primera vez en mucho tiempo, Kate se irguió sin la sensación de que estaban violando su mente.

—Parece que lo hemos dejado atrás —murmuró, no muy convencida, al tiempo que trataba de recuperar el aliento.

—Creo que sí —contestó la serbia, mirando dubitativa al techo. Se puso los pantalones de chándal y con una goma se recogió el pelo en una coleta. Poco a poco parecía ir recuperando el control

—. Pero no creo que podamos despistar a eso..., lo que sea, durante demasiado tiempo. Tenemos que salir de este barco cuanto antes, o tarde o temprano nos encontrará.

—No es tan sencillo —contestó Kate—. Estamos en medio del océano Atlántico, por si no lo recuerdas.

—Podemos coger uno de los botes.

—¿Y quedarnos a la deriva a mil kilómetros del lugar más cercano, en medio de una tormenta? Es una idea bastante mala.

—Corretear sin plan alguno por este maldito barco hasta que esa cosa nos cace es peor idea aún, Kate. —El acento

eslavo de la serbia se marcaba más que nunca a causa de los nervios. Se rió, tétrica—. Salvo que tengas un plan mejor, deberíamos ir a la cubierta, y no a la bodega. Es el equivalente a escapar hacia el sótano de una casa encantada.

—Tenemos que bajar hasta las calderas. La única salida posible de esta pesadilla es por ahí.

—¿Cómo lo sabes?

Kate la miró fijamente. Resultaba complicado explicar que se había acostado con su marido apenas unas horas antes y que éste se lo había sugerido. Sobre todo porque su marido llevaba tres meses muerto. Aunque la

línea entre lo sensato y lo insensato hacía mucho tiempo que había volado por los aires a bordo del *Valkirie*, aquello sonaba demasiado íntimo.

Senka la miró y finalmente suspiró con una media sonrisa que lo decía todo.

—Al sacarme de esa celda me has librado de revivir una experiencia horrible. —La serbia se estremeció, con un rictus de repulsión deformando su bonita cara—. No te imaginas lo que tenían pensado para mí. Los oí hablar al otro lado de la puerta. Esos... hijos de puta. Es lo único que soy capaz de recordar.

—¿Qué sucedió?

—Nada más. Tan sólo hablaban de en qué orden iban a... Luego recuerdo un pinchazo muy fuerte en las sienes y después... nada, hasta que te vi besándome. —Esta vez Senka sonrió más abiertamente, aunque su labio roto le hizo fruncir el gesto—. De modo que o bien estoy loca, o este barco está maldito. Y cualquiera de las dos opciones es espantosa. Así que si quieres ir a la bodega en vez de aventurarte en el océano, a lo mejor no es tan mala idea, después de todo.

Fue el turno de Kate para sonreír, y ambas mujeres se dieron un abrazo. Necesitaban sentir que se tenían la una a

la otra. Entonces, el ascensor se detuvo con un estremecimiento final.

Las puertas se abrieron. Una bocanada de aire caliente como el infierno las golpeó con fuerza en la cara. Y Kate tuvo que apoyarse en el quicio para no derrumbarse ante lo que veían sus ojos.

XLVI

Era una imagen sacada de un cuadro del Bosco. Kate temblaba de manera incontrolada cuando salió de la cabina del ascensor, demasiado conmovida como para poder hablar. Era incapaz de mirar fijamente un lugar más de un segundo, estaba asqueada, todo le daba vueltas. Tuvo una arcada, pero su estómago estaba vacío y sólo consiguió expulsar un hilo de bilis.

La explosión de los estabilizadores había lanzado una lluvia de metralla letal sobre la sala de máquinas. Los

cuerpos desgarrados del jefe de máquinas, un tipo alto y atlético, y de los otros cuatro maquinistas estaban esparcidos por toda la sala. Los pedazos más grandes parecían alfileteros donde algún gigante sádico se hubiese divertido clavando afiladas esquiras de metal retorcido en pedazos de carne. La sangre chorreaba por las cubiertas de los motores, que seguían rugiendo en modo automático. El olor del aceite y del combustible diésel quemándose se mezclaba con el de la sangre recocida sobre las planchas de metal calientes.

Kate se dejó caer al suelo, con una mezcla de agotamiento psíquico y

emocional. Todo la sobrepasaba. Estaba tan cansada y tenía tanto miedo que ni siquiera era capaz de llorar. Parecía que sus emociones estaban desconectadas, o abotargadas por completo. Lo único que le apetecía era cerrar los ojos y dormir durante al menos una semana. Y que al despertarse todo aquello sólo fuese una pesadilla. Y que el cuerpo caliente de Robert estuviese a su lado en la cama, por supuesto.

—¿Qué te pasa? —preguntó Senka, inclinada sobre ella, con cara de preocupación—. ¿No te encuentras bien?

Kate meneó la cabeza, agotada.

—Este sitio —dijo sollozando—. Demasiada sangre, demasiado horror, demasiada muerte, Senka. No puedo más.

La serbia miró a su alrededor, con una expresión de perplejidad pintada en la cara. Dio un par de pasos hacia el centro de la sala de máquinas y uno de sus pies quedó a menos de un centímetro de la cabeza cercenada de un maquinista. Del cuello del cadáver asomaban dos docenas de trozos de acero que le habían cruzado toda la espalda hasta acabar por detenerse allí, después de separarle el cráneo del resto del torso.

—¡Tenemos que aprovechar, Kate!
—dijo. La urgencia empañaba su voz con un matiz de angustia—. ¡Sea lo que sea que hayamos venido a hacer aquí abajo, ahora que no hay nadie es nuestra oportunidad!

La serbia dio un paso hacia adelante y pisó un trozo de pulmón que se deshizo bajo su pie descalzo con un sonido viscoso. Senka ni se inmutó, mirando fijamente a la periodista con expresión de desconcierto.

Entonces, Kate lo comprendió todo.

«Ella no puede verlo —pensó Kate—. No ve nada de todo lo que nos rodea».

—Dime, Senka. ¿No notas nada extraño aquí? ¿No ves nada que te llame la atención?

—Ese olor metálico. —La serbia se estremeció—. Recuerdo que olí algo parecido justo antes de... —Entonces abrió mucho los ojos, con el terror pintado en ellos, y giró la cabeza en todas direcciones—. ¿Crees que está aquí? ¿Esa sombra nos ha alcanzado?

—No, no lo creo —contestó Kate poniéndose de pie de nuevo. Se sentía increíblemente vieja, como si su alma estuviese lastrada por un millón de piedras pesadas. Algo había cambiado en ella, quizá para siempre. Podía ver

cosas que nadie más percibía. Estaba atrapada entre dos mundos. Puede que incluso entre más—. Es sólo el olor de los motores, Senka.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí abajo?

—Tenemos que detener el *Valkirie*, sea como sea. —Miró su reloj. Ya había pasado la hora de la última anotación recogida en el diario de bitácora. Cualquier cosa que fuese a suceder (cualquier cosa que hubiese sucedido, se corrigió) estaba a punto de ocurrir.

De ocurrir de nuevo.

—¿Cómo lo vamos a hacer? No sé cómo funcionan estos motores. —Senka

señaló al laberinto de indicadores, palancas, botones y manómetros de su espalda. Al hacerlo, su dedo índice rozó un dial que estaba empapado de sangre y de restos grumosos de cerebro. Con una mezcla de asco y fascinación, Kate observó la punta manchada de sangre, que señalaba al azar, sin que su dueña fuera consciente de que estaba goteando sangre y restos humanos—. Supongo que, si cerramos alguna de estas válvulas, estrangularemos el sistema de admisión y las calderas se apagarán. Pero corremos el riesgo de cerrar la válvula incorrecta, provocar un aumento de presión y que todo vuele por los

aires. Mandaríamos el barco al fondo del mar y nosotras nos iríamos con él.

—Tiene que haber otra forma —
mascullo Kate mientras daba unos pasos por la sala, evitando tocar los cuerpos mutilados.

«Robert, ahora sería un momento fantástico para que dijese algo».

Su pie derecho tropezó con algo, que salió despedido con un sonido cantarín. Kate lo siguió con la vista, pensando que sería un trozo de metralla, pero aquel pedazo de metal tenía una forma demasiado alargada y perfecta.

Intrigada, lo observó. Era un tornillo largo, de unos cinco centímetros, y

estaba perfectamente engrasado y reluciente. Se preguntaba de dónde habría salido. Entonces, el tornillo se movió ligeramente, como si se le hubiese acercado una piedra imantada. Tembló durante un segundo y comenzó a rodar sobre sí mismo.

Al principio, Kate pensó que era a causa del oleaje que sacudía el barco cada vez con más fuerza, pero entonces se dio cuenta de que el tornillo rodaba en dirección contraria a la pendiente, al tiempo que el resto de desperdicios tirados por el suelo resbalaban en dirección opuesta, en una catarata de pedazos de hierro, carne y restos

inidentificables.

Era espeluznante. Un desafío a todas las leyes de la física. Con una punzada de lástima, Kate pensó que a Carter le habría fascinado ver aquel fenómeno.

El tornillo rodó hasta tropezar con una reja de acero situada contra la pared y por fin se detuvo allí. Había otros cinco tornillos apoyados en una chaqueta doblada cuidadosamente en el quicio de la reja. Alguien la había colocado allí para evitar que la reja se volviese a cerrar y fuese difícil de mover.

«Gracias, Robert».

—¿Adónde lleva ese túnel? —

preguntó Senka mientras ayudaba a Kate a mover la reja. La periodista se encogió de hombros, lo que arrancó una sonrisa tensa de la serbia—. Me imagino que no habrá un tornillo rodante dentro de ese pasillo que nos diga qué es lo que tenemos que hacer, ¿verdad?

Por toda respuesta, Kate se introdujo en el corredor y empezó a avanzar. El olor a aceite quemado era mucho más intenso allí que en cualquier otra parte del barco. El pasillo se estrechaba hasta convertirse en un túnel de paredes curvas, cada vez más angosto y oscuro. Sólo entonces se dio cuenta de que ninguna de las dos tenía una linterna. No

les quedaba más remedio que adentrarse a tientas en la negrura.

El espacio era cada vez más reducido, y a Kate le entró un ataque agudo de claustrofobia. Se vio a sí misma, encerrada en aquel pequeño conducto, con cientos de toneladas de acero y tuberías sobre su cabeza y tan sólo una lámina de acero —que se le antojaba demasiado fina— separándola de miles de metros de agua helada. Por delante sólo tenía oscuridad, y a su espalda el cuerpo de Senka obstaculizaba su única salida. La altura del túnel se redujo súbitamente, y las obligó a avanzar a gatas el resto del

trayecto.

Kate se detuvo. Tenía las piernas y los brazos agarrotados. Su respiración era cada vez más trabajosa y jadeante. Pequeñas luciérnagas de luz bailoteaban delante de sus ojos en la oscuridad. Apretó los párpados. El sudor bajaba a raudales por su espalda y por sus costados, pegándole la ropa como una segunda piel. Estaba hiperventilando tanto que pensaba que se iba a desmayar.

«Me voy a quedar atascada. Nos quedaremos atrapadas aquí y la sombra nos devorará en esta ratonera».

*Tranquila, tesoro. Ya no falta nada.
Ten fe, K. K.*

La voz de Robert explotó en su cabeza con fuerza y tuvo un efecto balsámico inmediato. Sus nervios se relajaron de inmediato. Abrió los ojos y vio el débil destello de luz de una linterna parpadeando a poca distancia de ella, quizá a menos de diez metros. Gateó hacia la luz, pero su olfato se vio asaltado por un nuevo olor que se sobreponía al aroma de aceite quemado. Olía a corrupción y a piel chamuscada.

Entonces se fijó en que al lado de la linterna había un bulto inmóvil. Era un cuerpo humano. Kate se armó de valor y reptó los dos metros finales hasta llegar a la altura de la pierna de aquella

persona. Tiró de la pernera, pero no se movió. Estaba muerto.

Reprimiendo el asco y la repulsión, le dio la vuelta al cuerpo hasta que quedó boca arriba y pudo verle la cara. El rostro abotargado y cubierto de sangre de Will Paxton, el geólogo, la observaba desde el más allá con una expresión muda de estupefacción y rabia que se había quedado congelada en su cara para toda la eternidad.

—Es Paxton, el geólogo. —Senka había gateado hasta llegar a su lado. Las dos mujeres, delgadas, cabían a duras penas en paralelo en aquel estrecho conducto, donde Paxton, más corpulento,

casi se había quedado atascado—. ¿Qué diablos estaba haciendo aquí?

Kate sujetó la linterna de Paxton, que tenía las pilas casi agotadas, y enfocó hacia el final del túnel. Entonces pudieron ver la portilla abierta sobre el conducto del eje y los ordenados paquetes de Semtex apilados como el juego infantil de un niño peligroso, con los cables de los detonadores colgando, listos para ser conectados.

—Paxton era el agente de Wolf und Klee —musitó Kate, incrédula—. Nunca lo hubiese sospechado.

—Puede ser —murmuró Senka con un estremecimiento, sumergida en sus

propios recuerdos—. O puede que no. Quizá fuese el *Valkirie* quien lo trajese aquí. Lo de menos es quién era. Lo importante es lo que hacía.

La serbia contempló el paquete de Semtex y el hueco del eje con expresión pensativa durante unos cuantos segundos. Al final afirmó, convencida.

—Quería inutilizar el eje, eso seguro —murmuró mientras manipulaba los detonadores, apartaba unos cuantos paquetes de explosivo y se los pasaba a Kate—. Pero estaba usando demasiado material. Si hubiese hecho explotar todo esto habría abierto una vía de agua en el casco del tamaño de un autobús. Nos

hubiese llevado al fondo en menos de cinco minutos, y sin tiempo para soltar los botes.

La serbia frunció el ceño, mientras recolocaba las restantes pastillas de Semtex sobre la portilla del eje.

—Es extraño —dijo para sí misma en voz alta—. Alguien capaz de manejar este tipo de material tiene muy en cuenta las cantidades necesarias. No entiendo cómo pudo cometer un error tan estúpido.

—Quizá no era capaz de pensar con claridad —especuló Kate—. En este barco, en ocasiones, la mente parece funcionar de otra manera.

A Senka se le puso la piel de gallina asimilando lo que acababa de decir Kate. Aquello se parecía tanto a su propia experiencia que tenía la sensación de estar viviéndola por segunda vez.

—Con esto será suficiente. —Señaló el bulto que había formado; tan sólo había tres pequeños ladrillos de material explosivo—. La explosión deformará el eje y probablemente haga alguna fisura en el casco, pero no será nada serio. Pondré el temporizador para que estalle dentro de quince minutos. ¿Qué te parece?

Kate calculó y asintió. En un cuarto

de hora podían salir de la sala de máquinas, tomar el ascensor y tratar de llegar a la cubierta exterior para esconderse dentro de uno de los botes que colgaban del lateral del barco. Con un poco de suerte pasarían desapercibidas hasta que el momento de la singularidad hubiese terminado y todo volviese a la normalidad. Y en el caso de que aquella locura continuase, siempre podrían soltar las amarras y dejar caer el bote al océano, con ellas dos dentro, y confiar en que algún otro barco las encontrase a la deriva.

Senka apretó una serie de botones y clavó el extremo de un cable detonador

en la masa de color terroso del Semtex. En el último momento, empujada por una iluminación repentina, arrastró la bolsa de lona verde de Paxton y rebuscó dentro de ella. Con una sonrisa perversa sacó una pieza que parecía una pinza de metal y la conectó al explosivo. A continuación, con sumo cuidado, puso el cuerpo de Paxton sobre la pieza, en medio del pasillo, de manera que para llegar al explosivo había que moverlo a un lado.

—Eso era un detonador de presión —explicó cuando retrocedía a gatas, arrastrando la bolsa de lona—. Si alguien trata de llegar a la bomba y

mueve el cadáver, la hará explosionar.

Cuando salieron a la sala de máquinas, Kate respiró ansiosamente. Se llenó los pulmones del aire viciado y corrupto de la bodega, pero después de aquellos minutos interminables encerradas en el tubo de servicio le pareció el aire más delicioso que había aspirado en toda su vida.

Se giró hacia Senka, sonriente, y su corazón se encogió hasta el tamaño de una cabeza de alfiler al ver la expresión de terror en la cara de la serbia.

Entonces sintió un dolor insoportable en la parte posterior de la cabeza, la oscuridad cayó sobre ella, y

ya no supo nada más.

XLVII

Moore se sentía tan exultante y feliz que apenas podía mantenerse quieto. Para empezar, le habían dado total autoridad para encargarse de la familia judía. De por sí, eso ya era maravilloso, y su mente bullía inquieta mientras las voces no dejaban de susurrar cosas interesantes y oscuras a sus oídos, dispuestos a escuchar.

Pero es que además, como en una carambola mágica, nada más salir del montacargas con tres de sus hombres se habían dado de bruces con las dos putas

comunistas. Ambas estaban de espaldas, aparentemente distraídas hablando entre ellas. Aquello sí que había sido un golpe de suerte. Las voces habían aullado en un coro delirante de júbilo cuando Moore golpeó con su culata en la nuca de la perra pelirroja. Si hubiesen llegado cinco minutos antes o cinco después, ellas habrían colocado sus bombas y se habrían escurrido sigilosamente de nuevo.

Eran muy buenas, había que reconocerlo. La serbia había conseguido escaparse de su celda de una manera asombrosa. Los tres hombres que debían estar de guardia habían desaparecido

por completo, sin dejar el menor rastro, algo que había preocupado levemente a Moore, hasta que la voz principal le había dicho que se olvidase de aquel detalle. Y Moore, que creía a pies juntillas lo que *ella* le decía, lo hizo. Era su amiga. Su diosa personal. Su guía.

Que aquellas dos mujeres anduviesen sueltas por el barco era un problema de seguridad. Y de repente, como caídas del cielo, se cruzaban en su camino, con una bolsa llena de detonadores y un extraño material de aspecto terroso y futurista, pero que sólo podía ser un explosivo. Había reducido

a la inglesa y dos de sus hombres la llevaban a rastras, mientras el tercer soldado sujetaba con una llave estranguladora a la serbia, que se debatía como una cobra.

Entraron de nuevo en la tolva de carbón. El jefe de máquinas y sus tres hombres de guardia permanecían allí con cara de pocos amigos, tratando de no mirar a los polizones. Parecían avergonzados, como si sospechasen lo que iba a suceder. Cuando Moore entró seguido de su cortejo, levantaron la vista, sorprendidos.

—¿Más polizones? —preguntó el jefe de máquinas—. Parece una puñetera

plaga de cucarachas. ¡Alguien debería tener más cuidado en Hamburgo, maldita sea!

—Éstas son peores. —Moore señaló con el dedo por encima del hombro—. Son saboteadoras comunistas. Probablemente judías. Ya no hace falta que se queden aquí, jefe. Vuelvan a su trabajo. De ahora en adelante nos ocuparemos nosotros.

Moore se las arregló para que su última frase sonase tan preñada de amenazas implícitas que el jefe de máquinas palideció de golpe y salió casi a la carrera del sollado. Fuera lo que fuese, no quería tener que ver con

aquello. El bocadillo que había tomado una hora antes amenazaba con volver a salir.

Kate comenzó a volver en sí poco a poco. Las imágenes bailaban delante de sus ojos como si se hubiese bebido la bodega completa del barco. Tenía ganas de vomitar y un dolor de cabeza formidable, pero distinto al que provocaba la sombra oscura. Se llevó la mano a la nuca y la retiró dolorida tras palpar un chichón del tamaño de un huevo de paloma.

Moore observó a la familia judía como si se los encontrase por primera vez. El joven padre había conseguido

restañar la sangre de su nariz, pero los huesos necesitarían cirugía para recuperar su aspecto original. Sus gafas eran sólo un recuerdo retorcido y roto, y parecía furioso y atemorizado a partes iguales. La madre sollozaba suavemente sobre el bebé, mientras que el brazo izquierdo de la niña, por donde la había agarrado Moore, adquiría un color negruzco que sin duda iría recorriendo toda la escala de colores a lo largo de las siguientes horas. Si es que llegaba a vivirlas.

El único que no había cambiado de postura era el viejo rabino. Se seguía balanceando, incansable, apoyado sobre

sus pies como si fuesen dos postes de cemento hundidos en el suelo. Su letanía no pasaba de un murmullo incomprensible y que casi no se oía en medio del ruido atronador de los motores, que se filtraba hasta allí. Mantenía los ojos cerrados, pero cuando Moore llegó a su lado se detuvo y abrió los ojos.

El rabino no parpadeó. Simplemente paseó su mirada sobre el grupo, sin que en ella se trasluciese ni la más mínima emoción. Parecía encontrarse en un lugar muy lejano, más allá de toda sensación, emoción o padecimiento. Entonces, su mirada se detuvo en Kate.

Sus labios se curvaron en una delicada sonrisa, casi inapreciable, y pronunció nueve sencillas palabras, con una voz sorprendentemente firme para un hombre de su edad.

—Hola, Kate. Por fin estás aquí. Todo puede empezar.

Eso fue todo. Cerró los ojos de nuevo y retomó su balanceo rítmico, ajeno a lo que le rodeaba, distante y en paz.

—¡Conoces al judío! —Moore pegó un brinco. Su piel había enrojecido y vibraba de ira—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que erais agentes judías! ¡Es la maldita conspiración sionista! ¡Confiesa!

Kate meneó la cabeza, todavía tirada en el suelo, demasiado débil y confundida para hablar. Miraba a aquella familia con los ojos como platos, saltando de uno a otro, y al final se detuvo en el último de ellos. El anciano.

—Bien, si tú no hablas, entonces quizá él lo haga.

Moore se giró y sin mediar aviso propinó una patada brutal en la rodilla del anciano. La articulación sonó con un chasquido seco, como leña al partirse en invierno. El hombre se derrumbó en el suelo, con el rostro lívido, los labios apretados y sin emitir ni un solo sonido.

Derrumbado sobre la cubierta, se limitó a mirar a Kate con una expresión de cariño y afecto tan enternecedora que la periodista se sintió realmente impresionada.

—¡Papá!

El grito de la mujer joven que llevaba al bebé en brazos fue desgarrador. Apretó con fuerza al niño contra su pecho, debatiéndose entre proteger a su criatura y asistir a su padre derribado en el suelo. No tuvo opción a pensarlo. Moore hizo un gesto y uno de sus hombres se lanzó sobre ella y le clavó el cañón del fusil en la parte baja del estómago. La mujer se dobló en dos,

boqueando como un pez fuera del agua. En un gesto reflejo apretó los brazos en torno a su hijo, por lo que no pudo evitar golpearse con fuerza contra el suelo al perder el equilibrio. Cuando caía, giró sobre sí misma para que el pequeño se librara del golpe. Se oyó un crujido desagradable cuando sus costillas chocaron contra el suelo y de su boca se escapó un grito de dolor.

Su marido salió por fin de su estupor y golpeó al guardia que tenía a su lado. El soldado estaba distraído, goteando sangre por la nariz y los oídos, con la mirada sobre las piernas pálidas de la mujer caída. El soldado se volvió para

no caer al suelo. Separó los brazos y ése fue el momento que el joven judío escogió para pegar un tirón al fusil que el guardia llevaba colgado del hombro y arrebatárselo en un gesto rápido.

Faltó muy poco. Apenas dos o tres segundos. Si hubiese tenido ese pequeño margen de tiempo, el joven judío podría haber amartillado el cerrojo del Mauser y apuntar al resto del grupo. Si hubiese tenido la más mínima experiencia con aquella arma, no habría dudado durante un imperdonable momento antes de dirigir su mano hacia el mecanismo. Si todo hubiese sido ligeramente distinto, el resto de la historia hubiese cambiado

por completo. Pero su destino estaba marcado. La sombra oscura reía en la negrura de las esquinas, relamiéndose con un drama del que ya había disfrutado un millón de veces desde la primera vez.

El muchacho levantó el cañón demasiado tarde. Sonaron unos disparos y dos enormes boquetes se abrieron en su camisa de franela. Por el aire volaron trozos de hueso y gotas de sangre. Una expresión incrédula se dibujó en su cara antes de caer de rodillas, con el fusil todavía en sus manos. Las flores rojas de su pecho se habían transformado en una enorme mancha oscura que no

dejaba de crecer. Su mujer lanzó un chillido ahogado, cubierto por el lloro inconsolable de su hija, que temblaba como una hoja. El soldado al que le habían arrebatado el fusil emitía ruidos furiosos mientras pateaba el cuerpo del judío, y de repente todo el mundo había empezado a gritar a la vez.

Kate observaba la escena horrorizada, demasiado impactada como para hablar. Acababan de matar a un hombre delante de ella, a sangre fría. Senka lo observaba distante, con una expresión de concentración extrema. Si Kate hubiese tenido la serenidad de observarla, se habría dado cuenta de que

la serbia parecía una pila cargada de energía, a punto de explotar.

El único que mantenía la calma en aquel caos era Moore, que aún sostenía en alto su humeante Walther PPK. La sonrisa en su cara se había ensanchado hasta alcanzar una dimensión antinatural y deforme. Las voces en su cabeza entonaban un himno salvaje, aniquilando hasta el último vestigio de su personalidad. De Moore no quedaba nada más que la carcasa. El Oberfeldwebel Otto Dittmar había vuelto desde la oscuridad y se sentía sediento de vida.

—Silencio —gruñó.

De alguna manera, su voz fue capaz de atravesar la batahola de ruido y poco a poco todos se callaron. Tan sólo se oían los hipidos de la mujer y los llantos desgarrados de la niña y del bebé, que sonaban cada vez más débiles.

—Ya que querían subir a bordo, dejaremos que se queden en el *Valkirie*. —La voz de Moore se había vuelto rasposa. A Kate le parecía la de otra persona—. Pero en un alojamiento de acuerdo con sus posibilidades. No olvidemos que estamos hablando de ratas judías.

Levantó el brazo y señaló un costado del buque. En aquel espacio abierto, las

planchas de exterior del *Valkirie* estaban a la vista, marcadas cada pocos metros por enormes cuadernas de acero, que parecían las gigantescas costillas de un animal prehistórico.

Llevaron a empujones a los prisioneros hasta allí. Obligaron a Kate y a Senka a arrastrar el cuerpo del joven padre y a depositarlo contra el casco, junto a su familia apelotonada. La joven madre se miró las manos, horrorizada. Estaban cubiertas de sangre del muchacho. Se frotó las palmas contra la ropa, ya manchada de grasa, para tratar de limpiarlas. Moore observó el gesto y se rió con un sonido desagradable y

hueco.

—No te molestes, perra —gruñó—. A donde vas a ir no importa el aspecto que tengas.

Giró su pistola, apuntó a la cabeza de la madre judía y apretó el gatillo sin pestañear. En la frente de la mujer apareció un diminuto agujero rojo, pero la parte posterior de su cabeza explotó como una piñata de feria. Un chorro de hueso destrozado, sangre y cerebro salpicó la plancha de acero del casco del *Valkirie* dibujando algo parecido al cuadro expresionista de un artista demente. El cuerpo desmadejado de la mujer cayó al suelo, todavía sacudido

por convulsiones. Kate, horrorizada, no podía apartar la mirada de las piernas de la mujer, que pataleaban fuera de control.

A continuación, Moore apuntó a la niña. A Kate se le heló la sangre en las venas. Conocía a aquella niña. Sabía quién era. Había hablado con ella, en lo que parecía algo sucedido hacía mil millones de años. Reconocería hasta en el infierno aquel vestido basto y los moratones del brazo. Pero sobre todo reconocería la expresión triste del rostro.

—Esther... —musitó, con voz débil.
La niña miró hacia ella mientras una

lágrima le rodaba por la mejilla. Cerró los ojos, sabiendo lo que iba a pasar. Como si ya hubiese pasado muchas veces.

Moore disparó una bala que entró por la sien de la pequeña. La masa encefálica empapó el pelo rubio, y el cuerpo de la niña salió despedido como si un gigantesco martillo la hubiese golpeado. Sus piernas se enredaron y se desplomó a los pies de Kate. La joven observó hipnotizada cómo un charco de sangre muy roja se iba extendiendo lentamente en torno a la cabeza de la cría, como una aureola de llamas, hasta rozar la punta de sus botas.

Por primera vez fue consciente de que iba a morir allí. Final del camino. Un balazo a manos de un demente que pensaba que estaba en los años treinta. O que, al menos, estaba en parte en los años treinta. La sombra había ganado.

Moore apuntó de nuevo su Walther PPK, en esta ocasión al anciano judío que contemplaba con expresión de tristeza los cuerpos de su familia muerta. El murmullo que había estado recitando parecía haber acabado por fin, y tenía los puños cerrados. Entonces levantó la mirada y se detuvo un instante en Kate.

—Tranquila, Kate. —Su voz sonaba débil como un río a punto de secarse—.

Todo saldrá bien.

Entonces se volvió hacia Moore y su rictus se transformó por completo. El viejo utilizó la poca energía que le quedaba para enderezarse sobre su rodilla destrozada y, por un instante, el anciano hombre se transformó en una especie de gigante atemorizador que desprendía oleadas de energía. Las sombras de las esquinas revoloteaban, perturbadas e inquietas, en medio de un concierto de susurros ininteligibles que crecía en intensidad.

—¡Tú!

La voz del anciano se transformó en un rugido mientras extendía un dedo

acusador hacia Moore. Una leve brisa hizo revolotear los faldones de su levita remendada. El viento soplabá con más intensidad a medida que pasaban los segundos. La parte más primitiva del cerebro de Kate sabía que no era posible que hubiese viento dentro de un espacio cerrado a bordo de un barco, pero no podía hacer nada para controlar el pánico.

—¡Tú! —El anciano rugió de nuevo y levantó el otro brazo. Abrió su puño y un polvillo de color arenoso fue arrastrado por el viento en todas direcciones, creando cambiantes formas sinuosas en el aire antes de disolverse

— *¡Pulsa Denura! ¡Pulsa Denura!*

El polvillo alcanzó a Moore al mismo tiempo que las palabras del anciano. Las sombras parecían haber enloquecido y giraban como un huracán en torno a ellos, lanzando sonidos confusos. Toda la sala parecía latir con un pulso propio y los remaches temblaban.

— *¡PULSA DENURA!*

El grito fue casi sobrehumano. A la vez que lo lanzaba, abrió las dos manos y apuntó todos sus dedos ganchudos y deformes hacia la cara de Moore. Aquello fue demasiado para el jefe de seguridad. Levantó su pistola y disparó

tres balas. La primera alcanzó al anciano en el hombro, haciéndole girar como una peonza. La segunda entró por un costado y le atravesó los pulmones de lado a lado antes de salir y enterrarse contra un montante de acero. La tercera bala le partió la espina dorsal, y el viejo se derrumbó en el suelo como un muñeco de trapo, muerto antes de tocar la cubierta.

En cuanto el anciano quedó inmóvil en el suelo, el huracán se detuvo, el viento cesó y las paredes dejaron de temblar. La calma volvió al sollado, mientras los restos de tela y de trozos de cartón que se habían elevado hasta el

techo caían lentamente sobre todos ellos. Todo parecía normal.

Aunque había un cambio sutil.

Eran las sombras de las esquinas. Ya no se movían ni murmuraban, pero eran negras, oscuras como la más profunda de las noches, densas como un pozo de petróleo. Parecían tener consistencia casi sólida.

Parecían respirar.

Latir.

A punto para empezar a hacer algo.

Moore, sudoroso, se volvió hacia dos de sus hombres y señaló unas planchas de acero cuidadosamente apiladas como lastre en un costado del

sollado.

—Apilad los cadáveres a un lado y después cubridlos con esas placas. —Su voz sonaba calmada, como si no acabase de asesinar a sangre fría a cuatro personas—. Que el jefe de máquinas os deje un grupo electrógeno para hacer las soldaduras. Ya que subieron a bordo, que se queden a bordo, pero para siempre. Como ratas, detrás de las paredes. —Se volvió hacia Kate y Senka, que se mantenían inmóviles, espectadoras de excepción en aquel drama—. Y emparedadlas a ellas también, pero vivas.

—Pero..., señor —balbuceó uno de

sus hombres—. Se quedarán sin aire. Es un espacio muy...

Moore se volvió y lo contempló fijamente, sin decir nada. Sus pupilas parecían dos chorros de odio negro pulsátil con vida propia, capaces de atravesar cien metros de acero. El hombre se encogió bajo la mirada de su superior, gimiendo. Un zarcillo de oscuridad se arremolinó en el techo, sobre su cabeza, y de uno de sus lacrimales comenzó a deslizarse una diminuta gota de sangre. Giró la cabeza, como un muñeco de guiñol al que le han cortado una cuerda.

—Haced lo que digo. —La voz de

Moore sonaba como el retumbar de un trueno lejano—. Ahora.

Sus hombres comenzaron a moverse a trompicones, empujando a las dos mujeres a punta de fusil hacia el costado donde se apilaban los cuerpos sin vida.

En aquel momento, Senka por fin se decidió a actuar.

La serbia esperó pacientemente hasta que el primer soldado llegó a su altura. Entonces levantó el brazo en un gesto fluido, entrenado mil veces para hacerlo a la perfección. Su codo se clavó en el cuello del hombre con un golpe blando. El soldado emitió un tosido ahogado, a la vez que en un acto

reflejo se llevaba las manos a la tráquea rota. Senka aprovechó para agarrar el cañón del fusil y tirar de él, de forma que cayó sobre el otro guardia y ambos se enredaron en un nudo de brazos y piernas.

Moore y el tercer soldado las apuntaron con sus armas. Desde aquella distancia era imposible errar. Pero justo en aquel momento una ola un poco más potente que las demás impactó contra el costado del *Valkirie*. El barco, sin estabilizadores, se balanceó incluso en aquel sollado tan profundo, a la vez que un sonido sordo como el de una locomotora al estrellarse se propagaba

por las planchas del costado.

Sorprendido por aquel inesperado movimiento, Moore trató de recuperar el equilibrio mientras su subordinado disparaba un tiro de fusil que se acabó incrustando en el techo de la sala de calderas.

—¡Ahora, Kate! —gritó la serbia—. ¡Corre hacia el ascensor!

La puerta que comunicaba con la sala principal de calderas estaba a tan sólo unos diez metros. Si apuraba el paso, llegaría hasta allí antes de que sus captores recuperasen el equilibrio.

Kate entendió lo que le decía la serbia y echó a correr. Entonces lo vio.

Aquel pequeño paquete de tela y piel muy blanca que apenas se movía y al que casi no le quedaban fuerzas para gemir.

El niño.

Recordó la mirada llena de ternura que el anciano judío había clavado en ella, y entonces se dio cuenta de lo que tenía que hacer. De cuál era su obligación para con aquel hombre. Del papel final que le tocaba desempeñar en aquel drama.

Dejó de correr hacia la puerta y eso fue lo que le salvó la vida. La primera bala de Moore se clavó en un mamparo, justo en el lugar por donde tendría que

haber pasado su cabeza si hubiese seguido en la misma dirección. En vez de eso, giró sobre sí misma y se lanzó en dirección al bebé que estaba en el suelo.

Lo enganchó al vuelo por el borde del *talit* azul y blanco que lo envolvía, como un ciclista al recoger su bolsa. Sin detenerse continuó a toda velocidad justo cuando una segunda bala estallaba muy cerca de sus pies. Pudo oír el rugido de furia de Moore justo por encima del chasquido del percutor al golpear en el aire. El cargador estaba vacío.

Entre tanto, Senka había alcanzado la puerta de la sala de calderas. La

serbia se detuvo menos de un segundo en el umbral, con una sensación de angustia. Moore corría hacia la puerta con los ojos puestos en Kate a la vez que cambiaba el cargador de su Walther PPK. La periodista había perdido un tiempo precioso al recoger al bebé y el jefe de seguridad le había ganado la posición. Kate no podría llegar a la puerta sin tropezar de frente con él.

Con el rabillo del ojo captó algo que se movía a su derecha. El soldado de la tráquea partida se debatía en el suelo, volviéndose de un color cada vez más azulado, pero los otros dos se habían repuesto y trataban de hacer puntería

sobre ella mientras el *Valkirie* se sacudía.

Apuntar con un largo Mauser cuando el suelo que está debajo de tus pies no para de moverse acabó siendo una labor demasiado difícil para el cerebro medio moribundo de aquellos hombres. El disparo salió alto y una bala arrancó un mar de chispas en algún lugar a varios metros sobre ellos. Con un reniego, Senka se volvió hacia la puerta y la cruzó. Kate tendría que arreglárselas por su cuenta, pero al menos podía despistar a aquellos tipos.

—¡Menuda puntería de mierda, gilipollas! —gritó Senka desde el

quicio, antes de salir por piernas hacia el ascensor. Pero primero se permitió el lujo de hacer un corte de mangas a los dos soldados supervivientes. Moore, demasiado concentrado en Kate y en el bebé, ni la vio.

Senka corrió hacia el ascensor en zigzag, con un chorro de sudor helado cayéndole por la espalda. Sentía un pinchazo intenso en el costado. Lo más probable era que las patadas que le había dado Moore le hubiesen roto una o dos costillas. Le dolía terriblemente cada vez que inspiraba, pero no tenía más remedio que apretar los dientes. La puerta del ascensor estaba cada vez más

cerca.

Si conseguía llegar hasta las plantas superiores del barco, sus posibilidades se multiplicarían por mil. Incluso podría alcanzar alguno de los botes salvavidas antes de que los explosivos plásticos detonasen y aquello se convirtiese en un hormiguero de soldados cabreados. Se apartó una gota de sudor que le caía por el mentón y resopló.

Ya quedaba menos. Iba a lograrlo.

Los timbres de alarma de su cerebro, entrenado para aquel tipo de situaciones, se encendieron. Senka no corría en línea recta para evitar ofrecer un blanco fácil a sus dos perseguidores, pero éstos ni

siquiera habían intentado dispararle. El jefe de máquinas y sus hombres se habían apartado a una esquina, con una expresión de terror mudo pintada en el rostro.

Se arriesgó a echar una mirada hacia atrás y se quedó paralizada. Los dos soldados se habían detenido en la puerta que comunicaba la sala de máquinas con la tolva donde un día habían estado (o estarían) los estabilizadores y permanecían allí, de pie, apoyados en sus fusiles y con una expresión de diversión malvada en el rostro. A su alrededor, una nube negra preñada de oscuridad malvada se arremolinaba,

inquieta. Ya cubría toda la pared del fondo y poco a poco iba sumergiendo en sombras el resto de la sala.

El primer brazo de aquella oscuridad llegó a la altura de los maquinistas y los cubrió sin que se diesen cuenta. Se oyó un sonido acuoso y aspirado seguido de un coro de gritos de dolor extremo que se cortaron de golpe, como una radio que se apaga. Y, después, nada más. Ni el menor rastro de aquellos hombres. Las sombras gruñeron, saciadas, y más oscuras aún si cabe. Alimentadas. Sonriendo con colmillos podridos y aliento a muerte.

Cada vez estaba más oscuro. Tan

sólo las luces de los diales y de la cabina del ascensor permanecían encendidas, bañándolo todo con un enfermizo color amarillo.

Un gemido de animal acorralado subió por la garganta de Senka. No le iban a disparar. Iban a esperar a que la sombra se encargase de ella. Sufriría un destino mil veces peor.

Para poner las cosas aún más interesantes, una campana sonó a sus espaldas. El ruido del ascensor se detuvo y la verja de cierre crujió cuando la apartaron a toda prisa. No le hizo falta volverse para adivinar que la cabina del ascensor acababa de llegar.

El ruido de varios pares de botas y los murmullos de diferentes voces le hicieron saber que habían llegado los refuerzos de Moore. Estaba atrapada.

El recuerdo de un día muy lejano la asaltó. Un día en el que una niña había visto cómo el cielo se cubría con negras nubes de humo mientras su aldea ardía. Una niña rodeada de hombres con uniforme militar de aspecto torvo y alma putrefacta. Una niña a punto de ser arrastrada a la boca del infierno.

Senka abrió los ojos, arrasados en lágrimas, pero centelleantes de desafío. Ya no era aquella niña. Era Senka Simovic. Una cobra, una experta en

causar dolor. Una superviviente. Y no iba a permitir que las sombras ganasen otra vez.

—Venid a por mí si tenéis huevos, *kopilad*. —Levantó una mano en gesto de desafío—. Una contra siete. Cobardes. Imbéciles.

Los hombres gruñeron ante su desafío y, en vez de acribillarla a disparos, embistieron como toros. La sombra se retorció con un chillido de sorpresa, como si aquello no entrase en sus planes. Reptó hacia Senka a toda velocidad, pero la serbia saltó sobre la barandilla y se dirigió hacia el túnel de servicio que llevaba al eje de la hélice.

La verja aún estaba suelta, así que la arrancó de un tirón y se metió en el corredor a toda velocidad, mientras varios de aquellos soldados le pisaban los talones. Al fondo aún se distinguía la luz mortecina de la lámpara de Paxton.

El ruido del disparo dentro de un espacio tan reducido sonó como un cañonazo y la ensordeció de inmediato. Un dolor agudo le atravesó la base de la espalda cuando la primera bala la alcanzó a la altura de los riñones y se enterró en su interior. Trastabilló y tuvo que apoyarse en las paredes del pasillo para no caer.

La segunda bala le perforó un

pulmón. Senka notó una presión en la espalda que la empujó hacia delante y un calor repentino y asfixiante, como si estuviese en llamas. De su boca asomó un poco de sangre, pero se negó a caer de rodillas. Aún no.

Estaba casi a la altura del cuerpo de Paxton. Al llegar junto a él se derrumbó, con los tímpanos reventados por el sonido de los disparos. Sintió un tercer y un cuarto disparo y como algo caliente se le clavaba en una pierna. Su visión era cada vez más borrosa. Apelando a sus últimas fuerzas se dio la vuelta y miró hacia la boca del túnel.

Una fila de soldados avanzaba en

hilera, el primero de ellos con el rifle humeante y la mirada turbia. A sus espaldas sólo se veía una oscuridad negra como una noche sin estrellas en un planeta frío y hostil. Estaban casi junto a ella.

La sombra adelantó a los hombres, devorándolos a su paso. Un muro negro e insondable se abalanzó sobre Senka, con un sonido ansioso y susurrante que crecía metro a metro. Por un segundo, la serbia pudo adivinar en medio de las brumas cambiantes el rostro de una mujer rubia, de aspecto enigmático, que la miraba con sarcasmo desde el fondo de aquella nube de maldad. Un rostro

que ella había besado hasta la extenuación. Un rostro que en aquel momento sonreía de manera obscena y malvada. Algo frío y amargo se cerró en torno a su corazón.

Senka. Eres mía. Ven con nosootros. Ahora.

La serbia escupió un borbotón de sangre y su mirada se volvió vacilante. Agarró la pernera de Paxton con las dos manos y le dedicó una última sonrisa feroz a la sombra que se acercaba.

—Ya no tengo miedo. Ya estoy en paz. Vuelve al infierno, zorra.

Tiró de la pierna del cadáver y el resorte de presión se liberó. Un segundo

antes de volatilizarse en una bola de fuego, Senka pudo oír el sonido que emitió la sombra.

Un sonido de sorpresa. Y de dolor.

Después la bola de fuego lo devoró todo por completo y, por fin, Senka Simovic encontró el camino hacia la paz.

XLVIII

—Se acabó, judía.

Moore resopló satisfecho acercándose hacia Kate con las piernas separadas para poder mantener el equilibrio. Amartilló la Walther PPK y apuntó a la frente de la pelirroja. Tan sólo tenía que apretar el gatillo.

Entonces sucedieron muchas cosas en muy poco tiempo. En primer lugar, una enorme bola de fuego y calor surgió del túnel de servicio a una velocidad demasiado rápida como para que el ojo humano pudiera observarla. El fogonazo

de luz era tan intenso que perforó las sombras, deshaciéndolas en medio de un rugido aterrador. Al mismo tiempo que atomizaba el cuerpo de Senka Simovic, la onda expansiva se multiplicó varias veces dentro de aquel espacio cerrado e impactó con fuerza sobre el enorme eje de acero. La presión ejercida fue tan brutal que el eje, del grosor de una persona, se dobló como si fuese una espiga al viento. La parte exterior rozó de inmediato la cara interna del tubo engrasado con un sonido rasposo y chirriante de metal contra metal. Una fea cicatriz se abrió en la cara interna del tubo aislado, envolviéndolo todo en una

enorme nube de aceite lubricante vaporizado. Por fin, el eje dio dos o tres vueltas agónicas antes de detenerse por completo.

Los motores diésel del *Valkirie* seguían funcionando a tres cuartos de potencia mientras las alarmas de advertencia comenzaban a iluminarse sobre el panel de mandos. Una situación tan catastrófica como la pérdida del eje tendría que haber hecho que el jefe de máquinas ordenase parar los motores de inmediato, sin necesidad de consultar al capitán. Pero en aquella sala de máquinas no quedaba nada más que un montón de sombras oscuras, y nadie

apretó los botones de parada de emergencia. Así pues, los motores siguieron funcionando a plena potencia durante varios segundos preciosos, tratando de mover un enorme eje atascado. Toda aquella fuerza se extendió por el engranaje y, en unos instantes, lo que podía haber sido una reparación seria se transformó en una avería catastrófica. Los árboles de levas saltaron por los aires y los motores, sobrecargados, comenzaron a emitir un zumbido ahogado a medida que docenas de conductos reventaban y se deformaban en su interior. Por fin, con un tosido metálico, se detuvieron,

destrozados por dentro.

El *Valkirie* estaba a la deriva en medio de una tormenta intensa que no paraba de crecer.

La onda expansiva de la explosión golpeó los mamparos debilitados que separaban la tolva de carbón de la sala de máquinas. Ante los ojos alucinados de Kate se superpusieron en rápida sucesión las imágenes de dos momentos distintos. Por detrás de Moore vio aparecer, como en un truco de magia, los estabilizadores laterales arruinados por Paxton, y un segundo después, en el mismo sitio, los cadáveres apilados de la familia judía. El impulso de la

explosión pilló por sorpresa a Moore y lo lanzó por los aires. Tres o cuatro timbres de alarma empezaron a sonar simultáneamente y desde el techo las espitas de agua antiincendios se abrieron de inmediato y sofocaron los conatos de fuego que se habían declarado en la sala de máquinas. La lluvia química provocada por las espitas era tan intensa que apenas permitía ver más allá de tres metros.

Aquél era el momento esperado por Kate. Cojeando, se escabulló por un lateral de la sala, en dirección opuesta a la puerta, donde sabía que aún estaba el jefe de seguridad. Se dirigió hacia el

otro extremo, en el que había otra compuerta cerrada. Kate no sabía adónde daba aquella salida. Quizá fuese una ratonera o sólo llevase a otra sala gemela, pero era su única opción. Con el niño apretado contra el pecho se abrió camino entre los chorros de agua y espuma hasta llegar a la portilla. Con una sola mano trató de hacer girar la rueda que mantenía la compuerta trabada, pero no pudo moverla ni un milímetro.

Por detrás de ella podía oír los resoplidos de Moore, que avanzaba como un toro entre los chorros verticales, en busca de Kate, cada vez

más cerca.

«Robert, mueve el culo y sácame de aquí. ¡Ahora!».

Kate cerró los ojos y dio un fuerte tirón a la rueda metálica. En aquel instante, el mecanismo se desbloqueó y comenzó a girar sobre sí mismo, impulsado por algo o alguien desde el otro lado. La puerta se abrió con un chirrido, y dejó a la vista un largo corredor rodeado de tuberías con una escalera vertical adosada a un costado.

«Gracias, cariño», pensó Kate, aliviada, mientras cruzaba la puerta sin mirar atrás. Moore ya debía de estar muy cerca.

Al pasar al otro lado, la puerta se cerró de golpe con un ruido metálico atronador. La rueda del mecanismo de cierre volvió a girar, esta vez en sentido contrario, y los pernos de sujeción se colocaron en su sitio con un chasquido seco. A través del ojo de buey, Kate vio cómo Moore llegaba hasta la puerta y trataba de abrirla. El inglés enrojeció al tiempo que sus músculos se tensaban hasta el límite. Una vena gruesa como un dedo se le hinchó en el cuello mientras el hombre resoplaba en un esfuerzo final, pero la puerta no se movió ni un milímetro.

Furioso, Moore descargó un

puñetazo sobre el ojo de buey, con una mirada de odio reconcentrado hacia la joven, que le observaba con una sonrisa burlona desde el otro lado. Con parsimonia, Kate estiró el brazo hacia la puerta. Moore la observaba, entre incrédulo y fascinado. Entonces, Kate levantó el brazo, muy lentamente, a la vez que cerraba el puño y estiraba con elegancia el dedo corazón hacia el rostro estupefacto del inglés.

—Púdrete, cabrón loco —vocalizó lentamente en alemán, para que el otro la leyera sus labios y pudiera entenderla.

La cara de Moore se puso de varios colores, pasando por el blanco, el rojo y

el lila. Comenzó a gritar al otro lado de la puerta mientras le propinaba patadas y puñetazos, y lo único que consiguió fue que la cara de Kate se ensanchase en una sonrisa, la primera desde hacía horas.

Entonces, el hombre se acordó de que todavía tenía una pistola en la mano. Apuntó al cristal de ojo de buey y disparó tres veces. Unas finas grietas, delicadas como telarañas, aparecieron sobre el cristal, pero no se partió. Era una compuerta de seguridad, diseñada para aislar toda una sección del barco en caso de que se abriese una vía de agua y estaba pensada para aguantar

golpes y una presión brutal. Kate hizo un gesto burlón de despedida y se adentró por el corredor, en dirección a la escalera, dejando atrás a un furioso y frustrado Moore. En busca de una salida que le permitiese huir de aquel infierno claustrofóbico.

Tratando de abandonar el *Valkirie* por cualquier medio.

Siete pisos más arriba, en un hall envuelto en sombras, las plantas enterradas en los maceteros se estremecían cada vez que el *Valkirie* recibía un golpe de mar. La ausencia de

los estabilizadores se notaba mucho más en lo alto del transatlántico. Todas las luces estaban apagadas, como consumidas por un ladrón sediento. Sólo los relámpagos ocasionales que restallaban en el exterior bañaban de vez en cuando la sala con una luz azul espectral. Por el suelo del hall, que estaba desierto, rodaba un jarrón que se había tumbado en uno de los pantocazos. Con cada golpe de mar, el jarrón de bronce giraba sobre sí mismo emitiendo un sonido apagado y chocaba contra uno de los rodapiés de nogal con un clonc sordo pero perfectamente audible.

Entonces, otro golpe de mar sacudía

al *Valkirie* en dirección contraria y el jarrón volvía a rodar en sentido opuesto, en un movimiento interminable.

Era el único ruido que se oía en aquella planta, desierta y oscura. En aquel espacio fantasmal.

Pero entonces pasó algo.

El ruido de unos pasos lejanos que se acercaban se fue haciendo cada vez más audible. Era una persona, y se aproximaba caminando tranquilo pero con energía. A pesar de que tanto el hall como los pasillos circundantes estaban totalmente a oscuras, aquella persona se movía con perfecta soltura entre las sombras sin necesidad de usar ningún

tipo de linterna o luminaria. Caminaba con ligereza, como si conociese a la perfección cada esquina del *Valkirie*. Si alguien se hubiese acercado lo suficiente, incluso podría haber jurado que estaba silbando una tonadilla ligera entre dientes.

Un relámpago se coló dentro del hall a través de las vidrieras, salpicadas por la lluvia. Por un instante, todo se llenó de luz, y el caminante quedó a la vista. Era un hombre joven, de unos treinta años, de pelo negro alborotado y vestido con un elegante traje italiano de color crema. Caminaba con soltura, y las sombras se apartaban a su paso como si

estuviese rodeado de una aura especial.

El hombre se acercó a una esquina del hall, donde había una mesa baja con un grupo de sofás a su alrededor. Sobre uno de ellos había algo que parecía un fardo de telas apoyado allí de cualquier manera. El hombre observó el montón de ropa con expresión concentrada y a continuación se sentó en uno de los asientos libres, con cuidado de no arrugar su chaqueta. Entonces se giró hacia el montón de ropa y abrió la boca.

—Hola, Isaac —dijo.

El montón de tela se sacudió y de debajo de una manta de lana apareció una mano anciana cubierta de pecas.

Detrás de la mano asomó el rostro perplejo de un anciano con un ojo cubierto por cataratas. Su cabeza estaba totalmente calva y cubierta de llagas, excepto por una sombra de pelo en la base de la nuca que parecía a punto de caerse a pedazos. De su boca goteaba un chorro de baba. El anciano se orientó por la voz y miró con ojos ciegos hacia el hombre.

—Isaac, mi nombre es Robert Kilroy —dijo el hombre, con voz serena—. Soy el marido de Kate, o al menos lo era. Y lo cierto es que yo no debería estar aquí y, además, tú tienes algo que hacer. La mujer a la que amo está en peligro, y tu

alma también.

El hombre miró a los ojos vidriosos de Feldman. El anciano parecía estar en su propia galaxia, atrapado dentro de un castillo oscuro sin ventanas ni puertas.

—Ya es demasiado tarde para el resto de los tripulantes de este barco maldito, pero no para vosotros. — Robert hablaba casi para sí mismo, en un murmullo ininteligible, pero entonces se inclinó hacia Feldman—. Necesito que vuelvas del lugar oscuro donde estás. Y tienes que hacerlo ahora.

Por toda respuesta, el anciano emitió un gáñido y se llevó la mano a la cara, como si le molestase la leve luz que el

hombre joven parecía emitir.

Con paciencia, Robert sujetó a Feldman por las solapas y tiró de él hasta incorporarlo un poco. El anciano olía a meados, pero Robert ni se inmutó. Con la mano derecha desabrochó el cuello de la camisa de Feldman y su corbata. Entonces se puso delante de él y le dio un leve cachete en las mejillas para conseguir que el viejo se centrara en él.

—Isaac, mírame. Mírame. —Le volvió a dar un leve cachete y lo sujetó por las axilas para ponerlo en pie. El anciano suspiró, enojado—. No tenemos tiempo, así que habrá que hacerlo de

esta manera.

Robert acercó sus labios a la piel, purulenta, de la frente de Feldman. Con una expresión relajada, cerró los ojos y apretó la boca contra la cabeza del anciano mientras lo sujetaba en un abrazo estrecho, como dos bailarines que no se han dado cuenta de que la música ya hace rato que terminó.

Si alguien hubiese entrado allí en aquel momento, atravesando la nube de sombras densas que cerraba todos los caminos, habría quedado muy sorprendido. En medio de aquella estancia empezaba a brillar un tenue resplandor, que crecía a cada segundo

que pasaba. El origen de aquel resplandor era el cuerpo consumido de un anciano, que parecía levitar a quince centímetros del suelo, sujeto por alguna fuerza invisible. Sus brazos estaban pegados a su cuerpo, y su cabeza echada hacia atrás, como si algo la empujase. La luz surgía de todos y cada uno de sus poros, atravesaba su ropa e irradiaba de sus extremidades. En el suelo, bajo él, una manta con las siglas de la KDF se había deslizado de sus hombros hasta el suelo y parecía un montón de tela arrugada.

La luz brillaba cada vez más. Las sombras se removieron, atemorizadas,

con gemidos de dolor y de desconcierto. Los destellos que emanaban del anciano las disolvían como si estuviesen bajo el efecto de alguna clase de ácido, y a su paso sólo quedaban algunos jirones que acababan cayendo al suelo como una especie de polvillo sucio de olor putrefacto. Las luces del pasillo temblaron débilmente, y de los filamentos de las bombillas volvió a surgir un débil destello, como el rescoldo de una hoguera azotada por el viento. Las sombras retrocedían por todos los corredores, vencidas por el potente resplandor.

Y entonces, Isaac Feldman abrió los

ojos.

En aquel mismo momento, siete plantas más abajo, una presencia oscura, vieja y malvada levantó la cabeza, percibiendo aquel brillo inesperado. Aquel ente contempló su juguete, un hombre musculoso de uniforme que aporreaba una puerta poseído por la furia, mientras su presa le hacía gestos despectivos al otro lado del cristal. Por un instante interminable, aquella criatura atemporal dudó. Por primera vez en un ciclo de millones de veces, tropezaba con un cambio. Por primera vez, se

sentía desconcertada. Y no le gustaba la sensación.

Dedicó una última mirada a su presa y con un rugido de rabia se separó de ella en dirección al piso superior. En dirección a la luz que le retaba.

Isaac Feldman parpadeó varias veces, con expresión confundida. En su ojo derecho estaba sucediendo algo que haría que los asistentes a un congreso de oftalmólogos se desmayasen, incrédulos. Su catarata estaba desapareciendo, consumida por su propia córnea. Ya sólo cubría una pequeña parte del iris y al cabo de unos minutos no sería más que un recuerdo.

—¿Qué..., quién..., qué está pasando aquí? ¿Quién eres? —La voz de Feldman aún sonaba quebradiza, pero por debajo de los restos astillados ya volvía a percibirse el acero del magnate implacable.

Por toda respuesta, Robert Kilroy miró fijamente a Isaac Feldman a los ojos. Y, sin decirle absolutamente nada, el anciano lo comprendió todo. Hasta el último resquicio de verdad le fue revelada.

Y, sin ningún género de dudas, supo que al cabo de apenas una hora iba a morir.

XLIX

Subir por el hueco de la escalera con un bebé berreante pegado al pecho resultó para Kate mucho más difícil de lo que había pensado. Tenía que utilizar una de sus manos para sujetar al pequeño, lo que le dejaba libre tan sólo un brazo para sujetarse a los barrotes mientras se impulsaba con las piernas. La cabeza todavía le dolía por el culatazo y tenía un tobillo hinchado; sospechaba que estaba roto. Aún no molestaba demasiado, pero cada vez que lo apoyaba en el suelo, un relámpago de

dolor trepaba por su pierna.

La escalera vertical por la que subía era un conducto de servicio que parecía no tener fin. Estaba alumbrada cada pocos metros por unas bombillas vacilantes que parpadeaban a su paso como luciérnagas borrachas. Aquel tubo de acero estaba rodeado por enormes tuberías rellenas de vapor hirviendo que daban servicio a varias zonas del barco. El calor allí dentro era asfixiante. Las gotas de sudor le resbalaban por la frente hasta metérsele en los ojos. Kate no podía hacer nada para apartarlas y cerraba los párpados con fuerza, pero era peor.

Cada vez que cerraba los ojos, lo que veía al abrirlos cambiaba. Parecía que alguien estaba apretando un mando a distancia en su cabeza y saltaba de un canal a otro de manera alocada. En un momento, Kate veía un túnel perfectamente iluminado, con las tuberías pintadas de brillantes colores y los travesaños de la escalera de acero inoxidable lanzando destellos plateados. Al segundo siguiente, el túnel estaba a oscuras, las bombillas cubiertas de una capa de telarañas de un dedo de grosor, y las tuberías reventadas y devoradas por el óxido. Cada vez que eso pasaba, la escalera de acero era sustituida por

una escala de madera podrida e hinchada que amenazaba con desmenuzarse entre sus dedos como un puñado de arena.

Aquello tendría que haberla desquiciado, pero Kate se encontraba más tranquila y en paz que nunca. El terror se había esfumado y estaba oculto en algún lugar recóndito de su interior, demasiado debilitado para salir. Por algún motivo profundo, toda su mente estaba llena de una serenidad que no conocía desde mucho antes de que el cuerpo de Robert entrase en un horno crematorio.

Veía las cosas con claridad, y se

sentía segura de sí misma. Por primera vez desde que estaba a bordo de aquel barco entendía que no estaba en el *Valkirie* por casualidad, sino que tenía un papel concreto. Por vez primera, Kate no se veía arrastrada por los acontecimientos. Por vez primera sabía que, gracias a la ayuda de Robert y pese a que todo estaba escrito, podía tomar las riendas de la situación.

Era ella quien llevaba la iniciativa. Y la sombra estaba desconcertada.

El suave movimiento del niño contra su pecho la devolvió a la realidad. El pequeño estaba todavía envuelto en el *talit* azul y blanco, y de su cuello pendía

una pequeña cadenita de oro que se perdía entre sus pliegues gordezuelos. Kate no necesitaba mirar para saber que al final de la cadena colgaba una pequeña estrella de David. Una estrella de David igual a la que le había mostrado Feldman unos días antes. La misma, de hecho.

Se detuvo un segundo para tomar aire y contempló la carita arrugada del pequeño. Le pasó los dedos por el nacimiento del pelo y por la barbilla.

—Algún día serás un hombre muy importante, Isaac —le murmuró con voz dulce. El pequeño acercó su boca hambrienta al dedo, en busca de

alimento—. Siempre y cuando esa sombra no nos atrape. Creo que tu abuelo ha liberado algo demasiado peligroso.

Las últimas palabras del anciano seguían resonando en sus oídos con fuerza. «*Pulsa Denura*», había gritado, mientras levantaba los brazos y arrojaba un puñado de polvo. Y Kate sabía lo que eso significaba.

Había sido un par de años antes, cuando colaboraba con Robert para un reportaje del periódico sobre los asentamientos ultraortodoxos en Israel. En medio de su investigación había tropezado con que en ciertas partes de

Jerusalén aún existían grupos muy singulares, que vivían según las normas de conducta que imperaban en Centroeuropa en el siglo XIX. Grupos que eran muy herméticos y que vivían de espaldas al moderno Estado de Israel. Que para mantener su identidad albergaban en su seno a cabalistas que practicaban el equivalente judaico de la magia negra. Y, de entre todas las posibles armas que tenían, la *Pulsa Denura* era, con diferencia, la peor de ellas.

La *Pulsa Denura*. La Invocación de las Sombras.

El único problema era que una

invocación tan poderosa exigía un hechicero igualmente fuerte para poder controlarla. Alguien que pudiese ver el futuro y evitar que las sombras tomaran el control. Había muy pocas personas en el mundo que pudiesen realizar algo así, personas con muchas décadas de conocimientos y estudios. Muy ancianas y prudentes, conscientes de que a aquel monstruo no se lo debía despertar si no era en caso de extrema necesidad.

Pero quien había realizado aquella *Pulsa Denura* yacía muerto en el suelo de una sala de calderas, varias plantas más abajo, aniquilado por su propia obra. Y su criatura caminaba sin amo,

liberada después de eones, hambrienta y cargada de odio y dolor.

Kate jamás se había creído aquellas cosas. Tan sólo eran folclore y leyendas de gente que seguía viviendo en un mundo de fantasía y superstición. Algo pintoresco, pero que no era real. Hasta aquel día. El día en que todo aquello se había transformado en algo jodidamente real.

Un ruido atronador retumbó en un costado del *Valkirie*. El barco se inclinó con fuerza más de diez grados y las luces se apagaron por un instante, dejando a Kate sumergida en la oscuridad. En medio de un concierto de

crujidos de metal, el *Valkirie* recuperó la verticalidad poco a poco, mientras Kate se aferraba a la escalera para no caerse. El barco acabó volviendo a su posición original, pero ahora al movimiento oscilante se le sumó un inquietante cabeceo. Privado del empuje de sus motores, el *Valkirie* no era más que un trozo de hierro y madera que flotaba en la inmensidad del océano, sacudido sin piedad por las olas.

Kate miró hacia abajo y se arrepintió de haberlo hecho. Bajo sus pies había una caída vertical de más de treinta metros rodeada de tuberías hirviendo. Un paso en falso y acabaría

hecha un montón de carne cocida y huesos rotos en el fondo de aquel foso. Sujetó al niño con fuerza y subió una nueva tanda de escalones hasta que tuvo que volver a detenerse a recuperar el resuello.

Su mirada se detuvo en una puerta que se abría a apenas dos metros sobre su cabeza. Parpadeó, confundida, pero con un hálito de esperanza. Aquélla podía ser la salida. La puerta sólo se veía con nitidez en los momentos en los que Kate «estaba» en 1939, así que esperó a que el movimiento pendular del barco se sincronizase con el momento temporal correcto. Entonces se desasíó

de la escalera y saltó.

Se estrelló contra la puerta con un golpe seco de sus costillas. Notó cómo se escapaba todo el aire de los pulmones y la puerta cedía bajo su peso. Se hizo un ovillo para proteger al bebé y se encontró rodando por un pasillo enmoquetado y golpeándose sin parar contra las paredes.

Tardó un buen rato en poder levantarse, aturdida. Cuando lo hizo se dio cuenta de que estaba en uno de los niveles interiores de primera clase. Había pasado por allí cerca unas cuantas veces.

Caminó con el niño apretado contra

el pecho mientras miraba a su alrededor. La mayoría de las luces eléctricas aún funcionaban, aunque había pasillos que tan sólo eran charcos de oscuridad densa. Kate los evitaba y tuvo que dar un amplio rodeo para seguir avanzando hacia la zona exterior del *Valkirie*. Su meta era salir a la pasarela de paseo que rodeaba la zona de primera y meterse dentro de uno de los botes. Era preferible jugarse la vida en medio del océano dentro de una de aquellas lanchas que permanecer un minuto más a bordo de aquel barco condenado. Por otra parte, el *Valkirie* no iba a ir a ninguna parte. La tormenta se había

transformado en un monstruo enorme que lanzaba poderosas ráfagas de lluvia y viento contra la superestructura del casco. Los rayos brillaban sin interrupción y, cada vez que retumbaba un trueno, todo el barco parecía a punto de derrumbarse. Allí no había ventanas y Kate no podía ver el mar, pero sospechaba que las olas tenían que ser enormes, por la forma en la que el casco se sacudía.

Pero, además, el barco se comportaba como si no hubiese nadie al timón. Aquello era difícil de entender. Los golpes de mar sacudían al crucero de costado, en vez de estar aproado

hacia el viento. Si no hubiese sido por el enorme tamaño del *Valkirie*, las olas habrían hecho volcar el buque hacía un buen rato.

Todo parecía desierto. El suelo del pasillo estaba cubierto de restos de confeti y botellas vacías que rodaban de un lado a otro. Parecía que apenas unos minutos antes allí se había estado celebrando una gran fiesta. Hileras de banderitas de papel de la KDF junto con esvásticas cruzaban el techo del pasillo, como en una feria de pueblo. Pero no había nadie a la vista.

Una serie de truenos seguidos retumbó sobre su cabeza. El techo de la

sala por la que cruzaba tembló y las lámparas de araña tintinearón. Kate levantó la cabeza, confundida.

Aquello no eran truenos.

Sonaba como un *staccato* continuado de detonaciones secas. Se detuvo. Eran disparos, de una arma de gran calibre.

Volvió a sentir que la iniciativa se le escurría de entre los dedos, una vez más. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Quién disparaba? ¿Y contra quién?

Algo se movía a sus espaldas. Se giró mientras un escalofrío recorría su nuca. Jirones de sombra oscura se estaban arremolinando en las esquinas, tendiendo sus hilos para unirse unas con

otras en trozos cada vez más grandes. Se oía un susurro nervioso que crecía de segundo en segundo. Ya ocupaban todo el fondo del pasillo y cada vez avanzaban más, pero lentamente. Parecían estar esperando algo.

Oyó pasos que se acercaban. Miró a su alrededor, pero no había nada que pudiese usar como arma, y no podía retroceder hacia las sombras. De repente, una trampilla situada sobre su cabeza se abrió y una escalera de metal desplegable cayó con estrépito en medio del pasillo. Por el hueco abierto se colaban ráfagas de viento helado mezcladas con chorreones de lluvia que

empaparon en seguida la moqueta. Un par de botas de corte militar aparecieron por la escotilla, seguidas de unas piernas envueltas en unos pantalones de dril color caqui.

Un hombre empapado bajó la escalera con cuidado de no resbalar. En la cabeza llevaba puesto un casco plano con una visera amplia a su alrededor, y de la manga de su chaqueta colgaba una insignia del Home Guard británico.

El hombre, un tipo maduro y más bien grueso de unos cuarenta años, se dio la vuelta al llegar al pasillo y se fijó en Kate. Su rostro se desfiguró en una expresión de sorpresa.

—Pero ¿qué coño hace aquí, señora? —gritó—. ¡Tenemos a los alemanes encima! ¡Toda la zona sur del puerto está ardiendo, y no dejan de llegar más oleadas de aviones! ¡Este barco es una instalación militar!

Kate levantó la vista y miró hacia el hueco de la trampilla. Entre la lluvia y los relámpagos podía distinguir a media docena de hombres agrupados en torno a un cañón antiaéreo que no cesaba de lanzar ráfagas de munición pesada hacia el cielo. Por encima del aullido del viento, Kate distinguió en la distancia el zumbido monótono de unos aviones. De vez en cuando, explosiones lejanas

llegaban hasta el barco y los hombres de cañón se agachaban detrás de su pieza, con las manos sobre los cascos, en busca de un refugio inexistente.

—Aquí no está segura, se lo digo en serio. —El tono del hombre era paternal y conciliador—. Vuelva a tierra y busque otro refugio. Si una bomba alemana cae sobre nosotros estamos todos muertos, incluida usted y su hijo.

Kate sacudió la cabeza, con la sensación de estar a bordo de un tren que descarrila. Los acontecimientos se sucedían de nuevo sin control.

—Tienen que bajarse de este barco, todos ustedes. —Kate aferró al hombre

por la guerrera y le habló muy lentamente—. Hay algo a bordo que es mucho peor que cualquier bomba alemana. Salgan de aquí, o acabará con ustedes.

—¡Ralph, trae esa maldita munición de una vez! —La voz, impregnada de miedo y angustia, bajó desde la escotilla hasta ellos. El hombre grueso, que atendía al nombre de Ralph, miró hacia arriba y después hacia Kate con una expresión de duda y alarma pintada en el rostro.

—Váyase de aquí —dijo finalmente, apartando a Kate de su camino con cortesía pero firmeza—. Ahora mismo.

De lo contrario le diré al sargento que le arreste. Y ahora, si me permite, necesito una caja de munición de cuarenta milímetros para nuestra pieza.

El hombre echó a andar hacia las sombras. Sacó una linterna del bolsillo y la encendió con gesto torpe mientras se internaba entre los jirones de bruma negra que se arremolinaban al fondo del pasillo trazando lentos círculos. Demasiado ocupado con su linterna, Ralph no se fijó en cómo los jirones de oscuridad impenetrable se cerraban a su paso, emitiendo suspiros inquietos ahogados por las explosiones.

A los pocos pasos desapareció. Se

oyó un ruido acuoso, aspirado, seguido de un gorgoteo y el ruido de algo al caer al suelo. El barco volvió a sufrir una sacudida y, de entre las sombras, una linterna con la bombilla quemada rodó mansamente hasta llegar a los pies de Kate, que se quedó mirándola hipnotizada.

Las sombras parecieron crecer y avanzaron un par de metros más por el pasillo. Kate cerró los ojos, expulsó con fuerza el aire de sus pulmones y apretó los labios. Se dio la vuelta y echó a correr, alejándose de la presencia, que entre tanto ya había reptado por la escalera y se asomaba al exterior,

enredándose en los pies de los desprevenidos hombres de la cubierta.

Mientras Kate se alejaba, pudo oír los gritos. Y el rumor de la oscuridad, que crecía sin cesar.

Cada vez más cerca.

L

Moore estaba furioso. La zorra judía se le había escapado por un pelo. No había manera de abrir aquella puerta. De alguna forma, la maldita bruja se las había arreglado para bloquear el mecanismo de cierre y ni siquiera era capaz de atravesar el cristal de alta densidad del ojo de buey con su pistola.

Rugió de furia y golpeó la puerta con los puños desnudos. Las oleadas de ira le asaltaban de manera antinatural y sólo era capaz de emitir sonidos ininteligibles mientras desollaba sus

puños contra los remaches de acero. Poco a poco, la puerta fue quedando cubierta de sangre, cuando reventó la piel de sus nudillos, pero siguió golpeando, sin cesar.

Otto.

La voz. Su voz. Era como un bálsamo relajante que calmaba su estado febril. Ella hacía que todo tuviese sentido. Moore cesó de golpear la puerta y dejó caer los puños a ambos lados de su cuerpo. Mientras le goteaba sangre de los nudillos inclinó la cabeza, escuchando. Bebiendo cada una de sus palabras.

La otra zorra ya es historia, Otto,

pero ésta es distinta. Más peligrosa. Tendrás que esforzarte más.

Moore frunció el ceño. Había reproche en la voz, pero también algo más. ¿Urgencia, quizá? Le recordaba al tono de su madre cuando se iba a trabajar a las fábricas y se despedía de él a toda prisa, mirando el reloj.

Ella tiene algo, Otto. Algo que la hace especial y peligrosa. Tienes que encontrarlo y deshacerte de él.

Moore sacudió la cabeza, confuso. Había empezado a sangrar por un oído, pero ni se dio cuenta. Sintió un leve empujón dentro de su mente y entonces la imagen de la puerta del camarote de

Kate apareció delante de sus ojos brillando como un neón de Las Vegas.

—¡No! —rugió Moore, golpeando de nuevo la puerta—. ¡Quiero atraparla ahora! ¡Abre esta puerta! ¡Sé que tú puedes!

El empujón dentro de su cabeza se hizo un poco más intenso y le arrancó un aullido de dolor. Una parte de su cerebro murió en aquel instante y Moore perdió la sensibilidad de la cara exterior de su brazo derecho, pero tampoco se enteró. Una oleada de sensaciones orgásmicas le recorrían de arriba abajo, sacudiéndole como una descarga eléctrica. Era la sensación más

gloriosa que había vivido en su vida.

Tendrás esto, Otto. Lo tendrás siempre que quieras, cuando quieras, sólo con desearlo. Pero ahora tienes que obedecerme.

—Sí. —De la boca de Moore se deslizaba un hilillo de baba—. Sí, lo haré.

Revisa el camarote de arriba abajo, Otto. Lo que la protege está ahí. Si te deshaces de eso, ella estará indefensa.

Con la resolución de un tiburón, Moore se dio la vuelta y se encaminó hacia el ascensor. En aquel instante percibió cómo las sombras que le rodeaban perdían parte de su intensidad.

Olisqueó el aire, como un perro inquieto, tratando de averiguar qué sucedía. Era ella. Se movía. Se alejaba. Moore podía percibir su nerviosismo y sus dudas. La conexión establecida entre la sombra y las raíces de su cerebro era tan intensa que podía percibir los pensamientos y las sensaciones de su nueva ama con total claridad. No eran razonamientos en el sentido literal de la palabra, o al menos Moore no los percibía así, pero sí que eran impulsos muy claros y complejos, que desbordaban la mente del inglés y arrasaban con ferocidad su raciocinio.

«Hay algo que le preocupa —pensó

Moore con un escalofrío—, algo está sucediendo en el barco que no se ajusta al plan».

No tuvo tiempo de preguntarse por qué había pensado en un plan maestro con esas palabras, porque un tirón invisible en su cerebro le obligó a caminar hacia el elevador. A la vez que sus botas pateaban los restos dispersos de la explosión, envuelto en un ruido de timbres y sirenas de alarma, la voz en su cabeza no dejaba de urgirle:

En su camarote. Tiene que estar allí. Búscalo. Acaba con él.

Moore entró en el montacargas, cuyas paredes de madera estaban

rajadas por la explosión, y apretó el botón de subida. A medida que la caja ascendía traqueteando, Moore se restañó la sangre de la cara con la mano. La mezcla de grasa y restos de sangre le cubría la piel como una máscara macabra. Su chaqueta estaba totalmente arruinada. Con un gesto automático la arrojó al suelo de la cabina y se quedó desnudo de cintura para arriba. Comprobó el cargador de su Walther PPK por enésima vez y esperó con paciencia a llegar a su destino.

El ascensor se abrió en la planta noble del *Valkirie*. Los pozos de oscuridad eran cada vez más numerosos.

Daba la sensación de que un hongo había atacado el barco y lo iba colonizando lentamente hasta el rincón más recóndito de cada una de las cubiertas. En algunas zonas, la negrura era densa como un pozo de petróleo, mientras que otras aún estaban llenas de luz y de vida. No parecía que las sombras se extendiesen siguiendo un plan concreto. Más bien recordaba a algo orgánico, que iba avanzando según el momento y las posibilidades.

Lo único seguro era que cuando llegaban a un sitio las sombras ya no desaparecían y parecían echar raíces.

Esperando a que sucediese algo.

Aguardando.

Moore caminó por los corredores trastabillando. El oleaje era cada vez más fuerte y el pasillo subía y bajaba como un caballo desbocado. De vez en cuando oía caer algo con estrépito a lo lejos, pero de las zonas cubiertas por la oscuridad no salía ni el más mínimo ruido. Como un maldito agujero negro que devoraba hasta el sonido. Moore sabía, de alguna manera, que en aquellas partes la calma era absoluta.

Nada se movía en las sombras. Nunca.

Al pasar al lado de las cocinas le llegó el sonido ahogado de las voces de

los cocineros peleando con unos fogones saltarines. Por una esquina vio cómo unos zarcillos de oscuridad se colaban dentro de la estancia, resbalando como un humo espeso a través de los respiraderos de la parte superior. La luz del interior se fue tamizando hasta desaparecer. Lo último que oyó antes de doblar la esquina fueron los gritos de sorpresa y dolor del personal de cocina, el último sonido que salía de entre aquellas cuatro desgraciadas paredes antes de que las sombras estableciesen su reino definitivo. Y, después, nada más.

Al cabo de cinco interminables

minutos llegó al corredor donde estaba situado el camarote de Kate. Moore ni se molestó en echar mano al juego de llaves maestras que llevaba tintineando en la cintura. Simplemente apoyó su mano sobre el pomo y lo giró, sabiendo que estaría abierto para él.

Entró en el camarote con las sombras agolpadas en el pasillo, nerviosas, pero sin atreverse a cruzar aquel umbral en particular. El inglés echó un vistazo a su alrededor antes de caminar hasta el armario. Sobre la cama deshecha había unas ligaduras sueltas y en el aire aún olía a sexo. Abrió el armario y lo vació de manera

sistemática, arrojando la ropa de Kate por encima de su hombro después de revisarla a conciencia. Cuando acabó con la ropa siguió de manera metódica con los cajones y, al acabar con éstos, arrancó los paneles de madera de la puerta.

Después se volvió hacia la cama y la deshizo por completo. Con su navaja rajó el colchón de arriba abajo y sacó todo el relleno. Hizo lo mismo con el sofá y con la maleta de Kate hasta deshacerla en pedazos. Al acabar, se irguió en medio de la habitación destrozada, resoplando con dificultad. Estaba mareado. Le dolían los ojos y las

figuras fluctuaban a su alrededor. Le dio la sensación de que algo se movía al otro lado de la puerta del baño, pero cuando la abrió no había nadie.

Se dejó caer sobre los restos del colchón, derrotado, y su mirada se detuvo en una urna negra de cerámica que había pasado por alto. El oleaje lo debía de haber hecho rodar hasta una esquina cubierta por una de las cortinas y por eso no lo había visto hasta entonces.

A Moore se le aceleró el pulso mientras cruzaba el camarote en dos pasos y se agachaba para recoger la urna.

La sacudió al lado de su oído. Tenía algo dentro. Con aprensión desenroscó la tapa y se acercó al ojo de buey para ver su contenido a la luz de los relámpagos. Era arena. No, se corrigió a sí mismo, mientras hundía los dedos en aquella sustancia y dejaba que se escurriese de nuevo. Era ceniza.

Eso es. De eso se trata. ¡Ya lo tienes!

La voz de *ella* sonaba triunfal, jubilosa y... ¿aliviada? Un nuevo pinchazo de aprensión le sacudió por un breve instante, pero no tuvo tiempo para reflexionar. La voz, intensa y susurrante, se deslizaba de nuevo en su cabeza.

Tienes que deshacerte de esas cenizas, Otto. Es su única conexión física. Sin ellas él no tiene cómo agarrarse a este lado. Es su puente. Tienen que salir del barco ya.

Moore no entendió la mitad de las cosas que *ella* dijo, pero no le hacía falta. La más importante la había comprendido a la perfección. Tenía que deshacerse de aquella urna. Y él sabía cómo.

LI

Kate salió al paseo lateral de cubierta y perdió toda esperanza. El mar rugía con una furia desconocida y vengativa. Las olas, de una altura superior a un edificio de cuatro plantas, se lanzaban contra los costados del *Valkirie* con la potencia de un tren descarrilado. Cada vez que uno de aquellos colosos de agua coronados de espuma sucia golpeaba el casco, todo el barco temblaba como si hubiese explotado una caldera en el interior. El suelo de teca vibraba y crujía cada vez que el agua sacudía el barco. En algunos

puntos, la madera había reventado, astillada, y ya faltaban al menos media docena de botes del costado de babor, arrastrados por las olas. Espantada, Kate comprendió que la fuerza de las olas era de tal calibre que el *Valkirie* se estaba deformando poco a poco, como si fuese una barra de acero sometida a demasiada tensión.

Kate escuchó un sonido parecido al de muchas botellas de champán descorchándose a la vez. Asomó con cuidado la cabeza por la borda, sujetando al niño con fuerza contra su pecho, y miró hacia abajo. A menos de diez metros de ella, una hilera de

tornillos de seis pulgadas salían disparados como si fuesen cohetes. El castigo de las olas estaba empezando a pasar factura a aquel veterano de los mares. Pese a todas las restauraciones, los remaches, que tenían más de setenta años, estaban reventando, uno a uno, a medida que los golpes debilitaban la estructura. Kate vio cómo una plancha de costado del tamaño de una ventana enorme salía arrastrada por las olas y se hundía en el mar. Aquella tormenta iba a matar al *Valkirie*, en aquella ocasión de forma definitiva.

A menos de diez metros de ella pendía uno de los últimos botes intactos

de aquel costado. Kate miró al mar, dubitativa. Quedarse a bordo del *Valkirie* suponía una muerte casi segura con aquella cosa rondando por ahí, pero dejarse ir a la deriva en una lancha de poco más de ocho metros en medio de aquella tormenta sonaba a algo parecido al suicidio.

Sin embargo, no tenía otra alternativa.

Caminó hacia el bote y empezó a pensar cómo iba a liberarlo de sus amarres cuando la puerta lateral más cercana se abrió de golpe, y Kate sintió el sabor amargo de la derrota en la boca.

Moore apareció en la cubierta sujetando un bulto contra el pecho con una mano y la Walther PPK en la otra. El inglés estaba hecho un desastre. La sangre fluía libremente por sus oídos, nariz y boca. Incluso de uno de sus ojos se derramaban unas aterradoras lágrimas de sangre. La parte derecha de su cuerpo parecía paralizada, como si hubiese sufrido un derrame cerebral, pero en su mirada brillaba una determinación férrea que le impulsaba a seguir adelante. Y debajo de esa determinación, por un breve momento, Kate atisbó una hoguera de odio y de locura extrema que se alimentaba de las

últimas fuerzas del hombretón.

—¡Tú! —Moore rugió mientras levantaba la pistola—. ¡Ya eres mía!

Kate dio un paso atrás y la barandilla se le clavó en la espalda. Las olas la salpicaban sin cesar, pero no importaba. No tenía escapatoria.

—¿Sabes una cosa? —Moore la miró con algo parecido al respeto—. Jamás pensé que una sucia judía como tú me fuese a dar tanto trabajo. Tienes valor y cierta habilidad. Pero yo también tengo esas virtudes. Y, además, tengo esto.

Moore levantó su Walther PPK con una sonrisa, para que Kate pudiese ver

los reflejos opacos de su cañón de acero pavonado.

—No me gustan las armas —musitó la joven, apretando al bebé contra su pecho—. Ni quienes las utilizan para matar a personas inocentes.

—¿No te gustan? —Moore se acercó dos pasos más, sin dejar de apuntarla—. Las armas sólo tienen dos partes, una buena y otra mala. La buena es la culata, que es donde estoy yo. La mala es ese lado del cañón, que es donde estás tú. Y todo lo demás sobra.

Kate se dio cuenta de que el inglés arrastraba las palabras al hablar, como si algo hubiese apagado las luces en

parte de su cerebro, pero su pulso se mantenía firme. Sólo entonces reparó en el bulto que sujetaba contra el pecho. Era la urna funeraria con las cenizas de Robert. Su corazón se aceleró de forma salvaje.

Moore siguió la dirección de la mirada de Kate hasta su pecho y sonrió, taimado.

—Vaya. —Levantó la urna en el aire, a la altura de su cabeza. De su boca se escapó una risa cascada—. Os conocéis. Pues dile adiós a este hijoputa chamuscado porque él se baja aquí.

Estiró el brazo para lanzar la urna por encima de la borda. Kate tragó

saliva, paralizada como una estatua de hielo. Todo iba a cámara lenta, en una secuencia inevitable que acabaría con las cenizas de Robert en el mar.

Una figura emergió de entre la masa de sombras que se arremolinaba a espaldas de Moore. Sostenía en alto una silla de madera con patas repujadas en marfil, una obra de arte sacada de uno de los salones que no dudó en estrellar con violencia contra la espalda del antiguo jefe de seguridad.

La silla se rompió en media docena de pedazos y Moore cayó desplomado como un fardo sobre la cubierta. Isaac Feldman, resoplando como una

locomotora, soltó el trozo de respaldo que aún sostenía en la mano y escupió sobre el cuerpo. Se apoyó sobre sus rodillas mientras intentaba recuperar el resuello, temblando de manera visible. Levantar la silla le había costado un esfuerzo sobrehumano.

—Estás... despedido..., gilipollas —murmuró. Cuando consiguió controlar su respiración dio un par de pasos hacia Kate con una sonrisa luminosa.

La periodista pelirroja no se podía creer lo que tenía ante sus ojos. Feldman ya no parecía tener un pie en la tumba y estaba visiblemente mejorado. Aún no era el anciano saludable y fornido que

había embarcado en Hamburgo, pero desde luego ya no era el viejo senil y babeante que se había cruzado apenas unas horas antes y que había dejado envuelto en una manta entre penumbras. No, el Isaac Feldman que tenía delante parecía rezumar vitalidad por todos los poros e incluso brillar con luz propia, como si le hubiesen puesto pilas nuevas.

—Isaac... —musitó, sintiendo que una oleada de alivio la inundaba como un torrente—. Creo que jamás me he alegrado tanto de encontrar una cara conocida.

—Escucha, Kate. —Feldman dio un par de pasos hacia ella y recogió la urna

funeraria del suelo—. Apenas tenemos tiempo. Me envía Robert. Tienes que salir de aquí cuanto antes. El ciclo se va a completar.

—¿Ciclo? ¿Qué ciclo?

—Es complicado de explicar. —La voz de Feldman estaba teñida de tristeza—. Pero tienes que creerme. Si Moore hubiese lanzado estas cenizas por la borda, nos habríamos quedado sin defensas frente a *ella*. Está asustada, y furiosa. Por primera vez, todo es diferente.

—¿Quién es *ella*? ¿Qué está cambiando? —Kate lanzaba preguntas a toda velocidad—. ¿Por qué es tan

importante esa urna? No entiendo nada, Isaac.

—Creo que tiene algo que ver con la *Pulsa Denura* y las cenizas de un muerto, pero no estoy seguro. Es todo demasiado complicado. La presencia de Robert ha cambiado un bucle de acontecimientos que se lleva repitiendo de manera continuada a bordo de este barco desde 1939. Por primera vez se puede detener. Pero tienes que...

Una bala entró por la base de la espalda de Isaac Feldman y salió por su esternón dejando un agujero por el que en seguida comenzó a manar sangre. El judío contempló la mancha roja que se

extendía por su pecho con expresión estupefacta, antes de caer de rodillas, medio ahogado en sus propios fluidos. Con un estertor, se derrumbó y quedó inmóvil después de sacudirse durante un rato como un pescado fuera del agua.

Moore se levantó del suelo, con el cabello cubierto por la sangre que no dejaba de manar de una herida de su nuca. Parecía mareado, pero el cañón humeante de su pistola no temblaba ni un milímetro al mismo tiempo que tanteaba el suelo con la mano que le quedaba libre en busca de la urna con las cenizas de Robert Kilroy. Sus ojos no se despegaban de Kate, demasiado

horrorizada para moverse. El disparo del inglés había sido increíblemente certero.

—Se acabó —murmuró. Su voz sonaba como una gramola que se va quedando poco a poco sin cuerda—. A la mierda con estas cenizas y a la mierda contigo, puta judía.

Forcejeó con la tapa de la urna funeraria para abrirla. Para hacerlo tuvo que dejar de apuntar durante un segundo a Kate. La joven aprovechó el brevísimo instante en que Moore separó la vista de ella para dar un paso a su izquierda y apoyarse en la barandilla, cerca de uno de los montantes de sujeción del bote

salvavidas que se sacudía con el viento a dos metros sobre sus cabezas. Se le había ocurrido una idea alocada, pero era el único plan medianamente decente que tenía.

Moore levantó la vista con una expresión salvaje y triunfal en el rostro. La tapa de la urna rodó por la cubierta y se acabó precipitando al mar. Kate la siguió con la mirada mientras se hundía entre las olas. Entonces el inglés levantó la urna y lentamente la inclinó sobre la borda, sin dejar de apuntar a Kate con el arma.

Las cenizas empezaron a derramarse en una cortina de polvo, revoloteando

entre las corrientes caprichosas de aire, hasta mezclarse con la espuma de las olas. La mirada de Moore se desvió un segundo cuando inclinaba la urna por completo y entonces Kate supo que tenía su única oportunidad.

Los montantes disponían de una de las pocas concesiones modernas a bordo del *Valkirie*, por imperativo de la normativa de seguridad. Los botes salvavidas estaban preparados para descender mediante unas poleas eléctricas y, para soltar los cables cuando llegaban a la superficie del mar, había unos pulsadores que liberaban los extremos. Esos pulsadores estaban

situados dentro de unas cajas de plexiglás que sólo debían romperse en caso de emergencia. Kate golpeó con el codo la caja más cercana, rezando para que el material fuese lo bastante frágil y se quebrase en su único intento.

Su codo atravesó la fina capa de plexiglás, desgarrando toda su piel, e impactó contra el pulsador. Moore volvió la vista hacia ella al oír el crujido. Por eso no pudo ver cómo el extremo del bote situado sobre su cabeza se liberaba y caía como una gigantesca guadaña hacia él.

El casco del bote, aún sujeto por el otro montante, impactó contra Moore

como un bate de béisbol contra una pelota. El golpe fue tan brutal que todas las costillas del lado derecho del soldado quedaron reducidas a fragmentos y su brazo hecho astillas antes de que se pudiese dar cuenta de lo que sucedía. El golpe lo lanzó con fuerza por encima de la barandilla, sin darle tiempo a sujetarse con su brazo bueno.

Con un último alarido de rabia, Moore salió despedido. Intentó recuperar el equilibrio, pero el impulso ya lo había proyectado por encima de la borda. Tan sólo le dio tiempo a lanzar una mirada cargada de ira y frustración

antes de zambullirse entre las negras y frías olas del Atlántico. Al cabo de un instante desapareció por completo, como si jamás hubiese existido.

Kate se dejó caer de rodillas sobre la madera de teca de la cubierta. El niño se había despertado y berreaba sin cesar, aterido de frío. La lluvia, impulsada por el viento, la había empapado por completo, y su codo no dejaba de sangrar. Echó un vistazo a la herida y palideció. El corte era mucho más profundo de lo que había supuesto. Tenía que hacer un torniquete o perdería demasiada sangre.

Se acercó al cadáver de Feldman y

comenzó a desatarle el cinturón de piel de cocodrilo. Contempló el cuerpo del anciano con una mirada de agradecimiento y tristeza infinitos. Si no hubiese sido por su aparición providencial, ella estaría muerta. Extendió la mano para cerrarle los ojos.

Y entonces Isaac Feldman parpadeó.

Kate pensó que no había visto bien, pero al primer parpadeo le siguió otro y a continuación un espasmo de tosidos llenos de sangre. El anciano estaba vivo, colgado por un hilo, pero vivo.

—¡Isaac! —gritó, aflojándole la camisa—. ¡Isaac, mírame! ¡Soy Kate, Isaac!

El pecho del hombre estaba hecho un completo desastre. El boquete de salida de la bala de nueve milímetros era del tamaño del puño de un niño pequeño. Moore debía de haber usado algún tipo de munición especial. Ya no fluía tanta sangre como al principio, pero no había nada que hacer y, por otra parte, Kate no sabía ni por dónde empezar. Lo cierto era que ni siquiera un equipo médico con todo el material disponible a su alcance podría haber hecho algo. Isaac Feldman se moría. Era inevitable.

—Kate. —La voz del anciano judío era apenas un susurro inaudible. Su mano, cubierta de sangre, se cerró en

torno al brazo sano de la periodista, que temblaba de manera incontrolable. Las lágrimas de Kate se mezclaban con la sangre de Feldman, pero ninguno de los dos se daba cuenta. La vida del anciano se escapaba a chorros.

—Kate —repitió, interrumpido por violentos ataques de tos—. Las... cenizas... Robert... Él es lo único que frena a las sombras. El espíritu de un hombre justo. La... *Pulsa... Denura...* Si no hubieses... subido... esas cenizas..., ya estaríamos todos... ¿Dónde... están... las cenizas, Kate?

Kate miró hacia el suelo. La urna funeraria yacía de lado, completamente

vacía. Moore había aventado hasta el último gramo de las cenizas de Robert Kilroy en medio del Atlántico Norte. Tan sólo quedaba un recipiente de cerámica lleno de nada. Aquel cabrón había ganado, pese a todos sus esfuerzos.

—Están justo ahí —mintió, arrasada de lágrimas—. No te preocupes, Isaac. Con ellas en mi poder no podrán hacernos nada.

Podía ver cómo el frente de sombras avanzaba tanto por un lado del paseo como por el otro. La oscuridad era cautelosa. Se movía lentamente, como una manada de lobos cercando a un

viajero solitario cuya hoguera desfallece y que poco a poco se va quedando sin luz. La linterna de Kate titiló y adquirió un tono moribundo. Ya se acercaban.

—Déjame... verlo. —Feldman casi no podía respirar.

Kate pensó que se refería a las cenizas, pero entonces vio hacia donde se dirigían los ojos del anciano. Con una sonrisa cansada levantó al bebé, que había dejado de llorar. Apartó los pliegues del *talit* y dejó a la vista un rostro sonrosado y gordezuelo que miraba con curiosidad a su alrededor.

—Isaac Feldman, te presento a Isaac Feldman —dijo Kate, con un

estremecimiento. Lo que estaba haciendo era algo que en teoría no podía suceder, pero estaba ocurriendo ante sus propios ojos. Una maldita paradoja imposible de resolver.

—Vaya... —La mirada de Feldman se iluminó y por un segundo el anciano volvió a ser el coloso que Kate había conocido—. Soy un bebé... muy... guapo, ¿verdad?

—Y te espera una vida muy larga —musitó Kate, arrojando al pequeño. Casi no podía ver nada, entre la penumbra y sus ojos arrasados.

—Debes dejarlo donde... —El ataque de tos fue esta vez más potente

que los anteriores y casi acaba con el anciano—. Donde puedan encontrarlo cuando llegue..., cuando llegue el *Pass of Ballaster*. Es la única manera de... cerrar el ciclo. Si la sombra lo atrapa, será el principio de un infierno infinito para... para todos. Incluso para ti. No dejes que *ella* lo capture, Kate. Sálvalo... Sálvame... Sál... va... nos...

La cabeza de Feldman cayó hacia un lado y el cuerpo del anciano se relajó por última vez. Kate le cerró los ojos, sin dejar de llorar, y a continuación se apretó el cinturón de Feldman en torno al brazo. Después, abrazada a un bebé tembloroso, con un cadáver a su lado y

con una urna vacía a sus pies, contempló cómo el muro de sombras se abalanzaba sobre ella como una manada de vampiros sedientos de vida.

Y escuchó el alarido de victoria de *ella* mientras los últimos rescoldos de luz se apagaban y las sombras la envolvían por completo.

LII

Sombras opacas. La negrura más densa y completa.

Al principio no pasó nada. Luego, lentamente, un pequeño chispazo de luz, casi un destello imperceptible, perforó tímidamente la oscuridad más absoluta e impenetrable que un ser humano pudiese imaginar. De hecho, era una oscuridad antigua, malvada y sabia; mucho, muchísimo más densa y profunda que nada que tuviese relación con el hombre. Aquel tímido destello, aquel fogonazo, crecía alrededor de la silueta de una

mujer arrodillada en el suelo que protegía un pequeño bulto contra el pecho. Lentamente, el brillo tembloroso fue creciendo, hasta empezar a refulgir como un puñado de luciérnagas después de una tormenta.

Kate exhaló el aire de sus pulmones y se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta aquel momento. Temerosa, levantó la vista. A su alrededor había caído una noche sin estrellas. No había ni el más mínimo rayo de luz, excepto la claridad que parecía emanar del aire que la rodeaba, y gracias a la que podía ver unos veinte metros a su alrededor. Más allá, algo

invisible y denso se arremolinaba, furioso, incapaz de atravesar el halo invisible que la protegía como una burbuja.

Echó un vistazo por la borda. La tormenta que había estado sacudiendo el barco hasta apenas un minuto antes se había esfumado como por arte de magia. La superficie del Atlántico estaba lisa como un espejo. Era un enorme charco de oscuridad que se perdía más allá de su vista.

Miró a su alrededor. El *Valkirie* estaba como siempre. Casi como siempre, se corrigió en seguida.

El barco parecía el mismo, pero

había docenas de sutiles cambios a su alrededor. Las planchas del costado destrozadas por la tormenta estaban de nuevo en su sitio, y el bote que había lanzado a Moore al mar volvía a estar trincado como si nunca se hubiese movido. El suelo de madera de teca estaba exactamente igual, pero con un tono de barniz diferente, apenas un grado o dos más claro, distinto al que tenía bajo sus pies apenas un minuto antes.

Kate se levantó, desorientada y confusa, y sólo entonces advirtió que el cadáver de Feldman había desaparecido. No estaba allí.

Era imposible. Sin duda, habría caminado unos cuantos metros sin darse cuenta cuando las sombras la alcanzaron. Anduvo un trecho en un sentido y en otro de la cubierta, pero no encontró ni el menor rastro de Feldman, ni una sola mancha de sangre. El paseo estaba impoluto, como recién salido del astillero.

Trató de relajarse. La atmósfera era densa, caliente y pesada. No había nada parecido a una brisa en el ambiente, donde el único aire que se movía era el que generaba ella al andar. Todos los sonidos estaban como amortiguados, en un entorno inmóvil e inerte. Kate estaba

segura de que las sombras eran las responsables de aquella situación.

De repente se detuvo, al ubicar mentalmente aquella situación. «Es como estar metida dentro de una fotografía —pensó—. Atrapados en un momento en el tiempo».

La impresión fue tan brutal como un puñetazo. Kate jadeó, asombrada. Estaba atrapada. La pregunta no era sólo *dónde*, sino también *cuándo*.

Dio un paso atrás y su espalda tropezó contra un bulto que sobresalía de la pared. Se giró como una cobra y vio que se trataba de uno de los flotadores salvavidas del barco. Suspiró

aliviada, pero de golpe su sonrisa se quedó congelada en el aire como si hubiese tragado un litro de hiel.

Porque justo debajo del nombre del barco y del emblema de la KDF, campeaba una orgullosa águila de alas extendidas que sostenía entre sus garras una esvástica roja como la sangre.

Kate no podía respirar. Se ahogaba. Su pie derecho tropezó con la urna donde habían estado las cenizas de Robert y ésta rodó con un sonido hueco. El recipiente, con minúsculos rastros de ceniza adheridos en su interior, emitía un débil brillo en medio de las sombras, cada vez más débil. Kate levantó su

mano y la contempló. Su piel parecía brillar con luz propia, como si todas y cada una de las células de su cuerpo se hubiesen convertido en una pequeña central eléctrica empeñada en suministrar luz a una ciudad sitiada.

Ella.

Ella emitía la luz, no Robert. No tenía ningún sentido.

Algo se removió entre las sombras, que se apartaron para dejar paso. Era una mancha oscura que destacaba contra el fondo negro y sin estrellas. Una mancha que avanzaba hacia ella destilando rabia e incomprensión.

¡No puedes resistirte a mí! Él ya no

está. Tú no tienes poder para enfrentarte a mi voluntad.

Un zarcillo de oscuridad salió disparado hacia Kate, pero antes de alcanzarla tropezó con el halo de luz que la envolvía y se deshizo en una mezcla de ceniza y humo, en medio de un aullido de dolor.

¡No puedes!

La voz de *ella* sonaba con la fuerza de un huracán por encima de los gemidos inquietos del ejército de sombras que la seguía.

¡No puedes, maldita zorra! ¡No es posible! ¡Él ya no está!

—Él sí que está, mala puta —mintió

Kate poniendo sus músculos en tensión —. Sólo que aún no sabes dónde.

Y sin darse tiempo a pensar se lanzó a la carrera entre la negrura.

Al atravesar el manto de sombras notó una intensa sensación de frío, tan penetrante que le empezaron a arder los pulmones y todos los poros de su piel se erizaron al momento. Sin embargo, no se detuvo. Era consciente de que su tiempo se acababa.

Ella se removió a sus espaldas con tanta violencia que el salvavidas salió disparado de la pared, como arrastrado por una mano invisible, y el bote colgado sobre el paseo se destrincó por

segunda vez en diez minutos (o, mejor dicho, por primera vez). Al caer, el bote impactó contra la borda, rompiéndose en pedazos y regando de trozos de madera las aguas negras que rodeaban el *Valkirie*.

Kate corrió por el paseo, sabiendo que sólo el halo de luz que la rodeaba la mantenía a salvo. A ella y al pequeño bebé que dormitaba envuelto en el *talit*.

—Tenemos que encontrar un bote, pequeño —murmuró Kate arrullando al bebé—. Tenemos que salir de esta tumba flotante lo más rápido posible.

Kate.

La joven se detuvo. No era posible.

—No. —Apretó los labios y continuó caminando.

Kate, escúchame. Soy yo.

—Esto es un truco. —Meneó la cabeza, con los ojos llorosos—. Robert, ya no estás aquí. Vi cómo arrojaban tus cenizas al agua.

Kate, soy yo, te lo prometo.

La voz de Robert sonaba alta y clara en su cabeza, pero preñada de urgencia.

Ahora no puedes verme, pero tienes que escucharme. Es muy importante.

—¡Y una mierda, zorra! ¡No me la vas a jugar! —Kate se volvió, furiosa, agitando un puño contra el muro de oscuridad que la rodeaba. El sonido de

sus pasos se ahogaba nada más alcanzar el borde del radio de luz y su voz no llegaba mucho más lejos. Era como tratar de detener a puñetazos un huracán.

Te gustan las cerezas, sobre todo si están frías. No te gusta que te apriete la base de la espalda cuando te doy un masaje. Tenemos unas fotos escondidas dentro de un libro de Alicia en el País de las Maravillas en el octavo estante del salón. Siempre has dicho que si tu madre viese esas fotos le daría un infarto. Una vez me tiraste una tarrina de helado encima por decir que tu pelo rojo parecía un incendio. La última vez que nos vimos en casa me dijiste que

me amabas y me besaste en la base del cuello. Y sé que me echas de menos cada minuto del día. Como yo a ti.

El silencio se hizo atronador. Kate lloraba abiertamente, con los labios temblorosos. Los sollozos le subían por la garganta y morían en su boca, incapaces de salir.

Soy yo, Kate. Sigo aquí. No me he ido. Por eso ella no puede hacerte nada.

—Pero... ¿cómo es posible, Robert? Vi cómo tiraban tus cenizas por la borda. Tú...

Sabes cómo, Katie. Lo sabes perfectamente.

Al oír esas palabras, la muchacha cerró los ojos y comenzó a llorar abiertamente, pero, por primera vez en mucho tiempo, de felicidad.

—Robert... —musitó.

Casi no tenemos tiempo. La hora límite se acerca y el ciclo está a punto de cerrarse. Tienes que dejar a ese bebé en la pista de baile. Ahora.

—¿Dejarlo? —La voz de Kate sonó casi ultrajada, apretando un poco más al crío contra el pecho de manera inconsciente—. ¡No puedo hacer eso!

Escúchame, Kate. Es la única manera. Por primera vez, el ciclo ha cambiado. Isaac Feldman por fin ha

muerto a bordo del Valkirie. Era el último tripulante del viaje original que faltaba para que el círculo se cerrase. Ahora, las sombras tendrán que partir. Su misión está completa. Lo único que las retiene es ese niño. Ella lo quiere, para poder seguir aquí. Si lo atrapa, el ciclo continuará. Si se va contigo, las sombras te seguirán a dondequiera que vayas. Liberarás una pesadilla en el mundo.

—Entonces..., ¿cuál es la alternativa? —La voz de Kate temblaba, de pura rabia y emoción. Le parecía una monstruosidad abandonar a un bebé indefenso a bordo de aquella casa

encantada flotante.

Debe salir por sus propios medios. Continuar su vida. Ser lo que tenga que ser en su plano de realidad.

—¡Pero si es un bebé de meses! ¿Cómo va a salir por sus propios medios de aquí?

Como estaba escrito. Como lo dicta su destino. Mira.

Kate oyó un ruido a sus espaldas y se volvió. Un haz de luz vacilante atravesó las sombras como un cuchillo caliente cortando mantequilla. Las nubes oscuras se dispersaron por un instante y Kate pudo ver cómo tres hombres vestidos con ropas de los años treinta

trepaban trabajosamente por la borda. El más joven de ellos era un granujilla con acné en la cara y expresión de miedo. Kate pudo adivinar que muchos años más tarde aquel chico se convertiría en un anciano con las paredes de su casa llenas de fotos y recuerdos.

El más alto de ellos movió el haz de su linterna sobre el paseo lateral. Comentaron algo entre ellos, pero pese a estar a menos de veinte metros Kate no pudo escuchar ni una palabra de lo que decían. Era como si estuviesen dentro de una enorme campana de cristal que los separase del resto del mundo.

El oficial se llevó la mano a la cara

y gritó algo en dirección opuesta a la de Kate. La joven no se pudo contener más y gritó también.

—¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí!

El efecto de su grito fue sorprendente. Los tres hombres se revolvieron a la vez con cara de terror y tropezaron entre ellos. La forma en la que se cayeron al suelo fue tan cómica que Kate se hubiese muerto de risa en una situación menos dramática que aquélla.

No pueden oírte, Kate, o al menos no de la forma que tú quieres. Para ellos, eres como un fantasma. Y lo serás para siempre si no sales de aquí en

menos de diez minutos. El ciclo está a punto de cerrarse, y si estás a bordo cuando eso suceda, quedarás atrapada entre dos mundos para siempre. Serás un espectro para toda la eternidad. Y él también.

—¿Lo encontrarán? —Kate miró al bebé, que dormitaba a pierna suelta, agotado tras tantas emociones.

Sin duda, siempre que esté en su lugar en el momento exacto. Y, ahora, ¡corre!

Kate no necesitó que se lo dijeran dos veces. Apurando el paso caminó a toda velocidad hasta la puerta que daba acceso al gran hall de las águilas. Tiró

de la portilla, que giró con un traqueteo sonoro, y la dejó abierta de par en par. Esperaba que los marineros siguiesen sus pasos.

Caminó sobre la pesada alfombra color sangre hasta llegar a las imponentes escaleras. La gran araña de cristal estaba a oscuras, como todo el vestíbulo, y daba la sensación de que hasta el último átomo de luz y de vida había sido absorbido.

Pasó cerca de las orgullosas águilas, que lanzaban su silencioso grito de desafío hacia la eternidad con la cruz gamada entre sus garras. Sin temer a las sombras que se apartaban a su paso,

cruzó el comedor y llegó hasta la pista de baile. Las bandejas cargadas de comida caliente aún humeaban. No debía de hacer ni veinte minutos que las sombras se habían adueñado de aquel espacio lleno de gente y ya no quedaba rastro de nadie.

Al pasar por delante de un cuarto de servicio, Kate abrió un armario y sacó una manta con el logo de la KDF bordado. No iba a dejar a un bebé de pocas semanas tirado sobre el frío suelo de mármol sin abrigarlo un poco. Envolvió al pequeño y en ese instante *sintió* algo. En la atmósfera inmóvil y oscura del salón, algo se movía a sus

espaldas. Algo malvado y confuso.

Dámelo.

Dámelodámelodámelodámelo. Es mío, zorra. Es mío, como todo este lugar. No te cruces en mi camino.

Kate apoyó con cuidado al bebé dormido en el suelo y se volvió con el puño derecho cerrado. No estaba segura de lo que hacía, pero jamás en su vida se había sentido tan serena y tranquila.

—Sólo quedamos tú y yo... ¿Verdad? —murmuró hacia las sombras—. Muy bien. Si lo quieres tendrás que venir a por él. Y tendrás que pasar sobre mí.

Te reservaré un rincón especial de

sufrimiento.

La voz destilaba ira, pero también miedo. Acostumbrada desde hacía eones a que nada cambiase, aquel momento nuevo y único la desconcertaba.

Desearás una y mil veces haber muerto.

—¿Sabes? Estoy harta de toda esta mierda de muerte y oscuridad. —Kate hizo un gesto de desprecio, con el puño todavía cerrado—. Así que si vas a hacer algo, hazlo de una puñetera vez o vuélvete al infierno.

Todo el aire pareció congelarse por un momento, estupefacto. Entonces se oyó una especie de alarido atroz y una

enorme ola oscura se lanzó hacia Kate devorándolo todo a su paso como un tsunami de maldad.

Kate esperó durante un segundo y entonces abrió su puño y lanzó el colgante con la estrella de David de Feldman hacia la pared negra que se abalanzaba sobre ella. En cuanto el colgante salió de su mano y tropezó con el muro de negrura, dio la sensación de que el tiempo se detenía por completo. La estrella de seis puntas rodeada de símbolos cabalísticos pareció disolverse en un grumo acuoso y un segundo después estalló en un fogonazo de luz cegador que iluminó el salón de

baile hasta el último rincón, como si un fotógrafo gigante hubiese disparado el flash más grande del planeta.

Los rayos de luz atravesaron las sombras y las deshicieron por completo. Kate pudo escuchar un gemido borboteante que se apagaba poco a poco. Por una fracción de segundo, con los ojos entrecerrados, pudo adivinar una sombra enorme recortada contra un fondo de luz brillante. Aquella sombra, que recordaba la de una persona pero no era humana, se retorció de dolor bajo los destellos de la explosión. La intensidad de la luz aumentó y, en medio de un alarido salvaje, fue volviéndose

cada vez más cegadora hasta que Kate tuvo que cerrar los ojos. Entonces, los últimos átomos de oscuridad se evaporaron por completo.

Setenta años después, por fin, la *Pulsa Denura* alcanzó su final y *ella* dejó de existir.

LIII

En cuanto el fogonazo de luz se fue amortiguando y Kate pudo abrir los ojos comenzaron a suceder muchas cosas a la vez. La primera de ellas fue que por los ventanales del gran salón de baile entraba la luz espectral de los relámpagos que se sucedían sin cesar en el exterior. La tormenta había vuelto con fuerza redoblada y todo el casco del *Valkirie* crujía y se desgarraba sacudido por olas de casi diez metros de altura.

El suelo se movía sin cesar bajo los pies de Kate, inclinado en una pendiente

que desplazaba los muebles de un lado a otro como si fuesen dados en un cubilete. Una silla de madera y cuero que valía una fortuna se hizo astillas al empotrarse contra una columna. Al cabo de un momento, desde el gran hall de las águilas llegó el estruendo de un millón de piezas de cristal al romperse. La gran lámpara de araña, incapaz de soportar el vaivén de las olas, debía de haberse desplomado. El *Valkirie* se desintegraba en medio de la tempestad.

Miró a su alrededor. No había ni el menor rastro del bebé. Era como si no hubiese existido jamás.

Kate sonrió. En aquel instante, en

otro momento, en otro lugar, un oficial británico aterrorizado estaría levantando al bebé de la pista de baile. La única diferencia era que no llevaría en su cuello ningún colgante. A partir de ahí, el futuro sería distinto. Aquel niño viviría, pero no sería el mismo. El ciclo había cambiado. Se había cerrado el círculo.

Una montaña de agua gris y espuma golpeó con fuerza las vidrieras del salón de baile y las reventó en mil pedazos. A Kate le dio tiempo a salir corriendo del salón antes de que cientos de litros de agua mezclados con cristales rotos anegasen el suelo de mármol y madera

lacada. Las luces parpadearon y, en medio de un chispazo, se apagaron por última vez.

Kate cruzó el rellano de las águilas sorteando los restos destrozados de la lámpara de araña. En el techo, los cables rotos lanzaban chispazos intimidatorios cada vez que el movimiento del barco hacía que se tocasen.

Para llegar al exterior, Kate tuvo que ayudarse con los codos y las rodillas en los últimos metros. Con uno de sus brazos inutilizados por el profundo corte, le costó un esfuerzo increíble aferrarse al marco de la portilla para

salir al paseo lateral. Una vez allí, tragó saliva y abrió mucho los ojos.

El *Valkirie* avanzaba por la tormenta sin nadie al timón y con los motores parados desde hacía más de una hora. El oleaje lo había hecho derivar fuera de su rumbo y las olas lo golpeaban de forma salvaje por todos lados. En medio de aquel mar embravecido, era cuestión de tiempo que un golpe de mar lo embistiese de través y lo mandase al fondo del océano. Y el viento era cada vez más huracanado. Era cuestión de horas, o de minutos, pero el *Valkirie* se iba a ir a pique. Y la arrastraría a ella si no se daba prisa.

Las cortinas de lluvia arrastradas por el viento feroz le golpeaban los ojos y casi no le permitían ver. Avanzó paso a paso sujeta a la barandilla; cada metro ganado era un auténtico reto. El agua salada de las olas le golpeaba las rodillas cada vez con más frecuencia, y Kate reparó en que el nivel de la borda con respecto al agua había bajado mucho. Sólo podía significar una cosa. Había una vía de agua en alguna parte y el barco se estaba hundiendo.

Aquello tenía su parte buena. Las miles de toneladas de agua que entraban en las bodegas del *Valkirie* hacían que el barco pesara más, lo que impedía que

las olas lo sacudiesen de manera salvaje. Era imprescindible que el buque no se moviese demasiado si no quería que el bote salvavidas acabase destrozado contra el costado al bajarlo al agua.

Un último roción de agua la empapó antes de llegar hasta el bote más cercano. Junto a aquel bote, un millón de años antes, había encontrado un sombrero de paja, la primera señal de la pesadilla que vino después. Kate se estremeció al recordarlo.

Levantó las protecciones del sistema de poleas y activó el descenso de la lancha. Los motores eléctricos zumbaron

y el bote salvavidas comenzó su viaje hacia las olas. Cuando iba a meterse en la embarcación, su pie tropezó con algo. Era la urna funeraria de Robert, que las olas habían arrastrado hasta allí. Sin pensarlo dos veces, Kate la cogió y subió a bordo de la lancha.

Entonces respiró profundamente un par de veces y, armándose de valor, apretó el botón que liberaba los dos pernos de forma simultánea.

Con un chasquido, el bote se desprendió de los cabos de sujeción que lo mantenían unido al *Valkirie* y se hundió entre el oleaje. Kate se aferró a uno de los bancos para no salir

despedida. La pequeña lancha salvavidas se sacudía como una nuez en medio de aquellas olas grandes como colinas que parecían haber salido de todas partes.

Una ola traicionera golpeó el bote de lado y lo inundó de agua. Kate luchó para mantener la cabeza sobre las olas. Tragó agua de mar y la escupió, ahogada. Entonces oyó un crujido espantoso a sus espaldas y levantó la vista. A través de la niebla y la tormenta vio cómo la majestuosa popa del *Valkirie* se levantaba, con la hélice de bronce chorreando agua, y el barco empezaba a hundirse. El buque emitía un

concierto de ruidos, con todos sus metales crujendo y gimiendo en un último estertor de muerte. Por un instante se quedó en vertical, sacudido por las olas, y justo en ese momento todas sus luces se apagaron a la vez. Kate se encogió, esperando el golpe que podría aplastarla..., pero el *Valkirie* se deslizó mansamente bajo las olas, como si una mano invisible lo hubiese atraído desde abajo.

La superficie del mar burbujeó durante unos instantes, un par de flotadores aparecieron entre la espuma sucia de gasoil que coronaba las olas y, de repente, todo había acabado.

El *Valkirie* ya no estaba.

Ocho horas más tarde

Un frío amanecer desplazó gradualmente la oscuridad. El mar había estado sacudiendo el bote durante horas, cubriendo el cuerpo de Kate de moratones e impidiéndole dormir. Estaba agotada, aterida y muerta de sed. La niebla había desaparecido y el sol iluminaba una enorme extensión de océano desierto, que aún se agitaba un poco con los últimos coletazos de la tormenta que se alejaba por el horizonte.

En cuanto el bote dejó de balancearse, Kate se atrevió a soltar el banco al que había estado sujeta durante horas y dio un par de pasos vacilantes por el bote. Tiró de una cubierta de hule y dejó a la vista una moderna baliza de emergencia. Con ojos cansados siguió las instrucciones escritas sobre ella y apretó el botón que la activaba. La baliza se encendió con un blip tembloroso, y un piloto rojo comenzó a parpadear en un costado. Después, demasiado exhausta, se derrumbó contra ella y cerró los ojos durante un rato.

Aunque el *Valkirie* se había desviado bastante durante la tormenta,

Kate sabía más o menos *dónde* estaba, cerca de las rutas comerciales que cruzaban aquella parte del Atlántico. Lo que no tenía claro era *cuándo* estaba. Se preguntó qué demonios iba a hacer si finalmente había quedado atrapada en 1939.

Levantó la vista, sopesando sus posibilidades. Al fin y al cabo, tampoco sería tan mala cosa vivir en 1939. Tendría sus complicaciones, por supuesto, pero...

Humo. Se veía humo en el horizonte.

Kate se levantó de un salto y buscó unos prismáticos en el cajón de emergencia del bote. A lo lejos atisbó un

punto negro que se movía contra el sol naciente. Bajó los prismáticos y rebuscó entre la pila de salvavidas hasta dar con la pistola de señales. Metió una bengala dentro del cargador, apuntó hacia el aire y apretó el gatillo.

Con un siseo, la bengala subió en el aire y explotó a varias decenas de metros sobre su cabeza en un bonito paraguas de color rojo. Kate disparó un par de bengalas más, antes de abrir las dos latas de humo que estaban en el fondo de la caja. La lancha salvavidas quedó envuelta instantáneamente en una columna de humo rojo que tenía que ser visible a kilómetros de distancia.

Entonces volvió a coger los prismáticos y los enfocó hacia el barco. Suspiró aliviada. Aquel punto en el horizonte se estaba acercando.

La habían visto.

La espera se hizo eterna. Era un barco de carga que navegaba en solitario, enorme e imponente. La hacía sentir minúscula. Sólo cuando el barco se acercó lo suficiente y sus oficiales variaron el rumbo para ponerse al paio y recogerla, desapareció la silueta negra y pudo ver los colores del casco. Era rojo y blanco, y sobre su cubierta, apilados, se amontonaban cientos de modernos contenedores de Maersk y de

otra docena de empresas de transporte del siglo XXI.

Kate contempló el barco portacontenedores como si no fuese capaz de creérselo. Las lágrimas caían por su cara en un reguero inagotable, pero era un llanto de felicidad.

Miró el fondo del bote salvavidas. En una esquina, medio anegada de agua, aún estaba la urna funeraria de Robert. Kate la sujetó con ternura y la acercó a sus labios para darle un último y delicado beso. Después la apoyó sobre las olas y la soltó. Arrojada, vio cómo la urna se hundía lentamente entre las aguas, buscando su reposo final en el

fondo del océano.

«Adiós, Robert».

Robert, que la había ayudado a salir con vida de aquella increíble experiencia.

Robert, que la había protegido con su luz.

Robert, cuyo espíritu había anidado, de alguna manera incomprensible, en aquellas cenizas.

Y, lo más importante, que había sido capaz de permanecer con ella incluso después de que Moore aventó las cenizas en medio de la tormenta. Que había burlado los designios de las sombras.

Kate sonrió, compartiendo un secreto consigo misma. Vio cómo del barco descendía un bote que avanzaba hacia ella. Mientras esperaba, Kate apoyó con delicadeza su mano sana sobre el vientre.

Porque allí, en su interior, crecía el fruto de una última noche de pasión. Porque sabía que dentro de ella anidaba el hijo de un hombre muerto, del hombre que había vuelto de entre las sombras para salvarla.

Un hijo del amor. Un hijo de la luz.
El último pasajero del *Valkirie*.



Manel Loureiro trabaja como abogado en Pontevedra. Mientras estudiaba derecho en la Universidad de Santiago de Compostela, compatibilizó sus estudios con varios trabajos de televisión, primero como presentador de diversos programas y más tarde como

guionista, momento en el que descubrió su faceta como escritor. Apocalipsis Z es su primera novela, tras haberse convertido en un fenómeno de culto en Internet, donde ha sido leída por miles de personas de todo el mundo.

Notas

[1] El himno del partido nazi. <<